



Cinvestav-Sede Sur

**CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y DE
ESTUDIOS AVANZADOS
DEL INSTITUTO POLITÉCNICO NACIONAL**

Sede Sur

Departamento de Investigaciones Educativas

“La formación de Pedro Henríquez Ureña, 1884-1909”

Tesis que para obtener el grado de Doctor en Ciencias en la
Especialidad de Investigaciones Educativas

Presenta

Daniel Mendoza Bolaños

Maestro en Ciencias en la Especialidad de Investigaciones Educativas

Directora de tesis

Susana Quintanilla

Doctora en Ciencias

Junio de 2019

Calzada de los Tenorios 235, Col. Granjas Coapa, C.P. 14330, Apartado Postal 86-355, México, D.F.

Tel. 54 83 28 00, Fax 56 03 39 57

“Para la elaboración de esta tesis se contó con el apoyo de una beca Conacyt”

Resumen

Este trabajo presenta un análisis formativo del dominicano Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), uno de los humanistas latinoamericanos más importantes del siglo XX, en una etapa poco conocida en los estudios hasta ahora realizados. Con la descripción del proceso formativo individual de Henríquez Ureña, que aquí se encuadra desde su nacimiento en 1884 a su estancia en México en 1909, es posible vislumbrar propuestas interpretativas sobre la conformación de diversas instituciones, publicaciones y redes de tipo intelectual en República Dominicana, Estados Unidos, Cuba y México, países por los que transitó el escritor en el lapso indicado. A través de una revisión exhaustiva de documentos como correspondencias, escritos autorreferenciales y fuentes hemerográficas, se aportan elementos para una mejor comprensión de su vida y obra, además de ofrecer herramientas para explorar el ámbito educativo y cultural de finales del siglo XIX y principios del XX. El trabajo se enmarca de manera general dentro de los estudios biográficos, particularmente en el de los análisis de formación de intelectuales.

Palabras clave

Pedro Henríquez Ureña, formación, intelectuales

Abstract

This work presents a formative analysis of the Dominican Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), one of the most important Latin American humanists of the XXth century, in a quite unknown period within the current studies on the matter. Based on the description of Henriquez Ureña's individual formative process, covered since his birth in 1884 up to his stay in Mexico in 1909, it is possible to envisage interpretative proposals about the configuration of a diversity of institutions, publications and intellectual networks in the Dominican Republic, the United States of America, Cuba, and Mexico, countries in which the author traveled in such period. By an exhaustive revision of files and correspondence, self-referential writings and hemerographic sources, this thesis contribute to a better understanding of his life and work. Moreover, it provides tools to explore the educational and cultural spheres in the last few years of the XIXth century and the beginning of the XXth. This dissertation takes on the the biographic studies, particularly those on the formation of intellectuals.

Key words

Pedro Henríquez Ureña, fomation, intellectuals

A Nelly

A Ernesto y Mariana

A mis padres

A Rosa y Elisa

Agradecimientos

Agradezco a la doctora Susana Quintanilla su invaluable guía y asesoría para el desarrollo y culminación de este trabajo. Valoro mucho la confianza que ha tenido en mí para permitirme acompañarla en diversos proyectos que se desprenden de la línea de investigación de la formación de los intelectuales y de instituciones de cultura en el siglo XX.

Gracias a las lectoras que contribuyeron a enriquecer esta tesis con sus valiosos y precisos comentarios: doctoras Ariadna Acevedo, Aurelia Valero, Eugenia Roldán y Paula Bruno.

Agradezco también a mis compañeras y compañeros del “Seminario de formación de intelectuales y de instituciones de cultura en el siglo XX” por las sugerencias y el intercambio académico que permite contemplar visiones distintas sobre temas similares. De manera particular agradezco a Lupita Noriega su amistad y disposición para apoyar todo el proceso de la escritura de este trabajo.

Gracias a Mónica López por su ayuda en la traducción del resumen; a Maribel Guevara y Rosa María Martínez por el apoyo administrativo. Al doctor Héctor López Villalobos por su amistad y por invitarme a formar parte de su equipo de trabajo.

Por último, agradezco a Adolfo Castañón el acceso a su acervo sobre los Henríquez Ureña; al doctor Bernardo Vega por recibirme en la Academia Dominicana de la Historia y ponerme en comunicación con investigadores de la vida y la obra de Pedro Henríquez Ureña, como soledad Álvarez, Basilio Belliard, Andrés L. Mateo, Arístides Incháustegui, Blanca Delgado y Jorge Tena Reyes, entre otros; a Paula Bruno por aceptar mi estancia doctoral en la Universidad Torcuato Di Tella en Buenos Aires, Argentina.

Índice

Introducción	1
Capítulo I. República Dominicana y la formación inicial de Pedro Henríquez Ureña, 1884-1901	8
Capítulo 2. La juventud de Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos, 1901-1904	52
Capítulo 3. Pedro Henríquez Ureña en Cuba, 1904-1906	80
Capítulo 4. Pedro Henríquez Ureña en México, 1906-1909.....	109
Comentarios finales	219
Fuentes consultadas	226

Introducción

Pedro Henríquez Ureña fue un escritor y crítico literario de República Dominicana. Formó parte de una familia caribeña ilustrada. La educación que procuraron sus padres para él y sus hermanos estaba pensada para que sobresalieran entre la sociedad de su país a finales del siglo XIX. Desde sus primeros años mostró afición por los estudios y destacó en la lectura y las matemáticas. Con el tiempo, los cambios de residencia, el intercambio de ideas y el interés en la historia de la literatura, Henríquez Ureña se convertiría en uno de los escritores referenciales de la cultura hispanoamericana del siglo XX.

La vida y la obra de Henríquez Ureña han sido estudiadas desde diversas áreas y perspectivas, entre ellas destacan las biografías hechas por los dominicanos Jorge Tena Reyes (2015) y Andrés L. Mateo (2003), así como las recopilaciones de Susana Speratti (1960) y Miguel D. Mena (2015). En México José Emilio Pacheco, Enrique Krauze, Adolfo Castañón y Susana Quintanilla, entre muchos otros, han escrito sobre él. Estos análisis exponen su trabajo filológico, educativo, crítico, poético o periodístico, centrándose en la etapa de madurez, a partir de su llegada a la capital mexicana, en 1906. Son conocidos varios trabajos sobre algunas etapas de su vida, como los de Alfredo Roggiano *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos* (1961) y *Pedro Henríquez Ureña en México* (1989), así como *Pedro Henríquez Ureña y la Argentina* (1994) de Pedro Luis Barcia.

Un común denominador en los textos publicados sobre el dominicano es la ausencia de un análisis detallado de su etapa formativa inicial, ya que la mayoría se concentran en su obra prosística de madurez. Una notable excepción es el artículo de Guillermo Piña Contreras, “El universo familiar en la formación intelectual de Pedro Henríquez Ureña” (2000), que estudia su infancia en Santo Domingo y la influencia de sus padres en República Dominicana.

Esta investigación pretende ayudar a completar el estudio de la vida de Pedro Henríquez Ureña a partir de un análisis formativo desde su nacimiento (1884) hasta el momento en que se creyó maduro a los 25 años (1909), de acuerdo con lo que señalaba el filósofo estadounidense William James sobre la petrificación o definición en los aspectos mental y moral de las personas a esa edad. El trabajo busca también contribuir con la línea

de investigación sobre la formación de los intelectuales y las instituciones educativas y culturales en México durante el siglo XX.

Para este análisis es necesario definir los conceptos “formación” e “intelectual”, y ajustarlos a las características y objetivos del trabajo relacionándolos con la educación e instrucción. La formación es la creación de una forma o imagen; para los fines de esta investigación, es entendida como un proceso por el cual una persona obtiene los elementos necesarios para “crearse” o “hacerse” a partir de influjos directos o indirectos de su ambiente. La formación será, entonces, un proceso, nunca acabado del todo, indefinido (Quintanilla, 2009). Julián Vázquez, retoma algunos aspectos de Quintanilla y Larrosa para referirse a la formación como

aquellos saberes de la experiencia que un individuo adquiere a lo largo de una vida. Las experiencias, el conocimiento o la información no comienzan (ni terminan) o se circunscriben a los ámbitos institucionales, como la escuela y los recursos alrededor de esta. En el proceso formativo aparecen una serie de espacios (calle, trabajo, diversiones...), actores (amigos, familia, parejas sentimentales...), recursos (escritos y manuscritos...), ritos, mitos y saberes que variarán, tanto en forma como en fondo, de acuerdo con las propias necesidades, deseos, posibilidades y mentalidad del sujeto (2014: 8).

La formación de una persona tendrá el influjo múltiple de los espacios donde se desenvuelva, pero la capacidad para razonar y apropiarse de los estímulos y experiencias será diferente entre los individuos. Cada uno andará por un camino determinado por sus gustos, preferencias, inquietudes, ideales o necesidades, y esto permite hacer una diferenciación entre Henríquez Ureña y sus coetáneos para resaltar las aptitudes y la predisposición que tuvo para enfilarse hacia el ámbito de las letras.

Referente al concepto “intelectual”, su significado ha variado a través de los años, de acuerdo con el lugar y el momento político, social o cultural; incluso puede ser determinado en virtud del sujeto o sujetos a los que se pretenda definir. La Real Academia de la Lengua Española reconoce la palabra intelectual como adjetivo, aunque señala también que es más usada como sustantivo, y le asigna tres acepciones: 1) perteneciente o relativo al entendimiento; 2) espiritual y corporal; y, 3) dedicado preferentemente al

cultivo de las ciencias y las letras. La sustantivación de intelectual pudiera parecer abusiva y por eso se propone el uso del término *intelligentsia* como un “grupo de personas que cumplen la importante misión de crear, llevar y distribuir la cultura” (citado en Bruner y Flisfisch, 1983: 20).

En otros idiomas las definiciones son similares. El *Dictionnaire de l'Académie française* (1935) acepta el uso de *intellectuel* como sustantivo y señala: “Se dice de las personas en las que predomina el uso de la inteligencia y, en este sentido, se emplea frecuentemente por oposición a [trabajo] manual” (citado en Bruner y Flisfisch, 1983: 20). *The Concise Oxford Dictionary* (1964) define al intelectual como “Una persona que posee una buena facultad de entendimiento, una persona ilustrada” (citado en Bruner y Flisfisch, 1983: 21). La *Gran Enciclopedia Soviética* indica que es “un estrato social que consiste de personas profesionalmente involucradas en trabajo mental, primariamente de un tipo complejo y creativo, y en el desarrollo y difusión de cultura” (citado en Bruner y Flisfisch, 1983: 21).

El concepto de intelectual se inscribe en un campo semántico cargado de valores, “cuya articulación <<por lo alto>> (las cosas del espíritu) hace emerger, de contraste, aquello que excluye” (Bruner y Flisfisch, 1983: 21). A lo largo del tiempo el intelectual se ha constituido como una figura social específica y su actividad se diferencia de la del resto de la población en tanto que privilegia el uso de la inteligencia contra el trabajo manual. El devenir del término se relaciona con ciertas funciones sociales que perduraron a lo largo de los años y pueden apreciarse en aquellas que desempeñaban los escribas, los artistas y los expertos. Según Raymond Aron (citado en Bruner y Flisfisch, 1983: 22):

Todas las sociedades han tenido sus escribas, que poblaron las administraciones públicas y privadas; sus letrados o artistas, que transmitían o enriquecían la herencia cultural; sus expertos, legistas que ponían a la disposición de príncipes y ricos el conocimiento de los textos y el arte de la disputa; sus sabios que descifraban los secretos de la naturaleza y enseñaban a curar enfermedades o a vencer en los campos de batalla.

El término evolucionó y se adaptó a las diferentes realidades desde su aparición en el Manifiesto de 1898, escrito por unos jóvenes que abrían nuevos caminos en el arte y la

ciencia, como Anatole France y Emile Zola, ante un caso de injusticia hacia el militar judío francés Alfred Dreyfus. “La palabra fue usada primero como insulto por sus enemigos, asombrosamente en el mismo sentido con que suele usarse en México: un reproche a la vanidad de los escritores, profesores y artistas que se meten donde no los llaman y se atreven a dar su opinión sobre cuestiones públicas en vez de concentrarse en su trabajo” (Pacheco, 1999). A finales del siglo XIX la palabra ya formaba parte del léxico hispanoamericano, aunque su transformación en un concepto generalizado cobra evidencia hasta la década de 1920. La identidad del intelectual se realizó a partir de la diferenciación con la generación anterior, lo cual marcó un acto de separación entre el *nosotros* y *aquellos* (Zermeño, 2003: 781).

Henríquez Ureña puede incluirse dentro del concepto de intelectual que da Zermeño: “se define en principio como un hombre de letras y de cultura que remeda a la época del humanismo, y sólo posteriormente y según las circunstancias políticas, se podrá concebir como un hombre que puede tener influencia social y política” (2003: 783). La idea del intelectual se desarrolla al mismo tiempo que Henríquez Ureña se forma; incluso contribuyó a definir qué era un intelectual en su época. El dominicano afirmó en 1909 que el mundo propio debía armonizar con una concepción más vasta del universo y que ese mundo servía para explicar, a su vez, al universo. Pensaba que vivir así era uno de los modos más lógicos y prácticos, no refiriéndose sólo al cultivo de las letras, sino a trascender hacia una “concepción intelectual general de la vida, que es en realidad una de las formas de *poder*”^{*} (Reyes-Henríquez Ureña: 1986: 120). Tácitamente definió también al intelectual cuando habló sobre la obra de José Enrique Rodó en una conferencia de agosto de 1910:

Género de heroísmo, en el ya clásico sentido que fijó Carlyle para la palabra, es la labor del grande hombre de letras; y no sólo la del que atrae a la multitud con los prestigios de la palabra hablada –poesía, discurso, cátedra–, sino también la del que influye con sus libros, con su alma escrita, sin que para ejercer su ministerio haya de abandonar el retiro donde florecen sus inspiraciones (2000a: 57).

* Cursivas en el original.

Entre 1884 y 1909 Pedro Henríquez Ureña vivió en Santo Domingo, Nueva York, La Habana y México. Para detallar las etapas de su formación¹ en estas ciudades, se privilegió la búsqueda de información en fuentes primarias y en archivos especializados de México, República Dominicana y Argentina, y se recurrió también a otro tipo de fuentes que contextualizan las épocas y los lugares. La reconstrucción de su infancia y adolescencia estuvo guiada por tres momentos decisivos o goznes, como llama Carlos Herrejón (2013) a las decisiones más trascendentales del sujeto, las que orientan los principales periodos de vida, las que se vinculan con las relaciones amistosas, amorosas, laborales, profesionales, etcétera, pues éstas casi siempre definen las acciones posteriores. Estos goznes, que muestran los quiebres que definen, cambian o condicionan la ruta de una vida, fueron señalados por el mismo Henríquez Ureña en sus *Memorias*: el primero en República Dominicana en mayo de 1896, cuando comenzó a moldear su vocación y la actividad intelectual en su hogar era inagotable (Mateo, 2003: 47); el segundo, también en su país, fue en 1900, año de muchas lecturas que determinaron su inclinación hacia las letras; el último suceso ocurrió en 1907, cuando en la Ciudad de México comenzó a recuperar a los autores clásicos y se modificaron sus ideas filosóficas.

La escritura del yo, de acuerdo con María Luz Mandingorra (2005: 95), tiene como uno de sus espacios privilegiados el libro de memorias donde se realiza una proyección personal, además de constituir el universo en miniatura de un individuo en lo referente a su percepción de la realidad interior y exterior, y en lo relacionado con su propia construcción personal. Para la autora, en la escritura del yo hay una voluntad de proyectarse, porque escribir es una conquista de la exterioridad del individuo, una apropiación del espacio y un lugar de confrontación consigo mismo, por eso es selectiva, ya que quien escribe quiere representarse a sí mismo y, para ello, se examina y elige aquello que ayuda a construir esa representación, al tiempo que estructura su propia historia, ya sea para sí o para otro. En este sentido, este trabajo toma como referente las memorias de Pedro Henríquez Ureña, pero contraponiéndolas con diversas fuentes como

¹ Es común que los estudios de la formación se dividan en etapas: Ángel González Vega, en la introducción de *La formación de los intelectuales*, de Antonio Gramsci, señala tres momentos: 1) formación juvenil, concluye con la formación del título de bachiller; 2) formación cultural, culmina cuando hace su último examen universitario; y, 3) en 1919, con la publicación de *L'Ordine nuovo*, se cierra el periodo de la formación de Gramsci y se abre el de la plena madurez (1967).

epistolarios, diarios, periódicos y otras obras escritas sobre el periodo de estudio, para situar lo más cercano posible al dominicano en los acontecimientos y lugares que él mismo indica.

Este trabajo tiene su fundamento en una investigación documental. El análisis se inserta en la categoría de biografía intelectual, entendida como una vertiente o rama del género biográfico que se caracteriza por explorar los vínculos entre existencia y obra, entre vida y pensamiento (Valero, 2014). De manera más precisa, dentro de ese género biográfico, el trabajo se centra en la indagación de cómo se llega a ser lo que se es, pregunta que motivó a Friedrich Nietzsche a escribir su autobiografía. Esto requiere de un análisis de otro tipo de documentos personales como memorias, autobiografías, diarios y correspondencias, para tener una correcta contextualización periódica y geográfica con la cual estructurar una narrativa que incluya todos los elementos para proponer de manera acertada cómo fue el proceso formativo de Pedro Henríquez Ureña.

Los estudios biográficos son muy importantes también para este análisis, ya que, como plantea Kessler-Harris (citada en Bazant, 2013: 21), son una manera de contemplar el pasado a través de la vida de un sujeto, lo que posibilita entender el proceso cultural, social y aún político de una sociedad en determinado momento. Este tipo de estudios y fuentes sirven para dar rigor a esta investigación porque, según Quintanilla (2013), la biografía debe moverse en el plano de la realidad, debe estar apegada al hecho y a la verdad. La investigadora, siguiendo a Edel (1984) y Guittins (1997), hace una distinción entre la biografía histórica y la “biografía como tal”. La última da seguimiento e interpreta la vida de una persona desde la cuna hasta la tumba, y tiene a esta como el único centro del análisis intelectual y de la argumentación. En tanto que la primera ubica al sujeto dentro de un determinado contexto histórico y, muy probablemente, como “representativa” de una región, de una etnia, de una comunidad o de una generación. En la biografía histórica es común también que el estudiado constituya una forma de ventana para ver un proceso social elegido por el investigador o que éste intente mostrar las formas en que alguien fue afectado, o no, por un acontecimiento histórico. Para complementar el análisis se consultaron también fuentes secundarias, sobre todo aquellas que se refieren a las primeras obras de Henríquez Ureña, las que cimentaron su carrera literaria.

Si bien este trabajo tiene su principal fuente de información en los textos referenciales o autoreferenciales de Henríquez Ureña, se investigó también sobre sus ascendientes y el contexto de los países en donde vivió, lo que permite tomar una perspectiva respecto de los juicios que el dominicano escribió sobre sí mismo. El análisis contempla las corrientes filosóficas y literarias de la época, los elementos que permitieron descubrir su vocación, así como los principales sucesos familiares y políticos que moldearon el carácter del escritor dominicano. A través de un estudio íntimo de sus primeros años de vida se muestran sus orígenes, entorno y primeras experiencias. Este tipo de análisis fue propuesto por Susana Quintanilla para salir del debate que negaba la influencia del medio sobre los individuos contra aquel que reducía las características de éstos a las condiciones materiales de su existencia. El camino posible para solucionar la polémica fue la reconstrucción histórica de los orígenes, primeras experiencias y aprendizajes, así como del estudio de las escuelas por las que pasaron los sujetos y aquellos centros no institucionales que intervinieron en su formación. Este recorrido por las genealogías, la rutina familiar, la infancia, los salones de clase, el ambiente estudiantil y la bohemia citadina, permite adentrarse en la vida social de la época que se estudie (1991: 89 y 1999: 151).

La tesis está compuesta por cuatro capítulos, cada uno relativo a un periodo y lugar donde vivió Henríquez Ureña entre 1884 y 1909. En el primero se presenta su etapa de formación inicial en República Dominicana hasta 1901; el segundo muestra su estancia en los Estados Unidos, que culmina en 1904; en el tercer capítulo se detallan sus actividades en Cuba, de donde huye en el amanecer de 1906; el último apartado está enfocado al seguimiento de sus publicaciones, amistades, empleos y afanes culturales en México, y concluye en 1909, aunque su primera estancia en este país se prolongue a 1914. En los comentarios finales se incluye una breve reflexión sobre el proceso formativo de Pedro Henríquez Ureña y la repercusión que tuvo para él y sus coetáneos en la construcción de amistades y la conformación de cenáculos en los que se buscaban nuevos caminos literarios, filosóficos y educativos.

Capítulo I. República Dominicana y la formación inicial de Pedro Henríquez Ureña, 1884-1901

1

La isla conocida como la Española fue el primer territorio de América habitado por españoles durante los quince años inmediatos al descubrimiento de 1492. El paisaje de esa isla, que hoy comparten Haití y República Dominicana, inspiró a Cristóbal Colón en su intento por explicar con palabras las nuevas tierras para la imaginación de los europeos. La descripción que hizo de la Española y de las demás islas ha trascendido con el andar del tiempo hasta volverse un lugar común señalar que este es un lugar de abundancia y de eterna primavera, habitado por “nobles salvajes” (Henríquez Ureña, 2015: 18).

La primera ciudad de tipo europeo en América fue la Isabela, hoy municipio de Puerto Plata, al norte de República Dominicana. Santo Domingo, la segunda y la más antigua de las que subsisten, fue fundada en 1496 y dio nombre a toda la isla conocida también como “cuna de América”, elegida por los colonizadores para arraigarse, establecer el primer gobierno de las Indias y fundar conventos, escuelas, sedes episcopales y universidades. En la Española Colón encontró a su llegada a una población de cerca de 400,000 indios taínos, indígenas que habitaron algunas regiones del Caribe americano, como Cuba y Jamaica. La ciudad de Santo Domingo, primer centro de cultura americano reconocido también por sus habitantes como “Atenas del Nuevo Mundo”, fue la capital política del Mar Caribe durante poco más de dos siglos. Desde allí los españoles gobernaron los pueblos que conquistaron.

Durante los primeros cincuenta años de ocupación hispana, la Española tuvo periodos de esplendor cuando en ella se pensaban proyectos para explorar, conquistar, poblar y evangelizar. Después hubo una etapa de despoblamiento debido a la atracción que las tierras continentales, principalmente México y Perú, tenían para quienes antes se detenían en las Antillas. Tras casi dos centurias de haber iniciado la conquista de América, Santo Domingo, que sirvió como base para zarpar a nuevos territorios, estaba arruinada. Las causas que propiciaron el declive fueron la emigración, la ausencia de fundamento económico en su organización, la frecuencia y violencia de terremotos y ciclones, y los ataques navales extranjeros. Esto último permitió que los franceses invadieran el noroeste y poco a poco ocuparan toda la zona occidental, donde fundaron *Saint Domingue*, su

colonia más rica y floreciente. Los españoles reconocieron la ocupación en 1697 y la parte bajo su mando conservó el nombre de Santo Domingo.

En el alba de 1804 los pobladores de *Saint Domingue* declararon su independencia de los colonizadores europeos y fundaron Haití, primer país libre de los colonizadores europeos en América Latina. Los franceses desplazados invadieron Santo Domingo y permanecieron ahí cuatro años. En 1808 la parte oriental de la isla se adhirió nuevamente al debilitado imperio español, del cual se independizó efímeramente en 1821 con el nombre de Estado independiente de Haití español. El año siguiente, la colonia hispana fue invadida por los haitianos con el objeto de expulsar a cualquier potencia europea que ocupara algún territorio de la isla y así consolidar su soberanía; esta ocupación se prolongó hasta 1844. El político y militar Jean Pierre Boyer (1776-1850), presidente de Haití, quería lograr la unidad e indivisibilidad de la isla y convertir en ciudadanos haitianos a los habitantes de Santo Domingo, pero estos ofrecieron resistencia para mantener su identidad cultural mediante la reafirmación de sus símbolos nacionales. Ellos encontraron en la religión y en los sacerdotes de habla hispana el respaldo a su lengua y a sus creencias religiosas frente al idioma francés y las creencias mágico-religiosas de los invasores (Tejada, 2010: 395).

En los primeros años de la ocupación haitiana, los habitantes de Santo Domingo vieron consumarse las revoluciones de independencia de los países continentales de América Latina. Hacia 1825 casi todos se habían emancipado de los colonizadores europeos. En las luchas libertarias, los hombres con educación filosófica y literaria ocuparon un lugar central. En Santo Domingo, la sociedad de lengua hispana que buscaba su liberación se reunía escondida y silenciosa. Algunos “hombres de pensamiento” anhelaban el retorno de la tutela española; otros querían reconstruir la nación independiente. Ambos grupos ponían sus esperanzas en la formación e ilustración de la juventud para recobrar su independencia del pueblo invasor con el que no querían mezclarse. Hubo quienes se dedicaron a la enseñanza durante esta etapa, entre ellos el sacerdote peruano Gaspar Hernández, que enseñaba filosofía y otras disciplinas, los doctores Juan Vicente Moscoso, firmante de la declaración de independencia dominicana en 1821, y Manuel María Valverde, signatario del acta de separación de Haití en 1844, que impartieron clases en sus domicilios (Henríquez Ureña, 1960: 368). El maestro más

destacado fue el joven ilustrado Juan Pablo Duarte, hijo de español y dominicana. Obtuvo las primeras letras en su ciudad natal y a los 15 años de edad viajó a Europa para completar sus estudios, quizás de Derecho. Regresó a su país en 1833 para realizar los preparativos de la lucha contra los haitianos. Fue fundador de la Trinitaria, asociación secreta creada en 1838 para luchar por la independencia. Educado en España y en comunicación frecuente con ella, congregó a su alrededor a una pléyade de jóvenes a quienes impartió clases de filosofía, literatura y matemáticas, y los adiestró en el manejo de armas (Henríquez Ureña, 1965: 157).

Pese a los esfuerzos individuales, el estancamiento educativo fue notorio durante el dominio haitiano debido a la intención de unificar socioculturalmente a ambas poblaciones, cuyas diferencias comenzaban por el idioma. El gobierno de Haití sólo fundó y sostuvo un centro de instrucción oficial que enseñaba francés en la capital de Santo Domingo. Boyer, además, cerró la Universidad Santo Tomás de Aquino, primera fundada en América. La educación de las primeras letras para los infantes se albergó en los domicilios particulares de las familias acomodadas e ilustradas. Otro afán educativo en este periodo fue la creación de escuelas privadas o eclesiales en algunas ciudades como Puerto Plata y Samaná, donde, además de la lengua francesa, se enseñaba la inglesa (Granda, 1993: 205).

La ocupación haitiana produjo emigraciones hacia Santo Domingo derivado de la especialización del comercio en la exportación de maderas y en la importación de telas y licores de Estados Unidos, Francia, Saint Thomas y Curazao. A Santo Domingo llegaron principalmente negociantes españoles, alemanes y judíos. Atraído por esta oportunidad de negocio, en 1837 arribó a la isla Noel Henríquez y Altías, hijo de holandés e inglesa. Henríquez, nacido en la colonia holandesa de Curazao en 1813, llegó a Santo Domingo después de estudiar Comercio en Londres. En su ascendencia había judíos, lo que permite suponer que su apellido, con la H, provenía de judíos españoles o portugueses que pasaron por Flandes (Henríquez Ureña, 1989: 35).

En 1839, Henríquez se casó con Clotilde Carvajal Fernández –hija de cubano y dominicana–, descendiente de los últimos dominicanos que resistieron a la conquista de los españoles. Su familia fue prolífica y se convirtió en una de las más conocidas e importantes que participó en la política, la educación, la literatura y el periodismo de la

segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX en República Dominicana.

Los efectos del dominio haitiano generaron opiniones encontradas en la población de Santo Domingo. Los miembros de la Trinitaria pensaban que Boyer había obligado a las principales y más ricas familias a emigrar, y con ellas la riqueza, el talento, el comercio y la agricultura. Creían, además, que las acciones del dictador haitiano habían sumido en la miseria a los dominicanos. Otro sector, en cambio, vio una parte favorable de la ocupación y señaló que la “oleada africana” acabó con la esclavitud y con los derechos de casta y de origen. Sin embargo, criticaron también el sometimiento haitiano y señalaron que, más que un suceso político, debía considerarse un hecho social que hizo mucho daño a la sociedad civil porque el predominio de los “bárbaros” causó mucho mal en el progreso de las ideas y en el curso de la civilización (Hoetnik, 1971: 275-276). Después de la revuelta encabezada por hombres ilustrados, los haitianos fueron expulsados de Santo Domingo el 27 de febrero de 1844 y así surgió el nuevo estado independiente de República Dominicana, libre también de España.

2

En el periodo de la “primera” República, de 1844 a 1861, la nación dominicana estuvo inmersa en conflictos políticos, sociales y económicos característicos de los países latinoamericanos en los siglos XIX y XX: luchas internas de corrientes ideológicas contrarias –liberales y conservadores– y levantamientos de algunos sectores de la población inconformes con las políticas sociales o con las tiranías. Además, el nuevo Estado tenía insolvencia para cumplir con las deudas contraídas durante la ocupación haitiana y en los años inaugurales de vida independiente. A esto se sumaron varios intentos de invasión del ejército de Haití. Este panorama hizo que los conservadores buscaran la protección de una potencia extranjera. Ofrecieron la independencia dominicana a Francia, Inglaterra, España y Estados Unidos. La única consigna que unió a los diferentes grupos era mantenerse separados de los haitianos (Tejada, 2010: 398).

En esta etapa surgieron los partidos Azul y Rojo que marcaron la vida política de República Dominicana durante el resto del siglo XIX. El primero, llamado también Nacional, Liberal o Nacional Liberal, intentaba ser una agrupación de principios, cuyos

miembros eran comerciantes, propietarios campesinos e intelectuales o formados en las ideas de las sociedades europeas y estadounidenses. Los azules “soñaban con un clima de paz, libertad económica, gobiernos representativos libremente elegidos, tolerancia y progreso social, con una clase intelectual y económicamente fuerte que encabezaría la sociedad” (Tejada, 2010, 417). Aunque este partido no tuvo un líder o caudillo, varios de sus miembros destacaron en el ámbito político dominicano, entre ellos Gregorio Luperón, destacado orador y conocedor de la lengua inglesa, y Ulises Francisco Espaillat, comerciante y boticario que ocupó la presidencia dominicana durante unos meses de 1876. El partido Rojo estaba formado por los sectores bajos de la sociedad y por un grupo de propietarios rurales, así como por un pequeño grupo de intelectuales conservadores, casi todos ellos originarios de la región del Cibao, una de las zonas más productivas del norte del país, donde predominaba el legado español. Su líder, Buenaventura Báez, fue presidente de la república en cinco ocasiones y el principal enemigo político de Pedro Santana, un general que participó en la guerra de independencia y mantuvo su dominio político durante la “primera” República gracias a su capacidad para organizar un ejército. Los Rojos o Baecistas propusieron la anexión dominicana a Estados Unidos. A esa asociación pertenecía el poeta, periodista, abogado y político Nicolás Ureña de Mendoza, que nació en 1822 en Santo Domingo. Él formó parte de la generación de poetas surgida bajo el influjo del romanticismo, que tomó como base a los clásicos de la España del Siglo de Oro. Ureña de Mendoza se casó en 1847 con la capitaleña Gregoria Díaz de León, nacida en 1819. De esta unión nacieron Ramona y Salomé.

Debido a su filiación baecista y a su actividad periodística, Nicolás Ureña estuvo exiliado varias veces por órdenes de Pedro Santana, que en 1861 consideró que la única forma de sostenerse en el poder era ofrecer el país en anexión a una nación poderosa. Puso su mirada en España, que entonces era gobernada por liberales que deseaban restaurar su gloria pasada (Tejada, 2010: 400-408). El inicio de la Guerra de Secesión de los Estados Unidos que enfrentó a los estados del norte contra los del sur de 1861 a 1865, facilitó la decisión de los españoles para aceptar la anexión propuesta por Santana. España no quería entrar en confrontación con los estadounidenses que verían violentada la doctrina Monroe, política exterior que advertía, desde 1823, que no permitirían la intervención de países europeos en los asuntos internos de las naciones americanas. La anexión de República

Dominicana a España fue proclamada el 18 de marzo de 1861 y se prolongó por cuatro años, el mismo tiempo que duró la Guerra Civil de los Estados Unidos (Gallego, 2014: 99).

Los primeros movimientos armados contra la anexión iniciaron a los pocos meses de su instauración. Los protagonistas fueron campesinos que sufrieron una violenta represión y sus líderes murieron fusilados. La revuelta que logró restaurar la república inició en agosto de 1863 y culminó con la firma de la paz con España el 8 de julio de 1865. En la etapa de la anexión, el clero retomó importancia en la vida social dominicana y los españoles peninsulares se posicionaron en los puestos políticos del país. El retorno de España a las Antillas fue visto como una nueva oportunidad para reforzar su posición geopolítica respecto de las islas que aún conservaba en la región: Cuba y Puerto Rico. Sin embargo, su intención no se consumó por la rápida restauración de la república y el alejamiento diplomático entre dominicanos y españoles (Gallego, 2014: 99-100).

El restablecimiento de la República Dominicana trajo consigo la consolidación de la clase ilustrada, que planteaba que la razón era la base para construir un mundo mejor contra la ignorancia. Esta consigna era acorde con los principios del movimiento cultural del siglo XVIII generado en Francia, país que llegó a ser la fuente principal de la cultura moderna en América Latina desde antes de las guerras de independencia y hasta el siglo XX. La literatura y la lengua francesas fueron el canal más importante por el que llegaron las ideas alemanas e inglesas. Sin embargo, los lazos con la cultura española no se rompieron (Henríquez Ureña, 2015: 159-160), particularmente en Santo Domingo, que conservó el idioma y la religión hispana.

Los intelectuales, hombres de letras o literatos hispanoamericanos que surgieron en este periodo de organización se caracterizaron por su voluntad de ser luchadores y constructores. Ellos solían ver en la literatura una parte de su servicio público y “consagraron un verdadero celo apostólico a la defensa de la libertad y a la difusión de la verdad” (Henríquez Ureña, 2015: 203). En este grupo también hubo mujeres. En República Dominicana destacó Salomé Ureña, quien participó con el conjunto que dio unidad y carácter a la literatura nacional y que superó, en producción y proyección, a la generación anterior de la república independiente, a la que pertenecía su padre, Nicolás Ureña.

María Salomé Ureña Díaz nació el 21 de octubre de 1850 en Santo Domingo, una ciudad que estaba empobrecida por las emigraciones y las constantes luchas internas. Obtuvo las primeras letras de su madre, que era maestra y tenía afición por la poesía. Fue una niña precoz en el aprendizaje: a los cuatro años de edad leía de corrido en casa de su abuela materna. Sus padres se divorciaron cuando ella aún no cumplía tres años de edad. Su educación se completó en dos pequeñas escuelas de primeras letras, las únicas que se permitían entonces a las mujeres y en las que se les enseñaba el catecismo. Su infancia y juventud estuvo inmersa en la fe cristiana. Todas las mañanas iba a misa con su madre y con su hermana Ramona, dos años mayor que ella.

El gusto temprano de Salomé por la literatura fue incentivado por su padre, que le dio lecciones de letras, aritmética y botánica, y la inició en la declamación de versos. Sus lecturas fueron de clásicos españoles, aunque conoció también la literatura inglesa y la francesa, esta última en su propia lengua por las lecciones que tomó con Ramona (Rodríguez, 1984: 5-7).

Además del ejemplo literario de su padre para definir su vocación, Salomé Ureña tomó como modelo las obras de las poetisas dominicanas Josefa Antonio Perdomo y Josefa Antonia del Monte, a quienes veía pasar frente a su casa. Ambas formaron parte de la corriente poética “que se inspiraba en la patria y reflejaba las alternativas y las agitaciones de la vida pública” (Henríquez Ureña, 1965: 186). La primera obtuvo mayores triunfos como poetisa a diferencia de la segunda, que fue considerada como una aficionada por Max Henríquez Ureña. Nicolás Ureña escribía sus poemas con temas políticos, religiosos y del exilio; sin embargo, el tema central de su obra era el patriótico, que influyó en Salomé para que en sus poesías cantara a la patria que buscaba su independencia. A los 16 años de edad publicó sus primeros versos y con ellos inició “un nuevo periodo en la poesía patriótica: el de los anhelos de paz y las aspiraciones civilizadoras” (Henríquez Ureña, 1965: 189).

Al cenáculo cultural de Santo Domingo se incorporó el joven Francisco Hilario Henríquez y Carvajal, nacido en esa ciudad en enero de 1859 en el seno de una familia que comenzaba a destacar en las letras, la docencia y el periodismo. Fue el menor de once hermanos y aprendió a hablar tardíamente, a los cuatro años de edad. Las primeras letras las obtuvo en una escuela rudimentaria de la capital dominicana. En 1873 ingresó al

Seminario Conciliar para estudiar Filosofía, y dos años después se integró a la Sociedad Amigos del País, fundada en 1846 bajo el modelo de las sociedades económicas creadas con el mismo nombre en España a mediados del siglo XVIII. Los principales promotores de estas asociaciones en Europa fueron los círculos culturales, y en ellas participaron integrantes destacados de diversos sectores como la nobleza, la Iglesia, comerciantes y artesanos. El objeto de esta Sociedad en República Dominicana era ilustrar fuera del ámbito escolar, con base en la razón y la ciencia, así como propiciar el desarrollo intelectual de sus afiliados (Inoa, 2010: 281).

En la capital dominicana, la Sociedad Amigos del País se reorganizó en 1876 para convertirse en un centro de estudios y cultura literaria bajo la presidencia de Francisco Henríquez, quien a los 17 años de edad comenzó a figurar en la pléyade juvenil que animaba las actividades culturales y educativas en Santo Domingo. Mientras organizaba una serie de conferencias literarias, en junio de 1877, conoció a Salomé Ureña y la invitó a participar en las reuniones. La poetisa formaba parte de la clase ilustrada dominicana, aunque no se consideraba provista de los atributos que constituyen una autoridad intelectual. Francisco Henríquez, quien no se reputaba aún como literato sino como un estudiante y amante del saber, se acercó con humildad a Salomé Ureña, quien era nueve años mayor que él. Desde que se conocieron buscaron basar su relación en un lenguaje sencillo y claro para decirse palabras que no dejaran rastros de vanidad derivados de sus conocimientos (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 5).

La formación de Ureña y Henríquez estuvo enmarcada por la inestabilidad política dominicana posterior a la salida de los españoles de la isla en 1865, situación que perduró hasta que los liberales obtuvieron la presidencia en 1879 con Gregorio Luperón. Este periodo de 14 años fue de luchas continuas entre los partidos Rojo, Azul y Verde, este último creado por el desencanto de algunos seguidores rojos, en unión con elementos azules que buscaban derrocar a Buenaventura Báez. En esta etapa se dio también un renacimiento cultural en el que el periodismo, las sociedades culturales y las escuelas públicas y privadas, parecían rejuvenecer bajo la convicción de que a través de la educación el país podría forjarse una identidad propia e incorporarse a la cultura contemporánea del mundo occidental (Henríquez Ureña, 2015a: 55). A fines de la década de 1870, el presidente Cesáreo Guillermo inició una reforma educativa que tuvo

continuidad con Gregorio Luperón y el sacerdote Fernando Arturo de Meriño, que fue el primer eclesiástico católico en ocupar la presidencia dominicana. En esa época, la cultura y la educación nacionales se beneficiaron también por el arribo a Santo Domingo de emigrantes procedentes de Cuba y Puerto Rico, que fortalecieron a la Sociedad Amigos del País y contribuyeron con la búsqueda de la identidad de los dominicanos a través de la enseñanza, la disertación y la fundación de periódicos.

En 1875 llegó a Santo Domingo el maestro, periodista y político puertorriqueño Román Baldorioty, que estudió Filosofía y Ciencias Físico-Matemáticas en la Universidad Central de Madrid, y aprendió francés, inglés e italiano en la Escuela Central de Artes y Manufacturas de París. Abogó por la autonomía de Puerto Rico y por la abolición de la esclavitud. Cursó estudios en la Sociedad Económica Amigos del País puertorriqueña y militó en el Partido Liberal de su país. Baldorioty dio una orientación científica a la educación dominicana que complementó la tradición escolástica y los cursos tradicionales de materias humanísticas. Impartió una cátedra de ciencias exactas y después los cursos de Física, Matemáticas y Química en una institución pública (Henríquez y Carvajal, 1970: 44-45). Bajo su guía se formó un grupo de jóvenes caribeños entre los que destacó Francisco Henríquez, quien asistía a su domicilio para tomar clases particulares de Ciencias naturales. Fundó también los colegios Antillano y Central, instituciones de educación superior.

Baldorioty impartió también una clase de Ciencias naturales en la Sociedad Amigos del País en marzo de 1878, invitado por Francisco Henríquez, discípulo suyo y presidente de la asociación cultural y literaria. Según el periodista, literato y educador Federico Henríquez y Carvajal, hermano de Francisco, hasta entonces no se había enseñado con tanta amplitud en el país “i con tal eficiencia las asignaturas que integran la Historia Natural i las Ciencias Físicas i Matemáticas. Nunca, tampoco, había ido tan lejos ni tan a fondo el razonamiento ilustrativo de los temas elucidados por el profesor o por sus discípulos. Era un éxito” (1970: 45-46). En la biblioteca de la Sociedad se ofrecieron también los cursos de Literatura e Historia antigua. Los profesores fueron Francisco Henríquez y su amigo y colega, el médico y educador José Pantaleón Castillo, quienes no recibían remuneración por su labor. Incluso la sede de la Sociedad se instaló en la casa de este último.

La Sociedad Amigos del País nombró a Salomé Ureña “socia facultativa y honoraria” en julio de 1877. Durante los primeros meses de su relación con Francisco Henríquez, ella aceptó que él la encaminara al estudio de las matemáticas y las ciencias. Si bien la poetisa tenía una fama basada en sus composiciones patrióticas, carecía de la ilustración que tiene sus fundamentos en las ciencias, y de ellas no era posible prescindir si se aspira a ser un literato, según la opinión de Henríquez. Con la intención de contribuir al adelantamiento intelectual de Ureña, el joven le escribió el primer día de 1878 una larga carta con un plan de estudios y de vida que debía seguir en su compañía para completar su cultura científica y literaria (Henríquez Ureña, 2016: 18). Entre los temas de matemáticas propuso estudiar Aritmética, Álgebra, Geometría y Trigonometría; para comprender los fenómenos que modifican las propiedades de los cuerpos la invitó a conocer las leyes generales de la naturaleza; incluyó también la Filosofía como materia de raciocinio y discusión, y la Historia para saber hacia dónde va la humanidad a partir de un juicio filosófico a los pueblos que los antecedieron (Familia Henríquez Ureña, 1996: 5-9).

Francisco Henríquez continuó con sus actividades culturales, docentes y administrativas en la Sociedad Amigos del País sin descuidar la instrucción científica de la poetisa, e invitó a la juventud dominicana para que imitara el entusiasmo y la constancia con que la “señorita Ureña” estudiaba para vigorizar el pensamiento con el cultivo de las ciencias y así poder elevarse a la cumbre desde la cual hablaría a todos los pueblos. La importancia que Henríquez da al conocimiento científico para la formación de los dominicanos, en unión con los estudios humanísticos, es tal que señala que con ambos se formará “una juventud capaz de restaurar la Patria en todos sus males” (Henríquez y Carvajal, 1960: 43).

Baldorioty salió de República Dominicana en 1878, durante el último periodo presidencial de Buenaventura Báez. Su legado educativo fue importante, de manera particular, para dos de sus discípulos más avanzados: José Pantaleón y Francisco Henríquez, quienes fundaron la Escuela Preparatoria a finales de 1879. Esta institución fue un centro de estudios primarios en el que prepararían a los aspirantes a ingresar a la Escuela Normal, institución creada ese mismo año con un decreto que fue la primera disposición legal que consideraba una dependencia especializada en la formación de

maestros de escuelas y profesores de segunda enseñanza en un país en el que predominaba el uso de la memoria para aprender y se usaban métodos empíricos y rutinarios (González, 2004: 11).

La creación de la Escuela Preparatoria obedeció a la reforma propuesta a la ley de educación con la que el presidente Cesáreo Guillermo creó la Escuela Normal en mayo de 1879. Para adecuarse a la nueva legislación y con el fin de combatir las prácticas pedagógicas anteriores, Henríquez y Pantaleón establecieron cursos teóricos y prácticos. En los primeros había materias como Lectura, Escritura y Geometría; en los segundos se estudiaba Álgebra, Aritmética y Gramática castellana. Además incluyeron asignaturas complementarias de Dibujo, Gimnasia, Música e Idiomas (Henríquez Ureña, 2016: 21-22). Los cursos correspondían con lo planeado para la enseñanza normal en la que el mayor nivel de complejidad era la Historia, Elementos de pedagogía, Moral social y Derecho constitucional (Fiallo y Germán, 1999: 19-20).

Estos cambios en el ideario educativo se enmarcan en lo que Pedro Henríquez Ureña llama la mejor época de las letras dominicanas del siglo XIX, que comprende de 1873 a 1900. El auge cultural y educativo de los primeros diez años de este periodo propició que se comenzara a hablar de una vida literaria y a que se pensara que algunos temas como el del “público, la difusión del libro y la lectura (bibliotecas, editoriales y revistas), la figura y el contorno sociales del escritor (grupos, tertulias, bohemia, salones) apuntan a la <<mediación>>, a los caminos por los que las posiciones ideológicas y estructuras sociales se imponen en la literatura” (Gutiérrez, 1990: 8).

El inicio de esta etapa se caracterizó por las continuas luchas internas por el poder –tan solo en la década de los setenta hubo 12 presidentes–. Con la llegada de Gregorio Luperón a la presidencia en octubre de 1879 inició la educación moderna en la República Dominicana. Su principal impulsor fue el educador y filósofo puertorriqueño Eugenio María de Hostos, que contó con el apoyo de una generación que confiaba en el beneficio de la instrucción para alcanzar el progreso de la nación. El maestro caribeño estaba convencido de que una de las tareas principales de la sociedad era civilizarse y su vehículo natural era la educación. Los conceptos de civilización y barbarie fueron usados en esa época con frecuencia para justificar los intentos civilizadores en Latinoamérica que tuvieron su fundamento en el positivismo para referirse al pasado colonial y a las

diferencias socioeconómicas para emprender reformas como la iniciada por Hostos en la enseñanza dominicana. Otros pensadores antillanos que retomaron estos conceptos fueron Federico Henríquez y Carvajal, el crítico literario, escritor y educador Federico García Godoy y el escritor, abogado y periodista Américo Lugo, discípulo de Hostos (Guadarrama, 2004: 229).

3

Las Escuelas Normales comenzaron a funcionar en 1880. El decreto estableció la instalación de dos planteles: el de Santiago de los Caballeros, ciudad al noroeste de la capital dominicana, sólo tuvo actividades de finales de 1880 a mediados del año siguiente, y el otro, que tendría su sede en Santo Domingo, trascendió como un modelo de reorganización educativa en un país en el que el desarrollo de la educación moderna, según Raymundo González (2007: 4), está ligado con la evolución intelectual.

Eugenio María de Hostos, cuya madre era dominicana, diseñó el concepto de la Escuela Normal en la que propuso los ideales de libertad y de justicia a través de la formación de ciudadanos conscientes de ser parte de una república. El puertorriqueño recurrió a los aportes de ciencias modernas como la Sociología, que afirmaba que el desarrollo de las sociedades es un “todo orgánico, interdependiente, y en continuo desarrollo ascendente regido por las leyes sociales, casi tan inexorables como las leyes que gobiernan la naturaleza” (González, 2007: 6). Las otras ciencias en las que Hostos se apoyó fueron la Psicología y la Pedagogía, que insistían

en la formación de la conciencia y el carácter de las personas desde la infancia de un modo progresivo [...] Las características de ese sistema cumplían con los requisitos de un plan científico de enseñanza, que el propio Hostos quiso recrear en un método normalista, propio del siglo XIX, que a su vez partía de la geometría y culminaba en los conocimientos de la naturaleza y la sociología, resaltando así el carácter natural de la educación y de su función como órgano para el desarrollo de la misma sociedad (González, 2007: 6).

La “nueva” enseñanza tenía su núcleo en la ciencia positiva, dentro de la cual Hostos no se limitó a repetir las ideas de Augusto Comte, filósofo francés, creador de la sociología

y del positivismo, y de Herbert Spencer, filósofo y psicólogo inglés, sino que forjó “una lógica social eminentemente moralista en que la objetividad no choca con los juicios valorativos y en que las aspiraciones humanistas no están reñidas con los objetivos de la ciencia” (Méndez, 1989: 39, citado en De la Torre, 2006: 6).

Hostos nació en el occidente de Puerto Rico en enero de 1839. Su formación académica comenzó cuando era muy joven, primero en Barcelona y después en Madrid, donde dejó inconclusos estudios de Filosofía y Derecho. Allí se relacionó con seguidores del krausismo, sistema filosófico creado por el alemán Friedrich Krause, que anteponía las asociaciones de finalidad universal como la nación, la familia y la humanidad, frente a las asociaciones limitadas como la Iglesia y el Estado. Esta corriente tuvo auge en la segunda mitad del siglo XIX, y contó con el influjo determinante de las corrientes liberales de la época y en ellas Hostos forjó su estructura cultural (Alarcón, 2003: 7-8). Comenzó a trabajar en favor de las independencias de Cuba y Puerto Rico en 1868. Quería que su nación fuera parte de una confederación antillana, junto con Cuba y Santo Domingo. Recorrió América explicando el problema de las islas caribeñas. Estuvo por primera vez en República Dominicana de 1875 a 1876. Tres años más tarde recaló nuevamente en la única Antilla libre con el propósito de educar a profesores que educaran después al pueblo. Esos maestros debían ser hombres de razón y de conciencia, según su método. En Santo Domingo, “donde se concebía la cultura dentro de las normas clásicas y escolásticas que sobrevivían de las viejas universidades coloniales, enseñó la moral laica, <<forjando los espíritus en el molde austero que en la razón se inspira>>” (Henríquez Ureña, 1960: 675).

Hostos es valorado como la personalidad más representativa del positivismo en República Dominicana. Sin embargo, antes que él otros pensadores de la isla habían expresado opiniones acerca de esa corriente filosófica. Este es el caso de Pedro Francisco Bonó, político y filósofo dominicano considerado el padre de la sociología dominicana por sus estudios sobre la composición social, la realidad y la historia de República Dominicana en el siglo XIX. Intentó una reforma educativa antes que Hostos, bajo la idea de la mezcla social de las clases para lograr un adecuado equilibrio y progreso (Guadarrama, 2004: 223-224). Las ideas del sistema de enseñanza de Hostos tenían su fundamento en el pensamiento del filósofo suizo Jean Jacques Rousseau, cuya concepción

educativa contemplaba la idea no del salvaje, sino del hombre que se educa en armonía con los dictados de la naturaleza. Esto llevó a Rousseau, por un lado, a la concepción romántica de la vida y del arte, y por el otro a la revolución social y política (Henríquez Ureña, 2015: 40). Su pensamiento se propagó a través de otros pedagogos como Johann Heinrich Pestalozzi, pedagogo suizo que planteó que el desarrollo de los niños debe respetarse, procurándoles juegos para una educación integral, para él sólo la educación podría transformar al hombre en hombre, y el educador debía ser una guía para elevar la conciencia moral, así como del educador y filósofo alemán Friedrich Froebel, creador de los jardines de niños, y Herbert Spencer. Pero la interpretación y las aplicaciones, así como las combinaciones de esas ideas y de los principios que de ellas se desprendieron, alcanzaron con él “la originalidad que le prestaron modos de ver propios y personales observaciones de quien, valiéndose del gran depósito de experiencias del pasado y del presente, estudió por sí mismo y reflexionó para encontrar su verdad” (Henríquez Ureña, 2006: 135).

Dos de los principales colaboradores de Hostos, Francisco Henríquez y Carvajal y Salomé Ureña, se casaron el 11 de febrero de 1880, una semana antes de la inauguración de la Escuela Normal de Santo Domingo. Después de la boda, Francisco Henríquez siguió al frente de la Escuela Preparatoria junto con José Pantaleón. Salomé Ureña continuó escribiendo poesía, aunque sus temas ya no sólo fueron civiles o patrióticos: dedicó varios textos a la figura varonil de su esposo y a expresar sentimientos maternos. Debido a que la inscripción a la Normal era exclusiva para hombres, en noviembre de 1881, la poetisa abrió el Instituto para Señoritas, primera escuela que impartió educación superior a las mujeres dominicanas con un plan de estudios que tenía “por inquebrantable fin el desenvolvimiento rápido y progresivo de la razón” (Rodríguez, 1960: 126). Con la creación de esta escuela normal para mujeres, Hostos señaló que se completaba la reforma educativa y que se daba al progreso el empuje que le faltaba cuando el primer iniciado en sus ventajas no era la mujer (Rodríguez, 1960: 6). Los esfuerzos de Hostos, Ureña y demás colaboradores se dirigían a elevar el nivel educativo de la población dominicana, que no superaba los dos años de escolaridad (González y otros, 2013: 56).

Durante el primer lustro de la década de 1880, el partido Azul gobernó República Dominicana. En esta etapa los presidentes Gregorio Luperón, Fernando Arturo de

Meriño, Ulises Heureaux y Francisco Gregorio Billini, impulsaron diversas políticas culturales, educativas, económicas y sociales. Francisco Henríquez ocupó el cargo de secretario particular del presidente Meriño y, con 21 años de edad, inició su participación en la política con uno de los puestos más ambicionados por sus compañeros de partido. En 1880 ingresó también al Instituto Profesional para estudiar Derecho y Medicina, y el año siguiente fue profesor del Instituto de Señoritas. El Instituto Profesional sustituyó desde 1866 a la antigua Universidad de Santo Domingo. En esa escuela de educación superior se formó una de las generaciones más importantes de letrados dominicanos.

El ideal educativo de Hostos y de los esposos Henríquez Ureña tuvo que enfrentarse con la tradición de la sociedad dominicana, que ceñía los aspectos de la enseñanza a lo doméstico. El modelo del siglo XIX relegaba a las mujeres al ámbito del hogar, donde también desempeñaban una labor educadora. La propuesta positivista de Hostos planteaba la necesidad de la educación formal de las mujeres, pero sus opiniones y posicionamientos al respecto eran poco claros y, en ocasiones, encontrados. La defensa del puertorriqueño de la instrucción femenina encaró a la definición que consideraba a la mujer “como un ente de corazón y no de razón, estandarte de la abnegación, el sentimiento y el ornamento de la vida de los hombres, a quienes estaba subordinada” (Brea, 2007: 12). Un ejemplo de ello es el intento que hizo en 1876 el escritor dominicano Nicolás Heredia por enaltecer la obra de Salomé Ureña al nivel de las poesías hechas por hombres: la llamó poeta, más que poetisa, ya que el género femenino se reflejaba sólo en la gramática, pero sus deseos eran los del varón justo y el arte su campo de pelea (Rodríguez, 1960: 33).

Hostos consideraba que Salomé Ureña era una figura que se sobrepuso con personalidad espontánea al círculo de hierro que la oprimía con su tradición, educación e ignorancia. Para reforzar y justificar la creación del Instituto de Señoritas, y con el fin de sacudir conciencias respecto de la enseñanza femenina, Hostos escribió en 1881 el artículo “La educación de la mujer”, que fue publicado por entregas en un periódico de Santo Domingo. En el texto sostiene que la enseñanza formal de las mujeres les haría valer moralmente más que los varones y las prepararía para ser las primeras educadoras de los hombres, como quiere la naturaleza; desde la cuna del hombre-niño, “del hombre-adolescente, por el afecto fraternal; del hombre - joven, por la influencia mejorada del

afecto virtuoso; del hombre de todas las edades, por el estímulo, el ejemplo y el respeto” (Hostos, 2007: 107).

Según Hostos, la educación correcta para el desarrollo moral, intelectual y social de la mujer ayudaría al cambio de vida de muchas sociedades jóvenes latinoamericanas que tendrían una existencia más sana, viril, honrada y concienzuda, con base en la indagación familiar de la verdad buena y bella, en la pasión de las proezas hechas en el mundo por el arte, la ciencia y la virtud. Consideraba que la educación de la mujer en República Dominicana era necesaria, pero sin que los planes de estudio fueran los mismos que para los varones: no debía empezar por ninguna ciencia, sin embargo, esta sería su objetivo. El plan racional de la educación femenina tendría las bases de utilidad práctica y desenvolvimiento teórico; comenzaría a los siete años de edad y concluiría hacia los quince (Hostos, 2007: 109, 114).

Respecto del papel de la madre y del entorno en el desarrollo físico, moral e intelectual del ser humano, Hostos escribió en Chile, en 1873, que la educación física es iniciada por la madre –en cuanto a desarrollo fisionómico—, continúa en educación moral aportada por el ejemplo y concluye en la educación intelectual que da el tiempo, y afirma:

¿Por qué es educadora física la madre? Porque es, con la experiencia material, una necesidad y una satisfacción natural de necesidades. ¿Por qué son educadores morales la madre, el padre, los deudos, los allegados del infante? Porque son factores del ejemplo. ¿Por qué son educadores intelectuales la realidad de la ciencia y la existencia, el progreso, el espíritu de la época, los libros, los que profesan las ciencias, las artes, las letras, la industria, la verdad, el error, la justicia, la injusticia, la libertad, la tiranía, etcétera? Porque son coeficientes del tiempo. En otros términos menos rigurosos: siendo desarrollo voluntario y reflexivo toda educación y siendo progresivo o gradual o sucesivo todo desarrollo, empieza por la voluntad de la madre en el embrión de hembra o mujer, continúa por la voluntad del niño o de la niña en el contorno moral de la hembra o del varón, concluye por la voluntad y la reflexión del adulto o de la adulta en la fisonomía intelectual de todos los seres racionales. Por lo tanto, la educación debe comenzar en donde y por

donde comienza a manifestarse el ser racional, pertenezca a un sexo o a otro sexo (2007: 78-79).

Mientras la reforma educativa continuaba, en diciembre de 1882 nació el primer hijo de la pareja Henríquez Ureña. Como era costumbre, llevó el nombre del progenitor, Francisco Noel y sería llamado Fran. Salomé Ureña retomó la lira que había guardado desde su matrimonio y escribió el poema “En el nacimiento de mi primogénito”, en el que vuelve a los sentimientos patrióticos de sus primeras poesías para ofrendar a un nuevo miembro al mundo y al país como prenda de paz y de amor santo. Estas ideas corresponden con el pensamiento que imperaba sobre el cultivo del intelecto en la mujer, que tendría un uso social “exclusivamente: la beneficiosa influencia en los hijos y a través de ellos a la sociedad” (Brea, 2007: 24). Salomé atendió simultáneamente los deberes docentes y los maternos. La cuna de Fran estuvo siempre cerca de ella en las aulas del Instituto de Señoritas, cuya sede estaba en su casa.

En septiembre de 1884, durante el breve gobierno de Francisco Gregorio Billini, se graduó la primera generación de estudiantes de la Escuela Normal. Con ese motivo, Eugenio María de Hostos pronunció el discurso laico “El propósito de la Normal”, en el que “declaró toda su fe, describiendo en síntesis, con singulares parábolas y relampagueantes apóstrofes, el ideal y el sacrificio de su vida, sus principios éticos y su concepto de la enseñanza como base de reforma espiritual y de mejoramiento social” (Henríquez Ureña, 1960, 678). En la alocución, el educador reconoció los esfuerzos de sus antecesores en favor de la educación dominicana y supuso también que los seis primeros maestros graduados de la Normal contribuirían de manera definitiva a impulsar una revolución en la enseñanza que trascendiera hacia una educación espiritual y moral. Hostos y los reformistas querían sustituir la educación tradicional de espíritu religioso por programas y métodos modernos, laicos, en la enseñanza oficial (Henríquez Ureña, 1960: 130).

4

El segundo hijo de la pareja Henríquez Ureña nació el domingo 29 de junio de 1884. El niño fue registrado y bautizado con los nombres de Nicolás Federico, el primero por su abuelo materno y el segundo por su padrino y tío paterno (Henríquez Ureña, 1989: 34).

Según consta en las actas de nacimiento y de bautizo, ambas del 27 de noviembre de 1884, el nombre de Pedro no se inscribe en ellas. Sin embargo, este le fue impuesto por el santoral del día de su nacimiento, de acuerdo con la tradición católica. En su correspondencia, sus padres se referían a él como “Pibín”. En la víspera de su cuarto cumpleaños, el 28 de junio de 1888, Francisco Henríquez escribió por primera vez a su esposa el nombre con el que su hijo trascendería en la historia cultural hispanoamericana: “mañana es cumpleaños de Pibín, el gran Pedro Nicolás Federico” (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 94).

El infante tuvo un ataque de difteria antes de cumplir los seis meses de edad. Ante el temor de una muerte sin bautismo, según la creencia católica, sus familiares lo llevaron apresuradamente a recibir el primer sacramento. Mientras el pequeño descansaba en los brazos del sacerdote y expresidente Fernando Arturo de Meriño, la madre rogaba a Dios de rodillas en la iglesia. El doctor Juan Francisco Alfonseca, primer dominicano graduado en Medicina por la Universidad de París desde la independencia, conocía mejor que nadie las enfermedades infantiles y epidemias de la época en Santo Domingo. El doctor Alfonseca, amigo y colega de Francisco Henríquez, solicitó que le dieran unos minutos para la ciencia y cargó a Pedro; algunas horas después la enfermedad cedió y el niño sobrevivió (Rodríguez, 1984: 18). Salomé Ureña escribió entonces el poema “Horas de angustia”, en el que refleja los sentimientos y el desconcierto por ver sufrir a su hijo, así como el dilema de apelar a la fe y a la ciencia para buscar una cura.

La Iglesia católica era parte fundamental de la sociedad dominicana de finales del siglo XIX. La asistencia a los recintos y la devoción ritual eran asunto, principalmente, de mujeres. La influencia de esta religión sometía a los sectores político, social y económico a una organización social y a la totalidad de convicciones y creencias que eran recomendables por ser testimonio de la fe católica (Hoetnik, 1971: 260). Salomé Ureña, que había sido educada en esa tradición, mantendrá los principios religiosos en la formación de sus hijos, sin llegar a enfrentamientos con su esposo, quien además de ser científico era descendiente de judíos sefardíes. Este grupo de emigrantes se asimiló con rapidez a la sociedad dominicana debido al desorden y al reducido número de sus integrantes, que les impidió mantener una vida religiosa organizada e influyó para que se volvieran visitantes regulares de las iglesias católicas. Su desorganización incluía la

educación, por lo cual recurrieron a las instituciones públicas o privadas para instruirse e instruir a sus familias (Hoetnik, 1971: 52-53).

Las propuestas educativas de Hostos (2007: 78) y la innovación de sus métodos fueron la base de la familia Henríquez Ureña. Sin embargo, Fran, Pedro y Maximiliano (Max), este último nacido en noviembre de 1885, no asistirían a un plantel escolar sino hasta la adolescencia, continuando con la tradición que se forjó desde la fundación de la República Dominicana, que hizo que la cultura y la educación inicial de los niños se refugiara en las residencias particulares. La educación de los tres hijos estuvo a cargo de la madre.

En la enseñanza dominicana se fomentaban los valores familiares “y la influencia de la religión católica como valor formativo [...] La Iglesia y sus más conspicuos exponentes, los que manejaban el verbo y la espada, aquellos hombres purpurados, fueron abiertos opositores al proyecto reformador hostosiano” (Durán, 2010: 17-18). El sacerdote y educador Francisco Xavier Billini, discípulo de Fernando Arturo de Meriño, era director del Colegio San Luis Gonzaga, que servía como iglesia, asilo, taller y escuela, encarnó el antagonismo a los nuevos métodos reformistas. Era discípulo de Fernando Arturo de Meriño. Con la fundación de su escuela en 1867 colaboró en el resurgimiento de la educación superior dominicana posterior a la Restauración de República Dominicana. El religioso defendió a la llamada educación clásica argumentando que la ciencia se aparta de Dios, y que así éste es proscrito de las escuelas. Además, señaló que la nueva educación fue la causante del aumento de la criminalidad a partir de 1881. Hostos demostró la virtud del programa de estudios de la Normal; Billini retiró sus acusaciones e introdujo un programa con elementos de su rival en su propio colegio (Hoetnik, 1971: 236-237).

La reforma educativa continuó dando frutos. El 17 de abril de 1887, el Instituto de Señoritas graduó a sus primeras seis maestras normalistas con un título otorgado por la Escuela Normal para varones. El acto representó la concreción de las aspiraciones de Hostos, que se empeñó en que la mujer dominicana fuera partícipe de la modernización de la enseñanza. Francisco Henríquez, impulsor de la nueva educación, intensificó sus actividades docentes: impartió cátedra en el Instituto de Señoritas y en los cursos preparatorios de Letras y Ciencias del Instituto Profesional, y organizó la Sociedad

Amigos de la Enseñanza y su órgano de difusión, el periódico *El Maestro*, primera publicación pedagógica editada en República Dominicana. El periódico se publicó diez meses y en él se anunciaban gratis los colegios y escuelas de Santo Domingo. Henríquez y Carvajal escribió artículos relacionados con su labor docente, entre ellos “Los nuevos métodos de enseñanza” y “El programa, el método y los textos” (Henríquez Ureña, 2016: 21). Completó también sus estudios superiores y en enero de 1887 obtuvo el título de licenciado en Medicina y Cirugía en el Instituto Profesional, escuela en la que cinco años antes se había graduado como licenciado en Derecho, profesión que nunca ejercería.

Europa era el destino preferido de los latinoamericanos para cursar estudios profesionales. Francisco Henríquez sabía que en República Dominicana se ofrecían becas o favores presidenciales para el viaje. El monto para la manutención era insuficiente para cubrir los gastos de un estudiante y para sostener a una familia con tres hijos pequeños, hecho que hizo dudar a Henríquez si solicitar la beca o no. Su esposa le propuso completar la cantidad con las cuotas que recibía en el Instituto de Señoritas. Henríquez aceptó el apoyo y en agosto de 1887 se embarcó rumbo a Francia para estudiar un doctorado en Medicina en la Universidad de París. Obtuvo también una beca oficial y el encargo de ser mentor de Ulises Heureaux y de Salvador B. Gautier, hijos del entonces presidente de la República y del ministro de Relaciones Exteriores, respectivamente (Henríquez Ureña, 2016: 30-31). La visita a Europa era, en la tradición humanística-aristocrática, la coronación de la enseñanza y podía utilizarse como estandarte de una posición social, económica o política (Hoetnik, 1971: 267). La idea de Francisco Henríquez y Carvajal era aprovechar el viaje para prosperar, ya que las “divisiones quedaban establecidas, entonces como ahora, por la riqueza y la educación” (Henríquez Ureña, 2015: 53 y 60).

5

Francisco Henríquez llegó a Francia el 24 de agosto de 1887. Mientras, en Santo Domingo, Salomé Ureña seguía la frente del Instituto de Señoritas y se dedicaba a la educación de sus hijos, los tres “Gracos”, como los llamaba su padre en relación con “una familia plebeya de la antigua Roma, integrada por Tiberio Sempronio Graco (210-151 a. C.) y Cornelia, [...] De sus doce hijos, solo tres alcanzaron la adolescencia. A la muerte de Tiberio, recayó sobre Cornelia el cuidado de educar a sus hijos, a quienes consideraba

sus <<joyas>>. Salomé, a su vez, se reconocía en la figura de Cornelia” (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 26).

Con la intención de que sus hijos no perdieran tiempo en cosas ajenas a su educación, Francisco Henríquez le recomendaba a su esposa actividades y libros, y le enviaba lápices de color para que los niños practicaran el dibujo y despertaran sus aptitudes para la lectura. En una de sus cartas dijo a la poetisa: “Educarás á tus hijos y los verás ascender por el camino del bien y de la ciencia con paso de triunfadores” (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 84).

Los pequeños iniciaron su formación en su hogar y recibían ocasionalmente lecciones de las discípulas de Salomé Ureña que asistían al Instituto de Señoritas. La educación provista por el Estado dominicano a inicios de la década de los ochenta del siglo XX se caracterizaba por tener pocas instalaciones propias. La “escuela-aposento”, como la llama Alfonseca (2018), tenía la hegemonía de la educación que era impartida en locales pertenecientes a los maestros, que recibían a estudiantes subvencionados por el gobierno central, principalmente a hijos de militares y de gente que no tuviera recursos para pagarla. Pero aceptaba también a quienes podían cubrir los gastos por asistir a las clases.

En este sentido, los padres de los Henríquez Ureña decidieron no enviarlos de manera temprana a ninguna escuela. A ellos no les permitían corretear por las calles y plazas ni tener amistades de ningún tipo. En cambio, podían correr en los patios y techos de las casas donde vivían. La educación del grupo fraternal comenzó en un ambiente cerrado en el que pronto destacaría Pedro. Fran se rezagaba ante la desesperación de su padre, quien depositó en su primogénito la encomienda de ser el guía natural de sus hermanos menores por haber visto en él una superioridad de entendimiento y mayor sensibilidad moral (Familia Henríquez Ureña, 1992, T. I: 16).

Salomé Ureña regresaba a la poesía en momentos que requerían respuestas o argumentos inmediatos. Uno de ellos fue cuando Pedro le preguntó qué era patria, al escuchar el Himno Dominicano escrito por su padrino de confirmación, Emilio Prud’homme, hombre de “tez bronceada y porte severo, aunque esa severidad era atenuada por su mirada acogedora” (Henríquez Ureña, 1969: 13). Ureña escribió entonces el poema “¿Qué es Patria?”, para explicar a su hijo de tres años de edad los anhelos que

esa palabra tuvo en ella y las esperanzas que aún le hacía albergar en su corazón. La poesía es una respuesta breve y entusiasta, y un ejemplo de una madre que veía en su pequeño la inquietud por conocer.

Una de las principales causas para la estimulación temprana de los Henríquez Ureña hacia el estudio, las artes, el humanismo y la docencia fue la pertenencia a una familia ilustrada. Sus padres formaban parte de la élite intelectual de República Dominicana y su hogar era centro de reunión de prominentes figuras de la cultura caribeña, como Eugenio María de Hostos, Federico Henríquez y Carvajal y Emilio Prud'homme. Otro elemento que contribuyó a forjar el carácter, actitudes y conducta de los hermanos fue su cercanía con la religión. Su abuela materna era una devota que durante la ocupación haitiana recitaba versos religiosos; su madre no olvidaba rezar diariamente, a las seis de la tarde, el Ángelus con ellos. Además, presenciaban las continuas celebraciones litúrgicas en Santo Domingo, las cuales les parecían pomposas y animadas. Pedro nunca escuchó una idea contra la religión y por ese motivo no podía menos que creerse religioso, aunque no fue presionado para seguir prácticas católicas. Nunca se le inculcaron nociones profundas, por lo que no tuvo crisis de duda sobre el credo (Henríquez Ureña, 1989: 38). Para su padre las ideas religiosas como el cielo y el infierno eran, más que inútiles, perjudiciales, por lo que sugería que se evitaran en la educación de sus hijos (Familia Henríquez Ureña, T. I: 98).

Francisco Henríquez y Salomé Ureña evitaron ceñir el pensamiento religioso de sus hijos, pero no se mostraron tan indulgentes respecto de la doctrina filosófica con la que serían educados. Uno de los factores ideológicos que intervinieron para que no fueran inscritos en la escuela dominicana es que sus padres animaban el positivismo en las instituciones educativas y para ellos “era inadmisibles enviar a sus hijos al Colegio San Luis Gonzaga, dirigido entonces por el padre Francisco Xavier Billini, quien además de ferviente opositor al positivismo, había sido anexionista. Todo lo contrario de lo que representaba en Santo Domingo el matrimonio Henríquez-Ureña” (Piña, 1998: 475).

El interés por el estudio se reflejaba con mayor intensidad en Pedro. Max trataba de imitar lo que éste hacía, pero Fran no daba señales de encaminarse decididamente hacia su educación. A pesar de los esfuerzos de la madre, los avances intelectuales de sus hijos fueron dispares desde el principio. En marzo de 1888, Fran parecía mejorar y trataba de

ser obediente; en cambio, Pedro mostraba pasión por el estudio. Pronto aprendió a leer y aventajó también a Fran en los números y podía leer cualquier cantidad sin equivocarse del uno hasta el quinientos. Max estaba apenas en la etapa de la formación del lenguaje y seguía en todo a Pedro, quien progresó de manera asombrosa y a los cuatro años de edad quería descifrar cada palabra que veía en los rótulos de los edificios. Salomé Ureña pedía a su esposo que no se desconsolara al saber que sólo Fran era desaplicado; confiaba en que su desatención fuera pasajera. El padre celebraba los avances de Pedro, pero quería saber también los de Fran. Él siempre pensó que el mayor sería el matemático, y no Pedro (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 19 y 127). La apuesta seguía siendo por el primogénito. Francisco Henríquez, en una carta de enero de 1888 a Salomé Ureña, dice que Fran, de cinco años, estaba

en la edad en la que se decide la vocación por el estudio. Verlo crecer como un niño bobo, que no toma interés por las cosas, es verlo correr hacia su inutilización [...] Oh, no, no puedo pensar que él pueda pasar sus años más propicios sin utilizar debidamente el tiempo. Para emprender decididamente su educación, no me esperes: es perder demasiado tiempo. Quiero que me des informes detallados de lo que se hace con él, de lo que aprovecha o no, de lo que se muestra capaz. Sin abrumarlo, es tiempo de enseñarlo. Si pa (sic) algo lo crees útil, consúltame sobre el particular (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 16)

Fran tenía la misma facilidad que Pedro para estudiar, pero no le gustaba; tenía mala actitud, “era el peor de los tres y contribuía con sus majaderías a desorganizar a los dos chiquitos” (Familia Henríquez Ureña, 1996: T. I: 170). Salomé Ureña decidió que Fran estaría mejor al lado de su padre y lo envió a París en junio de 1889. El viaje de Fran, que aún no cumplía los siete años de edad, angustió a su madre que se juzgaba culpable y desnaturalizada por enviarlo voluntariamente al peligro. Sin embargo, se consolaba al pensar que ese sacrificio lo hizo por el temor de que las malas costumbres siguieran desarrollándose en él durante la ausencia de Francisco Henríquez (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I. 159:160). Así, ella se dedicó a la educación de Pedro y Max. El primero asumió el papel provisional de hermano mayor. Su madre intuía que había algo extraordinario en ese niño de cinco años de edad al que nadie se había propuesto

enseñarle: todos sus juegos eran estudios, las “construcciones de kindergarten son para él lo más fácil del mundo; toma su libro y todo lo copia con el juego de tablitas y cubos” (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 170). Pedro se había planteado aprender a escribir de la misma manera como aprendió a leer: sin que nadie le enseñara, porque no quería dirección alguna. La tarea de Salomé Ureña sería comenzar a orientarlo para ordenar los conocimientos que había adquirido. Si Fran desconsoló a su padre por no destacar en los estudios, Pedro lo llenaría de satisfacción con sus grandes progresos (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 170-171).

Francisco Henríquez tuvo la primera evidencia del adelanto en el aprendizaje de Pedro con una carta que éste le envió a París el 18 de octubre de 1889. El esfuerzo infantil para ordenar el mensaje fue dirigido por su madre. En una hoja doblada en seis pliegues horizontales, el niño dedicó su primera epístola a su padre ausente y en poco más de 20 palabras con letras mayúsculas le solicitó materiales para continuar dedicándose a su afición:

PAPA YO QUIERO TIZA DE COLOR I TANBIÉN VERDE I QUIERO
QUE VENGAS PARA LA NOCHE BUENA QUE EL AÑO QUE VIENE
ESTÁ MUI LEJOS
TU HIJITO
PIBIN²

El pequeño escribió dos cartas más a su padre en este periodo con la intención de demostrar los avances en el estudio y enviarle muestras de afecto:

PAPA MIO YO TE QUIERO MUCHO YO VOI SIENDO BUENO Y
RUEGO POR TI TODAS LAS NOCHES MANDAME LIBROS BONITOS.
YO CONOZCO MUCHOS NUMEROS Y SE LEER CANTIDADES
YO ME ACUERDO DE TI Y BESO TU RETRATO
TATA TE MANDA UN ABRAZO
TU HIJITO
PIBIN³

² AHECM, FPHU, Caja 1, Sobre 25, Foja 3.

³ AHECM, FPHU, Caja 1, Sobre 25, Foja 4.

En la tercera y última epístola, Pedro solicita libros a su padre y le escribe sobre algunos de sus gustos y nuevas habilidades:

PAPÁ PANCHO: YO YA SÉ LEER I CONTAR I ME GUSTAN MUCHO
LOS NUMEROS. MÁNDAME MUCHOS LIBROS QUE TENGAN
NÚMEROS.

DE LOS JUGUETES QUE MANDASTE AHORA ME GUSTAN LA
LOTERIA I LA JUEGO CON MI MAMA.

YO QUIERO SABER QUE HAY MAS ALLÁ DEL SENA Y SI ESE RIO
TIENE BARCOS COMO EL OZAMA.

YO NO QUIERO LIBROS DE PAPEL SOLO DE CARTON COMO EL DE
FRAN PARA QUE NO SE ME ROMPAN

NANA DICE QUE LE MANDES UNOS ESPEJUELOS.

TU HIJITO

PIBIN⁴

En su correspondencia, Salomé Ureña describía a su esposo los avances educativos de sus tres hijos: Fran, que estaba en París, aunque era malcriado y mimado, tenía un aire despierto e inteligente, y siempre se había distinguido por su manera de hablar. Ningún niño dominicano sabía usar términos tan escogidos como los que él empleaba sin esfuerzo. Pedro y Max se expresaban mejor que los niños de su edad que asistían al Instituto de Señoritas (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 184).

Durante la estadía de Francisco Henríquez en París, Pedro se acercó por primera vez a la literatura clásica occidental de la mano de su madre, que le entregó los resúmenes de algunas obras que José Martí, político, escritor y poeta cubano, publicó en *La edad de oro*, periódico mensual de recreo e instrucción dedicado a los niños de América, en el cual se pretendía decirles cómo estaba hecho el mundo y qué habían hecho los hombres en él (Martí, s.f.: 4). La publicación sólo tuvo ocho números y fue editada en Nueva York en julio de 1889. En agosto del mismo año, Salomé Ureña se suscribió al periódico y lo ofreció a Pedro como un premio que enviaban a los niños que eran dóciles y obedientes, ya que él tenía un carácter irritable (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 168).

⁴ AHECM, FPHU, Caja 1, Sobre 25, Foja 5. Estas cartas son las únicas conocidas que Pedro Henríquez Ureña escribió a su padre a lo largo de su vida.

Francisco Henríquez planeó concluir el doctorado a finales de 1889, pero no lo logró y prolongó su ausencia. Salomé Ureña comenzó a pensar que no se cumpliría el anhelo de que su familia viviera en un hogar pequeño, sin cuidarse del mundo, con su cariño y virtud como única riqueza. En mayo de 1890, escribió a su esposo:

Mis hijos van creciendo como las plantas salvajes. Yo asustada y con la cabeza llena de pensamientos tristísimos, no tengo acierto para dirigirlos, para estudiar sus inclinaciones y encaminarlas convenientemente. Cuánta pena me dan. No tienen distracciones de ningún género, a no ser las que ellos mismos inventan, que son siempre las mismas y hacen monótonos sus juegos. Me llamo criminal, me digo que eso no es ser madre; y sin embargo, no tengo fuerzas para sacudir el sopor que me abrumba y consagrarme a su educación. ¿Cómo ha de ser si vivo esperándote y tú no llegas? ¿Cómo ha de ser si por volar en tu busca me paso las horas con la cabeza entre las manos, y el espíritu lejos, muy lejos de cuanto me rodea? Ya Pibín no sabe leer, ya se le presenta una cantidad algo complicada y no la conoce; ha perdido la espontaneidad que manifestaba por el estudio, y yo no he sabido despertarla y conservarla como era necesario.

Ah! tú debieras venir de cualquier modo. Si se hace preciso ir con la calma prescrita últimamente, debes pensar que el hogar te reclama y que no puedes disponer de más tiempo, porque tú no te perteneces (Familia Henríquez Ureña, 1996, T.I: 195).

Con desesperanza, Salomé Ureña imaginó cercano el fracaso del proyecto conjunto de dar una formación ilustrada a sus hijos. Deseaba gozar con su marido al educar y dirigir a sus pequeños porque veía en ellos condiciones para sobresalir. En septiembre de 1890 escribió a Francisco Henríquez:

¿Y nuestros hijos? ¿Qué será de ellos? Cuántos sueños de porvenir desvanecidos! Soñábamos para ellos una vida de grandes aspiraciones, soñábamos formarlos hombres instruidos y hasta eminentes para laborar en el bien de la patria y de la civilización; soñábamos dejarles por herencia los grandes ideales del progreso y de la dignidad humana; y no tienen en perspectiva más que la horfandad (sic) con todas sus penalidades

abrumadoras, que impiden el desarrollo del espíritu y hacen seres desgraciados de muchas almas nacidas para el bien y la virtud (Familia Henríquez Ureña, 1994, T. I: 197).

Las respuestas de Francisco Henríquez contenían inculpaciones recíprocas ante la responsabilidad de educar a sus hijos, tarea que ambos consideraban una empresa de titanes. Regresó a República Dominicana en 1891 con el título de doctor en Medicina. Durante sus cuatro años en Europa, Ulises Heureaux comenzó a consolidar lo que sería una dictadura. Para imponer su poder político en el país, el presidente Heureaux se acercó nuevamente a la Iglesia, lo que acarreó un recelo hacia la educación que se basaba en principios positivistas. Por influencia del Arzobispo Meriño, opositor de las reformas educativas laicas, Hostos abandonó el país en diciembre de 1888, dos días después de graduar a la segunda generación de maestras del Instituto de Señoritas.

Fran volvió de París con su padre. En aquella ciudad asistió a una escuela de párvulos y en República Dominicana se reincorporó a los estudios que sus hermanos hacían en su casa bajo la dirección de sus padres. De inmediato fue aventajado otra vez por Pedro en conocimientos, habilidad y destreza, y éste fue la guía más valorada por Max. En casa de su abuela materna, Pedro encontró un refugio para su precoz afición al estudio. Allí vivían su tía abuela, Ana, quien era una anciana maestra de primeras letras, madrina y “segunda madre” de Salomé Ureña, durante cuatro generaciones enseñó las primeras letras a niños dominicanos, y su tía Ramona, que lo cuidó y lo orientó. Aunque ella no escribió para el público, compartió los gustos literarios de su hermana Salomé, leyeron los mismos libros y creyeron en las mismas ideas; además, “tenía el don de los consejos técnicos hijos del buen gusto” (Henríquez Ureña, 1989: 54). La estancia de Pedro con sus tías era consentida por Francisco Henríquez, aunque no estaba de acuerdo con que los niños dividieran la influencia moral de sus padres, por lo que pidió a su esposa que mantuviera a sus hijos más tiempo a su lado, no por egoísmo, sino por una previsión que fundaba en observaciones propias (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 98).

A los seis años de edad, Pedro tenía inclinación por los números y trató de ejercitar a Max en ese conocimiento, con lo que demostraba una temprana vocación y aptitud para la enseñanza (Henríquez Ureña, 1969: 11). Dedicó tiempo también a la Historia natural, la Zoología y la Geografía, pero tuvo propensión hacia la lectura. Comenzó preguntando

a su madre las palabras que no comprendía en *La edad de oro*, después se acercó a los cuentos de hadas y brujas, tanto leídos como contados por otras personas; siguió con novelas que no fueran extensas. Los libros de aventuras y fantasías del francés Julio Verne eran sus favoritas, pero las leyó poco porque eran muy largas. En el camino que siguió con Max para dedicar sus esfuerzos infantiles a la literatura, se encontraron las funciones teatrales que luego trataban de imitar en su casa. Su deseo se frustraba por la falta de actores debida a la soledad en la que vivían. En esta época descubrieron también la biblioteca familiar. Eligen una traducción al español de las obras del dramaturgo, actor y empresario inglés William Shakespeare en varios tomos e hicieron adaptaciones breves y en su propio lenguaje. Max y Pedro se aventuraron a escribir un drama realista cuyos únicos espectadores –ellos mismos, calificaron como un rotundo éxito que mereció repetirse muchas veces (Henríquez Ureña, 1989: 40-41). Estos juegos infantiles fueron el comienzo de los balbuceos literarios de los dos hermanos dominicanos. La obra teatral de Shakespeare es determinante en la elección literaria temprana de Pedro y Max Henríquez Ureña. Sus primeras lecturas fueron comentadas y explicadas por su madre. Los niños se empeñaron en Hamlet y Otelu, cuyos argumentos conocían por múltiples referencias (Henríquez Ureña, 1969: 16).

En agosto de 1892 Salomé Ureña mostró signos de debilidad física, por lo que se trasladó a Puerto Plata, al norte de República Dominicana, ahí estuvo dos meses acompañada por Pedro y Max. Fran permaneció con su padre en Santo Domingo y conoció al prócer cubano José Martí, quien visitó el Instituto de Señoritas y recibió un homenaje en la Sociedad Amigos del País. De regreso en la capital, Ureña decidió cerrar en diciembre de 1893 la escuela normal femenil por su delicado estado de salud, además de las dificultades económicas que entorpecieron su marcha y la presión política que el presidente Ulises Heureaux imponía a quienes continuaban impulsando la educación positivista. En el Instituto de Señoritas se graduaron 14 maestras normalistas durante doce años de actividades. En la última investidura de alumnas, Ureña argumentó los motivos para concluir con las labores de su centro educativo:

Pero ¡ah! rendida por la fatiga de la lucha, sin recursos, sin medios de ninguna especie para continuar de pie sobre el palenque, solicitada por el santo deber de la educación de mis hijos, que reclama por entero todas las energías de mi

espíritu, sello, con esta última prueba de mi trabajosa labor, la obra iniciada hace doce años (Rodríguez, 1960: 225).

La Escuela Preparatoria fundada por Francisco Henríquez había sido también clausurada en 1889, después de la salida de Hostos de República Dominicana. La situación política asfixiaba cada vez más a los opositores de Heureaux, quien había sido amigo, mecenas y compadre de Francisco Henríquez, pero que hacia 1892 expresó recelo por el apoyo que el doctor dio a Eugenio Generoso de Marchena, candidato opositor a su candidatura para la reelección, a quien conoció en Francia en 1888. En su carácter de médico, Henríquez y Carvajal protestó por el trato inhumano que Generoso recibía en la cárcel. Pronto fue tildado de desafecto al gobierno y durante 1893 se le desacreditó, por lo que su clientela disminuyó en Santo Domingo, una ciudad que carecía de servicios profesionales de práctica quirúrgica, su área de especialización. El acoso duró un año, hasta que en enero de 1894 abandonó el país para refugiarse en Cabo Haitiano, ciudad fronteriza con el norte de República Dominicana. Este exilio duró poco, ya que regresó a Santo Domingo a principios de abril para estar al lado de su esposa, quien estuvo al borde de la muerte en abril de 1894 al dar a luz a su hija Camila mientras sufría una fuerte neumonía.

Después de frecuentes ausencias de Francisco Henríquez, su familia estuvo junta el resto de 1894. La disciplina en el hogar se relajó y Pedro tuvo permiso para visitar a la pareja de un francés y una polaca, cuya hija adolescente ya se dedicaba a la literatura y lo dirigió en los recorridos por su enorme casa y los amplios patios que tenían vista al Ozama (Henríquez Ureña, 1989: 42), río navegable que desemboca en el Mar Caribe y divide a Santo Domingo en dos mitades. El cierre del Instituto de Señoritas y el quebranto en la salud de Salomé Ureña la hizo tomar la decisión de que la educación de sus hijos varones fuera confiada por primera vez a un profesor que asistía a su casa: Francisco Raúl Aybar Delgado, de 19 años de edad y condiscípulo de Eugenio Carlos Hostos, hijo del maestro puertorriqueño (Hostos, 1939: 366). Poco antes, los niños habían asistido durante unos meses a clases de Geografía en la Academia de la Sociedad Amigos del País, fundada por José Pantaleón Castillo. Sin embargo, Pedro y Max reconocerían como su primera escuela al Liceo Dominicano, al cual ingresaron poco después de su fundación en febrero de 1895. Allí se impartía educación primaria y secundaria, y tenía entre sus profesores al joven Aybar (que les enseñó Gramática según Andrés Bello) y a su tío Federico Henríquez y

Carvajal, que impartía Literatura española. En ese plantel, Pedro comenzó con los estudios de Inglés, materia impartida por Mr. Gooding, un pastor protestante (Henríquez Ureña, 1989: 42-43). La decisión de enviarlos a un colegio fuera de su casa se tomó porque su fundador, Emilio Prud'homme, estaba muy identificado con sus mayores e informado en el espíritu de la pedagogía reciente, por lo que, según Henríquez Ureña (1969: 15) era más o menos igual que seguir con sus estudios en su domicilio.

Francisco Henríquez vivió en 1895 entre la ciudad de Santo Domingo, para asistir médicamente a su esposa, y Cabo Haitiano, donde había establecido un consultorio. Fran viajó con él en octubre para ocupar el puesto del hijo idolatrado que está detrás del padre como una figura vista en un jarro o como una lagartija seca, según la percepción de Salomé Ureña (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I. 212). Mientras, Pedro y Fran asistían al Liceo Dominicano acompañados por algún sirviente con la intención de evitar un contacto demasiado disolvente con los demás alumnos. El primero, que estaba poco acostumbrado al trato con otros muchachos, tomó el curso preparatorio para ingresar al bachillerato. Algunos años después Henríquez Ureña recordaría que durante su estadía de un año y medio en el Liceo fue un alumno distinguido y no recibió molestias de nadie ni hizo grandes amistades (1989: 42-43). Salomé Ureña no perdía de vista la objetividad respecto de la educación que ella y su esposo planearon para sus hijos, particularmente en relación con Fran, en quien depositaron sus esperanzas. A finales de 1895 escribió a su primogénito: “Pobre hijo mío! qué porvenir tan grande había soñado para ti, para ustedes. Dios protegerá a tu padre para que esas esperanzas no queden enteramente defraudadas” (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 224). En este periodo se ubica la ascensión de Fran como la figura viril por la intención de sus padres de que fuera el guía de sus hermanos menores; en Pedro depositan sus esperanzas de portador de la inteligencia que Fran no pudo desarrollar como deseaban.

6

La afición de Pedro Henríquez Ureña por el teatro se transformó en inquietudes estrictamente literarias en 1896. Cerca de cumplir 12 años de edad descubrió el poder de la palabra y la magia del verso en el 25 aniversario de la Sociedad Amigos del País, con los discursos y poemas de Emilio Prud'homme, el poeta patriótico José Joaquín Pérez,

considerado el primer alto poeta dominicano, y la discípula de Salomé Ureña, Luisa Ozema Pellerano, entre varios más. Aunque Pedro había visto a su madre declamar sus poesías en los festejos del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América ante un público efusivo en Puerto Plata, ahora descubría que era una poetisa afamada. A partir de aquí Pedro Henríquez Ureña comenzó a tener un interés más serio en la literatura con el hallazgo de la obra poética de su madre y del prestigio que ella tenía en las letras de su país. En esta época empezó a admirar también la presencia de las mujeres en las artes y en la literatura, por lo que sus primeros trabajos se orientaron hacia la compilación de antologías de poetisas dominicanas y cubanas, los cuales se irían completando con el paso de los años.⁵

La práctica de la lectura poética llevó a Pedro a ensayar la escritura de versos bajo la guía de su madre. Su primera poesía y texto señero de su obra conocida, *A Josefa A. Perdomo*, fue hecha en Puerto Plata en agosto de 1896.⁶ El escrito fue inspirado por la muerte de la poetisa Josefa Antonia Perdomo y Heredia, cuyos poemas influenciaron a Salomé Ureña. En una serie que denominó “Balbucesos”, el joven reunió otros seis poemas escritos entre 1896 y 1899.⁷ En este periodo, además, tradujo el poema *Aquí abajo*, de René Francois Armand (Sully Prud'homme, poeta y ensayista francés, primer escritor en recibir el premio nobel de literatura en 1901), que se convirtió en su primer trabajo publicado en la revista *Letras y Ciencias*, del 1 de febrero de 1898, con la firma de Pedro Nicolás F. Henríquez Ureña y la aclaración de que el autor tenía 13 años de edad. Más tarde afirmaría que el trabajo se publicó a disgusto suyo, pues la consideró una traducción “incorrecta”. Este poema aparece al principio de *Poesías juveniles*, una de las primeras compilaciones de la obra de Henríquez Ureña, hecha por Emilio Rodríguez Demorizi en 1949.

⁵ Enrique Zuleta Álvarez indica que parte de estas producciones juveniles podría encontrarse (en 1989), en el manuscrito *Cuadernos de poesía dominicana* de Henríquez Ureña, resguardado en el Museo Nacional de Santo Domingo, sin embargo, no pudo consultarlo. Las notas que Pedro realizó le sirvieron para textos posteriores, como *Literatura dominicana* (1917), *Literatura de Santo Domingo* (1941) o *Reseña de la historia cultural de la República Dominicana* (1945).

⁶ En la libreta “Versos: 1894-1905” (AHCM, FPHU), Pedro Henríquez Ureña numera cinco primeros poemas escritos entre los años indicados: *Mimisintica* (1894) y de 1896 *Beyita*, *Mamá Reina*, *La noche y el mar* y *Ana Osorio*. Sin embargo, no están en el cuaderno y tampoco han sido recogidos en ninguna de las compilaciones de sus obras.

⁷ Estos poemas son recopilados por Miguel D. Mena en el tomo I de las *Obras completas* de Pedro Henríquez Ureña (2015, páginas 47-56).

En esta primera etapa como escritor sufrió la pérdida de su madre, que falleció el 6 de marzo de 1897 debido a una tuberculosis, enfermedad que se agudizó durante los dos últimos meses de su vida. Esos días llenaron el espíritu de Pedro por largo tiempo y los dos de su muerte y entierro fueron para él de inconsciencia y estupor. Poco más de una década después, éste escribiría que su madre fue la guía espiritual que consultaba a cada minuto y que su partida lo colmó de dolor; el proceso del sepelio y los homenajes a la presencia fría que tenía para él más vida y más realidad, se envolvieron en una niebla. Se reprochaba no haber aquilatado suficientemente los versos de su madre mientras vivía y en cambio admirar, por ejemplo, los de otros poetas como José Joaquín Pérez. Pedro Henríquez Ureña afirmó que pasó varios meses con el espíritu en cierto estupor, del cual apenas salía para recordar a su madre; asistía con frecuencia a visitar su tumba y concurrió a veladas organizadas en su honor, después no hizo “sino escribir y pensar en ella” (1989: 47).

Salomé Ureña decía no concebir la felicidad sin ninguno de sus hijos porque todos eran inteligentes y prometían grandes satisfacciones para el porvenir. Sin embargo, no podía dejar de seguir con particular interés los pensamientos de Pedro, que para ella tenía un gran carácter y una gran alma (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 174). La predilección de la poetisa por su segundo hijo se manifiesta en el poema *Mi Pedro*:

Mi Pedro no es soldado; no ambiciona
de César ni Alejandro los laureles;
si a sus sienes aguarda una corona,
la hallará del estudio en los vergeles.

¡Si lo vierais jugar! Tienen sus juegos
algo de serio que a pesar inclina.
Nunca la guerra le inspiró sus juegos:
la fuerza del progreso lo domina.

Hijo del siglo, para el bien creado,
la fiebre de la vida lo sacude;

busca la luz, como el insecto alado,
y en sus fulgores a inundarse acude.

Amante de la Patria, y entusiasta,
el escudo conoce, en él se huelga,
y de una caña, que transforma en asta,
el cruzado pendón trémulo cuelga.

Así es mi Pedro, generoso y bueno,
todo lo grande le merece culto;
entre el ruido del mundo irá sereno,
que lleva de virtud germen oculto.

Cuando sacude su infantil cabeza
el pensamiento que le infunde brío,
estalla en bendiciones mi terneza
y digo al porvenir: ¡Te lo confío!

Ureña inició esta composición en 1888, cuando Pedro padecía una grave enfermedad, y fue concluida el año de la muerte de la poetisa.

La reorganización de la vida familiar incluyó estancias en Cabo Haitiano por la persecución de Ulises Heureaux en contra de sus adversarios, entre ellos Francisco Henríquez, quien llamó a sus hijos para que se trasladaran hacia allá, ofreciéndoles su protección como padre amoroso y la promesa de seguir dándoles el cariño y las ideas de su madre. En una carta para Fran, Pedro y Max, del 4 de junio de 1897, escribió:

Aquí a mi lado podrán seguir sus estudios. No faltarán libros ni periódicos, ni nada que sea útil pa (sic) su instrucción. Ocuparemos la más bella casa del Cabo, si mis proyectos se realizan. Tendrán Uds. los medios de ir a menudo al campo, a tomar baños, á cazar, a pasear. Y de ese modo, y bajo el cuidado de su tía Adelina, que vendrá con Uds. y de Tivicita, Malin y Lelé, que vivirán con nosotros, se pasarán sin sentirlo el año o los dos años que se necesiten pa

que Uds. completen sus estudios de bachilleres. Entonces volverán ó volveremos, mejor dicho, a Santo Domingo.

Tráiganse todos sus libros, cuadernos, papeles; recójanme también los de su madre. Franc traerá su bicicleta y su escopeta (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 276).

Estos viajes alejaron a los Henríquez Ureña de la familia de su madre que permaneció en Santo Domingo, en cambio tuvieron más acercamiento con las hermanas de su padre, Clotilde y Adelina, quienes los acompañaron en el trayecto a Cabo Haitiano. Algunos estudiosos como Rodríguez Demorizi ponen de relieve la relación especial que hubo entre Pedro Henríquez Ureña y su madre, así como el vacío que ésta dejó en su hijo con su muerte. Diony Durán (1992) va más allá y afirma que esta relación se puede entender mejor a partir de la asimilación y elocuente admiración que éste tuvo por las cualidades de luchadora y constructora de su madre y cómo la integró a su visión intelectual como referente del legado heroico del siglo XIX hispanoamericano; para su hijo, Salomé Ureña “se hacía partícipe de los caracteres del creador de literatura que a la vez forja una nueva nación en medio de un universo de aspiraciones cuyo eje central se asentaba en el pensamiento de la Ilustración de mediados del siglo XIX en Hispanoamérica” (Durán 1992: 6-7).

En el análisis del proceso literario hispanoamericano que varios años después realizará Pedro Henríquez Ureña pondrá de manifiesto la relación entre el pensamiento del venezolano Andrés Bello, que sostenía la necesidad de que un sistema de educación e instrucción públicas preparara a los hombres para construir la civilización, y la poesía de Salomé Ureña, que aspiraba a formar a los hombres para que fueran capaces de emprender la tarea histórica de la reconstrucción nacional. “En su poesía, Salomé Ureña apela a las energías del hombre dominicano, menguadas por la guerra, pero potencialmente capaces de enriquecer a la nación” (Durán, 1992: 9).

Las permanencias en Cabo Haitiano después del fallecimiento de Salomé Ureña fueron aprovechadas por Pedro para perfeccionar el francés e iniciarse en el estudio del piano. Además, comenzó a leer novelas extensas como *Madre culpable*, de Amelia Francisci, primera novelista dominicana que, según su tía Ramona, lo metió en desmayos y suspiros, aunque parece que a él le gustó y no le pareció muy mala. Cabo Haitiano le

interesó mucho a Henríquez Ureña por “las correctas costumbres de sus habitantes cultos en contraste con el estado salvaje del bajo pueblo que apenas si se viste; el buen gusto y la comodidad en el interior de sus casas, y sus espléndidas quintas de recreo, en contraste con sus calles sucias, sin alumbrado, y cuyo empedrado del siglo XVIII ha deshecho el tiempo, sin que nadie lo reponga” (Henríquez Ureña, 1989: 45). El centro de su actividad literaria en Haití fue la poesía dominicana y el recuerdo de su madre. En la biblioteca paterna, cuyos libros franceses eran mayoría, se decidió por autores españoles para conocer aspectos generales de la poesía. Aunque discrepaba en algunas de las observaciones sobre varios escritores admirados por él —como Shakespeare—, los estudios de gramática que consultó le dieron elementos para iniciar una introducción a la historia de la poesía dominicana. A principios de 1898 era un tenaz lector de libros de historia, en los que siempre buscaba la historia literaria de los países (Henríquez Ureña, 1989: 50-51).

Francisco Henríquez ocupaba su tiempo en la atención a sus pacientes. En las horas libres, impartía lecciones de ciencia a sus hijos. No veía con buenos ojos que Pedro fuera tan retraído y que su afición exclusiva a la literatura le hiciera descuidar los estudios de ciencia. El joven se mantenía sumido en la tristeza por la poca aprobación de sus tendencias, la nostalgia por su ciudad natal y el recuerdo de la muerte de personas queridas como su tía-abuela Ana Díaz en noviembre de 1896. En su memoria, Henríquez Ureña escribió “Nostalgia”, su único poema en prosa. Regresó en febrero de 1898 a Santo Domingo para continuar con los estudios de bachillerato en el Liceo Dominicano. En el trayecto leyó *Shakespeare* de Víctor Hugo, el poeta del romanticismo francés, muy probablemente en el idioma original. Elaboró una relación en la que colocó en el lugar más alto de la literatura universal a Shakespeare, seguido de Homero, Job, Isaías, Esquilo y Dante, a quienes leyó en traducciones castellanas. Esta lista de autores y el orden que les asigna Pedro Henríquez Ureña reflejan las lecturas e influencias que reconoce en esta etapa formativa: los clásicos griegos, algunos pasajes de la Biblia y la literatura del renacimiento europeo. En su pesquisa incluyó al escritor español Miguel de Cervantes, autor de la obra cumbre de la lengua castellana: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (1605). La elección de este autor denota la intención de mantener la liga con España y su herencia cultural, como sucedía en muchos países hispanoamericanos.

La prosística de Víctor Hugo influyó brevemente en Pedro Henríquez Ureña, quien pronto regresó al estudio de la poesía dominicana y comenzó a formar su propio estilo con base en una prosa sobria, alejada de la influencia del escritor francés, “aunque con la peculiaridad de introducir con frecuencia, en frases que expresan nociones centrales, ideas incidentales de poco interés” (Henríquez Ureña, 1989: 52). Sin embargo, el modelo para la elaboración de compendios de poetas antillanos que inició con Max fue la *Antología de poetas hispanoamericanos* del filólogo y crítico literario español Marcelino Menéndez Pelayo, quien se refirió con elogios a Salomé Ureña y José Joaquín Pérez en 1893. El influjo de ese autor hispano es determinante en la formación de Henríquez Ureña, pues lo llevó a interesarse por la literatura española antigua, sobre todo por la de “los Siglos de Oro, y por sus expresiones americanas. Y al mismo tiempo reforzó en él una actitud estética general, pero que ayuda a comprender muchas opiniones concretas: la preferencia por <<la literatura clásica>> en sentido amplio, no sólo la que se basa en el estudio de los modelos griegos y latinos y de sus imitadores, sino la que se opone a la romántica y busca la claridad y la armonía” (García, 2002: 74).

En Santo Domingo, Pedro decidió su camino literario, perdió interés por la ciencia y dejó de ser un alumno distinguido del Liceo Dominicano. Sentía aversión por el trato con sus compañeros; su educación doméstica y semisolitaria no lo dotó para lidiar con las personas, menos aún con sus coetáneos, a los que consideraba bruscos y poco reservados. Una década después, Henríquez Ureña recordaría su incomodidad en el Liceo:

...y allí el caso se agravaba pues eran muchachos que crecían y corrían tras toda malicia: muchos de ellos ni siquiera eran de la capital; el Liceo había llegado a extender su fama por todo el país, y muchos provincianos ricos enviaron allí a sus hijos. Me hallé mal entre aquella multitud, tan distinta ya del primitivo grupo de alumnos capitaleños, con quienes no había sentido disgusto alguno al salir de mi aislamiento, á los once años, y relacionarme por primera vez con otros niños; estos provincianos, no sin puntas de semi-barbarie, me traían a mal traer; y llegué a concebir la idea de que la amistad era imposible entre jóvenes (1989: 52).

A los quince años de edad, según Henríquez Ureña, los adolescentes comienzan a interesarse por las cosas de la vida de los adultos y a presumirse de hombres. Aunque él

no estaba interesado en alardear su hombría, tuvo por primera vez un amor infantil, tranquilo y breve por una joven llamada Blanca. Ella asistía al Instituto de Señoritas que Luisa Ozema Pellerano y otras discípulas de Salomé Ureña habían reabierto con su nombre en enero de 1896.

En los años de crisis de la adolescencia de Pedro Henríquez Ureña, 1898 y 1899, sus aficiones tropezaron con la “incultura ambiente”. Prefería estar en su casa a sufrir el trato de las personas. En esta corta pero decisiva etapa contó con la guía invaluable de su tía Ramona, que lo ayudó con sus indicaciones en sus primeros trabajos literarios. La producción poética del adolescente tuvo una inspiración personal y contextualizada a su entorno y a sus lecturas. Después de revisar varias obras sobre costumbres y leyendas aborígenes, escribió *El Diluvio*, tradición de la isla de Haití; en memoria del recién fallecido Félix María del Monte, poeta, dramaturgo y periodista, considerado por Max Henríquez Ureña como el padre de la literatura de República Dominicana independiente, era amigo íntimo de su abuelo Nicolás Ureña, Pedro creó *Al autor del primer himno*; por influencia del trabajo de Gastón Deligne, a quien admiraba desde la infancia, redactó *Incendiada*, un pequeño poema descriptivo que fue publicado en la revista *Letras y Ciencias*, dirigida por su padre y su tío Federico Henríquez y Carvajal, el 24 de mayo de 1899. Deligne es considerado el más alto poeta de la generación subsiguiente a la de Salomé Ureña. Fue el más original tanto en sus temas como en su forma, nueva siempre en expresiones eficaces (Henríquez Ureña, 2015c: 21). Es una de las figuras más influyentes en la poesía de Pedro Henríquez Ureña, cuya afición creció al pensar, como Sor Juana Inés de la Cruz, que todo el mundo escribía en verso. Sin embargo, su género preferido era el de los “articulitos en prosa” (Henríquez Ureña, 1989: 44 y 53).

La situación política en Santo Domingo era angustiante por la dictadura de Heureaux, quien había sumido al país en la miseria. Francisco Henríquez era aliado y consejero de un grupo de dominicanos que planeaban derrocar al presidente. El asalto revolucionario a la ciudad norteña de Monte Cristi, programado para junio de 1898, no tuvo éxito. Sin embargo, el gobierno de Heureaux quedó pendiendo de un hilo por la abultada deuda que había contraído para sostenerse. Henríquez y Carvajal pensaba que la caída del dictador era inminente y que en ella habría enfrentamientos en la capital dominicana, por lo que llamó a su lado a Fran y Pedro, que viajaron otra vez a Cabo

Haitiano en mayo de 1899. Este nuevo cambio de residencia permitió que Pedro volviera a trabajar en asuntos literarios, contra la voluntad de su padre, que ocupaba mucho tiempo en asuntos políticos. El joven tradujo otros dos poemas de Sully Prud'homme: *El mundo de las almas* y *El Ideal*. Junto con sus hermanos Max y Camila, reactivó la Sociedad Siglo Veinte, que habían fundado en Puerto Plata en 1896, bajo la mirada maternal de Salomé Ureña y el rigor científico de Francisco Henríquez. El objeto de esa sociedad era dar veladas como las que ofrecía la Sociedad Amigos del País en Santo Domingo. A las lecturas literarias se agregaban números musicales que Max ejecutaba en el piano, instrumento al que se había consagrado con entusiasmo. La educación de los hermanos continuó con profesores que asistían a su casa y con clases de ciencia que recibían de su padre.

Ulises Heureaux fue asesinado el 26 de julio de 1899 y República Dominicana estuvo bajo dos presidencias provisionales hasta el 15 de noviembre del mismo año, cuando el electo Juan Isidro Jimenes instaló su gobierno con Horacio Vásquez en la vicepresidencia y Francisco Henríquez y Carvajal como ministro de Relaciones Exteriores. Jimenes era un comerciante acaudalado y político dominicano. Durante un exilio en París, Francia, obligado por Heureaux, concertó con Francisco Henríquez un plan para derrocar al dictador desde 1890. La muerte de Heureaux motivó que Pedro Henríquez Ureña escribiera lo que consideró su primer artículo serio, en el que da un breve esbozo de aquella siniestra personalidad (Henríquez Ureña, 1989: 57). A principios de noviembre, Fran, Pedro, Max y Camila regresaron a Santo Domingo con su padre y su madrastra, Natividad Lauransón, la joven que cuidó a su madre durante su enfermedad en Puerto Plata. El matrimonio de Francisco Henríquez, apenas dos años después de la muerte de Salomé Ureña, causó disgusto en Pedro, que comenzó a tomar distancia respecto de su padre sin perderle admiración y respeto.⁸ Ramona Ureña evitó mantener correspondencia con Francisco Henríquez después de su segundo matrimonio. En una carta de septiembre de 1897, le pide a Pedro que le informe a su papá que en su oportunidad le dirá por qué no le escribe (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 278).

⁸ En esa época, las primeras escenas de *Hamlet* de Shakespeare, pudieron haber influido en el sentimiento que Pedro Henríquez Ureña tuvo por el segundo matrimonio de su padre poco tiempo después de la muerte de Salomé Ureña. Francisco Henríquez utilizaría el seudónimo "Hamlet" para firmar algunos artículos periodísticos sobre problemas nacionales en 1900.

Pedro Henríquez Ureña escribió en sus *Memorias* que en la capital dominicana prefirió el trato con personas de aspecto distinto a los niños y adolescentes de tez morena y escasa cultura que conoció en su infancia. Esto era favorecido por las “naturalizaciones otorgadas a inmigrantes, casi siempre blancos, que quisieran establecerse en el país” (Moya, 2010: 46). El amor que tuvo por su primera novia se entibió y su afición se dirigió a Stella, una señorita rubia, graciosa y espiritual que tenía una agradable conversación y era de un tipo más fino que Blanca. No se trataba de un amor, ni se le ocurrió nunca pensarlo. Según Henríquez Ureña, “Stella ejercía fascinación espiritual sobre toda persona de aficiones no vulgares; y todos sus amigos cultos le reconocían valor singular. No es extraño, pues, que yo gustara de entretenerme con ella en largas conversaciones, animadas siempre por los inagotables recursos de su graciosa dialéctica, aunque los motivos fuesen fútiles, como muchas veces lo eran” (1989: 58).

La vida social de Pedro Henríquez Ureña se diversificó en Santo Domingo con la asunción de su padre al gabinete de Jimenes, en una época de paz y libertad democrática. Él y sus hermanos encontraron amigos y familiares con sus mismas aficiones y asistían a reuniones literarias y musicales en clubs donde se reunía la “sociedad elegante”. Pedro iba también a los bailes de esas asociaciones, aunque pocas veces bailaba. La pertenencia a estos centros sociales le evitaba el roce con la gente inculta, como llamaba a las personas que no admiraba o que no compartían sus gustos literarios, musicales y estéticos. Este pensamiento concuerda con el que predominaba entonces acerca de que no había clase media en República Dominicana, sino que la sociedad se dividía en dos clases: de primera y de segunda. A la primera pertenecían los ricos, los gobernantes mientras gobiernan, los hombres muy instruidos y los profesionales sobresalientes. Para ascender a este nivel poco importaba la clase de medios empleados: “el apellido apenas cuenta; los antecedentes no se consultan, la solidaridad no existe, la reputación no es timbre, la edad no se respeta y el crimen mismo no es mancha perdurable. De segunda clase son los obreros, excluidos en general de la primera y que no constituyen ninguna fuerza colectiva; los jornaleros y los proletarios [...] La clase elevada no carece de cultura literaria; pero su cultura científica y artística es muy deficiente” (Lugo, 2009: 42).

Lo anterior permite comprender por qué Francisco Henríquez exigió a su esposa y a sus hijos adquirir conocimientos literarios y científicos. En varios artículos

periodísticos señaló que la sociedad no se depuraría sino por el buen sentido y por el continuo esfuerzo vigoroso de los buenos ciudadanos, que eran pocos. Henríquez y Carvajal opinaba, además, que la mayoría de los dominicanos eran seres enfermos, inficionados de vicios morales o de ilusiones que falsean su esfuerzo intelectual. La libertad era una planta exótica en República Dominicana, “en donde todas las condiciones biológicas parecen serle adversas, clima, medio social, tradiciones, leyenda, raza, confusión de elementos étnicos, educación incipiente o violada, desarrollo individual exiguo, desenvolvimiento mental reducido” (Citado en Lugo, 2009: 43).

Mientras Francisco Henríquez era señalado en la prensa como un posible sucesor del presidente Jimenes, sus hijos Fran y Pedro ingresaron por tercera vez en el Liceo Dominicano para continuar con su formación académica. El centro escolar entró en decadencia porque su director, Emilio Prud'homme, se dedicó a labores políticas. A principios de 1900, la escuela cerró sus puertas. Para la clausura se organizó una velada en la que Pedro leyó una de sus traducciones de Sully Prud'homme. En el público estaba su padre y Eugenio María de Hostos, que recién había regresado a República Dominicana (Henríquez Ureña, 2016: 61-62).

La vida de los Henríquez Ureña se alteró por un incidente violento ocurrido la noche del 16 de febrero de 1900 en las calles de Santo Domingo: Fran tuvo una pelea con un joven de apellido Burgos. El contrincante murió por las balas del revólver del primogénito de Francisco Henríquez, que estuvo detenido varios meses y obtuvo su libertad gracias al argumento de legítima defensa que hicieron sus abogados Emilio Prud'homme y Américo Lugo. Durante su encierro, el 19 de febrero de 1900, Fran recibió la siguiente nota de su padre con el membrete oficial del Ministro de Relaciones Exteriores:

Mi querido hijo:

Emplea todo tu tiempo en tus estudios. No conviene que hables con nadie sobre el triste acontecimiento. Evade toda conversación que sobre ello se te ponga por los que van a visitarte.

Aplica todo tu tiempo al estudio pues quisiera ver si te examinas enseguida y te vas para los EE. UU.

Te bendice tu papá

Dr. Henríquez y Carvajal (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 279).

Después del trágico suceso, cumpliendo el primer deseo de su padre, Fran completó el bachillerato con ayuda de profesores particulares, al igual que Pedro. Ambos presentaron los exámenes de Letras y Ciencias en julio y diciembre de ese mismo año, respectivamente, en el Instituto Profesional, que se reorganizó en 1896 para impartir cátedras de Derecho, Medicina y Matemáticas. Esta escuela era la única que otorgaba grados de bachiller en Santo Domingo y en ella daban cátedra su padre, su tío Federico Henríquez y Carvajal, y el médico que salvó la vida de Pedro en 1884, Juan Francisco Alfonseca. La formación académica de Pedro en Santo Domingo incluyó la asistencia a algunas clases en la Escuela Normal, dirigida nuevamente por Hostos.

7

El año de 1900 fue decisivo para la definición del gusto literario de Pedro Henríquez Ureña, que socializó e intercambió ideas con hombres y mujeres de letras de generaciones anteriores. En un periodo de estabilidad política en Santo Domingo, que fue también de inactividad artística, la casa de Leonor y Clementina Feltz, discípulas de Salomé Ureña, se convirtió en centro de lecturas y de vida intelectual. La primera era de un juicio humano y profundo; la segunda tenía el carácter excitable y grandes ocurrencias. Serían llamadas por Pedro Henríquez Ureña las Goncourt, en alusión a los hermanos franceses Edmon y Jules de Goncourt, que en el siglo XIX se dedicaron juntos al arte y la literatura, y publicaron obras como coautores. Con las Feltz conoció, junto con Max, la obra del poeta y dramaturgo noruego Henrik Ibsen.⁹ Pedro recordaría este hallazgo casi un lustro más tarde:

Una gran sensación de asombro causó en nosotros la lectura de *Los Espectros*, seguida inmediatamente por *Casa de muñecas* y *Hedda Gabbler*: esta era, en verdad, una revelación de la vida moderna; esta clase de humanidad era la que me parecía conocer, y no me explicaba entonces cómo había quien encontrase raros estos dramas: ¡cuando yo conocía más de una Elena Alving,

⁹ Henrik Ibsen (1828-1906) introdujo el teatro de tesis donde puso a discusión conflictos e injusticias sociales. Tuvo una infancia muy parecida a la de Henríquez Ureña: pertenecía a una distinguida familia de su ciudad; era un niño solitario que no gustaba de los juegos; su padre era enérgico; su madre taciturna, religiosa y austera, se encargó de su educación en el hogar; ingresó a un colegio hasta los 14 años de edad.

—más de una mujer superior— veía á otras muchas en la situación de Nora, y presumía á las semejantes a Hedda Gabbler! En realidad, yo había tratado casi siempre con gentes de excepción; en mi país, sobre todo, me había tocado conocer á todas las mujeres superiores; ya sabía que había una multitud de gentes vulgares, pues algo me había mostrado la compañía de mis discípulos y las gentes que ahora solía tratar y la que veía en reuniones sociales; pero mi mundo, mis gentes eran así, del temple de los personajes de Ibsen: ¿por qué, entonces, se decía que estas escenas y estos tipos sólo se daban en el norte? Ibsen, en suma, fue mi autor... (1989: 61-62).

Henríquez Ureña descubrió la literatura moderna en la obra de Ibsen, a quien llamó “Emperador del contemporáneo drama psicológico”. El mismo año de 1900 tradujo del francés una escena de Juan Gabriel Borkman, drama publicado en 1897. La traducción del original de Ibsen era difícil porque su idioma danés-noruego no era hablado por muchas personas, sólo por el equivalente a la mitad de los habitantes de Nueva York de inicios del siglo XX. Max y Pedro leyeron casi todos los libros de Ibsen en francés, relejeron a Shakespeare en una traducción castellana y revisaron muchas lecturas clásicas y escritores sobresalientes de la literatura contemporánea, como el italiano Gabriel D’Annunzio y el novelista ruso León Tolstoi,¹⁰ ambos en traducción francesa, así como a los latinoamericanos José Enrique Rodó, Manuel Díaz Rodríguez y César Zumeta, quienes hicieron que los hermanos gustaran nuevamente del estilo castellano (Henríquez Ureña, 1989: 60-62). Rodó fue un escritor uruguayo influyente en el pensamiento hispanoamericano de esta época. Para Henríquez Ureña era el más brillante estilista de la lengua castellana de principios del siglo XX. En 1899 publicó *Ariel*, disertación filosófico-social, en la que con vocación de maestro se dirige a sus discípulos, la juventud intelectual, para fijar en ellos el ideal de una clase dirigente para Hispanoamérica. Rodó, y en particular *Ariel*, serán una referencia importante en las siguientes etapas formativas de Henríquez Ureña.

¹⁰ León Tolstoi (1828-1910), novelista que escribía sobre fines sociales, prácticos y humanos. En sus textos, con un disfraz delgadísimo, cuenta su vida y sus viajes. Nació el mismo año que Ibsen, y junto con él fueron los dos escritores vivos que leyó Henríquez Ureña que ejercieron la máxima influencia sobre la literatura del mundo occidental y lograron ubicar a sus respectivos países en el arte y el pensamiento europeo (Henríquez Ureña, 2015d: 294-304).

En este periodo Henríquez Ureña escribió también crónicas teatrales de los espectáculos de una compañía cubana que presentó obras españolas en Santo Domingo. Con el objeto de ejercitarse en la escritura de reseñas, solicitó que sus escritos fueran publicados en el diario oficialista *La Lucha* con el seudónimo Bohechio, que rendía homenaje al más antiguo jefe de La Española, hermano de Anacaona, a quien Salomé Ureña dedicó un largo poema dramático y narrativo. Henríquez Ureña practicó el ensayo y continuó con la poesía, tanto composiciones propias como traducciones y paráfrasis. Fueron publicadas tres crónicas teatrales con el seudónimo entre el 31 de julio y el 21 de agosto de 1900. Publicó, además, una crónica sin firma sobre la muerte de José Joaquín Pérez, además de dos ensayos y dos traducciones con la firma Pedro N. Henríquez Ureña. También escribió los poemas “Rima negra” y “Trágicas”, este último es su trabajo postrero en República Dominicana durante este periodo. El camino hacia su orientación literaria fue recorrido con Max, acompañados por su padre, su tío Federico Henríquez y Carvajal, Emilio Prud’homme y Enrique Deschamps, entre otras figuras intelectuales dominicanas. Deschamps era escritor y maestro egresado de la Escuela Normal y asistente a las tertulias en casa de las Feltz. Publicó en Santo Domingo *Ariel* de Rodó en 1900, la primera vez que el texto se imprimió fuera de Uruguay. Sin embargo, la guía que sustituyó a su madre fue Leonor Feltz, a quien consideraba la mujer más ilustrada de Santo Domingo. Ella lo orientó en sus gustos plenamente modernos, después de atravesar solo la maleza de los modelos del gramático español José Mamerto Gómez Hermosilla y de las “arbitrariedades” de Víctor Hugo.

Leonor Feltz no sólo era la anfitriona de las tertulias intelectuales, sino que ejerció como maestra en las sesiones literarias. Ella tenía una sólida cultura científica, interpretó el más elevado gusto moderno de la literatura y ayudó a Pedro a corregir sus primeros escritos con una crítica de la forma y con un análisis psicológico penetrante (Henríquez Ureña, 1989: 62). Una década después, Henríquez Ureña reconocería el influjo de Feltz, hija intelectual predilecta de Salomé Ureña, como la mujer que los orientó a él y a Max, apenas salidos de la adolescencia, en la vía de la literatura moderna. Y señala “vos con diez o doce años más, con vuestra perspicacia y vuestro saber y vuestro refinamiento, marchabais ya segura en las regiones del pensamiento y del arte. Vuestro amor a la solidez

intelectual, vuestro don de psicología, vuestro gusto por el buen estilo ¿no habían de orientar nuestras acciones?” (Henríquez Ureña, 1960: 50).

Fran y Pedro se graduaron como bachilleres a finales de 1900. La situación política dominicana y el deseo de su padre los llevaría a abandonar nuevamente la media isla en el año que fue también el más fructuoso en lecturas y producción literaria que Pedro tuvo en Santo Domingo. Francisco Henríquez, como Ministro de Relaciones exteriores, aprovechó la comisión que se le asignó para negociar la deuda extranjera que el gobierno había heredado de la dictadura de Heureaux ante Estados Unidos y Europa. Con la idea de que las andanzas transoceánicas ayudan a desarrollar la mente y el espíritu de manera integral, Francisco Henríquez llevó consigo Fran y Pedro a Nueva York para que estudiaran ahí (Henríquez Ureña, 1989: 77). El traslado entusiasmó al joven y hasta se mostró contento, algo poco usual.

El 17 de enero de 1901 los hermanos se embarcaron en el vapor *Julia*. Su padre quería que recibieran la influencia de la que consideraba una civilización superior. Pedro iba en camino a un destierro “voluntario a causa del imperativo vocacional” (Lugo, 2009: 100). Desde la popa del buque veía alejarse a la ciudad de Santo Domingo, donde creció bajo un profético influjo y fluctuó primero entre dos mundos: la poesía y la ciencia. La primera fue parte importante de su evolución literaria; la segunda lo dotó de rigor y método, con fundamento en la educación dominicana de finales del siglo XIX que tuvo como figuras centrales a sus padres. En aquella ciudad colonial fue orientado en la niñez hacia los juegos de estudio, y en la adolescencia se dedicó, con libertad de acción, al culto de lo intelectual y literario. Allí obtuvo los principios sólidos de una formación literaria proveídos por un ambiente cultural y educativo favorecido por el linaje intelectual, por la compañía y guía de sus mayores y por los deseos y esfuerzos tempranos de su madre que vio en él condiciones para distinguirse.

Capítulo 2. La juventud de Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos, 1901-1904

1

En el grupo que partió de Santo Domingo estaban, además de Francisco Henríquez y Carvajal, y sus hijos Fran y Pedro, Enrique Henríquez, sobrino de Francisco Henríquez que viajaba como representante legal en Santo Domingo de una compañía americana acreedora, y su hijo Enrique Apolinar Henríquez, muchacho inapetente y delgado que daba una impresión enfermiza. Pedro Henríquez Ureña pensaba que era de los pocos parientes que servían para amigos. Lo llamó Phocás, nombre de un personaje de Rubén Darío, tomado a su vez de un personaje libertino del francés Jean Lorrain. La comitiva se completó con Julio Andrés Aybar, poeta, historiador y político, secretario particular de Francisco Henríquez y antiguo profesor de Pedro en el Liceo Dominicano. El itinerario para llegar a Nueva York contemplaba una breve escala en la isla caribeña de Puerto Rico. Este fue el primer viaje que Pedro Henríquez Ureña realizó fuera de la isla, en una época en que las salidas al exterior se convertían en ausencias absolutas y expuestas a todos los problemas de la distancia y los azares de la navegación (Henríquez, 2008: 595).

Después de un día de viaje, el contingente desembarcó el 18 de enero de 1901 en la ciudad de Ponce, al sur de Puerto Rico. Ese país había obtenido su soberanía en 1898, después de la derrota de España en Cuba. Sin embargo, Estados Unidos se apoderó de inmediato de la isla con fundamento en el artículo II del Tratado de París de 1898, que estipulaba que España cedía Puerto Rico a los norteamericanos. El país de Eugenio María de Hostos y Román Baldorioty fue recorrido por los viajeros de sur a norte en vehículos tirados por caballos a través de una empinada carretera que atravesaba la isla. En el trayecto, Pedro Henríquez Ureña contempló la belleza de la vegetación y las vegas, pero lo que más llamó su atención fue el puerto de San Juan, primera ciudad de carácter moderno que vio. Pensó que no era mayor –en belleza y en extensión– a Santo Domingo, pero era diferente porque no tenía el aspecto vetusto y colonial de su ciudad; en cambio, la población era semejante y estaba compuesta principalmente de comerciantes (Henríquez Ureña, 1989: 78).

En el viejo San Juan permanecieron tres días. Se embarcaron el 24 de enero en el vapor *San Juan*, y después de poco más de una semana de accidentada navegación llegaron a Nueva York. Pedro Henríquez Ureña se impresionó al ver las casas campestres de

algunas poblaciones costeras ubicadas antes de entrar al puerto, que le recordaron las cabañas que veía pintadas en los libros de cuentos franceses. Una sensación contraria le causó el aspecto de un barrio por el que pasaron de noche: Bowery, que comenzaba a ser refugio de alcohólicos y marginales sociales. El clima impregnaba de enigma a la ciudad cuya masa de edificios grises destacaban entre la niebla producida por una fuerte nevada (Henríquez Ureña, 1989: 78).

La imponente ciudad de Nueva York, cuyo puerto era uno de los más importantes del mundo a inicios del siglo XX, produjo reacciones distintas en los tres jóvenes dominicanos que viajaban acompañando a sus padres. Para Enrique Apolinar, que no había salido nunca de Santo Domingo, el viaje era por recomendación médica y para ayudarlo en su desarrollo físico. En cambio, para sus primos Fran y Pedro, el traslado obedecía al deliberado “designio de ganar el sustento de la propia vida mediante el trabajo que esperaban encontrar y de acrecentar el acervo, cual lo hicieron, de su ya abastecido bagaje cultural” (Henríquez, 2008: 598).

2

Durante los primeros días de su estancia en Nueva York, el grupo dominicano que ignoraba casi en su totalidad el idioma inglés, se hospedó en el hotel Martín, debido a que allí la comida y el habla eran francesas. Francisco Henríquez de inmediato comenzó con las negociaciones con los acreedores estadounidenses que habían sido afectados por la resolución del presidente de República Dominicana, Juan Isidro Jimenes, para que las administraciones de Hacienda de su país recaudaran directamente los ingresos fiscales, quitando de en medio a la *Santo Domingo Improvement Company of New York*, empresa con la que Heureaux contrajo una enorme deuda. Enrique Henríquez asistía como representante de esa compañía en Santo Domingo. Los lazos de parentesco nunca fueron motivo de disgusto o disputa entre Francisco y Enrique Henríquez: en cambio éste ayudó a aquel en momentos de tensión para continuar con las negociaciones.

Pedro y Fran salieron a las calles desde el primer día en Nueva York, ciudad que ofrecía una amplia oferta de actividades culturales en sus salas de ópera y teatro, además de las librerías, bibliotecas y museos. Las impresiones iniciales de los lugares representativos que visitó Pedro Henríquez Ureña estuvieron influidas por un prejuicio

anti-*yankee* que generaba en él la política exterior de los Estados Unidos, particularmente hacia las islas del Caribe. Poco tiempo antes, en 1898, los norteamericanos habían tomado control de Cuba, después de ayudar a vencer a los españoles. El anhelo expansionista quedó claro en el Tratado de París del mismo año, en donde además de Cuba y Puerto Rico, el archipiélago de las Filipinas también fue ocupado por los estadounidenses.

A los 16 años de edad, Pedro conocía de primera mano los esfuerzos de algunos antillanos para la conformación de una federación independiente de España y de los Estados Unidos, entre ellos Eugenio María de Hostos y José Martí, este último muerto en las primeras batallas por la independencia cubana en 1895. Además, Henríquez Ureña tenía un sentimiento patriótico heredado por la obra poética de su madre, los trabajos en favor del progreso dominicano de su padre y el ambiente cultural y político de Santo Domingo que estaba imbuido en la búsqueda de una identidad que definiera a los dominicanos como una nación. Estas circunstancias fueron reforzadas en 1900 por la lectura del *Ariel* de Rodó, con la que su sentimiento contra los Estados Unidos nubló su visión de Nueva York.

El hotel Martín era centro de reunión de varios dominicanos como el expresidente Alejandro Woss y Gil, amigo de Francisco Henríquez y de Ulises Heureaux, estaba en Estados Unidos como encargado de negocios dominicano; el cónsul de su país en Nueva York, Leonte Vásquez, abogado y político, hermano del vicepresidente Horacio Vásquez; y Abelardo A. Moscoso, político y escritor, principal adversario de Heureaux, con muchos años de lucha y destierro (Henríquez Ureña, 1989: 79). En esas sesiones informales donde se trataban las negociaciones con la *Improvement*, participaban ocasionalmente Fran, Pedro, Enrique Apolinar y otros jóvenes como el estudiante Floricel Rojas, que realizaría inventos para la industria de la construcción en los Estados Unidos. Las gestiones de Francisco Henríquez lo hicieron trasladarse a Washington, donde el presidente estadounidense, William McKinley, sostuvo que no intervendría en el asunto dominicano. A finales de marzo de 1901, Henríquez y Carvajal continuó con su viaje oficial hacia Europa para negociar la deuda de su país con empresas de Bélgica, Inglaterra y Suiza, entre otras.

Fran y Pedro permanecieron en Nueva York para aprender la lengua inglesa lo más rápido posible. Dejaron el hotel Martín y se trasladaron a una casa de huéspedes en el

barrio de la Universidad de Columbia, una de las instituciones de educación superior más antiguas de Estados Unidos. Fue creada en 1754 y en 1896 se instaló en el distrito neoyorquino de Manhattan. La casa era propiedad de una pareja de estadounidenses: el marido era hijo de francés y hablaba ese idioma; la esposa era una joven americana perspicaz, amable y conversadora, cuyas pláticas se convirtieron en el mejor maestro de inglés de los hermanos. La casa era rentada sólo a otras tres mujeres. Dos estudiaban cursos de Filosofía y Letras en la Universidad de Columbia, la otra era profesora en la misma institución. Las conversaciones en la casa donde se hospedaban y la asistencia a algunos cursos, hicieron que Fran y Pedro aprendieran inglés con rapidez.

El inicio de esta etapa en Nueva York es relevante para la formación cultural de Pedro Henríquez Ureña, quien tenía, junto con Fran, solvencia económica para sus gastos, por lo que podía dedicar tiempo a los estudios y a sus aficiones musicales y teatrales. El joven dominicano estaba ante un mundo cultural nuevo. Los dramas que vio un lustro antes en Santo Domingo con compañías españolas o italianas, eran superados por los presenciados en Nueva York, con actores y actrices de renombre, principalmente europeos. Pedro inició asistiendo a algunas obras de teatro que eran puestas en inglés, aunque todavía no entendía muy bien el idioma. Entre estas prefirió las de Shakespeare, su dramaturgo favorito. Con los actores estadounidenses E. H. Sothorn y Virginia Harted, especialistas en interpretar personajes del autor inglés, presencié *Hamlet*; *El mercader de Venecia* fue actuado por Nat Goodwin y Maxine Elliot. En el teatro Irving Place, propiedad de inversionistas alemanes,¹¹ vio *La dama de las camelias*, de Alejandro Dumas hijo, con la actuación de la actriz vienesa Helena Odilón. Esta misma producción fue actuada en el Metropolitan Opera House por la actriz francesa más importante de su época, Sarah Bernhart, que un año antes había debutado en el cinematógrafo con *Le Duel d'Hamlet*. Además, Pedro presencié otras dos obras con esa actriz en lengua francesa: *L'aiglon*, de Edmond Rostand, y *La puié et le beau temps*, del periodista y novelista francés León Gozlan. En junio de 1901 envió a Santo Domingo una reseña de estos

¹¹ A finales del siglo XX, la población germana de Nueva York —es decir, gentes cuyos orígenes estaban en los países germanoparlantes de Europa Central— era superior al medio millón de habitantes. Los alemanes no eran el mayor grupo nacional o étnico de las ciudades de Estados Unidos, pero sí eran de las comunidades más prominentes y cohesionadas, además de ser adinerados y bien educados, promovían activamente su legado cultural (Snowman, 2012). Una de las huéspedes de la casa donde vivía Henríquez Ureña era alemana.

espectáculos artísticos, que fue publicada en la *Revista Literaria* el 8 de julio de ese año, con la firma de su seudónimo Bohechio.

En el Metropolitan Opera House, Pedro Henríquez Ureña fue espectador también de la última parte de la temporada musical de invierno, que duró de diciembre de 1900 a marzo de 1901. El joven, ansioso por escuchar lo clásico y lo moderno, asistió a funciones donde interpretaron obras de autores italianos, como *Rigoletto* y *Misa de Requiem*, de Giuseppe Verdi; *Cavalleria rusticana*, de Pietro Mascagni; y *Tosca*, de Giacomo Puccini. Henríquez Ureña escribió en sus *Memorias* que no tenía prejuicios en favor de la música italiana, como era común en los países hispanoamericanos, sin embargo, no le interesaba enterarse de los libretos de esas obras. La temporada incluía óperas francesas, como *La africana*, de Giacomo Meyerbeer, con libreto de Eugene Scribe; *Fausto*, de Charles Gounod; *El Cid*, de Jules Massenet; y *Salammbô*, de Ernest Reyer. La sinfonía patética, del ruso Piotr Ilich Tchaikovsky, fue también escuchada por Pedro Henríquez Ureña en esos primeros meses en Nueva York con la interpretación de “Jean de Reszke, rey de los tenores, Nellie Melba, Lillian Nórdica, Lucienne Bréyal, sopranos que son estrellas de los teatros europeos, Blancon y Eduardo de Reszke, bajos de gran fama, y otros tantos artistas notabilísimos que formaban un conjunto numeroso y espléndido” (Henríquez Ureña, 2013: 173).

Sin embargo, la música que impresionó a Pedro Henríquez Ureña fue la alemana, que conocía porque su hermano Max la ejecutaba en las reuniones de Puerto Plata y Santo Domingo. Su autor predilecto a partir de esta época fue el compositor, director de orquesta, poeta y teórico musical alemán Richard Wagner (1813-1883), que significó para él, en la ópera, lo mismo que Ibsen en el drama. Pedro escuchó muchas obras del repertorio del alemán en el Metropolitan Opera House, como *La Valkiria*, *Tannhäuser*, *Lohengrin*, *Siegfried*, y *Tristán e Isolda*. El joven dominicano no tenía dificultad para seguir el hilo de la música de Wagner, ya que siempre leía sus dramas, probablemente en traducción francesa. Pocos años después, Henríquez Ureña escribió sobre el músico alemán, que

como todo artista superior, revela en sus obras una concepción filosófica del mundo y de la humanidad, pero no era un filósofo de escuela ni de sistema científico. Nunca pretendió serlo; aunque escribió sobre multitud de asuntos

trascendentales, dijo sinceramente en más de una ocasión: “No sé expresarme sino en mis obras de arte” (2013a: 67).

La expansión cultural y la calidad de los espectáculos artísticos que Pedro Henríquez Ureña presenció en esta época en Nueva York, servirán como pilares para la aguda apreciación estética que será evidente en las crónicas y reseñas tempranas que seguirá enviando a diversas publicaciones, principalmente a República Dominicana y Cuba. En una de ellas, motivado por la música de Wagner, afirmó que “los éxitos universales y perdurables de cualquier grande obra dependen mucho más de la significación de ésta que de su intrínseco valor artístico, en el sentido técnico” (Henríquez Ureña, 2013a: 67).

Cuando concluyó la temporada de invierno del Metropolitan Opera House, a finales de marzo de 1901, Pedro Henríquez Ureña concurrió a otros recintos de Nueva York para escuchar “ópera barata”. En el Bowery escuchó *Ernani* y *Rigoletto*, de Giuseppe Verdi, presentada por una compañía italiana improvisada en la que participó Cleopatra Vicini, artista que hizo giras en algunos países latinoamericanos, como Chile, Costa Rica, México y Venezuela. Con la Castle Square Opera Company escuchó en inglés *Lohengrin*, *Cavalleria*, *Tannhäuser* y *Fausto*, entre otras obras que en el Metropolitan había oído en el idioma original.

En asuntos literarios, Pedro Henríquez Ureña consideró un deber la lectura de los clásicos griegos y latinos. Sus fuentes fueron “pobres” traducciones castellanas que no le hacían agradable este tránsito. En este periodo, el joven de casi diecisiete años de edad leía a diario un drama, o la mitad de una novela o de otro libro. *La Gioconda* y *El triunfo de la muerte*, de Gabriel D’Annunzio, que leyó en italiano, fue uno de sus incentivos para entusiasmarse con la obra de Wagner. Continuó leyendo novelistas rusos y franceses, completó la lectura de los textos de Ibsen y tradujo una escena de su último drama haciendo un cotejo de una edición inglesa con una francesa. Los libros de Ibsen lo hicieron buscar más literatura de autores escandinavos, así conoció a Björnsteren Björson, Jonas Lie, Alexander Lange Kielland y Jens Peter Jacobsen. Según Enrique Zuleta, el historiador y crítico literario danés Georg Morris Brandés, a quien Henríquez Ureña leyó también en esta etapa, fue determinante en la conformación de sus ideas histórico-literarias. Morris era un escritor muy leído en Hispanoamérica, autor “de numerosos libros sobre estética y literatura de inspiración Positivista y fuertemente anti-religiosos por su materialismo

radical. Su obra *Las principales corrientes de la literatura del siglo XIX* (1872-1890) tuvo gran influencia en el planteo del proceso histórico y literario” (Henríquez Ureña, 1989: 102). La diversidad de autores consultados incluyó al poeta y dramaturgo belga de tendencia simbolista Maurice Maeterlinck, y algunas obras de crítica y filosofía positivista, entre ellas *El enigma del universo*, del biólogo y filósofo alemán Ernest Heinrich Haeckel, que lo acabó de ayudar a definir sus negaciones religiosas, y lo hizo positivista y monista por algún tiempo. Muchos de esos libros le eran enviados por su padre desde Europa (Henríquez Ureña, 1989: 81-82). Heinrich era materialista y evolucionista. Consideró que la evolución del hombre es la mejor prueba del monismo, doctrina filosófica que reconoce un solo principio como fundamento de todo lo existente. El monismo materialista establece que la materia es el principio y la base del mundo.

3

Pedro Henríquez Ureña continuó escribiendo artículos y traducciones que enviaba para que fueran publicados en la *Revista Literaria*, que dirigía Enrique Deschamps en Santo Domingo. En abril de 1901 redactó el artículo *Belkiss* sobre la obra del poeta portugués Eugenio de Castro (1869-1944), que leyó en una traducción castellana del argentino Luis Berisso. En el escrito, Henríquez Ureña menciona que el trabajo del lusitano, por pertenecer a una nación “pequeña”, había permanecido bajo el yugo de las potencias literarias, como Francia e Inglaterra. Sin embargo, descubre en De Castro a un erudito y exquisito modernista, cuyo estilo dramático, rítmico e intenso, desciende de Ibsen y recuerda a Maeterlinck y a D’Annunzio. En mayo, el joven caribeño dominaba el inglés y tradujo de ese idioma al castellano el artículo *El verdadero Ibsen*, del crítico y dramaturgo inglés William Archer, quien introdujo al autor noruego en la escena de la literatura inglesa. El texto fue publicado el 1 de mayo de 1901. La traducción no es del artículo completo de Archer, sino que toma algunos fragmentos, los traduce y hace comentarios que dan contexto a cada párrafo.

Francisco Henríquez seguía pendiente desde Europa de la formación de sus hijos en Nueva York. A Pedro le exigía que le escribiera cada quince días para ponerlo al corriente del progreso de sus estudios y, además, para enseñarle el arte de la correspondencia. Su padre decía que prefería tenerlo a su lado, pues aunque no le hablara,

sabría lo que hacía y lo que le convenía. Los libros que le enviaba tenían la intención de que Pedro pusiera sus ojos en las ciencias y en las buenas letras. El 18 de abril de 1901, en una carta despachada en Bruselas, Bélgica, Francisco Henríquez le escribió:

El tiempo que se gaste en leer decadencias y tonterías debe ser el menor. Todos los géneros literarios deben conocerse y cultivarse; pero te repetiré por la centésima vez que no desearía que fueras un Tulio Cestero,¹² ni un García Cisneros,¹³ ni un Gómez Carrillo,¹⁴ ni un Fray Candil,¹⁵ etc. Tu madre vio en ti un cerebro robusto, poderoso y grande, junto á un gran carácter, elevado, digno, como el tono general de sus producciones, como el gran sentimiento que las anima. Justo es que correspondas á aquella aspiración, y no te extravíes, ni hoy, ni mañana, en caminos tortuosos de fútiles pasatiempos y en donde el carácter y la inteligencia se arruinan.

Es preciso que me pongas al corriente de lo que haces en materia de estudio. Qué hay del derecho? Qué hay del inglés? Y si Franc no me escribe, que me informes también respecto de lo que él hace (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 280-281).

Contra los deseos de su padre, la estancia en Estados Unidos ayudó a Pedro Henríquez Ureña a decidir su carrera literaria. Las bibliotecas de Nueva York le facilitaron una lectura abundante de autores clásicos y modernos. “Allí estudió a D’Annunzio, Gorki y Kipling, como representantes de las tres razas europeas e hizo sus lecturas de la literatura nórdica, que por entonces cautivaba a europeos y americanos” (Zuleta, 1987: 94). De estos hallazgos daba cuenta a su hermano Max y a Leonor Feltz. En este periodo la correspondencia de Henríquez Ureña es más frecuente con su mentora dominicana que con su padre. Una de las primeras cartas escritas desde Nueva York por el joven fue para Feltz, quien contestó el 19 de febrero de 1901 pidiéndole que cada vez que hallara algo

¹² Tulio Manuel Cestero (1877-1955), prosista y crítico literario dominicano. En esta época se unió al grupo de contertulios de las hermanas Feltz, en Santo Domingo. Tenía comunicación epistolar con Henríquez Ureña.

¹³ Francisco García Cisneros (1877-¿?), escritor y periodista cubano. Llegó a Nueva York cuando inició la Guerra de Independencia cubana. Henríquez Ureña hizo amistad con él por intervención de Cestero.

¹⁴ Enrique Gómez Carrillo (1873-1927), escritor guatemalteco que estuvo gran parte de su vida en París, Francia. En el ambiente intelectual se le consideraba un bohemio.

¹⁵ Emilio Bobadilla (1862-1921), poeta, crítico literario y periodista cubano. Usó el seudónimo Fray Candil para polemizar sobre asuntos literarios en diarios y revistas de finales del siglo XIX.

notable, lo enviara a Santo Domingo. Quería saber la opinión de Pedro sobre lo que leyera o admirara porque para ella tenía gran valor. Al final le dice que echa de menos sus juicios siempre rectos y acertados sobre cualquier asunto (Vega, 2015: 63-65).

El intercambio epistolar con Leonor Feltz constituye para Pedro Henríquez Ureña un hilo que lo conecta con los asuntos políticos, literarios y culturales de Santo Domingo. Sólo se conservan las cartas enviadas por la maestra dominicana, que seguía al tanto de la formación de Max en la isla. Desde entonces, una de las funciones de la correspondencia para Pedro era servir como borrador para sus artículos o escritos posteriores, tal como lo indica Feltz en la carta del 30 de abril de 1901, donde acusa las impresiones del joven sobre la presentación de Sarah Bernhardt en el Metropolitan, mismas que plasmaría en su “Crónica neoyorquina”. Su interlocutora fue la primera en juzgar acertadamente las epístolas de Henríquez Ureña como documentos literarios que se consultan con frecuencia. Muchas veces las misivas eran acompañadas de libros publicados recientemente, como *Ídolos rotos*, de Manuel Díaz Rodríguez. Feltz consideraba que Pedro tenía un espíritu sereno y elevado. Apreciaba tanto sus comunicaciones que le escribió: “no tienes derecho de privarme de ellas; i exijo en gracia de la amistad que aunque yo deje por cualquiera circunstancia de escribirte, no te desligues de ese deber que te impone mi cariño” (Vega, 2015: 67).

A finales de julio de 1901, Francisco Henríquez estuvo en Nueva York en una escala camino a Santo Domingo. En su breve estancia visitó a Fran y Pedro con la intención de supervisar sus avances en el inglés y en los estudios. El primer día de agosto se embarcó hacia su país para rendir cuentas de su encargo de agente fiscal en Europa y los Estados Unidos. En Nueva York el verano había cambiado la apariencia de la ciudad, y el calor de julio sofocó a Pedro Henríquez Ureña, que pasó unos días en la playa de Asbury Park, Nueva Jersey, donde estaban el escritor cubano Francisco García Cisneros, cuya pluma se veía con frecuencia en periódicos y revistas de Hispanoamérica, y su esposa Eleonora Cisneros, joven “cantatriz” norteamericana, de figura esbelta y hermosa. Con su voz potente y bien timbrada dio un concierto íntimo que impresionó a Henríquez Ureña. Aunque el dominicano estaba acostumbrado al clima cálido de las islas caribeñas, aquellos días conoció las playas de veraneo, tomó baños de mar, paseó en bote e hizo recorridos vespertinos y nocturnos por la playa (Henríquez Ureña, 1989: 82).

Fran y Pedro Henríquez Ureña pasaron el mes de agosto en Búfalo, Nueva York, donde se llevaba a cabo desde mayo anterior la Feria Panamericana, que buscaba promover el proyecto panamericanista como un modelo de ideología de integración económica, política y cultural de los países americanos bajo la hegemonía estadounidense. La exposición no causó gran impresión en el joven Pedro, pero admiró los edificios de poca altura iluminados de noche por lámparas incandescentes energizadas por generadores eléctricos ubicados en las Cataratas del Niágara, a 40 kilómetros de distancia. Las grandes construcciones hechas para instituciones de Estados Unidos contrastaban con los escasos edificios destinados a los países de América Latina que tuvieron representación: Chile, Honduras, México, República Dominicana y Cuba.

Henríquez Ureña se concentró en el Salón de Artes Plásticas, que para él era lo más serio. En sus *Memorias*, hace una breve y sustanciosa reseña donde destaca lo sobrio de las esculturas y lo colorido de las obras de autores estadounidenses, en contraste con lo que expusieron los países invitados, que eran pocos e inferiores a los locales. Esta exposición fue la primera lección seria de artes plásticas de Henríquez Ureña, quien recuerda que si el Museo Metropolitano de Nueva York tenía una estimable colección de maestros antiguos y algunas importantes obras modernas, no mostraba un conjunto pujante como éste, que representaba la más valiosa labor de todo un pueblo, ya señalado en la historia del arte, y la variedad de las tendencias de la época (Henríquez Ureña, 1989: 83).

En Búfalo, Max y Pedro acompañaron también a su compatriota Mercedes Mota, escritora y profesora dominicana a quien Pedro Henríquez Ureña conoció en Puerto Plata en 1896, donde la joven tenía una sociedad de veladas literarias y era maestra en una escuela superior para mujeres. En Búfalo fue comisionada por su gobierno como representante en el Consejo Interamericano de Mujeres. Mota leyó un trabajo sobre la mujer dominicana que, según ella, a finales del siglo XIX permanecía en la inacción, sin descubrir la ambición de saber, la cual dignifica y engrandece (Vega, 2015: 62). En la reunión femenil, Pedro conoció y escuchó también a dos líderes feministas de la época: la estadounidense May Wright Sewall (1844-1920), la canadiense Adelaide Hoodles (1857-1910), así como a la nacida en Jerusalén, Lydia Mary Mamreoff Mountford (1855-1917). Estas mujeres, junto con Mercedes Mota, tenían en común ser profesoras, y algunas de

ellas eran reformadoras educativas en sus respectivos países, rasgos distintivos de Salomé Ureña, fallecida cuatro años antes, a quien su hijo Pedro recordaba con cariño y admiración.

La exposición de Búfalo fue un centro de diversión y convivencia social para los hermanos dominicanos. Se hacían pasar como adjuntos de la comitiva de Santo Domingo para entrar y salir a voluntad. Allí comían y visitaban las exhibiciones una y otra vez. Asistieron a conciertos, bailes y reuniones en los que conocieron a algunas familias estadounidenses, todas con hijas o sobrinas jóvenes y alegres. El interés literario de Pedro Henríquez Ureña lo llevó a conocer también al escritor, ensayista y crítico literario venezolano Nicanor Bolet Peraza, que había sido, junto con José Martí, fundador de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en Nueva York. Fran y Pedro viajaron en este periodo al Niágara y cruzaron la frontera con Canadá. Estuvieron dos días en la ciudad de Toronto, cuya elegancia en la lengua inglesa contrastaba con la de carácter comercial de Nueva York. El lago Ontario causó extraña impresión en Pedro, que lo veía vasto como un mar, pero inmóvil y sin rumor. El joven escribió cuatro artículos que no publicó sobre la visita a Asbury Park y la Exposición Panamericana (Henríquez Ureña, 1989: 84).

4

A su regreso a Nueva York, Pedro asistió brevemente a un cenáculo en casa de Francisco García Cisneros, al que concurría una sociedad cosmopolita y heterogénea de cubanos distinguidos, estadounidenses de diversas tendencias y artistas de diversos países, como el pianista mexicano Pedro Luis Ogazón (1873-1929), que perfeccionaba sus estudios musicales en Estados Unidos. Las reuniones cesaron cuando el anfitrión partió para Europa con su esposa, y Alejandro Woss y Gil, contertulio y una de las mejores amistades de Henríquez Ureña en aquel entonces, regresó a Santo Domingo con su familia. Las relaciones personales de Pedro cambiaron al quedar un tanto aislado durante algunos meses, aunque veía con frecuencia a algunos dominicanos residentes en Nueva York. Ante esta relativa soledad y para satisfacer los deseos de su padre, se inscribió a un curso que impartía el profesor y jurista Isaac Franklin Russell de Elementos de Derecho general en la Universidad de Nueva York, institución de educación superior privada fundada en 1831. Por las noches asistía también a cursos de Derecho comercial y público en una escuela del

barrio de Harlem, donde vivía (Henríquez Ureña, 1989: 85). Es probable que estas actividades académicas no dejaran satisfecho a Pedro Henríquez Ureña, quien buscaba estudiar en la Universidad de Columbia. Sin embargo, no recibió el apoyo económico de su padre, que parecía no estar dispuesto a pagar 200 dólares por un año. Además, no era seguro que el diploma de bachiller del Liceo Dominicano le fuera aceptado (Familia Henríquez Ureña, 1996. T. I: 283). En una carta del 13 de octubre de 1901, Henríquez Ureña dice a Mercedes Mota que estaba muy ocupado porque recibía algunos cursos de ley en la Universidad de Columbia, sin embargo, en sus *Memorias* no lo señala.

Leonor Feltz se preocupaba también por la educación de Pedro. En Santo Domingo, ella platicaba con Francisco Henríquez sobre la posibilidad de que sus hijos no pudieran seguir estudiando en Nueva York. Sin embargo, Henríquez y Carvajal, quien atravesaba por una crisis y dimitió como Ministro de Relaciones Exteriores dominicano, aseguraba que pondría todo su esfuerzo para que eso no sucediera. El 30 de septiembre de 1901, Francisco Henríquez presentó su renuncia al presidente Jimenes por diferencias con el vicepresidente Horacio Vázquez, quien lo consideraba un enemigo político por ser una aspirante a la sucesión presidencial. La renuncia no le fue aceptada, sólo le concedieron un mes de licencia. El cariño y nostalgia de Feltz por Pedro se refleja en una carta del 19 de octubre de 1901, donde dice:

Tú sabes, porque yo te lo he dicho, que tus cartas tienen para mí valor inestimable. Acaso juzgarás exagerado; pero hai algo de maternal en el orgullo con que acojo yo todo lo que proviene de ustedes i tiende a afirmar en mí la convicción de que todos llegarán á lo que por herencia, por educación i por vocación están destinados á ser, lo que soñó su madre al darles la vida (Vega, 2015: 82).

En Santo Domingo, Max enseñó a su padre los trabajos que Pedro le enviaba sobre las reseñas y crónicas que hacía de los espectáculos a los que asistía, así como de sus lecturas en las bibliotecas de la Universidad de Columbia y en la Astor (hoy Biblioteca Pública de Nueva York). Pedro fue también a conferencias científicas sobre Marte y los orígenes de la vida, pero prefería las charlas sobre literatura, periodismo y poesía que impartían autores franceses. Francisco Henríquez insistía a su hijo que el fundamento de un literato es la ciencia. No gustaba del género de las “impresiones” que Pedro escribía en Nueva

York, y le instaba a “huir de lo baladí. La huella de los *grandes* es la que conviene seguir. Es preciso vivir en perpetua comunicación con los grandes y sólo con ellos. Los demás son figuras pasajeras, ellos y sus obras. Como descripción, como ejercicio descriptivo, las *impresiones me interesaron; pero no como intención y obra literaria*”* (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I. 282).

En estos primeros años del siglo XX, la estabilidad y progreso de muchas naciones latinoamericanas generaron un efecto favorable en su vida intelectual. En algunos países como Argentina y Uruguay esta prosperidad alcanzó a muchos niveles sociales; en Chile o México sólo llegó a las clases dominantes; y en otros donde todavía la anarquía estaba al acecho, el adelanto económico no dejaba de ser evidente. Este desarrollo era compartido, y muchas veces propiciado, por escritores, filósofos, educadores y científicos exiliados por la anarquía y las guerras civiles que estallaban con frecuencia, sobre todo en las naciones con una “organización menos perfecta”. El bienestar trajo consigo una división del trabajo y muchos hombres de profesiones intelectuales abandonaron la política para dedicarse a la tarea que habían elegido. “Y como la literatura no era en realidad una profesión, sino una vocación, los hombres de letras se convirtieron en periodistas o en maestros, cuando no en ambas cosas. Muchos de ellos siguieron la carrera de derecho en las universidades, pero pocos de ellos ejercieron después” (Henríquez Ureña, 2015: 215).

Consciente de esta situación, Pedro recibía las sugerencias de su padre, pero continuaba con su apego a la literatura y cada vez se publicaban más trabajos suyos. Con la llegada del otoño surgió nuevamente la vena poética y escribió una serie de cuatro poesías: *Mariposas negras*, *Ensueño*, *Otoñal* y *Flores de otoño*. Estas dos últimas fueron publicadas casi de inmediato en Santo Domingo y Puerto Plata, República Dominicana, donde la afición a la poesía era endémica. Las dos primeras serían publicadas un par de años más tarde en Cuba. Estas poesías, sobre todo *Flores de otoño*, son significativas en la obra del joven Henríquez Ureña, pues lo inscribieron en un reducido grupo de poetas y poetisas dominicanos que se afiliaron al modernismo, movimiento que se generalizó en las letras hispanoamericanas a partir de 1880 y que tuvo poco eco en República Dominicana. Algunos de los poemas de Henríquez Ureña fueron publicados en la revista

* Cursivas en el original

El Ideal, fundada por su hermano Max en Santo Domingo como órgano de difusión del Ateneo de la Juventud, una sociedad que tuvo corta duración. Max recordaría que *Flores de otoño* fue la primera poesía de sabor genuinamente modernista que tenía la firma de un autor dominicano. Sólo hasta 1900 se iniciaron algunos escritores de la media isla. La generación de Henríquez Ureña es la que destaca con poesías modernistas, entre ellos Osvaldo Bazil (1884-1946), Federico Bermúdez (1884-1921) y Altagracia Saviñón (1886-1942).

El éxito de Henríquez Ureña como poeta era celebrado en su país por Leonor Feltz y Mercedes Mota, quien pidió traducirlo en buena prosa. A esta última le explicó uno de sus poemas que se publicó en *La Vanguardia*, revista de Puerto Plata, ciudad donde ella vivía:

Fíjate en mi modernista poema *Otoñal*. Está escrito en cuatro clases de versos que se basan en el ritmo de cuatro sílabas. Cada estrofa comienza y termina con el mismo verso, como un rondo, y no tiene ni consonancia ni asonancia, como bien lo notarás. Quise seguir los pasos de José A. Silva,¹⁶ Rubén Darío¹⁷ y López Penha.¹⁸ Ese poema es una ociosidad, como diría Lord Byron.¹⁹ ¿No te parece así? (Vega, 2015: 81).

El acuse de la influencia de los escritores modernistas deja ver también el influjo de las recomendaciones de Tulio Manuel Cestero, uno de los principales propagandistas de esta corriente en Santo Domingo y con quien Pedro Henríquez Ureña mantenía correspondencia frecuente.

5

El clima frío y lluvioso del otoño neoyorquino no impedía al joven dominicano asistir a las salas de conciertos. En Broadway escuchó *Aida*, trabajo que consideró el mejor de Giuseppe Verdi, y una de las mejores óperas que se hayan compuesto. Presenció también

¹⁶ José Asunción Silva (1865-1896), poeta colombiano precursor del modernismo en Latinoamérica.

¹⁷ Rubén Darío es el seudónimo del poeta nicaragüense Félix Rubén García Sarmiento (1867-1916). Iniciador y máximo representante del modernismo, empezó temprano en la vida literaria, en la década de 1880, bajo la influencia de poetas españoles. En 1901 estaba en plena producción prosística.

¹⁸ Abraham Zacarías López Penha (1865-1927), novelista y poeta modernista. Judío sefardí nacido en Curazao y vecindado en Colombia desde su juventud.

¹⁹ George Gordon Byron (1788-1824), poeta británico. A los dieciocho años de edad escribió su primer libro de poemas *Horas de ocio*.

Martha, del compositor alemán Friedrich Von Flotow (1812-1883), la cual no le gustó por considerar la música demasiado ligera, sencilla y jamás grande (Vega; 2015: 78). Con diecisiete años de edad, Henríquez Ureña elaboró una crítica comparativa que partió de su afición y conocimiento musical, que compartió el 13 de octubre de 1901 en una carta a Mercedes Mota, en la que decía que había escuchado *La Cavallería Rusticana* y *Nghaer*, de Ruggiero Leoncavallo, y consideró que estas dos eran los mejores ejemplos de la nueva ópera italiana, y añade: “Te diré ahora algo que la Historia del arte no dice. Dicha ópera está influenciada especialmente, por los efectos orquestales de la música de Wagner, pero retiene los esbozos esenciales de la antigua melodía. Este movimiento en el modernismo musical lo inició el mismo Verdi en *Aida*, *Otello* y *Falstaff*. Después de él vienen jóvenes compositores que lo imitaron, siendo los más notables Mascagni (*Cavallería Rusticana*, *Yris*, etc. etc.), Puccini (*La Bohemia*, *Tosca*), Giordano (*Andrea Chenier*, etc.) Leoncavallo (*Y Pagliacci*, etc.), y Boito (*Mefistofele*, etc.) (Vega, 2015: 80-81).

Al parecer, Pedro asistía solo a estos espectáculos, ya que Fran se había alejado de las cuestiones literarias y artísticas. Esta soledad se remedió el 30 de noviembre de 1901 con la llegada a Nueva York de Max, que había progresado en Santo Domingo en la composición musical, pero no en la ejecución. Su padre lo envió a Estados Unidos para que continuara sus estudios artísticos. Ingresó al Conservatorio Nacional para estudiar piano con un músico americano que le corrigió mucho el estilo de ejecución tumultuoso y desordenado. La idea de Francisco Henríquez era que Max completara más adelante los estudios musicales en Europa.

Max llegó a vivir con sus hermanos en una casa alejada del ruido de la ciudad, donde Pedro podía concentrarse en sus estudios. Juntos reanudaron las lecturas y comentarios, y asistieron con frecuencia a los espectáculos y conciertos que ofrecía la inmensa urbe. Esa temporada en el Metropolitan Opera House escucharon a músicos europeos destacados, como el pianista y compositor holandés Eduard Zeldenrust (1865-1910). En la ópera, escucharon a la soprano alemana Lilli Lehmann (1848-1929), reina del canto wagneriano. Pedro comenzó a familiarizarse con obras sinfónicas oyendo oberturas y sinfonías del compositor alemán Ludwig van Beethoven. Hizo costumbre de asistir a la *South Church* los domingos por la tarde para escuchar oratorios donde interpretaban obras del compositor alemán Johan Sebastian Bach (1685-1750), como

Oratorio de Nochebuena y La pasión según San Mateo, esta última considerada una de las más grandes obras religiosas de la historia de la música. Este acercamiento a la Iglesia no modificó la opinión de Henríquez Ureña respecto de la religión. Siguió firme pensando que todo “el mundo sufre, todos los lugares son iguales, pero son los débiles de espíritu los que buscan consuelo. Los fuertes reciben el dolor con filosofía: estoicismo, o resignación, o desprecio. El dolor es producto de la humanidad como el placer, como la religión, como el arte, como todo lo que nos rodea” (Vega: 106).

Pedro Henríquez Ureña fue nuevamente el guía de su hermano menor. Lo introdujo a las puestas en escena de teatro dramático en Nueva York con los mejores actores y directores europeos de la época. Asistieron a *Peleas y Melisenda*, de Maeterlinck, *El mercader de Venecia*, de Shakespeare, y a la representación de *Casa de muñecas*, de Ibsen, su autor favorito. En algunos locales baratos de la ciudad y de Brooklyn que solían dar obras clásicas y modernas, vieron varias de ellas bien interpretadas. Entre las que Pedro destaca están *Hamlet*, *Las alegres comadres de Windsor* y *Otelo*, de Shakespeare, y *El abanico de Lady Windermere*, de Oscar Wilde, poeta, cuentista y dramaturgo inglés de origen irlandés. Su obra representó para Henríquez Ureña un acercamiento al espíritu platónico y al estilismo inglés de filiación helénica (García, 2002: 80). Henríquez Ureña había vivido una infancia parecida a la de Wilde: con una madre escritora y nacionalista; su padre fue un médico destacado; recibieron las primeras letras en su hogar, que además era centro de reunión literaria. Max y Pedro concurren también al teatro Irving Place a las funciones en alemán, aunque no sabían el idioma, para ver *Casa de Muñecas* representado por la compañía residente. En el mismo local vieron *El rey Lear*, de Shakespeare, y *La toga roja*, del dramaturgo francés Eugene Brieux (1858-1932).

Pedro Henríquez Ureña había demostrado desde los seis años de edad una vocación natural y aptitud para la enseñanza. Fue el primer maestro de matemáticas de Max en Santo Domingo. Ahora, en Nueva York, con una gran cantidad de lecturas, conocimiento de autores, géneros literarios, dominio de los idiomas español, inglés y francés, y comprensión del italiano, además de la escritura de poemas, ensayos, crónicas, reseñas y traducciones, la opinión del joven de diecisiete años de edad era valorada incluso por sus mayores en su país natal, entre ellos Leonor y Clementina Feltz y Tulio M. Cestero.

Mercedes Mota, cuatro años mayor que Pedro, incluso recibió una carta de fecha 14 de noviembre de 1901 con una serie de recomendaciones para superar una crisis depresiva:

La vida es digna de vivirse. No desees morir tan joven. Espera hasta que tengas más de cincuenta años. Voy a prescribirte alguna medicina, de modo que te cures de tu escepticismo. Comunícate con personas cuyos ideales no sean los de la *bourgeoisie* común. Visítalas para que te visiten y escríbeles si no viven en Puerto Plata. Escríbele al señor Hostos, a Tulio Cestero, a Leonor Feltz, a todos tus amigos inteligentes y a las mujeres, especialmente.

Lee, lee mucho, tanto como puedas. Lee a los autores más pesimistas, los más excéntricos, los más rudos, los más atrevidos combatientes.

Lee a Leopardi, Schopenhauer,²⁰ Nietzsche,²¹ Zola,²² Ibsen, Tolstoy, D'Annunzio, Montalvo,²³ Baudelaire,²⁴ Larra,²⁵ Heine,²⁶ Renán,²⁷ Poe,²⁸ Espronceda.²⁹ Su pesimismo te curará.

Y no dejes de leer también a los grandes, humanos, serenos escritores que, como el Próspero de Shakespeare, han alcanzado “la suprema paz del alma”.

Pero el principal remedio es este:

²⁰ Arthur Schopenhauer (1788-1888), filósofo alemán. Opositor del racionalismo científico y del idealismo absoluto.

²¹ Friedrich Nietzsche (1844-1900), filósofo alemán importante en esta etapa formativa de Pedro Henríquez Ureña, quien en sus fundamentos críticos se refiere a nuevas tendencias filosóficas surgidas a finales del siglo XIX, ante la crisis de la vejez del positivismo, como el pragmatismo, doctrina filosófica surgida en la segunda mitad del siglo XIX en los Estados Unidos. Estuvo influida por la experiencia social de ese país, que incluía la rápida expansión de la industria y el comercio, la aparición de las asociaciones obreras y la fe en que el trabajo duro y virtuoso sería recompensado. El pragmatismo propone que el principio de utilidad, la practicidad y el buen funcionamiento de las ideas son los criterios para aceptarlas (Barrena, 2014: 3-4).

²² Émile Zola (1840-1902), novelista francés. Principal representante del naturalismo. En 1898 firmó un escrito ante un caso de injusticia militar en contra del judío francés Alfred Dreyfus, en lo que se conoce como el “manifiesto de los intelectuales”.

²³ Juan Montalvo (1832-1889), ensayista y novelista ecuatoriano. En el periodismo y la política perteneció a la corriente liberal.

²⁴ Charles Baudelaire (1821-1867), poeta francés simbolista. Es considerado el iniciador de la poesía moderna. En enero de 1901, Pedro Henríquez Ureña hizo una paráfrasis del soneto XVII de “Flores del mal”, que fue publicado en República Dominicana con el título “La belleza”, dedicado a su profesor Andrés Julio Aybar.

²⁵ Mariano José de Larra (1809-1837), escritor, periodista y político español. Su obra pertenece al romanticismo.

²⁶ Heinrich Heine (1797-1856), poeta y ensayista alemán. Estudiante de las obras de Shakespeare y Cervantes.

²⁷ Ernest Renán (1823-1892), escritor, filósofo e historiador francés.

²⁸ Edgar Allan Poe (1809-1849), escritor, poeta y periodista estadounidense.

²⁹ José de Espronceda (1808-1842), escritor y poeta del romanticismo español.

Pon tu corazón en tu trabajo. Si trabajas con fe, tu obra será útil y sentirás que eres feliz [...] Nadie más apto que yo para sentirse fastidiado, herido de muerte por el motivo más ligero. Pero reacciono prontamente! Y ya ves, es una gran cosa saber que nada es bueno ni malo, como dice Hamlet (Vega, 2015: 84-85).

El magisterio de Henríquez Ureña fue aceptado por Mercedes Mota. Ella reconocía en él a un joven que había aprendido a ser educado, y quería complacerle escribiendo bien en inglés, lengua en la que Pedro ya leía a Shakespeare y a los novelistas y poetas modernos como Thomas Carlyle y Ralph Waldo Emerson, así como a John Ruskin, ensayista y filósofo inglés. Henríquez Ureña pensaba que este último era un maestro que enseñaba que una gran capacidad intelectual no puede ir unida a una depravación moral absoluta. Mota era considerada por Henríquez Ureña como la única dominicana que tenía fibra de escritora, a diferencia de Leonor Feltz, que no era fecunda y escribía con una indecisión que no permitía conocer lo que valía como “cerebro”. “Quizá a ella le pase lo que a un personaje de D’Annunzio que no tenía la facultad de crear, aunque todas las bellezas las comprendía; o aunque pueda ser una escritora, quizá no llegue a serlo por no querer decidirse a escribir” (Vega, 2015: 124). Este juicio viene después de suspender la correspondencia con Feltz, que había abandonado su afición literaria por el alejamiento de quienes animaban el salón Goncourt. Apenas dedicaba algunos minutos para leer noticias políticas en los diarios; la escritura de cartas para ella se convirtió en apatía. Pedro no dejó de admirarla como la figura intelectual femenina que sustituyó a su madre en República Dominicana.

6

La época de bonanza de los hermanos Henríquez Ureña en Estados Unidos acabó a finales de abril de 1902, debido a que el gobierno de Juan Isidro Jimenes fue derrocado por Horacio Vásquez, rival político de Francisco Henríquez, quien tuvo que abandonar el Ministerio de Relaciones Exteriores. Pedro y Max recuerdan que su padre se apresuró a comunicarles que ya no podría mantenerlos en Nueva York porque carecía de recursos y les pedía economizar, mientras él se preparaba para trasladarse a Cuba en busca de un nuevo centro de actividad profesional. Aunque contaban con recursos para sobrevivir

algunos meses, la situación les obligó a cambiar de estilo de vida: ya no podrían dedicarse al estudio ni asistir a espectáculos culturales, además tendrían que cambiar de residencia. Una cosa tenían segura, no saldrían de Nueva York (no podían regresar República Dominicana por la situación política de su padre), así que buscaron la forma de ganarse la vida. Fran y Pedro trabajaron como empleados de comercio. Max encontró empleo temporal como pianista en un restaurante (Henríquez Ureña, 1969: 29 y Henríquez Ureña, 1989: 90).

Los tres hermanos se mudaron a una vivienda más barata a inicios de julio de 1902. La casa era buena y estaba en un barrio tranquilo y respetable en la parte baja de la ciudad, cerca del Madison Square Garden, donde había mucha gente musical que cantaba y tocaba algún instrumento. Allí estuvieron menos holgados y preparaban su desayuno ellos mismos para ahorrar dinero. Sin embargo, ahí también encontraron interés y animación. En la casa que eligieron había muchas mujeres jóvenes y amables, con las que hicieron amistad y se reunieron durante un año. En el otoño, Fran, Pedro y Max abandonaron esta casa porque la dueña exigía que los huéspedes comieran en ella, y el plan de los hermanos era comer en restaurantes. Ocuparon brevemente otra vivienda en el mismo barrio cuya propietaria era una francesa extravagante. Como encontraron incomodidades, decidieron trasladarse a otra casa cercana que era propiedad de unas norteamericanas.

La diversión de los hermanos incluía, además de las visitas a sus amigas de la casa cercana al Madison, la asistencia a hoteles y casas donde se hospedaban algunos dominicanos que vacacionaban o estaban exiliados en Nueva York, entre ellos el expresidente Juan Isidro Jiménez y su familia. A Pedro, que recién había cumplido dieciocho años de edad, la situación política en su país no le era indiferente. En una carta del 27 de agosto de 1902, escribió a Mercedes Mota:

¿Crees que no conozco el mundo? Yo sé de las amarguras de la vida y ningún amago o sonrisa de la suerte me encontrará desprevenido. Desde que estoy aquí, cada día soy más pesimista sobre nuestro propio país.

Una sociedad cuyos miembros no tienen innatas las nociones del respeto y del deber, no se salva.

¿Qué ejemplo más horrible que el de esa ciudad que ataca a quien le sirve y se desvela por ella?³⁰

Mandé una poesía *En la Cumbre*, a la Capital, para que se publique.³¹

Si tú también puedes publicarla, y quieres, en el Cibao, hazlo.

Yo, pesimista de corazón, pero jamás de práctica, tomo de la vida lo mejor (Vega, 2015: 96).

El poema que menciona Henríquez Ureña lo dedica a Mota. En él deja la percepción que tiene de la mujer de su país, cuya sociedad se empeñaba en calumniar y obstaculizar: “Mas la débil mujer, la débil planta / que el leve soplo de la brisa quiebra / ¿cómo podrá vivir cuando la azotan / las alas del dragón de la tormenta? / ¿Cómo gallarda se alzaré, esparciendo / el casto aroma de su gracia excelsa, / si la mata el aliento ponzoñoso / de una egoísta sociedad enferma?” La poesía y carta conmovieron hasta las lágrimas a Mercedes Mota, quien en su acuse dice a Pedro: “Tú, niño aún, posees un corazón repleto de candor, a la vez que de valor i firmeza. Eres niño i eres hombre! Así vas bien por la vida, pues nada logrará sorprenderte ni herirte en ella” (Vega, 2016: 96).

En la correspondencia con Leonor Feltz y Mercedes Mota se encuentran las primeras señales de las redes periodísticas y literarias en las que participó Pedro Henríquez Ureña como corresponsal, escritor, enlace, biógrafo y proveedor de libros y artículos de autores que él consideraba fundamentales para crearse un juicio acertado de la literatura clásica y contemporánea. A sus dos interlocutoras les enviaba material de lectura con la petición de que le expresaran sus impresiones. Entre los favoritos estaban algunos tomos de Ibsen y D’Annunzio difíciles de conseguir en República Dominicana. Mercedes Mota recibió cartas con más asuntos literarios y culturales de Nueva York, por haber estado ella en esa ciudad en compañía de Pedro. Varias de esas epístolas son reportes periodísticos donde el joven detalla conciertos de ópera, funciones de teatro y asuntos políticos, como el ambiente en la ciudad después del asesinato del presidente de Estados Unidos, William McKinley, en la exposición internacional de Búfalo en 1901. Por petición de una lectora de los poemas del joven Pedro, Feltz envió su dirección en Nueva York a Francisco Seller,

³⁰ En alusión al derrocamiento de Jiménes y la destitución de su padre, Francisco Henríquez, a quien comienza a llamar sólo “Pancho” en su correspondencia (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 284).

³¹ La poesía fue publicada en septiembre de 1902 en el *Listín Diario*, de Santo Domingo, y en *El Civismo*, de Puerto Plata.

admirador de Salomé Ureña, con la intención de que se conocieran. Seller era un poeta, periodista y político cubano, fundador, junto con Martí, del Partido Revolucionario Cubano. No hay evidencia de que Pedro Henríquez Ureña lo hubiera conocido en Nueva York.

Para Mercedes Mota, Pedro Henríquez Ureña llegó a ser un “neoyorquino” consumado, y le pidió ayuda para conseguir un hospedaje barato a una familia dominicana. La recomendación de joven fue no tomar habitaciones en hoteles de compatriotas, que además de ser caros, en ellos no se aprendía inglés, tenían que alejarse de la “raza”, decía (Vega, 2015: 110). Pedro veía también la oportunidad de publicar trabajos con precios bajos en Nueva York y solicitó a Mota una selección de sus trabajos para compilarlos en un folleto con el que ella demostraría que no era una “escritorzuela” (Vega, 2015: 117).

La primera publicación de Pedro Henríquez Ureña fuera de República Dominicana y Cuba fue en Lima, Perú, y se dio gracias a las redes en las que comenzó a figurar. En 1903, Mercedes Mota estableció comunicación entre él y A. Lemónaco, director de *Pandemonium*, revista costarricense que se distribuía en Centroamérica y quien quería una biografía breve de la señorita Mota. La idea de la dominicana era recomendar la personalidad del joven pensador y poeta para que figurara más allá de su medio, en un ambiente más propicio donde se reconozca el mérito y se estimule la aspiración y el ideal (Vega, 2015: 129). El texto sobre la vida de Mota fue encargado a Pedro, y no fue incluido en la revista mencionada, sino en la peruana *Actualidades*, en 1904.

La lectura y la producción literaria de Pedro Henríquez Ureña disminuyeron durante 1902 por su empleo y los constantes cambios de casa. Además de *En la Cumbre*, sólo escribió otro poema que no publicó: *Tropical. En el álbum de la cubana Margarita Rodríguez*. Este poema lo incluyó Henríquez Ureña una serie que llamó “Galanterías” en la libreta “Versos: 1894-1905” (AHCM, FPHU). A finales de ese año, y con el propósito de adquirir mayores conocimientos y mejorar en los puestos laborales, Fran y Pedro tomaron un curso comercial en una escuela de la ciudad, durante tres meses con clases de cinco horas diarias. Pedro aprendió rápidamente a escribir en máquina y casi cien palabras en inglés por minuto taquigráficamente. Además, conoció la teneduría de libros, que forma parte de la contabilidad y consiste en el registro de las operaciones en los libros de

contabilidad de las empresas. Con estas habilidades, el joven respondía a las ofertas de trabajo anunciadas en los periódicos y obtuvo un empleo de seis dólares semanales, que pronto subieron hasta los ocho dólares. Según Henríquez Ureña:

Las horas de trabajo eran largas, desde las siete y media hasta la seis, con sólo media hora para el lunch, y el carácter del dueño era irascible y su educación casi nula. Era un Jerry Cruncher (*A tale of two cities*). Vi entonces de cerca la explotación del obrero; la mayoría de los de allí empleados eran mujeres y niños; los pocos hombres que había eran casi todos italianos que acudían a mí para hacerse entender; y el promedio de los salarios era cuatro dólares por semana. Aquellos fueron días amargos; ni siquiera adquirí experiencia comercial, pues aquellos libros adolecían de antiquísimo desorden, había cuentas imposibles de rectificar, y nunca se había hecho balance [...] al fin hube de salir de allí, en julio de 1903, molido de cuerpo y fatigado de espíritu (1989: 91-92).

En Santo Domingo, Francisco Henríquez y Carvajal mantenía la esperanza de que el país estadounidense formara bien el espíritu de sus hijos y que les enseñara muchas cosas. Pensaba enviar a Pedro a París para que hiciera un doctorado y continuara con su cultura literaria. Creía, además, que tenían que sacar el mayor provecho y que debían haber aprendido el idioma alemán, la estenografía, la contabilidad, la economía política de Henry George, así como el mecanismo constitucional y municipal de los Estados Unidos, ya que no habían hecho estudios profesionales reglamentados. En una carta del 7 de septiembre de 1902, Francisco Henríquez dice a Pedro:

Ya va a comenzar la edad seria para ti y para Franc. Principiando a los 19 años una carrera, debe estar completa a los 24 o 25. No hay, pues, tiempo ninguno que perder. Respecto de ti, ya sé que con irte a París e inscribirte en la escuela de derecho, ya está resuelto el punto; respecto de Franc espero que él me diga si puede o no hacer estudios ahí o si hay que pensar en otro país. Es preciso saber ya definitivamente lo que se piensa hacer. Es verdad que podría faltarnos el dinero para ello; pero esa circunstancia fortuita no debe imponernos el reposo y la inercia en el tiempo que se puede ir trabajando.

Cuando no se pueda, pues no se puede, y buscaremos un modo de vivir conforme a las circunstancias.

Estoy perfectamente satisfecho y hasta orgulloso de la conducta de Uds. No crean que nadie, ni nada, me ha hecho hasta ahora dudar de Uds. Lo que temo muchas veces es la inexperiencia propia de jóvenes de su edad (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 285).

En medio de esta época difícil, Pedro Henríquez Ureña continuó manteniendo su afición al teatro y a la ópera, y acudía asiduamente a las funciones con el dinero que ganaba. En una temporada larga y agradable para el joven dominicano, en el Metropolitan Opera House vio compañías italianas, alemanas y estadounidenses que interpretaron varias piezas ya conocidas por Pedro, como *Tannhäuser*, *Cavalleria* y *Lohengrin*, así como otras que escuchaba por primera vez: *Iris*, interpretada por su autor, el italiano Pietro Mascagni (1863-1945); *El barbero de Sevilla*, de Gioachino Rossini (1792-1868); y *La valkiria*, de Wagner.

En teatro dramático vio a Eleonora Duse (1858-1924), actriz italiana de fama mundial y amiga íntima de Gabriel D'Annunzio, de quien interpretó *La Gioconda*, *La Città Morta* y *Francesca de Rimini*. Henríquez Ureña presenció varias puestas en escena de autores a los que admiraba, como *The importance of being Earnest*, de Oscar Wilde, y *Los espectros*, de Ibsen. Sus asistencias siempre incluían obras de Shakespeare, como *Hamlet*, *Julio César* y *Romeo y Julieta*. Vio también *Cándida*, que según Henríquez Ureña fue una de las más hermosas comedias de esa época. Su autor, George Bernard Shaw, crítico de arte y conferencista irlandés, cuya boga americana comenzó con esa representación, había defendido los dramas de Ibsen y la música de Wagner, autores favoritos del dominicano. La obra de Shaw, que incluía trabajos periodísticos, dramas, cuentos, ensayos y novelas, así como sus ideas sociales y políticas, impactaron tanto al dominicano que lo calificó como uno de los talentos más originales y brillantes de la literatura inglesa de su tiempo (Henríquez Ureña, 1960: 13-16).

Los programas artísticos de estos espectáculos eran archivados por Max, quien formaba con ellos un libro cada año, y en él escribía un resumen al final de la temporada junto con Pedro. Este, al quedar sin empleo, volvió a leer y escribir, y compartía sus impresiones con su amiga Mercedes Mota, quien se asumió como su discípula y escogió

a los escritores con base en sus recomendaciones. En su constante correspondencia, Henríquez Ureña recomendaba a Mota leer a Tolstoi, Fiodor Dostoievski, novelista ruso que explora la psicología humana en sus obras, al novelista y dramaturgo alemán Hermann Sudermann y a Guy de Maupassant, cuentista y novelista francés, entre muchos otros a quienes leía en la Biblioteca Astor. Le pedía consultar la *Antología de poetas hispanoamericanos* en 4 tomos, con prólogo de Menéndez Pelayo. Asimismo, le sugería leer nuevamente a Nietzsche, a quien consideraba un loco que cuando estuvo cuerdo escribió libros con ideas extravagantes y con frases que tomaban los más extraños giros. El alemán, seguía Pedro, creó una filosofía en que “proclamar la variedad de la moral consagra el egoísmo, ridiculiza la piedad, y profetiza el reinado de los super-hombres, tiranos intelectuales. Su soberbia originalidad le ha traído muchos discípulos y aún sus más extrañas ideas tienen adeptos. Para un discípulo intelectual de Hostos o de Spencer, o del mismo Schopenhauer las ideas de Nietzsche son erradas, pero es preciso conocerle por la enorme boga de que goza” (Vega, 2015: 140). Para Henríquez Ureña, Nietzsche poseía una asombrosa perspicacia de crítico y de psicólogo, así como entusiasmo y fuerza de escritor. Oscar Terán menciona que las lecturas de las obras de Nietzsche ingresaron en el ámbito hispanoamericano en un momento en el que se trataba de acercarse a todos los filósofos a quienes condenaba el positivismo, “de cuya extrema amplitud da cuenta el arco que abarca desde Platón (<<que fue nuestro mayor maestro>>) hasta Schopenhauer” (1998: 606).

El interés del joven dominicano era que Mercedes Mota conociera las obras de muchos autores para que mejorara como escritora, y la instaba a publicar un folleto en Nueva York con sus artículos sobre instrucción, progreso y mujer. Henríquez Ureña estaba muy interesado en publicar también algo que “pareciera un libro” antes de cumplir los veinte años de edad. Para ello concibió un proyecto de estudio sobre D’Annunzio, Kipling y Gorgi, escritores jóvenes que representaran las llamadas tres razas europeas: latina, sajona y eslava, respectivamente. Sólo culminó el texto relativo a D’Annunzio, cuya parte dedicada a sus versos fue publicada más tarde.

Por la muerte de Eugenio María de Hostos, en agosto de 1903, Pedro Henríquez Ureña escribió un artículo en su memoria, en el que lo llamó el maestro de la generación más consciente de República Dominicana. En este año escribió también una reseña de los

principales espectáculos artísticos que se presentaron en la temporada de otoño en Nueva York, e hizo los poemas *Frente a las “palisades” del Hudson* e *Íntima*, este último dedicado a su tía Ramona Ureña, a quien denomina sacerdotisa del ensueño. Inició la escritura de una serie de versos dedicados a señoritas de Santo Domingo. Más tarde reuniría estos breves trabajos en el apartado “Postales”, que no verían la luz en publicación alguna.

7

No todo era estudio y cultura en la vida social de Pedro y sus hermanos en Nueva York. En marzo de 1903, conocieron a una mujer morena, esbelta y elegante, que se hacía llamar Dolores de Armas, decía ser descendiente de españoles y cantaba romanzas sentimentales acompañándose del piano. Ella, que recién había abandonado a un novio judío, los convenció para que juntos rentaran un apartamento en el que sería como su “hermana”, aunque realmente era amante de Max, que acababa de regresar de La Habana, Cuba, a donde fue por dos meses para acompañar a su padre para “calmar sus inquietudes”, ya que con frecuencia llamaba a su lado a él y a sus hermanos. En la nueva vivienda organizaron reuniones a las que asistían mujeres de teatro y muchachas más o menos “alegres”. Dolores duró poco en el apartamento porque se casó con un novio rubio que hasta presentó a los Henríquez Ureña. Dos años después vieron su foto en el periódico por haber sido acusada de poligamia. Además, no se llamaba Dolores, sino Eloísa, pues un día se le escapó ese nombre hablando consigo misma. Ella explicó que su nombre completo era Eloísa Madonna Carmen Dolores. Después de la salida de Dolores, llegaron a vivir al apartamento los hermanos dominicanos Virgilio y Julio César Ortega Frier (Henríquez Ureña, 1989: 95). Este último llegó con quince años de edad para continuar sus estudios secundarios y “americanizarse”, como deseaban sus padres.

En el barrio donde vivían Fran, Pedro y Max, abundaban dominicanos desterrados por una nueva revolución que logró derrocar al presidente Horacio Vásquez a finales de abril de 1903. Los rebeldes triunfantes designaron presidente provisional a Alejandro Woss y Gil, uno de los amigos más interesantes en Nueva York de Pedro Henríquez Ureña. El movimiento armado había sido concebido y realizado por los seguidores de Juan Isidro Jimenes, derrocado un año antes. Al no ver satisfechas sus aspiraciones, los *jimenistas* se

unieron con los partidarios de Horacio Vázquez y depusieron a Woss y Gil de la presidencia en noviembre, sustituyéndolo por el exsacerdote Carlos Morales Languasco. Woss y Gil ofreció durante su breve mandato el cargo de Ministro Plenipotenciario en Haití a Francisco Henríquez, que estaba en Santo Domingo desde mayo por asuntos políticos y para atender a su esposa que tuvo un hijo en junio. Henríquez y Carvajal, que veía muy complicado el panorama político de su país, no respondió a la propuesta. En cambio, asistió en sus últimos momentos a su maestro Eugenio María de Hostos.

Desde Nueva York, Francisco Henríquez era instado por sus hijos para que saliera de República Dominicana. Max, avisado de manera confidencial por el expresidente Jimenes del golpe que se gestaba en contra de Woss y Gil, se embarcó para Santo Domingo el 7 de octubre de 1903 para enterar a su padre y convencerlo de volver a Cuba. Sin embargo, Henríquez y Carvajal permaneció en la capital dominicana y en noviembre formó parte de una comisión que envió Woss y Gil para negociar una tregua con los revolucionarios y poner fin al sitio de la capital dominicana. Con la entrada triunfal de Morales a Santo Domingo, se inició una persecución contra los partidarios del derrocado presidente. Henríquez y Carvajal recibió avisos que planeaban encarcelarlo; sin embargo, él continuaba realizando sus visitas médicas en la ciudad. Fue detenido el 15 de diciembre y liberado el 27 del mismo mes, cuando se le concedió salir hacia el extranjero (Henríquez Ureña, 2016: 78-82).

Unos meses antes, en enero de 1903 Francisco Henríquez había presentado un examen en la Universidad de La Habana para revalidar sus estudios en medicina con la intención de ejercer su profesión en esa ciudad. Al inicio de ese año estaban allí muchos dominicanos que también se habían exiliado después de la caída del gobierno jimenista. Entre ellos el joven escritor Rafael Octavio Galván, quien vivía en la misma casa de huéspedes que alquilaba Henríquez y Carvajal. Otros refugiados en La Habana en ese periodo fueron Francisco Deetjen, hijo de un político dominicano de origen haitiano, y el escritor y secretario personal del general Máximo Gómez, Lorenzo Despradel, que había combatido el régimen de Heureaux a través del periodismo en Santo Domingo. Por último, entre los frecuentes contertulios de Francisco Henríquez estaba el cuentista y poeta erótico Fabio Fiallo, que ocupaba el cargo de cónsul general del gobierno dominicano de Horacio Vázquez en la capital cubana.

Max acompañó a su padre unos meses en Cuba y salió a principios de abril de 1903 para reunirse con sus hermanos en Nueva York. Francisco Henríquez permaneció en La Habana, después pasó a República Dominicana, de donde viajó en los últimos días de 1903 hacia Santiago de Cuba para después continuar su viaje hacia Estados Unidos, donde lo esperaban sus hijos Fran y Pedro, con quienes se regresaría a Cuba nuevamente tres meses después. Max había viajado a Santo Domingo, donde permanecía.

El doctor Francisco Henríquez llegó a Nueva York a principios de enero de 1904. Encontró a Pedro convaleciente por un reumatismo que lo mantuvo en cama durante dos semanas debido a la fatiga de su organismo y al crudo invierno. Henríquez y Carvajal llevó a sus hijos a vivir a una casa de huéspedes francesa, donde Pedro recuperó la salud con un régimen de sobrealimentación. La actividad política de Francisco Henríquez continuó en Nueva York con la redacción y publicación de circulares que enviaba por correo a sus compatriotas con opiniones previsoras sobre la mala situación económica y política de su país ocasionada por el presidente Morales, que decidió quedarse en el poder a pesar de haberse comprometido a cederlo a Jimenes. Desde inicios de 1904 Morales solicitó el protectorado de Estados Unidos para llegar a un acuerdo con sus acreedores europeos. El gobierno dominicano pedía el auxilio de los norteamericanos también para dominar a la revolución iniciada en diciembre del año anterior por Juan Isidro Jimenes, a cambio de aceptar un arreglo comercial con la *Improvement* y construir varios faros que facilitarían la navegación hacia el canal de Panamá, que entonces se construía (Tejada, 2010: 427).

La intervención militar de Estados Unidos en la media isla comenzó en febrero de 1904. En unión con una flota de la marina inglesa, arrebataron el fuerte de Puerto Plata a las fuerzas de Jimenes y lo entregaron al gobierno de Carlos Morales. Poco después, dos buques de guerra estadounidenses bombardearon Villa Duarte y sus alrededores para desembarcar soldados y ocupar esos lugares. Este ataque generó uno de los primeros documentos colectivos de protesta contra la intervención de Estados Unidos en República Dominicana. El texto calificaba a ese hecho insólito como un ultraje vergonzoso a la libertad de la República, y estaba firmado, entre otros, por Federico Henríquez y Carvajal, Enrique Deschamps y Max Henríquez Ureña, que había permanecido en Santo Domingo después de la salida de su padre. Los firmantes fueron amenazados y perseguidos por el

gobierno de Morales. El 11 de marzo de 1904, el doctor Francisco Henríquez envió una carta pública al Secretario de Estado de los Estados Unidos haciendo eco de la protesta de sus familiares y compatriotas, incluyendo reclamos sobre la injerencia de ese gobierno sin conocer a fondo la situación del país dominicano. Este documento fue editado en hoja suelta y circuló ampliamente dentro y fuera de República Dominicana (Henríquez Ureña, 2016: 83-84 y Selser, 2001: 98-101).

Los revolucionarios jimenistas fueron derrotados en República Dominicana. El gobierno de Carlos Morales Languasco fue reconocido por los Estados Unidos y con su apoyo se mantuvo en el poder hasta 1906. La postura política del doctor Henríquez y Carvajal dificultaba su estancia en Nueva York, y al mismo tiempo le impedía regresar a Santo Domingo, por lo que decidió viajar con sus hijos hacia Cuba, donde tenía muchas amistades y planeaba ejercer su profesión de médico.

Pedro Henríquez Ureña no partió con tristeza de Nueva York. En esa gran ciudad aprendió cuanto debía aprender en su juventud, una etapa formativa determinante para la vida de cualquier persona. Según él, ahora el conocimiento moral e intelectual debía servirle para volver a vivir entre su gente (Henríquez Ureña, 1989: 113). Con el poema “Frente a las <<palisades>> del Hudson”, Pedro Henríquez Ureña recordaría a la metrópoli vista desde la distancia:

El cielo de otoño, do van confundidos
el gris de las nieblas y el diáfano azul,
palidece apenas en vago crepúsculo,
del sol decadente a la mustia luz.

La tarde está pálida. El viento muy leve
apenas agita el paisaje otoñal:
en una ribera, los verdes peñascos,
en otra, callada, la inmensa ciudad.

Capítulo 3. Pedro Henríquez Ureña en Cuba, 1904-1906

1

Cuba, la mayor de las Antillas, fue considerada la “llave del Nuevo Mundo” debido a su ubicación geográfica. Su territorio está en la entrada del Golfo de México, casi a 150 kilómetros al sur de los islotes de la Florida y por otros 210 al noreste de la península de Yucatán. La isla más cercana es la antes conocida como la Española, a sólo 85 kilómetros al sureste. La proximidad entre estas ínsulas caribeñas, incluyendo a Puerto Rico, favoreció lo que José Martí consideró como la hermandad que desde siglos antes cambiaban hijos y se enviaban libertadores. En 1892, el cubano señaló que su país, Santo Domingo y Puerto Rico habían de sostenerse juntos o juntos habían de desaparecer por la codicia pujante que generaban sus riquezas naturales y por la diversidad de sus hábitos y antecedentes (citado en Ricardo, 2002: 228-229).

Si bien son muchas las similitudes entre esas tres islas caribeñas, su historia difiere por el deseo de diversas potencias europeas por hacerse de sus territorios. A diferencia de lo que sucedió con la Española, donde el imperio hispano cedió la parte occidental de su territorio a Francia en el siglo XVII, en Cuba, ante la sublevación de algunos sectores de la población, tanto de “naturales” como de criollos, los españoles decidieron dividir el territorio en dos gobiernos a partir de 1607. La región oriental fue controlada por el gobernador de Santiago de Cuba, en tanto que el resto continuaría regentado desde La Habana, cuyo gobernador conservaría la autoridad suprema (Zanetti, 2013: 51-52).

Francisco Henríquez y Carvajal se refugió en Cuba después de ser derrocado el gobierno dominicano de Juan Isidro Jimenes. La capitulación del presidente ocurrió a finales de abril de 1902; sin embargo, Henríquez y Carvajal, exministro de Relaciones Exteriores, permaneció en Santo Domingo hasta octubre siguiente, poco después de que naciera el primer hijo varón de su segundo matrimonio. En el alba del siglo XX, Cuba no había logrado su soberanía tras la guerra contra España, sino que permanecía bajo la hegemonía de los Estados Unidos, nación que izó su bandera el 1 de enero de 1899 en palacios y plazas. La situación cubana después de la lucha armada que inició Martí con un puñado de independentistas en 1895 era difícil en muchos sentidos: epidemias de fiebre amarilla, instituciones educativas y culturales debilitadas o nulas, ausencia de fuerzas políticas locales que dejaron en libertad a los estadounidenses para diseñar el futuro. En

el aspecto económico, el sector más poderoso continuó siendo el español, cuyos integrantes se vieron entre dos bandos contrarios: el repudiado vencedor norteamericano y el sector de los temidos mambises, guerrilleros independentistas cubanos.

El 20 de mayo de 1902, pocos días después de que Horacio Vázquez usurpó la presidencia de República Dominicana, se proclamó la República de Cuba con el ascenso al gobierno de Tomás Estrada Palma, un político veterano que fundó, junto con Martí, el Partido Revolucionario Cubano. Fue Ministro Plenipotenciario cubano en Nueva York a partir de 1895, y allí logró la simpatía de los estadounidenses para la causa libertaria de su país. Desde entonces ganó también el apoyo de los norteamericanos que se mostraron parciales en su favor, contra Bartolomé Masó, viejo independentista que declinó su candidatura para que Estrada Palma no tuviera rival en las elecciones.

La labor de reconstrucción de la sociedad, la economía y la educación cubanas fue tomada por las nuevas autoridades con seriedad, aunque fuera a costa de su endeudamiento. En la administración fueron llamados a participar cubanos independentistas y muchos oficiales del Ejército Libertador, lo cual trajo consigo la casi eliminación de la corrupción que tuvieron con los gobiernos españoles. Asimismo, se abrió el mercado cubano a nuevos productos, principalmente provenientes de Estados Unidos. La necesidad de personal calificado en las distintas áreas permitió la llegada de extranjeros a la isla para participar en el desarrollo de Cuba, que se convirtió en República, pero vinculada a Estados Unidos, con una Constitución influenciada por el texto constitucional norteamericano, que establecía un sistema presidencialista con una división en tres poderes (Zanetti, 2013: 193-199).

El apoyo fundamental de los Estados Unidos a Tomás Estrada Palma se traduciría en la firma de un Tratado Permanente entre Cuba y los norteamericanos en el que se recogió lo relacionado con la Enmienda Platt, creada en 1900, mediante la cual se establecía la posibilidad de una intervención estadounidense en caso de que la isla estableciera tratados o convenios con potencias extranjeras que comprometieran o limitaran su independencia. Además, se tomaron algunas medidas económicas de reciprocidad comercial, como la que redujo los aranceles norteamericanos para favorecer el crecimiento de la industria azucarera, y dar impulso a la tabacalera. Estas acciones comerciales permitieron que la economía cubana avanzara con rapidez.

Gran parte de la elite ilustrada dominicana se mostró afectada a los movimientos independentistas cubanos de finales del siglo XIX. El primer levantamiento en la isla surgió apenas en octubre de 1868, un mes después de que la revolución liberal española destronó a la reina Isabel II, situación que generó inestabilidad en el imperio hispano. Tres años antes, después de una breve “reanexión”, los españoles habían abandonado República Dominicana. Las únicas posesiones de España en América eran Cuba y Puerto Rico. En favor de la independencia de estos dos pueblos y de la unión de las Antillas comenzó a hacer propaganda Eugenio María de Hostos el mismo año de 1868, en Madrid. Desde el inicio de la lucha independentista de Cuba participaron algunos oficiales dominicanos, entre los que destaca Máximo Gómez, que luchó contra la invasión haitiana en 1845 y en la guerra de restauración de República Dominicana en 1865. El valor y la estrategia militar de Gómez hicieron que se le nombrara general del Ejército Libertador de Cuba. Después de obtener importantes triunfos en suelo cubano, tuvo que abandonar aquel país en 1876 por el debilitamiento del movimiento armado, que terminó por ser vencido dos años más tarde.

Un joven testigo de esa guerra conocida como de los diez años fue José Martí, que sería arrestado en La Habana a los 16 años de edad por mostrarse afecto al movimiento insurrecto. Después fue enviado al exilio a España y finalmente recaló en Estados Unidos. A través del periodismo, Martí dio sus primeros pasos en la literatura hispánica, de la cual llegó a ocupar la cumbre. En ese ejercicio periodístico conoció y admiró la naturaleza democrática y la dinámica progresista norteamericana, pero fue testigo también de los apetitos imperiales de Washington, lo que ponía en riesgo el destino de las repúblicas “feudales y teóricas”, como su natal Cuba. El pensamiento libertario de Martí tenía como fundamento la democracia en donde todas las clases y sectores tuvieran cabida (Zanetti, 2013: 180-181).

Con el fin de agrupar y ordenar los esfuerzos independentistas, José Martí fundó el Partido Revolucionario Cubano en abril de 1892 con algunos emigrantes cubanos que estaban en los Estados Unidos. En septiembre siguiente, en carácter de delegado de esa agrupación política, Martí viajó por primera vez a República Dominicana para ofrecer a Máximo Gómez la dirección suprema de la organización militar de la revolución. Después de la entrevista con Gómez en Monte Cristi, José Martí viajó por tierra hacia la capital

dominicana y se detuvo en varias ciudades para disfrutar el ambiente y paisaje antillanos de “la patria dominicana, la carísima patria que ha dado a la libertad y a la independencia apóstoles, maestros, mártires y héroes insignes” (Henríquez y Carvajal, 1892: 105). El cubano avisó de su llegada a Santo Domingo a su amigo y seguidor de la causa independentista cubana, el periodista y maestro Federico Henríquez y Carvajal, quien le dio la bienvenida en su casa el 19 de septiembre de 1892, y esa noche lluviosa lo presentó en el local abarrotado de la Sociedad Amigos del País. En el acto participó también Francisco Henríquez y Carvajal, y en un breve discurso hizo eco de los esfuerzos e ideales generosos de quienes sentían las ansias de libertad y profesaban el culto austero del deber. Martí fue acogido como huésped y se le despidió como hermano. “Cordiales abrazos y manos fieles estrecharon los vínculos de las americanas ideas y de los sentimientos antillanos. Cuarenta horas, no más, habían bastado al peregrino para hacerse de su segunda patria” (Henríquez y Carvajal, 1892: 105).

José Martí visitó dos veces más República Dominicana, pero no volvió a pisar Santo Domingo. Sin embargo, el sentimiento de adhesión que generó su primera estancia en la elite intelectual y política se mostraba en la creación de clubes y grupos separatistas en las principales ciudades dominicanas, cuyos fundadores y dirigentes fueron figuras como el expresidente Francisco Gregorio Billini y Federico Henríquez y Carvajal. Incluso en 1895, año en que Martí y Gómez firmaron el manifiesto de Monte Cristi, documento mediante el que se justificaba y exigía la liberación de Cuba por parte de los españoles, el presidente dominicano Ulises Heureaux les dio una aportación de dos mil pesos para que pudieran viajar hacia el sur de Cuba y encabezar la guerra de independencia. La contribución y el apoyo se mantuvieron en secreto para no enturbiar la relación con España, y por así convenir a su política exterior dominicana. Heureaux, “que había hecho extinguirse todo asomo de libertad, que imperaba por el terror y la fuerza, tuvo sin embargo, conciencia clara de su deber de <<buen americano>> y supo cumplirlo en la medida en que su cargo se lo permitía” (Henríquez Ureña, 1923, citado en Ricardo 2002: 89).

Con estos antecedentes de simpatía, amistad y hermandad entre los dirigentes de la lucha independentista cubana y la élite dominicana, se comprende que Francisco Henríquez y Carvajal eligiera exiliarse en la Antilla mayor después de ser derrocado el

gobierno dominicano de Juan Isidro Jimenes. Su viaje para llegar a la capital cubana se interrumpió un par de semanas en Santiago de Cuba, ciudad de la que era originario su abuelo materno. En La Habana, Henríquez fue recibido con especial cariño por el libertador Máximo Gómez, quien pocos meses antes había izado la bandera cubana por primera vez en el Palacio de los Capitanes Generales. La fama y buena reputación del general Gómez hicieron que se le propusiera para ocupar la presidencia cubana. Sin embargo, el dominicano declinó en favor de Tomás Estrada Palma, a quien apoyó en su campaña y en su gestión.

El médico cubano Eusebio Hernández recibió a Francisco Henríquez en La Habana. Su amistad se remontaba a 1888, cuando se conocieron en Francia mientras los dos se especializaban en la Universidad de París. Hernández era un veterano que había participado desde 1868 en las distintas escaramuzas por la independencia cubana. En 1896, Máximo Gómez le otorgó el grado de Teniente Coronel del Ejército Libertador. Mantenía una activa vida política y llegó a postularse para vicepresidente en la fórmula de Bartolomé Masó en las elecciones de 1902. Sin embargo, su principal ocupación después de 1899 fue la de médico ginecoobstetra y profesor de la Universidad de La Habana, institución que nombró a Henríquez y Carvajal como médico de consulta en una asociación benéfica gracias a la intervención de Máximo Gómez (Henríquez Ureña, 2016: 78).

2

El clima fresco de la estación “seca” de Cuba recibió a Pedro Henríquez Ureña en abril de 1904. Después de tres días de navegación desde Nueva York, La Habana se ofreció llena de color y de luz a su vista. La capital cubana había tenido una eclosión arquitectónica durante el auge azucarero de principios del siglo XIX. En ella se construyeron palacetes y quintas de recreo en la periferia. Sin embargo, el estilo neoclásico que sustituía a la madera por el hierro no pudo suplantar las expresiones criollas en las viviendas, “que con sus medios puntos de vivos colores y el mobiliario de rejilla respondía a las peculiaridades del trópico apelando a recursos que ya llevaban un sello de identidad” (Zanetti, 2013: 144). El contraste del gris neoyorquino con las tonalidades coloridas de cada una de las casas habaneras entusiasmó al joven que venía de sufrir uno de los inviernos más crueles de su

vida. Aunque encontró hermosos los paseos de la ciudad, la alegría de la mirada lejana disminuyó cuando caminó por las calles estrechas y notó la falta de estilo de los edificios que juzgó como vulgaridades (Henríquez Ureña, 1989: 113).

Menos de veinte años antes habían quedado enteramente libres los últimos esclavos en la isla. Sin embargo, la abolición no cesó la discriminación que imperaba en las ciudades cubanas y aún eran relegadas socialmente las personas de piel oscura. Durante la etapa en que algunos clubes políticos abogaban por el anexionismo de Cuba con los Estados Unidos, a mitad del siglo XIX, se pensaba que esa unidad traería un progreso económico, político y cultural, acompañado del asentamiento de miles de colonos blancos, así como la continuidad del esclavismo. La anexión no se consumó y los negros y mulatos de las ciudades afianzaron la tradición de sus ritos y expresiones artísticas ancestrales con las que mantenían vivos los valores de raíz africana. Con el paso del tiempo, la población de procedencia africana que se identificaba y definía por su color de piel, superó la diversidad de sus orígenes étnicos y también denota un proceso de sincretismo (Zanetti: 2013: 146 y 150). En las constantes fiestas callejeras populares se manifestaban las costumbres y las tendencias cubanas, que pronto comenzaron a “chocar” a Pedro Henríquez Ureña, que añoraba los espectáculos artísticos de Nueva York.

La diversidad de los grupos sociales era también distinta a la estadounidense. Después de la lucha independentista muchos trabajadores de las ciudades emigraron hacia los Estados Unidos para laborar en la producción de tabaco, lo que motivó la llegada de extranjeros a la isla, particularmente a La Habana, en donde se instalaron antiguos trabajadores chinos con escasa calificación que se convirtieron en vendedores ambulantes. Se incrementó también la población negra debido al abolicionismo, y los jóvenes peninsulares que llegaron para trabajar como dependientes de los comercios dieron a la ciudad un toque de cosmopolitismo. Los gallegos y asturianos controlaban el comercio y eran mayoría en los empleos públicos. Este sector español, cuyo núcleo social era el más grande en La Habana, apoyaba la “hispanización” de la isla, aunque estuviera tutelada por los Estados Unidos (Zanetti, 2013: 175).

Pedro y Fran Henríquez Ureña llegaron a La Habana y estuvieron muy cercanos al grupo de elite de la política cubana formado por nuevos caudillos que asentaban su poder en redes y lealtades forjadas durante la guerra. Esta congregación estaba unida con “ciertas

personalidades civiles del independentismo cuyo prestigio descansaba en su relevancia intelectual” (Zanetti, 2013: 208), y que en su mayoría eran amigos de Francisco Henríquez y Carvajal. Uno de ellos, Manuel Silveira, comerciante y representante de la *United Fruit Company* en La Habana, ofreció emplear a los hermanos como secretarios u oficinistas en su poderosa empresa de seguros, la Silveira y Compañía. El dueño, propietario también de uno de los ingenios azucareros más importantes de la época, era uno de los inversionistas preferidos del presidente Tomás Estrada Palma, quien lo consideraba pieza fundamental para lograr el “bienestar y la grandeza de Cuba” (Padrón, 1986: 63). Los jóvenes ingresaron a la compañía después de desembarcar en la capital cubana, donde los españoles eran favorecidos para ocupar los puestos mejor pagados debido a los lazos familiares y culturales. Incluso algunos empleadores norteamericanos preferían a los peninsulares por considerarlos más vigorosos y frugales (Zanetti, 2013: 206).

Luego de dos semanas de su llegada a la isla, Francisco Henríquez partió hacia Santiago de Cuba para instalar un consultorio médico. Dejó a sus dos hijos en La Habana bajo la mirada del general Máximo Gómez y del médico Eusebio Hernández, y rodeados de personas destacadas en las letras, la política y las artes, como el comerciante gallego Manuel Hierro y Mármol, dueño de una famosa joyería de la ciudad, y la dominicana Adriana Billini, pintora y maestra de enseñanza artística, que había fundado una escuela de dibujo y pintura en la capital cubana. Otras figuras con las que Pedro y Fran compartieron su estancia en Cuba fueron la escritora, periodista e independentista puertorriqueña Lola Rodríguez de Tió, así como Manuel Serafín Pichardo Moya, fundador y director de la publicación mensual *El Fígaro. Revista Universal Ilustrada*, en la que colaboraron los mejores escritores del modernismo cubano, con excepción de José Martí.

La intención de Pedro Henríquez Ureña por dedicarse a la literatura halló en La Habana mayores obstáculos que en Santo Domingo y Nueva York. Si bien su padre aceptaba de a poco su inclinación hacia las letras, el joven no tenía muchos incentivos en una ciudad con una "superficialidad incurable". Se mostró incapaz de establecer amistades “literarias”, salvo la de Lola Rodríguez de Tió y su familia, a quienes visitaba de tarde en tarde y más social que intelectualmente, y de los poetas cubanos Manuel Serafín Pichardo y Juan Guerra Núñez. Su mayor dificultad era el tiempo que le quitaba el empleo en la casa Silveira para procurarse dinero para sus gastos y satisfacer a su padre. A veces, para

poder estudiar pasaba las horas de descanso del mediodía, incluso los domingos enteros en la Biblioteca Nacional. Veía con recelo pero sin resignación la máxima que regía en los pueblos de América Latina respecto de la imposibilidad de vivir de las letras. Es probable que se sintiera dichoso con ese trabajo, y según Mercedes Mota, hasta le ayudaba para convertirse en un hombre verdadero al labrarse por sí mismo las bases de un porvenir seguro. Pocos años más tarde reflexionaría sobre la profesión que eligió desde la adolescencia. En una carta a su amigo cubano Félix Lizaso dijo que él creía en

las cosas intelectuales, y en la seriedad de la dedicación (o aún, si quiere usted, profesión) literaria; pero sé lo que cuestan. Se sufre demasiado con ellas; se quiere hacer más de lo que se puede (aunque sea Goethe o Leonardo) y siempre se fracasa, como en todo. Si a nuestra devoción intelectual, acompañada siempre del sentido de nuestra impotencia, se le unen causas externas deprimentes, el caso es aún más grave. Así he llegado a la norma de que, en países como los nuestros, donde la lucha económica es tan desagradable, hay que resolverla antes que nada, y sólo dos clases de personas deben dedicarse a cosas intelectuales: las que tienen dinero o al menos holgura económica; y las que tienen “vocación”, ya que a éstas nadie puede detenerlas y en cambio su intenso amor a las cosas del espíritu les compensa las molestias inevitables (Lizaso, 1956: 109).

Henríquez Ureña estaba en un medio difícil para escribir, en un país que emergía de una guerra independentista duradera y que estaba en vías de organizarse como un Estado aún con la intervención estadounidense, pero que se había declarado independiente en literatura antes de lograr su emancipación política (Henríquez Ureña, 1992: 28). Con una visión cultural más amplia, el dominicano echó mano de su experiencia neoyorquina y sus inicios literarios en Santo Domingo, aunados a una vasta lectura de autores clásicos y modernos, para realizar observaciones críticas a través de sus primeros ensayos habaneros.

3

Cuando Pedro Henríquez Ureña llegó a Cuba, la historia de la literatura de ese país no había sido recogida por especialistas para presentarla con sus características propias. La cultura y la educación de la isla se desarrolló lentamente bajo el dominio español: la

primera imprenta en la isla se instaló en 1720 y ocho años más tarde fue fundada la Universidad de La Habana. La Iglesia formó parte fundamental de la educación de la época, desde la elemental hasta la superior. La expulsión de los jesuitas a finales del siglo XVIII propició la creación del seminario de San Carlos y San Ambrosio, institución que admitía profesores laicos para impartir clases de posible aplicación práctica, además de las materias que se ofrecían en la Universidad. Este seminario fue el principal canal por el que se recibieron en Cuba las ideas y nociones de la ilustración, el movimiento cultural e intelectual europeo bajo cuyos principios prácticos y educacionales se formaron las sociedades de amigos del país en España (Zanetti, 2013: 90-91).

Con la influencia hispana, en Santiago de Cuba fue fundada en 1787 la Sociedad Económica de Cuba. Un lustro después se creó la Sociedad Económica Amigos del País en La Habana, cuyos fines eran fomentar la cultura, la educación y la economía de la isla. A través de esta asociación se manifestaron los reformistas ilustrados por extender y modernizar la enseñanza, con las consignas de sacarla de los conventos e iglesias y superar los moldes del escolasticismo. Sin embargo, sus esfuerzos eran poco retribuidos por la falta de interés del gobierno colonial, y su preocupación por quitar a la instrucción pública todo asomo de “cubanía” (Zanetti, 2013: 139-140).

A finales del siglo XVIII la cultura cubana se vio favorecida por la emigración de familias de dominicanos pudientes y de tradición universitaria que se exiliaron por las sangrientas incursiones de los haitianos en Santo Domingo. La influencia dominicana no se limitó sólo a la cultura intelectual, sino que se extendió a todas las formas de la vida social. Según el crítico cubano Manuel de la Cruz, los hijos de la isla vecina de Santo Domingo fueron verdaderos civilizadores para algunas comarcas cubanas, particularmente en Camagüey y Oriente (citado en Henríquez Ureña, 1960: 363). En este periodo surgen también algunas publicaciones periódicas de importancia en Cuba, como *El Papel Periódico* (1790), que se convertiría en el *Diario de La Habana*. Durante la primera mitad del siglo XIX se publicaron, en la capital y en algunas provincias, otros periódicos y revistas, que son indicadores de las tendencias literarias de un pueblo cuando la edición de libros era esporádica. La literatura cubana tendrá en esta época un carácter paradójico que le da originalidad entre las literaturas americanas. “La literatura es la

expresión que toma en Cuba, no ya el ansia de libertad, sino la libertad misma” (Henríquez Ureña, 1992: 17).

En la segunda mitad del siglo XIX, según Camila Henríquez (1992: 25-29), los intelectuales más representativos de la América hispánica son los luchadores y constructores que defienden la libertad y la difusión de la verdad. Entre esas figuras destaca a Enrique José Varona y a José Martí. Al primero lo califica como el gran mentor nacional de Cuba, en tanto que el segundo es el último de los grandes hombres de letras americanos que fueron a la vez forjadores de la independencia política. En los años anteriores a la guerra de 1895, la producción literaria cubana se acercó a la creación de formas y estilos individuales y regionales, paralelos a los que eran creados en otros países americanos por figuras como Juan Montalvo y Eugenio María de Hostos. Después emergió un grupo de prosadores y poetas modernistas que encauzaron una renovación del lenguaje y del estilo castellanos. Sin embargo, esa obra de nacionalización era realizada por los partidos de la revolución, muchas veces ausentes de la isla, en donde prevalecía aún la tradición española (Henríquez Ureña, 1960: 17).

A inicios del siglo XX, la cultura no se propagaba con facilidad entre los diversos sectores de la población cubana. A pesar de los esfuerzos educativos, se incrementó el número de analfabetos y la enseñanza pública tuvo un deterioro importante, de manera específica en el nivel medio. La educación privada tuvo un auge en los colegios para hijos de familias acomodadas y se favoreció el avance de la iglesia católica, cuyo prestigio había disminuido por el apoyo irrestricto que dio al régimen colonial durante la etapa independentista. El retroceso educativo contrastó con el florecimiento de publicaciones periódicas de notable calidad como *Bimestre Cubano*, *Cuba Contemporánea*, o el apogeo de una literatura propia en la que se reflejaban la frustración, el desengaño y el cinismo, en la narrativa de Jesús Castellanos, Miguel de Carrión o José Antonio Ramos, que discrepaban con el cosmopolitismo y la despreocupación sobresalientes en la poesía que continuaba impregnada de modernismo (Zanetti, 2013: 218).

El traslado de los hermanos Henríquez Ureña a Cuba obedeció al deseo de su padre por mantener a sus hijos cerca de él y así poder seguir ejerciendo su tutela sobre ellos. La educación no era una opción para los jóvenes, ya que la única escuela de educación superior en el país, la Universidad de la Habana, estaba en un proceso de reconstitución

después de la guerra contra España y de la intervención norteamericana que finalizó en 1902. Entre las tres Facultades con que contaba a Universidad estaba la de Letras y Ciencias, que comprendía las escuelas de Letras y Filosofía y la de Pedagogía (Le Roy: s. f. 37). Quizás estos cursos no interesaron a Pedro Henríquez Ureña ni a su padre por las malas condiciones de las instalaciones universitarias, que entonces estaban mudándose a un local más apropiado que aquel en el que todo era añejo e inservible y los alumnos se concedían reducciones a placer en la duración del año académico, de ocho a siete meses, y donde los catedráticos cobraban un sueldo sin impartir sus materias.

La intención de Francisco Henríquez y Carvajal era que sus hijos se forjaran en el carácter del trabajo y la responsabilidad. En mayo de 1904, hizo que Max, que había permanecido en Santo Domingo, se uniera con él en Santiago de Cuba, en tanto que Pedro y Fran continuaban en La Habana. Para Pedro Henríquez Ureña el ambiente intelectual juvenil habanero daba poco de sí, por lo que evitaba tener amistades con personas de su edad. En cambio asistió a conferencias de viejos y destacados intelectuales y grandes oradores, entre ellos el abogado, militar y periodista cubano Manuel Antonio Sanguily; el historiador y crítico literario Rafael Calixto Montoro, quien fuera líder del movimiento autonomista cubano, que buscó fundar la nacionalidad por medios pacíficos, bajo los principios de autoridad y orden; y el ensayista y filósofo Enrique José Varona, a quien el joven llamó el primer intelectual de Cuba. Es muy probable que alguna de estas figuras reconociera entre el público de las salas a Pedro Henríquez Ureña, joven delgado, de piel morena y cabello quebrado y duro, como casi todos los cubanos, porque la revista *El Fígaro* publicó su retrato junto con el de Max y su padre, acompañados de un artículo de su compatriota Tulio M. Cestero, en el que se refiere a Francisco Henríquez como una de las más altas personalidades de República Dominicana, conocedor profundo de las matemáticas y la literatura, y ex ministro de Relaciones Exteriores que tuvo la responsabilidad de la negociación de la deuda del gobierno ante Estados Unidos y otros países europeos.

Cestero en su elogioso escrito publicado el 28 de junio de 1903 dice que Pedro Nicolás y Maximiliano Henríquez Ureña –no incluye a Fran–, hijos del doctor Henríquez y la poetisa Salomé Ureña, eran jóvenes que vivían consagrados al estudio en Nueva York aumentando el acervo de su familia. Añade que el primero de los jóvenes, que tenía

entonces 19 años de edad, era poeta y escritor; el segundo, dos años menor, era escritor y pianista. Cestero añade que ambos recibieron en la cuna un legado: “talento y sentimientos de artista. Son infatigables en el estudio; Pedro Nicolás es en la hora actual uno de los escritores dominicanos de más cultura literaria y su verso tiene de la Ureña el amplio soplo lírico. Maximiliano es un pianista admirable, y como estudia sin desmayos, será algo más que un virtuoso; posee además en cuanto crítico, cualidades preciosas” (AHCM, FPHU). Al pie de la nota, el director de *El Fígaro*, Manuel S. Pichardo, incluyó los poemas “Mariposas negras”, de Pedro, y “Marina Mística”, de Max.

No sólo el artículo encomioso de Cestero en *El Fígaro* antecedió la presencia física de Pedro Henríquez Ureña en Cuba. El último día de marzo de 1903, la revista *Azul y Rojo* publicó el poema “En la cumbre”, escrito en Nueva York y dedicado a su amiga Mercedes Mota. Es probable que varios de sus textos publicados en República Dominicana hubieran sido conocidos también en Cuba por el tránsito que había de las revistas culturales y literarias entre ambas islas. La mayoría de esos primeros trabajos eran crónicas de espectáculos artísticos y de crítica literaria que tenían la característica de ser crítica iniciática y orientadora, que se desprende de un análisis revelador y desprejuiciado, formulada en “una época en la que el modernismo es norma literaria dominante y la crítica centraba su interés en el poeta vivo y portaestandarte del movimiento: Rubén Darío” (Durán, 1995: 22). La poesía que hasta entonces había escrito Henríquez Ureña se inscribía en el modernismo, y conocía las renovaciones métricas y rítmicas de ese género iniciado por dos cubanos: Julián del Casal y José Martí, además del mexicano Manuel Gutiérrez Nájera y del nicaragüense Rubén Darío.

Durante su estancia en Cuba, Pedro Henríquez Ureña percibió los síntomas sutiles de la reacción de la intelectualidad en la producción literaria frente al escenario sociopolítico de la “seudorrepública”. Consideró que había una pasividad política en los escritores de la generación que iba abriéndose paso, y que carecía de la vitalidad política y literaria de la obra de José Martí, de la cual deberían ser herederos (Durán, 1992: 29 y 32). La generación a la cual se refiere Henríquez Ureña fue formada en el positivismo de Herbert Spencer que Enrique José Varona proponía para la liberación mental de los cubanos, antes que la liberación política, y consideraba también que el positivismo de Augusto Comte suprimía la libertad, y que sin ésta no podría haber progreso, y el progreso

para Cuba significaba su libertad y su independencia (Zea, 1976: 367-369). En el enfoque que Varona da al positivismo de Spencer el individuo que no causa daño a sus semejantes no estorbará el ejercicio de las actividades de las otras unidades del grupo; pero si saca ventaja del concurso, no ayudará al progreso común y gozará de una vida incompleta. El ser perfectamente moral, decía Varona, será aquel que sea capaz de recortar algo de sus utilidades y de imponerse alguna privación, por favorecer a otro miembro de la comunidad que lo requiera, atento sólo al sentimiento y progreso de la colectividad (Zea, 1976: 373). La confianza de Varona en la ciencia para el mejoramiento del hombre, el bien de la patria y el aumento de la civilización se refleja en su discurso de la apertura del curso académico de la Universidad de La Habana 1903-1904. Allí señaló que el objeto de la institución era iniciar “a las nuevas generaciones en el conocimiento de la ciencia acumulada por sus antecesores, despertar en ellas el deseo de aumentar ese gran acervo y facilitarles los medios para conseguirlo” (citado en Pantoja, 2007: 61).

Para Varona los jóvenes eran la parte más importante del adelanto cubano, y en la Universidad deberían formarse como un verdadero cuerpo moral y no consentir que “se consideren como unidades dispersas, ni siquiera como grupos independientes, que penetren en sus aulas y laboratorios sólo a adquirir la destreza y las ideas precisas para ejercer después una profesión lucrativa” (citado en Pantoja, 2007: 63). Henríquez Ureña, con 20 años de edad, conocedor de la obra de Varona, adopta su aspiración y se incorpora a una de las etapas más complejas por las que ha transitado América. “Un periodo en el que Hispanoamérica es, de manera hiperbólica tierra de nadie, continente abierto a las más diversas influencias y a las operaciones imperialistas más desembozadas [...] Tiempo prerrevolucionario de efervescencia en el cual el debate teórico capacita a la intelectualidad pequeño-burguesa de prioridades insospechadas en la discusión socio-cultural” (Durán, 1992: 41).

Pedro Henríquez Ureña, formado bajo convicciones racionalistas y humanistas, confiaba en la fuerza vigorosa de la juventud para ser educada en el racionalismo y contribuir a la construcción de Estados nacionales, independientes y prósperos. Esta confianza descansaba en el pensamiento del “juvenilismo”, según el cual a los jóvenes les corresponde asumirse como avanzada histórica, redentores sociales y portadores de utopía (Biagini, 2013: 57). Esta ideología descubre una “dialéctica en la consecución

generacional de diferentes etapas históricas. Ante demandas relativas de cada época o totales, concernientes a tareas no alcanzadas, la juventud se erige como fuerza nueva en el debate de su tiempo [...] Henríquez Ureña formaba parte de la misma juventud que, llamada por una nueva época, debía separar el trigo de la paja” (Durán, 1992: 36 y 39).

El joven dominicano comenzó a relacionarse con el ámbito literario e intelectual de Cuba. De acuerdo con sus ideas y con su mirada crítica de la situación política y social no solo de esa isla, sino de América Latina, poco a poco dejó de lado la poesía y se dedicó al análisis de las circunstancias del continente, el cual da a conocer a través del género ensayístico, que es para él una forma de compromiso. Para Henríquez Ureña se abre un amplio campo para “la crítica literaria mucho más consecuente con la lógica de su pensamiento y mucho más cercano al magisterio que quería ejercer sobre sus contemporáneos y sobre la cultura hispanoamericana” (Durán, 1992: 33). Uno de sus primeros ensayos, “Literatura norteamericana”, fue escrito poco antes de salir de Nueva York. En él se aprecia la aguda crítica a la sociedad estadounidense a partir del análisis de las obras de sus escritores. Considera que la literatura de aquel país estaba aburguesada por el aislamiento que se impusieron los autores del fin del siglo XIX. Además, menciona que debido al temperamento sajón que procede lentamente en las evoluciones sociales y políticas de los Estados Unidos ha influido en que permanezcan vivas ideas y costumbres antiguas, y su prosperidad material acentuó sus tendencias conservadoras. Por ello, “en la religión, en el socialismo, en la literatura, el pensamiento americano sigue guardando teorías y prácticas atrasadas e ilógicas a la luz de la civilización” (Henríquez Ureña, 2013d: 246-250).

La producción literaria cubana de Pedro Henríquez Ureña inició con la escritura de versos. Continuó con el género de las poesías en postales y realizó 31 dedicadas para señoritas cubanas, dominicanas y argentinas; esos trabajos no fueron publicados, a diferencia de otros poemas como “La Serpentina”, “Todo lo que pasa es bello”, “Hacia la Luz” y “Lux”, que se incluyeron en diversas revistas cubanas, como la semanaria *Cuba literaria*, fundada en Santiago de Cuba por su hermano Max, cuyo primer número es del 7 de junio de 1904. La publicación era de pocas páginas, no muy bien impresa, y mal ilustrada. Los colaboradores escaseaban, pero la insistencia de su director logró que en ella escribieran Rodríguez de Tió, Pichardo y otros literatos habaneros. Las

colaboraciones de Santiago de Cuba eran frecuentes, aunque ahí no abundaran los escritores. Recibían también abundante material de Santo Domingo (Henríquez Ureña, 1989: 114). Francisco Henríquez y Carvajal contribuyó asiduamente con esa revista, incluso escribió, sin firma, el editorial del número inaugural, y con su nombre publicó cerca de diez artículos con temas sociales, literarios y políticos.

Desde La Habana, Pedro, más que un colaborador, era un codirector de *Cuba Literaria* y ya comenzaba a ser reconocido entre los círculos intelectuales de República Dominicana, Cuba y Estados Unidos. En enero de 1905, escribió a su compatriota Enrique Jiménez, político y abogado residente en Nueva York, para que promoviera la suscripción a la revista entre la comunidad dominicana de esa ciudad y también para que enviara artículos sobre el movimiento artístico literario neoyorquino. La respuesta de Jiménez no pudo ser más desalentadora: no tenía tiempo ni humor para escribir las notas artísticas; respecto de la suscripción a la revista dijo que fue imposible convencer a sus compatriotas; que todos contestaron que el tiempo no estaba para periódicos ideales. El abogado cerró su excusa diciendo: “¡Qué tal! ¡Se podrá ir adelante con una colonia semejante! ¡Adiós, país! ni los de afuera ni los de adentro sirven. No valen un comino” (Vega, 2015: 154).

La falta de entusiasmo de los dominicanos en Nueva York no desanimó a Pedro Henríquez Ureña, quien reanudó la comunicación con algunas amistades de su país, como Mercedes Mota. Ella agradeció el envío de *Cuba Literaria*, revista con la que se actualizaba en el conocimiento de las letras cubanas y comprobaba cómo la literatura dominicana iba rezagándose con respecto a la de aquella isla, aunque a pesar de ello se publicaban libros y notaba una tendencia hacia la civilización (Vega, 2015: 151-152). Max solicitó también colaboraciones a Mota, y ésta respondió con tres “cuadritos literarios” que no se sabe si llegaron a Santiago de Cuba. Los hermanos Henríquez Ureña no cejaban en su intento por dar a conocer a autores dominicanos en el medio intelectual de Cuba. En abril de 1905, Pedro informó a Mercedes Mota que habían publicado su retrato en *Cuba Literaria* con un perfil escrito por Lorenzo Despradel. El esfuerzo editorial de los Henríquez Ureña duraría poco más de un año, en el que publicaron 55 números.

Uno de los primeros trabajos en prosa de Pedro Henríquez Ureña hecho en Cuba fue “La música nueva: Richard Strauss y sus poemas tonales. La ópera italiana. La profanación de Parsifal”, escrito bajo la forma de “crítica musical”. También publicó otros artículos sobre literatura, “ya en *Cuba literaria* (José Joaquín Pérez, *Ariel* –la obra de Rodó– y *Rasgos de un humorista* -Bernard Shaw-, el fragmento sobre D’Annunzio como poeta), ya en la *Cuna de América* de Santo Domingo (*Reflorescencia*, sobre Gastón Deligne, *Sobre la Antología* proyectada por Américo Lugo), ya en *La Discusión* de La Habana (*Pinero, El modernismo en la poesía cubana, La sociología de Hostos*)” (Henríquez Ureña, 1989: 115).

Los artículos de Henríquez Ureña no eran muy leídos en Cuba, donde, según él, se sacrificaba lo intelectual y se ponía al servicio de lo comercial, y las revistas se llenaban de elogios, de anuncios y de fotografías. No se leían versos, sólo publicaban cortos y nadie escribía artículos sino de actualidad (Vega, 2015: 158). El descontento de Pedro por estar en Cuba era evidente, y entonces comenzaron a ocuparse de él en República Dominicana por sus ensayos, que no sólo eran publicados en *Cuba Literaria*, sino en revistas locales como la *Cuna de América*, *Listín Diario* y *El Ibero-Americano*. Su empleo en la Casa Silveira no impedía al joven de 20 años de edad estar atento a las novedades editoriales de su país y de otras latitudes. Es el caso de los poemas publicados en 1904 por Gastón F. Deligne, poeta dominicano a quien admiró desde la infancia. En el ensayo “Reflorescencia”, Henríquez Ureña dice que durante cuatro años (1899-1903) llegó a temer a Deligne porque sus poemas eran indeciblemente inferiores a su anterior producción, con lo que mostraba un estancamiento o decadencia. Sin embargo, con sus más recientes poesías comprobaba que la nueva inspiración había llegado, rica de promesa, presagiando la magia y la virtud en el escritor ilustrado y consciente (Henríquez Ureña, 2013e: 262-264).

Al parecer esta fórmula de escritura funcionó al dominicano para acercarse a escritores vivos que pertenecían a generaciones anteriores. Si bien esboza una crítica fundamentada en el conocimiento de las obras de los autores y de las nuevas tendencias literarias –en este caso el modernismo–, rescata de ellos la capacidad para renovarse o adaptarse a los cambios que los primeros años del siglo XX traían consigo. Así, Deligne

fue uno de los primeros interlocutores de los que ha quedado registro en acusar los escritos de Pedro Henríquez Ureña. En diciembre de 1904, el poeta dominicano festeja la sagacidad crítica del joven por hacer uno de los juicios más atentos a su obra. En su carta, despachada en San Pedro Macorís, Deligne justifica su desapego al modernismo y señala que para él, en todas las épocas, no ha existido sino la individualidad (Vega, 2015: 152-153).

La singularidad de Pedro Henríquez Ureña en este periodo radica también en la astucia para retomar asuntos como la anunciada muerte de la literatura cubana, donde, según la voz popular, los periódicos se comercializan, los maestros se callan y, lo peor de todo, la nueva generación no aparece. No cuestiona mucho lo que los decepcionados de las letras predicaban, pero propone una especie de optimismo fundado en su amigo Juan Guerra Núñez, un poeta exótico de la nueva generación cubana que trabaja por sus ideales artísticos contra un ambiente nada propicio. Considera que Guerra Núñez, nacido en 1883, es un poeta honroso que se ganó un puesto en las filas modernistas. Sin embargo, Henríquez Ureña no se arriesga a predecirle un éxito como novelista, ya que su primer libro en este género era una obra de contornos vagos, difícil de juzgar. Para el dominicano las deficiencias en la obra de Guerra Núñez eran culpa del medio en el que se desenvolvía (Henríquez Ureña, 2013f: 275-277). Finalmente el autor cubano no trascendería en la historia de la literatura.

Henríquez Ureña creía que la evolución del pensamiento cubano no se detuvo después de atravesar la crisis más terrible de su historia que modificó la vida pública de la isla en su totalidad, aunque notaba ausencia de ideales que dirigieran las actividades sociales, políticas y educativas, así como la falta de un movimiento uniforme que ayudara a la reconstrucción de una vida intelectual genuinamente cubana. Según él, no podía haber decadencia porque a esa época de inicios del siglo XX pertenecían, vivos o recién fallecidos, José Martí, Enrique José Varona, Rafael Calixto Montoro y Esteban Borrero en el grupo de filósofos y artistas; y en el de críticos y eruditos estaban Manuel Sanguily, Enrique Piñero, Nicolás Heredia y Manuel de la Cruz, entre otros. Sin embargo, se desconfiaba de la juventud que valía más en prosa que en verso. El dominicano ubicó los triunfos de la nueva generación en la psicología nacional de Manuel Márquez Sterling, la sagacidad de observación de Jesús Castellanos y en el heredero de la tradición crítica,

Arturo R. de Carricarte, a quien consideró el más literato de la juventud cubana. Para concluir su juicio sobre la supuesta inactividad literaria cubana, Henríquez Ureña señala (2013h: 295-301):

Discípulos y maestros, principiantes y veteranos, parecen entrar ahora en una gran renovación que es promesa de vida intelectual intensa y brillante. Se sienten bullir los gérmenes largo tiempo dormidos, y los brotes que crecían desmadrados y deformes, bajo el azote de los vendavales políticos, principian a desarrollarse normalmente. [...] ¡Quién sabe si, para cerrar este periodo de transición, de indecisa y brumosa espera, y llevar de nuevo el espíritu cubano a las luminosas vías del optimismo, se necesita un impulso más activo y más enérgico que las enseñanzas del prudente *melierismo*³² de los Varona y los Lanuza: una voz poderosa y vibrante como la del apóstol Martí, que haga renacer la salvadora fe en el porvenir!

En esta crítica publicada el primer día de enero de 1906, casi dos años después de haber llegado a Cuba, Henríquez Ureña deja ver los caminos que seguirán sus escritos sobre juicios literarios, los cuales tendrán raíces culturales, sociales y políticas, ya que no sólo estudiaba las obras por sí mismas, sino que analizaba la personalidad de sus autores, y a partir de la difusión de esas obras, hacía un análisis que le permitía catalogar el nivel de avance de una sociedad. Acusaba, además, el conocimiento de las obras de José Martí y Eugenio María de Hostos. Diony Durán afirma que el pensamiento de estos dos autores antillanos serviría a Henríquez Ureña “como puente con el pensamiento revolucionario del siglo XX y la tendencia espiritualista capitaneada por José Enrique Rodó” (1992: 49), de quien él y Max publicaron *Ariel* entre enero y abril de 1905, como suplemento de la revista *Cuba Literaria*. Esta fue la cuarta edición del libro y segunda fuera de Uruguay – la primera en Santo Domingo en 1900, apenas un año después de su publicación. El editor fue Enrique Deschamps, contertulio de las reuniones en casa de las hermanas Feltz-. Algunos de los fragmentos “más inspirados” de *Ariel*, según Max Henríquez Ureña fueron copiados por otros periódicos cubanos y así las ideas de Rodó fueron difundidas con mayor eficacia en el país donde Enrique José Varona había recibido en mayo de 1900 un

³² Quizás se refiera al meliorismo, punto de vista que proponía que el entorno y las condiciones sociales podrían mejorarse con la inteligencia creativa y la educación (Audi, 2004: 658).

ejemplar del libro enviado por su autor con la petición de que le hiciera propaganda entre la juventud. La admiración de Rodó por el positivista cubano lo llevó a plantearle la idea de que él podría ser el Próspero del libro, alrededor de quien sus discípulos se sentarían para escucharle (Capote, 2007: 104).

Sin embargo, la primera presentación sería al público de Cuba, de acuerdo con García Morales, fue hecha por Pedro Henríquez Ureña a través del artículo del mismo nombre que fue publicado en *Cuba Literaria* el 12 de enero de 1905. Rodó era considerado por el joven dominicano como uno de los mejores escritores de habla hispana de inicios del siglo XX y un excelente crítico literario. Mas la admiración no quitó objetividad al texto en el que Pedro Henríquez Ureña reconoce una disertación filosófico-social en la que el autor se esconde tras la figura de Próspero, el maestro que se dirige a la juventud americana ideal, a la élite de los intelectuales, y es ahí donde Rodó pierde de vista la imperfección de la vida real de los pueblos de Hispanoamérica, pues su objeto es contribuir a formar un ideal en la clase dirigente, tan necesitada de ellos.

En la última parte del artículo, Pedro discute los juicios que Rodó formula sobre los Estados Unidos después de analizar sus méritos y defectos. Los dos males que ve Henríquez Ureña en la sociedad norteamericana son el orgullo sajón en el que descansan las tendencias imperialistas, la moralidad puritana y los prejuicios raciales o de secta; el otro es el espíritu aventurero que originó el comercialismo sin escrúpulos y el sensacionalismo invasor y vulgarizador. El joven de veinte años de edad afirma que sobre sus tendencias prácticas, el pueblo estadounidense “sustenta un ideal elevado, aunque distinto de nuestro ideal *intelectualista*: el perfeccionamiento humano, que tiene por finalidad el bien *moral* y debe traducirse socialmente en la dignificación de la vida colectiva” (2013i: 42).

Cuestiona también el temor de Rodó por la nordomanía que puede llevar a la juventud americana a renunciar a los ideales latinos por seguir el ejemplo pragmático y materialista de los norteamericanos. La respuesta de Henríquez Ureña es significativa porque propone una reconciliación entre la influencia de los Estados Unidos y la tradición española, y que los pueblos hispanoamericanos deben buscar enseñanzas donde quiera que se encuentren, sin inclinarse por ninguna tendencia exclusivista debido al cosmopolitismo que mostraban. Imprescindible para el progreso era asignar un fin a las

energías sociales, un sentido ideal que unificara e iluminara los impulsos dispersos en el espíritu de la raza. Por último, considera que a la juventud corresponde hacer la reivindicación de la familia española en un mundo en el que poco a poco se empezaba a conocer la labor intelectual hispanoamericana, ligada a la virtualidad aún no agotada de la antigua raza a la que pertenecían (la española), sobre todo por la espiritualidad y por la lengua.

El contenido de este artículo debe encuadrarse en un optimismo que exaltaba una posición racional ante el mundo con el que debatía con base en la búsqueda de leyes objetivas que rigen la vida del hombre y su sociedad. Durán señala que en esta época Pedro Henríquez Ureña organizaba su pensamiento hacia la obtención de un criterio realista frente a las posiciones antagónicas en el pensamiento filosófico y sociológico, cultural y político. Entre la mesura y el apasionamiento –continúa Durán– el dominicano era cultor por sí mismo de una personalidad humanística ambiciosa de conocimiento, pero urgida de dirección y enfoque crítico que buscó en la cultura del nuevo mundo, pero también en las fuentes de la cultura europea, mismas que fueron parte importante de la formación del joven Pedro (1992: 39-40).

La intención de Henríquez Ureña era conciliar las posturas que buscaban privar a los pueblos latinos del influjo de los Estados Unidos, una sociedad a la que conocía y de la que llegó a decir que era una unión sajonamente egoísta en su poder mundial que no miraba hacia el sur, sino recientemente y para secundar la unión de los pueblos con razas y lenguas distintas ante la posible implantación de la llamada doctrina Calvo que establecía que las deudas internacionales no debían cobrarse por la fuerza, en relación a la codicia europea ante el desorden hispanoamericano, que había motivado, entre otras intervenciones, la de México por parte de los franceses. Sin embargo, los estadounidenses planeaban anatemizar la barbarie de los pueblos que juzgaron inferiores y cuya vida turbulenta era un obstáculo para sus planes. Veían que el único medio de los países del sur para alcanzar el conocimiento mutuo era hacer patente su fuerza y afirmar el prestigio de su personalidad nacional y demostrar el desarrollo de su cultura y de su civismo. Una vez establecido el equilibrio -continúa diciendo Henríquez Ureña-, hecha “la coordinación de acciones entre las dos nuevas fuentes de energía civilizadora en América, septentrional y meridional, sajona y latina, ¿no será justificable y honrada su influencia, su intervención

moral en la vida de las espléndidas regiones del centro, mantenidas en atraso por los devastadores desmanes del caciquismo?” (1976: 153-154).

En el artículo que el joven escritor dedicó a la obra de Rodó, menciona también a los que consideró los máximos pensadores y geniales psico-sociólogos antillanos: José Martí y Eugenio María de Hostos, cuyas obras literarias comenzaban a ser valoradas en Cuba. En este periodo dedicó textos a cada uno de ellos en los que pone de relieve su calidad como escritores y forjadores de nuevas generaciones. En “Martí escritor”, publicado el 25 de octubre de 1905 con dedicatoria a Jesús Castellanos, el joven dominicano afirma que aquel, más que un guerrero, fue un hombre de pensamiento que alcanzó la cima de la literatura castellana de su siglo. Señala también que el valer de Martí como escritor no se conocía en su patria porque no pudo tener a ésta como su principal campo de acción, y que su recuerdo como corifeo era constante en otros países de América como Venezuela, República Dominicana, México y Argentina. Finaliza con el exhorto para que se divulgue la obra literaria de Martí en Cuba como un deber nacional (Ricardo, 2002: 63-69).

Respecto de Hostos, Henríquez Ureña ya había escrito con motivo de su muerte en 1903 y en 1905 le dedicó la primera parte del artículo “Sociología” –la segunda fue para “La evolución superorgánica”, del cubano Enrique Lleria–, en la que se refirió al “Tratado de sociología”, obra póstuma del puertorriqueño que consideró como uno de los más altos genios de América Latina. Al inicio del texto ensalza la figura de Hostos como maestro y apóstol de la acción que se educó en España y prefirió trabajar en favor de la tierra americana que disfrutar de un futuro seguro de triunfos ganados con la distinción intelectual de que gozó desde su juventud en Europa. Después de trabajar por la independencia de Cuba, por la dignificación de Puerto Rico y por la educación en Santo Domingo y Chile, luchó “hasta el fin, hasta cuando más destrozos hacía en su espíritu la colosal tormenta que azotaba las Antillas, la parte que más amó de su América” (Henríquez Ureña, 2013: 44).

La elección de estos dos autores obedece a su intención de posicionarlos en el escenario cubano en el que, supuestamente, eran casi desconocidos. Además, por la tradición humanística, literaria, educativa e intelectual que ambos representan y de la cual se siente heredero, así como por la cercanía que sus familiares tuvieron con ellos en las

últimas décadas del siglo XIX. Particularmente, el texto “Martí escritor” fue provocado por los ataques que dirigía Ruy Díaz al independentista cubano, ante lo que Henríquez Ureña escribió, sin mencionarlo, una incitación a Jesús Castellanos para iniciar una campaña en pro de Martí como escritor, que entonces pasaba desapercibido en Cuba (Durán, 2002: 32).

Sin embargo, no son esos los únicos escritores que ocupan la reflexión y la escritura del joven dominicano, ávido de seguir conociendo lo clásico y de actualizarse en las tendencias literarias y artísticas de la época, principalmente de América y Europa. Así, en noviembre de 1905 escribió el poema “Hacia la luz”, en el que dedica versos a Lord Byron, Giacomo Leopardi, Edgar Allan Poe, Charles Baudelaire, Arthur Schopenhauer, Friedrich Nietzsche, Heinrich Heine, Paul Verlaine, Julián del Casal, Victor Hugo, Thomas Carlyle, Walt Whitman, Percy B. Shelley, John Ruskin, Jean Marie Guyau, Eugenio María de Hostos, José Martí y Henrik Ibsen, este último poco conocido y menos gustado en Cuba. Estos autores, con su diversidad de orígenes, épocas y géneros, son fundamentales para la formación literaria, poética, filosófica y moral de Pedro Henríquez Ureña, quien aún mantenía la inquietud y el deseo de hacer “algo que pareciera un libro”.

En Cuba, donde según el joven dominicano la literatura era mediocre y se publicaban muchos libros, aunque casi no se vendían, Henríquez Ureña vio impresa su obra señera *Ensayos críticos*, pagado con algunos ahorros que reunió por su trabajo en Silveira y Compañía. En los últimos días de 1905 el tomo fue publicado con el pie de imprenta Esteban Fernández como un folleto de 120 páginas que contenía trece artículos, la mayoría de ellos publicados con anterioridad en diversas revistas. La selección de esos escritos muestra la variedad de temas que interesaban al joven de veintiún años de edad, muchos de los cuales seguirá revisando durante el resto de su naciente carrera intelectual. Para Félix Lizaso, *Ensayos críticos* contiene en germen muchas de las direcciones de la dedicación literaria de Pedro Henríquez Ureña. “Su inclinación a la literatura inglesa está presente en tres ensayos sobre Oscar Wilde, Arthur Wing Pinero y Bernard Shaw; el crítico literario aparece en sus artículos sobre Rubén Darío, Rodó, José Joaquín Pérez, D’Annunzio y el trabajo sobre el modernismo en nuestra poesía. También apunta su interés por el pensamiento en América, al estudiar las aportaciones a la Sociología de Hostos y del cubano Enrique Lluria, y su afición a los temas musicales” (1956: 101).

En *Ensayos críticos* Pedro Henríquez Ureña analiza temas diferentes e inquietudes disímiles que tocan varios aspectos de la realidad que aspira a conocer y explicar, al tiempo que muestra una “sólida cultura y una formación reciente y novedosa, poco usual en muchos países latinoamericanos” (Durán, 2002: 39). Debido a su paso por las redacciones de las revistas literarias más importantes de Cuba y gracias a las relaciones que había establecido con directores de publicaciones en República Dominicana, Nueva York, México, El Salvador y Puerto Rico, entre otros países de América, el joven envió ejemplares a escritores como José Santos Chocano, Pedro González Blanco, Francisco García Calderón, Ricardo Palma y Eugenio Carlos de Hostos, hijo del maestro dominicano. En la lista que elaboró para remitir los libros, el número uno es para Enrique José Varona, algunos lugares después está el nombre de José Enrique Rodó, quien acusó de recibo con una carta en la que agradece al dominicano por haberse ocupado tan benévolutamente de *Ariel*. En su respuesta, Rodó dice a Henríquez Ureña que reconoce en él un espíritu levantado sobre la mediocridad y un verdadero escritor, así como una promesa para la crítica latinoamericana, tan necesitada de sangre nueva que la reanime. Y continúa:

Me agradan mucho las cualidades de espíritu que Ud. manifiesta en cada una de las páginas de su obra, y que son las menos comunes, y las más oportunas y fecundas, con relación al carácter de nuestra literatura. Me agradan la solidez y ecuanimidad de su criterio, la reflexiva seriedad que da el tono a su pensamiento, lo concienzudo de su análisis y juicios, la limpidez y precisión de su estilo. Me encanta esa rara y felicísima unión del pensamiento y la moderación reflexiva, que se da en Ud. como en pocos. Y me complace reconocer, entre su espíritu y el mío, más de una íntima afinidad y más de una estrecha simpatía de ideas (Julia, 1971: 11).

Para Pedro Henríquez Ureña estas palabras, que venían de quien consideró como el escritor joven americano en el que floreció un estilo de prosa nuevo, y a quien puso en el nivel de Anatole France y Walter Pater, debían ser un gran aliciente para encaminarse decididamente hacia la profesión literaria. Es poco probable que el dominicano se mantuviera impávido ante los elogios que –decía– siempre se daban como alientos, porque él prefería que éstos escasearan ya que lo alentaba más la discusión y así veía que sus

ideas tenían algún peso. Poco le importaba que no se estuviera de acuerdo con ellas: quizás él mismo las cambiaría con el tiempo (Vega: 2015: 157).

Otras respuestas y saludos llegaron a Pedro Henríquez Ureña celebrando la publicación de *Ensayos críticos*, entre ellos de los escritores peruanos José Santos Chocano, quien le dice que en América ya se había hecho la revolución de la forma, estaba en proceso la del fondo, y que ahora tocaba hacer juntos la de la poesía; y Ricardo Palma, quien agradece las dos horas de agradable lectura que tuvo con el libro del dominicano. Se publicaron también varias notas en periódicos y revistas de Cuba, República Dominicana y México, una de ellas hecha por José Escofet en *El Correo Español*, de México, Distrito Federal. El autor, como la mayoría de quienes escribieron sobre la obra, no conocía al joven literato Pedro Henríquez Ureña, sólo después supo que era dominicano. Dice que más que ensayos, son escritos completos, profundos y llenos de erudición bien adquirida y bien conservada. No se ocupa mucho del libro, pero sí de tratar de describir la personalidad del joven autor:

Ureña es un crítico á lo Zolá y un filósofo á lo Nietzsche. Es un idealista á veces y un sobrio y activo escudriñador de buenas lecturas siempre.

Repito que no conozco á Ureña más que por su libro; pero yo me lo retrato, me lo imagino, no sé si con acierto, pero sí con entusiasmo. Debe ser un artista callado, de pocos amigos, enamorado de la lectura y del ideal, esquivo á la compañía de hombres vulgares, viviendo en los libros más que en las calles, que en los cafés, que en los teatros, que en los salones... Nada para él encerrará tanto atractivo como una biblioteca de estantes repletos y empolvados (AHCM, FPHU).

Escofet no se equivocó en la descripción que hizo de Pedro Henríquez Ureña, para quien el ambiente cubano nunca fue de su total agrado. Así lo deja ver el joven en las frecuentes quejas que comparte con Mercedes Mota a través de su correspondencia. En sus cartas afirma que la vida en Cuba era monótona y no tan placentera como en Nueva York. Mota, imaginando la incomodidad de su amigo en la isla le escribe: “Me dices tánto mal de la Habana, qué desearía saber que la abandonas i que te vas otra vez a New York, o que te marchas para París” (Vega, 2015: 163). Con el prestigio intelectual juvenil que obtuvo por sus colaboraciones en periódicos y revistas literarias, pero sobre todo con la amplia

aceptación de su primer libro, Henríquez Ureña preparaba su equipaje para salir de La Habana, contra la voluntad de Francisco Henríquez y Carvajal y con la complicidad de sus hermanos, principalmente de Max, que comenzaba a ser un enlace entre Pedro y su padre.

5

Durante la primera quincena de agosto de 1905, Max Henríquez Ureña llegó a La Habana por indicaciones de su padre para que se uniera a sus hermanos y buscara un trabajo mejor remunerado. Con la experiencia de la dirección de las revistas *Ideal* y *Cuba Literaria*, esta última cerrada en junio anterior, Max ayudó a Pedro a relacionarse con otros jóvenes literatos cubanos, entre ellos el poeta y prosista Arturo R. de Carricarte, próximo a cumplir 24 años de edad. Max se dedicó también al periodismo en la capital cubana y fue colaborador del semanario *El Fígaro* y del periódico *La Discusión*, donde Pedro escribió “Máximo Gómez”, en memoria del libertador dominicano, cuya muerte ocurrió a mediados de ese año (fragmento):

Fue...sobre el campo, tenebroso y yermo
bajo la tempestad embravecida,
acosada en la furia de los odios,
el alma de la tierra perecía...

Hondos clamores de infinitos duelos,
sordos gritosde cóleras altivas,
eran voz de las ansias imortales
Del alma de la tierra dolorida.

El panorama intelectual de Pedro Henríquez Ureña se amplió con el trato con Carricarte, a quien consideró como “turbulento y audaz”. El joven cubano ya tenía publicado un libro de relatos y poemas en prosa prologado por Ricardo del Monte, veterano poeta, crítico literario y periodista político descendiente de dominicanos y a quien Pedro valoró como una de las figuras sobresalientes de su época en Cuba. Además, Carricarte colaboraba con algunas revistas de la isla, como *Azul y Rojo*, donde escribía reseñas sobre libros nuevos, principalmente de poesía. Quizás el joven dominicano se impresionó al conocer al cubano,

que contaba en su currículum con haber sido discípulo de Esteban Borrero, poeta y pedagogo que formaba parte del grupo de artistas y filósofos que Henríquez Ureña consideraba representativo de la intelectualidad cubana sobreviviente del proceso de independencia. Carricarte obtuvo el título de bachiller en 1894 y en 1900 ganó una plaza de maestro en las escuelas públicas de La Habana, cargo que dejó dos años después para dedicarse a las letras (Salazar, 1929: 214). La figura de Arturo R. de Carricarte simbolizó para Henríquez Ureña el anhelo que él quería cumplir de consagrarse al estudio y a la escritura.

Los afanes periodísticos y literarios de Henríquez Ureña y Carricarte fueron compatibles desde que se conocieron. Sus intereses tenían coincidencias, como la dedicación al estudio de la obra de dos de los principales modernistas: Rubén Darío y José Martí. Sobre el primero, Carricarte escribió una parte de su libro *Noche trágica, esbozo de novela. Azul, poemitas en prosa*. Respecto del segundo, Camila Henríquez Ureña señala que Carricarte era un “martiano” muy activo, refiriéndose a la propaganda y defensa que hizo de la vida y la obra del libertador cubano en su país natal para que se le asignara el valor que merecía, no sólo como independentista, sino como uno de los más importantes escritores de Latinoamérica en el siglo XIX. Es significativo que en esta época Pedro Henríquez Ureña haya escrito dos de sus artículos más retomados de su estancia cubana, precisamente con los dos autores que motivaban la escritura de Carricarte: “Rubén Darío”, que el dominicano incluiría en *Ensayos críticos*, y “Martí escritor”, publicado en *La Discusión* el 25 de octubre de 1905.

Uno de los sucesos más importantes que determinaron el rumbo de la carrera literaria de Pedro Henríquez Ureña en Cuba vino aparejado, precisamente, con la relación que estableció con Arturo R. de Carricarte, quien compartía con varios de sus compatriotas la idea de unir a las literaturas, artes y ciencias de América del Sur y las Antillas para difundirlas al Nuevo Mundo. Con esa intención crearon la Asociación Literaria Internacional Americana el 1 de septiembre de 1905, pero la mantuvieron en secreto hasta que consideraron que estaba bien afianzada. En su directiva figuraron:

Presidentes de honor: Enrique José Varona, Ricardo del Monte, José de Armas y Cárdenas, Aniceto Valdivia.

Presidente efectivo: Francisco Sellen

Vicepresidente: Manuel S. Pichardo

Secretario: Max Henríquez Ureña

Tesorero: J. López Goldarás

Vocales fundadores: Arturo R. de Carricarte, Pedro Henríquez Ureña, Jesús Castellanos, Miguel de Carrión, J. M. Guerra Nuñez

Vocales: M. Márquez Sterling, Eulogio Horta, Federico Urbach, Enrique Hernández Miyares, Fernando Sánchez de Fuentes, Fernando de Zayas, Francisco Díaz Silveira (Palma, 1949: 416-417).

Diony Durán atribuye a Pedro Henríquez Ureña la organización de estos intelectuales de diferentes generaciones, en lo que denomina un esfuerzo heroico de un joven de 21 años de edad que actuó primero como tesorero y más tarde como vocal fundador, al salir de Cuba. Según la investigadora cubana, el lugar que Pedro ocupaba en la agrupación no expresa a cabalidad el esfuerzo que hacía al reunir a la intelectualidad latinoamericana en un movimiento que trataba de llevar a la acción (1992: 54). Es difícil sostener esta afirmación, toda vez que el carácter y la personalidad del joven dominicano no le impedían adjudicarse la creación de una organización de las dimensiones como las que se proponían. En sus escritos sobre esa época no menciona la existencia de esa asociación. Tampoco lo hace Max en su elogioso *Hermano y maestro* o en *Mi padre, Francisco Henríquez y Carvajal*, en el que hace un seguimiento cronológico de las actividades de su padre a lo largo de su vida. Lo anterior no intenta demeritar la contribución de Pedro Henríquez Ureña a la Asociación, sino ubicarlo en un esfuerzo colectivo que pretendía una obra tan amplia y ambiciosa, entre otras cosas, la integración de la literatura hispanoamericana para que se incorporara al conjunto cultural de la humanidad (Durán, 1992: 56).

En los últimos meses de 1905, con la Asociación Literaria Internacional Americana a la espera de consolidarse, Arturo R. de Carricarte se trasladó a México y obtuvo empleo como periodista en Veracruz. Desde allí envió cartas a Henríquez Ureña en las que refería una situación favorable para el ejercicio de su profesión. Este último, que nunca se sintió a gusto en el ambiente estrecho de la isla, creyó en los informes de su amigo y se alistó para seguir sus pasos. El 4 de enero de 1906, una semana después de recibir *Ensayos críticos*, se embarcó también con rumbo a Veracruz. Su primer libro era el principal pasaporte intelectual con el cual buscaría abrirse camino y entrar en ámbitos

de más amplia y deseada cultura (Roggiano, 1989: 12). Henríquez Ureña salió ofuscado de un país donde sólo había hombres inteligentes, pero no intelectuales, porque estos últimos, de acuerdo con Jesús Castellanos (citado en Iraizoz, 1930: 42), en los grandes centros de población, dividen lo mejor de su actividad en el refinamiento constante de sus ideas y se distinguen por su apostolado permanente indirecto, “escribiendo libros, organizando academias, entrando en las polémicas ideológicas, contestado a las *enquetes* de los periódicos, viviendo una vida que, ayudada quizás por un poco de exhibicionismo, trasciende a la conciencia pública y contribuye a su más recta dirección”.

Además de los aspectos culturales o literarios, la salida de Henríquez Ureña de Cuba obedecía también a una rebeldía hacia su padre, a quien escribió casi a punto de subir al barco comunicándole su decisión, consciente de la molestia que provocaría en él. Según Susana Quintanilla, hay varias coincidencias que permiten inferir cuáles fueron los motivos que determinaron la partida de Pedro, el porqué del disgusto del padre, el destino del viajero y las actividades que realizaría. En primer lugar señala el deseo natural de independencia; después el proceso de la “búsqueda del yo” como una evolución interna que en este caso sólo se reconoce a través de algunos referentes literarios y filosóficos, que si se toman “como síntomas de la ‘tensión esencial’ que se produce en el paso de la juventud a la madurez, aquella que se produce entre la exigencia moral que la clase media imponía con severidad sobre los jóvenes y los impulsos sexuales y artísticos, podemos entrever la existencia de un drama íntimo, y a la vez profundamente social, para resolver estas interrogantes” (2008: 90).

Una versión que no se aleja de la anterior es que motivos de carácter moral y sentimental incitaron la huida de Henríquez Ureña de Cuba. De acuerdo con Jorge Tena Reyes, aunque el dominicano se esfuerza en explicar las causas directas de su salida en sus *Memorias* (después de casi tres años), en ellas se ve un interés por distanciarse del núcleo familiar creado por su padre luego de la muerte de su madre y acerca del cual tuvo reservas por imperativos sentimentales (2016: 111).

Además de las causas que pudieron motivar la salida de Pedro Henríquez Ureña de Cuba, se puede afirmar que el joven cumplió con un destino común para casi todos los emigrantes que tomaron la isla como tierra de paso para emprender nuevos y más atrevidos proyectos. Al igual que los hombres de letras que pudieron aportar mayores elementos a

la cultura de la isla, el joven salió para buscar un centro más favorable para desarrollar su actividad intelectual.

Capítulo 4. Pedro Henríquez Ureña en México, 1906-1909

1

Pedro Henríquez Ureña viajó a México entusiasmado por el movimiento literario, en particular de la poesía de este país a finales del siglo XIX y principios del XX. La lectura de poetas modernistas como José Martí y Rubén Darío lo condujo a la obra de los mexicanos Manuel Gutiérrez Nájera, Jesús E. Valenzuela y Salvador Díaz Mirón, entre muchos más que publicaron en la *Revista Azul* y en la *Revista Moderna*. La primera, considerada como la más representativa de la actividad literaria, acogía a modernistas de otros países así como traducciones de autores italianos, franceses e ingleses (Martínez, 1972: 82).

Entre los autores europeos traducidos en la *Revista Azul* estaban Oscar Wilde y Gabriel D'Annunzio (incluidos por Henríquez Ureña en su primer libro *Ensayos críticos*), así como Sully Prud'homme y Charles Baudelaire, de quienes el dominicano tradujo algunos poemas en el último lustro del siglo XIX. La revista vivió poco (1894 a 1896), pero tuvo una amplia circulación entre los modernistas americanos de la época, lo que les permitió conocerse y leerse entre sí (Martínez, 1972: 82). Fue relevada por la *Revista Moderna*, que durante su primera época (1898 a 1903) fue dirigida por Jesús E. Valenzuela. La sucesora de esta publicación fue la *Revista Moderna de México*, codirigida por Valenzuela y Amado Nervo a partir de septiembre de 1903. La revista era anunciada como un “*magazine*” mensual de numerosas páginas, ilustrado y con variadísimas secciones: científicas, literarias, artísticas, sociales, informativas, etcétera” (Clark de Lara y Curiel, 2002: 13). Adquirió rasgos de hispanoamericanismo al publicar a escritores como Rubén Darío, José Enrique Rodó y Manuel Ugarte. Las figuras de las letras mexicanas relacionadas con esta revista fueron Victoriano Salado Álvarez, José Juan Tablada y Luis G. Urbina (Garcíadiego, 2002: 39). La nómina incluía a Justo Sierra, a quien Henríquez Ureña consideraba como uno de los mejores prosistas de las viejas generaciones de Latinoamérica. El joven dominicano calificó a estos escritores como protagonistas de la “edad de oro de las letras mexicanas”. Con el deseo de conocerlos y

* Cursivas en el original.

relacionarse con ellos, desembarcó en el puerto de Veracruz el domingo 7 de enero de 1906.

A diferencia de los ambientes políticos convulsos de República Dominicana, donde la presidencia había sido usurpada una vez más, y de Cuba, en la que Tomás Estrada Palma preparaba una reelección que desembocaría en la segunda intervención militar de los Estados Unidos, México mantenía desde el inicio del régimen de Porfirio Díaz en 1876 un proyecto modernizador de modelo liberal, tanto en lo político como en lo económico, que tendría amplias consecuencias en la cultura y especialmente en el ámbito literario, esto último de acuerdo con el testimonio que aportaría años más tarde el poeta y periodista guanajuatense Rubén M. Campos (1996). Los letrados con los que Henríquez Ureña buscaba relacionarse vivían en la capital de la República Mexicana, por lo que desde su llegada a Veracruz se sintió incómodo por no tener con quién interactuar.

Acostumbrado a juzgar a los países a los que llegaba por los paisajes que le ofrecían desde las embarcaciones, Henríquez Ureña disfrutó la vista de la cumbre nevada del Pico de Orizaba. Se desilusionó al pisar las calles sin coches de la ciudad y ver que la mayoría de las casas tenían un aspecto de pobreza al que, según él, no estaba acostumbrado (Henríquez Ureña, 1989: 121). Tenía que comenzar de cero para demostrar a su padre que había escapado de su tutela no sólo para no seguir la carrera del comercio, sino con el fin de dedicarse a las letras. Llegó solo a México, lejos de los suyos. Según su tía Ramona, el joven buscaba desarrollarse en las letras y recorrer países (Vega, 2015: 179).

Arturo R. Carricarte comenzó a hacer propaganda a favor de Pedro Henríquez Ureña y su obra una semana antes de que éste llegara a México. Fungía como jefe de redacción y responsable de la columna “Impresiones de la semana” de *El Dictamen*, el diario más importante del puerto de Veracruz, en el que fue publicado el poema “Todo lo que pasa es bello”, de Henríquez Ureña, el último día de 1905. El 13 y 14 de enero de 1906 anunció con elogios el arribo del joven antillano a Veracruz al señalar que desde su adolescencia el distinguido dominicano grabó

su nombre con tinta imborrable en la lista, tan poco extensa, de los exquisitos de aquel país, que para gloria de las letras cuenta con los Henríquez y Carvajal, los Galván y los Del Monte. Un escritor, si es extranjero y joven, es siempre huésped honroso; cuando va a hacer suya la patria que visita, es

prenda de regocijo, pues al correr del tiempo, enaltecerá como a la propia, la tierra hospitalaria que fijó sus predilecciones y su afecto (AHCM, FPHU).

Gracias a la intervención de Carricarte, *El Dictamen* fue el primer centro de operaciones de Henríquez Ureña en Veracruz. Allí fue publicado, sin firma, el 13 y 14 de enero de 1906 su texto inaugural en México: la crónica “Oyendo la Banda de Artillería”, que, de acuerdo con Alfredo A. Roggiano, fue un pretexto para hablar de la “Segunda Rapsodia” de Franz Liszt y de un fragmento de la ópera “Tosca”, de Giacomo Puccini (1989: 29). Pocos días después publicó con su firma el cuento “Ríe payaso”, con la factura y estilo de Carricarte.

Henríquez Ureña coordinó el envío desde las oficinas de *El Dictamen* de algunos ejemplares de *Ensayos críticos* a las redacciones de diversos diarios y revistas del Distrito Federal. Uno de los primeros en acusar la recepción del libro fue el joven periodista y crítico literario de 20 años de edad Carlos González Peña. El 23 de enero de 1906, en la sección semanal “Páginas nuevas” de *La Patria*, él escribió elogiosamente que reconocía en Henríquez Ureña a un futuro gran crítico que llenaría un hueco para comentar y juzgar la literatura y el arte de la región hispanoamericana. A esta reseña siguieron las de José Escofet en *El Correo Español* y de Ciro B. Ceballos. Este último, con palabras no menos halagadoras en *El Progreso Latino*, coincide con González Peña en vaticinar al dominicano un porvenir profuso de éxito en la literatura debido a su crítica que no denigra, a su análisis imparcial y a su capacidad e instrucción que no cae en el dogmatismo (Roggiano, 1989: 27). Esas impresiones no satisficieron a Henríquez Ureña, por considerar que provenían de periódicos de importancia secundaria (Henríquez Ureña, 1989). Quizás tampoco sintió mucho estímulo con las opiniones que generó *Ensayos críticos* en Cuba, donde varios periodistas escribieron desde la vitrina de publicaciones como *El Fígaro*, *Diario de la Marina* y *El Nuevo País*. En general, los comentarios aprueban la obra y pronostican buena fortuna literaria para su joven autor.

Henríquez Ureña se envanecía con la apreciación de su libro en países que no fueran México, Cuba o República Dominicana. Por ejemplo, con las tarjetas que recibió de José Enrique Rodó y Ricardo Palma, o el artículo que escribió el poeta y crítico literario español Andrés González Blanco en la revista ibérica *Nuestro Tiempo*, en la que lo llama

“literato cubano”, sabio macizo, con una íntegra y completa personalidad correspondiente a un buen crítico (AHCM, FPHU).

Estas críticas incrementaron el prestigio literario de Henríquez Ureña en un ámbito al que consideraba miope en asuntos intelectuales. Sin embargo, ese renombre no daba lo suficiente para comer. El dinero con el que había viajado, un regalo de la casa Silveira y Compañía, se agotaba. Además, enviaba remesas a su tía Ramona y a su abuela materna, quienes vivían en Santo Domingo. Esta situación lo orilló a buscar un empleo aparte de sus colaboraciones en *El Dictamen*, ya que la venta de *Ensayos críticos* no dejaba ganancias suficientes ni siquiera para recuperar su inversión.

Henríquez Ureña comenzó a trabajar unas semanas después de su arribo a Veracruz como asistente del agente del Ministerio Público José Hinojosa, que era a la vez director de *El Dictamen*. Invirtió su salario y lo que le sobraba del dinero que había traído en la publicación de la *Revista crítica*, que era anunciada como el “Órgano Oficial de la Asociación Literaria Internacional Americana”. El grupo había sido creado en La Habana con la intención de “estrechar los vínculos que unen, o deberían unir, a las Repúblicas de este Continente, proponiendo la difusión de la literatura y de las artes y las ciencias en todo el Nuevo Mundo” (Roggiano, 1989: 18). La revista fue planeada como un periódico internacional en el que se analizaría de manera honrada y madura la situación literaria de cada país y de sus escritores, desde los argentinos hasta los antillanos. Sus editores, Henríquez Ureña y Carricarte, buscaban emprender una campaña basada en su amor a América Latina, y en general al progreso de los pueblos a través de la literatura y de la unión de intelectuales consagrados como el peruano Ricardo Palma y el venezolano Manuel Díaz Rodríguez, con literatos jóvenes de Centro y Sudamérica.

La nueva revista buscaba la cooperación de los pensadores y artistas iberoamericanos. No estaba contemplada como un negocio o arma mercantil, sino como un tributo al arte y una ofrenda a las letras, y quizás como una plataforma en la que se mostraran sus editores. El primer número, de enero de 1906, inicia con “La intelectualidad hispanoamericana”, que según Roggiano (1989), supuestamente fue escrito por Carricarte pero llevaba la firma de Henríquez Ureña. Presenta un diagnóstico de la vida intelectual de la América hispánica de principios del siglo XX. En concordancia con los principios arielistas, propone como trabajo inmediato elevar el nivel artístico e intelectual de la masa

de los pueblos de esa región. La generalización de la educación científica y práctica era vista como el medio para que los ciudadanos tuvieran una noción clara y real de la vida y del porvenir individual y colectivo. Esta condición era fundamental para que pudiera verse a Europa como una tierra fraternal y no como la tierra maestra (Roggiano, 1989: 17).

Henríquez Ureña y Carricarte aspiraban a que la *Revista crítica* se convirtiera en un *Boletín crítico* de la *Revista de América*, periódico de literatura internacional que pretendían publicar dos veces al mes. Esta última publicación ampliaría las dimensiones de la *Revista crítica* sin dejar de ser “un periódico de propaganda, exclusivamente dedicada a las letras que no habrá de sostenerse ni con la venta en librerías ni con las suscripciones, sino con el esfuerzo de todos y la protección del anunciante” (Roggiano, 1989: 19-20). Según Henríquez Ureña, el proyecto tenía mucho de fantasía en una ciudad como Veracruz y para un público tan poco crítico como el hispanoamericano. Sin embargo, fue convencido por Carricarte para que invirtiera su escaso dinero en la publicación, cuyo costo se duplicó.

La edición de la *Revista crítica* se llevó a cabo en los talleres de *El Dictamen*. En el primer número Pedro Henríquez Ureña utilizó el arte epistolar para nombrar corresponsales sin previo aviso en América y Europa, quienes se enteraban al mismo tiempo que recibían un ejemplar de la revista. Entre los destinatarios sobresalen el entonces presidente de Estados Unidos, Theodore Roosevelt, a quien los jóvenes editores consideraban interesado en asuntos hispanoamericanos por su participación en la libertad de Cuba; el historiador español Rafael Altamira; el presidente de México, Porfirio Díaz, y su ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra. Todos, con excepción de Roosevelt, contestaron elogiosamente. Una de las respuestas que más estimularon a los jóvenes fue la de Enrique José Varona, quien era el presidente de honor de la Asociación que animaba a la *Revista crítica*. En una carta del 1 de marzo de 1906, Varona aprueba la publicación y da recomendaciones editoriales como la organización de la información por países e indizar a los autores. Henríquez Ureña y Carricarte firmaron la respuesta a su “ilustre compañero” y agradecieron los consejos para mejorar la revista, asegurándole que sustituirán la forma “apaisada” por otra más conveniente (Capote, 2007: 105-106).

El trabajo de difusión abrió y fortaleció las redes literarias de Henríquez Ureña, quien estaba por cumplir 22 años de edad. Varios de los destinatarios de corresponsalías

eran amigos suyos de sus estancias en Nueva York y Cuba, como Francisco García Cisneros y Fabio Fiallo; o sus paisanos Enrique Deschamps, que estaba en Barcelona, y Tulio Manuel Cestero, en Nueva York. En la Ciudad de México, los periódicos recibieron la publicación y la elogiaron. La excepción fue *El Imparcial*, uno de los diarios mexicanos más importantes de la época.

Las diferencias entre Pedro Henríquez Ureña y Arturo R. Carricarte surgieron desde el inicio de la *Revista crítica*. Las desemejanzas de estilo literario hicieron que identificaran la autoría de cada una de las notas con sus iniciales, pues el dominicano no gustaba del sistema de elogios que tanto practicaba Carricarte. Henríquez Ureña publicó en el primer número el artículo “Cuba. (Notas de Psicología literaria)”, en el que describe brevemente el panorama de la poesía cubana y concluye que el campo de acción más fructífero de la inteligencia de Cuba era el de estudios filosóficos, sociológicos y de crítica literaria. Alfredo A. Roggiano (1989: 20) distingue en este número inicial cuatro notas editoriales que adjudica a Henríquez Ureña, entre ellas las dedicadas al poeta mexicano Manuel Barrera Argüelles y al educador cubano Enrique José Varona. La *Revista Crítica* privilegió a autores de México y Cuba sobre argentinos, chilenos, españoles y dominicanos.

Henríquez Ureña no descuidó el aspecto económico para mantener a la *Revista crítica* en circulación. Envío cajas con ejemplares del primer número a República Dominicana y pidió a su tía Ramona y a Mercedes Mota que consiguieran suscripciones y vendieran los volúmenes que pudieran en 40 centavos oro americano el trimestre, por adelantado. En Santiago de Cuba su padre Francisco Henríquez y Carvajal recibió un fascículo de la revista y auguró para ella éxito literario, mas no pecuniario. Aseguraba que los recursos son necesarios para que obras como la suya triunfaran y temía que por esa causa tuviera que suspenderse la edición del “periódico” (Familia Henríquez Ureña, 1996: 288-289).

Aun con problemas de presupuesto y de la división que ya se manifestaba entre Carricarte y Henríquez Ureña, el segundo número de la *Revista crítica* salió a la luz en febrero de 1906. Carricarte escribió el sumario y tres artículos que ocupan más de la mitad de las cuarenta páginas de la revista. Las seis “notas editoriales e información” fueron escritas por Henríquez Ureña; cuatro de ellas están dedicadas a obras recién publicadas de

autores mexicanos, como *Claudio Oronoz*, de Rubén M. Campos, y *El sargento primero*, de Delio Moreno Cantón.

La premonición de Francisco Henríquez y Carvajal se cumplió: la *Revista crítica* no llegó al tercer número. Las diferencias entre sus editores no pudieron resolverse y a finales de febrero de 1906, Carricarte, que mantenía a un poeta colombiano, desamparado y perezoso, se marchó a Orizaba, dejando vacante la titularidad de la columna “Impresiones de la semana” en *El Dictamen*. El puesto fue ocupado por Henríquez Ureña, quien abandonó el proyecto de la publicación de *Revista Crítica* y tomó la decisión de tratar de lejos a su antiguo compañero cubano.

La colaboración en *El Dictamen* ayudó a que Henríquez Ureña fuera conocido en los lugares donde se distribuía el periódico, como la Ciudad de México, Cuba, República Dominicana, Nueva York y algunos países de Sudamérica. Escribía de temas artísticos y sociales, e incluso sobre el terremoto que sacudió a San Francisco, California, en abril de 1906. En este texto hace una rápida revisión de la historia, sobre todo cultural, del estado norteamericano devastado por causas naturales. Al final afirma que la potencialidad de la vida estadounidense hará renacer la riqueza de California (Henríquez Ureña, 2013k: 247-249).

La paga en *El Dictamen* era magra, y Henríquez Ureña se quedó sin recursos pero con ánimo de seguir adelante en su empeño de dedicarse a las letras, una vocación que armonizaba con sus sentimientos, según su amiga Mercedes Mota (Vega, 2015: 188). Las noticias de la “nueva” soledad de Pedro en Veracruz hicieron temer a Francisco Henríquez y Carvajal que su hijo precipitara su traslado a la capital mexicana. A principios de abril de 1906 le envió dinero para ayudarlo en sus gastos, recordándole que ante cualquier apuro él lo apoyaría. Después de mostrar disgusto por la salida apurada y clandestina de Pedro de Cuba, su padre ahora confiaba en su éxito y lo instaba a continuar con su empeño o a regresar a su lado:

Mi situación debiera ya ser mejor, pero no es mala de despejar y acabará por despejarse completamente. Te ayudaré pues desde aquí a que salgas bien. Ya que se dio el primer paso, es preciso triunfar. De momento puedes hacer cualquier compromiso a reserva de suministrarte fondos para cubrirlo. En caso de que mi situación en lugar de mejorar, retroceda, te lo avisaría para

que suspendas todo y hasta regreses a esta isla (Familia Henríquez Ureña, 1996: 291).

Para Pedro Henríquez Ureña regresar a Cuba suponía una derrota. En los momentos más difíciles de su estancia en Veracruz recordó la primera vez que tuvo que ganarse la vida en una dura lucha material en Nueva York sin permitir que su estado de ánimo cambiara. Evocó también su permanencia en Cuba, donde la lucha se tornó contra la estolidez del ambiente que en ocasiones llegó a sofocarlo. En esa isla tuvo un momento de pesimismo, pero se convirtió al optimismo en verso y en prosa. Creyó en el progreso, en el porvenir de la humanidad y en otras fantasías de moda en esos tiempos (Henríquez Ureña, 1989: 124). En Veracruz estaba en bancarota, pero mantenía la confianza. En ese puerto dejó su antigua “fraseología”, su antigua ortografía y su antiguo estilo, para convertirse en un nuevo escritor, según la opinión de Mercedes Mota (Vega, 2015: 189).

El deseo de Henríquez Ureña de trasladarse a la capital mexicana se acrecentó con la separación de Arturo R. Carricarte, quien era la única amistad que lograba estimularlo intelectualmente en Veracruz. Un hecho importante que pudo incentivar su decisión fue saber que en la Ciudad de México comenzaba a reunirse un grupo de jóvenes alrededor de la revista *Savia Moderna*, cuyo primer número salió el 31 de marzo de 1906 con el financiamiento y codirección del poeta e historiador Luis Castillo Ledón y del crítico y ensayista Alfonso Cravioto. La revista, que era considerada una continuación de la *Revista Moderna* y hermana menor y principal competencia de la *Revista Moderna de México*, tenía entre sus redactores a figuras del modernismo y a escritores que iniciaban su carrera. Algunos de los anhelos expresados por Henríquez Ureña en la *Revista Crítica* estaban consagrados en los anuncios que precedieron la publicación de *Savia Moderna*. Se anunciaba como la revista más completa de su género, donde el lector podría conocer el movimiento literario y artístico de cada mes. En ella serían aceptados todos los géneros literarios y se tratarían diversos temas como teatro, literatura, música y crítica. Al mismo tiempo se proponía orientar a sus lectores por el mundo de la alta cultura con directorios de sociedades artísticas, librerías, bibliotecas y bibliografías comentadas sobre temas de interés (Quintanilla, 2008: 40-41).

En medio de la soledad intuida por su padre, Henríquez Ureña decidió su viaje después de quince días de gestiones entre un redactor cubano de *El Dictamen*, un amigo

de éste y el doctor Luis Lara Pardo, jefe de redacción de *El Imparcial*. Cuando fue aceptado en este diario capitalino, Henríquez Ureña pidió dinero a su padre. Abordó el tren del Ferrocarril Mexicano la mañana del sábado 21 de abril de 1906. Se despidió de *El Dictamen* con una breve nota en la que dice adiós a sus amigos y a la ciudad de Veracruz, puerta por donde entró para admirar a México, país que deseaba conocer por parecerle “no sólo la patria de 100 poetas, sino también pueblo de ciencia y de vigor intelectual” (Quintanilla, 2008: 48). Sus compañeros del periódico aprovecharon un pequeño espacio en la publicación para incluir la siguiente nota de viaje:

El distinguido escritor y caballeroso amigo nuestro, Don Pedro Henríquez Ureña, que durante algunos meses ha compartido con nosotros las alegrías y sinsabores de la vida periodística, marchó hoy para la Capital de la República, en donde va a ocupar un puesto en el staff del diario “El Imparcial”.

En un medio de mayor amplitud y de más intensa vida intelectual y artística, el señor Henríquez Ureña encontrará la manera de hacer brillar sus dotes de escritor, que tan brillante renombre le han conquistado ya, en la primavera de su vida.

Tales son los vehementes deseos de los buenos amigos que deja en Veracruz el ausente compañero (AHCM, FPHU).

La obra temprana de Henríquez Ureña le confirió un prestigio que antecedió su llegada al Distrito Federal. Esa fama le impuso también una responsabilidad asignada por sus paisanos, quienes tenían la esperanza de que continuara honrando a su patria en tierras extranjeras (Vega, 2015: 190). Atrás dejaba la adolescencia y su temperamento melancólico para abrirse paso en una ciudad alejada, por primera vez, de un puerto, donde la vida literaria y artística mantenía lazos estrechos con las principales capitales culturales de América Latina y algunas de Europa.

2

Pedro Henríquez Ureña llegó a la Ciudad de México la noche del 21 de abril de 1906. No se asombró por la majestuosidad de la estación del Ferrocarril Mexicano, ubicada en la calle de Mina, frente a la Plazuela de Buenavista. Sin embargo, el día siguiente sintió una intensa sensación de felicidad: sin tener lazos con nadie ni más obligaciones que las que

les serían impuestas por su trabajo periodístico, la ciudad le produjo un placer lleno de tranquilidad. Paseó por las calles y avenidas y fue al Teatro Arbeu para ver una obra del dramaturgo español Florentino Sanz y al Teatro Hidalgo, donde presencié *Un baile de máscaras*, de Giuseppe Verdi. Pretendía encontrarse con algunas de las personas con las que había intercambiado cartas desde Veracruz, pero no hubo nadie que le diera informes de ellos (Henríquez Ureña, 1989: 125-126).

El martes 24 de abril de 1906, en su sección “Viajeros”, el periódico capitalino *El País* publicó una nota con motivo de la llegada del joven dominicano:

Desde hace algunos días se encuentra en esta ciudad nuestro estimado amigo señor Don Pedro Enríquez Ureña (sic.), ex redactor de “La Revista Crítica”, que se edita en Veracruz. El inteligente periodista, hijo de nuestra hermana la República dominicana, piensa permanecer algún tiempo en esta capital (AHCM, FPHU).

Durante los primeros días de su estancia Henríquez Ureña estuvo a gusto en *El Imparcial*, con poco trabajo y tratando a personas que conocían sus escritos, entre ellos el jalisciense Carlos González Peña y el español José Escofet. Ambos jóvenes de la misma edad que Henríquez Ureña habían reseñado elogiosamente *Ensayos críticos* en diarios de la Ciudad de México. Escofet lo invitó a vivir en su casa para que no gastara en la modesta pensión en la que se hospedaba (Henríquez Ureña, 1989:126).

Henríquez Ureña era informado en la redacción del periódico acerca de los literatos mexicanos. Según él estas noticias no sólo eran inciertas e inexactas, sino que hablaban mal de los jóvenes. Conoció en las oficinas del periódico a Carlos Díaz Dufoo, fundador y exdirector de *El Imparcial*, y al escritor y poeta Luis G. Urbina, integrantes de la generación del movimiento literario conocido como modernismo, que inició en México en 1876 (Clark de Lara, 2001: 62).

“Teatros”, una de las columnas que le fueron asignadas a Henríquez Ureña en *El Imparcial*, era compartida con el escritor costumbrista de 36 años de edad Ángel de Campo, quien firmaba sus colaboraciones como Micrós o Tick Tack. El extranjero vio en este periodista, que escribía cada domingo la columna “La semana alegre”, una extensa cultura literaria y artística que abarcaba tanto lo sajón como lo latino. De Campo fue discípulo en la Escuela Nacional Preparatoria de Ignacio Manuel Altamirano, principal

incitador de las primeras veladas literarias en México en 1867 y dos años más tarde fundador de la revista *El Renacimiento*. Propuso conciliar todas las comuniones políticas de la época y todos los credos literarios, así como practicar una literatura nacional con elementos autóctonos y procurar el conocimiento de las letras inglesas, francesas y alemanas del siglo XIX (González, 1976). Altamirano encaminó en su vocación literaria a De Campo, quien tuvo como compañeros en la Preparatoria a Luis G. Urbina, Federico Gamboa y Victoriano Salado Álvarez, entre otros escritores. A través de la crónica periodística, De Campo hizo de la ciudad el tema central de su escritura con realismo y melancolía. Según Millán (2007: 4), su tono “ponderado y discretamente irónico, no se avenía con el estilo ornamentado y audaz de sus contemporáneos, los poetas modernistas”. Sin embargo, Treviño detecta la ascendencia del modernismo en sus colaboraciones como cuentista y cronista para la *Revista Azul* hacia finales del siglo XIX. El estilo y el tema modernista contagió el trabajo literario de De Campo, depurándolo y enriqueciéndolo (2004: 23). La relación con este escritor en *El Imparcial* fue uno de los primeros acercamientos personales de Henríquez Ureña con los literatos de la capital mexicana.

Los primeros intereses literarios de Henríquez Ureña fueron delineados por la amistad con Urbina, Díaz Dufoo y De Campo, quienes lo acercaron a más figuras de esa generación modernista. Mientras en *El Imparcial* escribía lo que le señalaran, desde reportes de los Ministerios o reseñas de las Cámaras y traducciones del *Mexican Herald* hasta breves trabajos de actualidad y crónicas de teatro, se dio tiempo para enviar uno de sus primeros textos escritos en la capital mexicana, “Los teatros de México”, a *El Dictamen* de Veracruz. En esta crónica se deja ver que el joven, que tenía una férrea disciplina personal y parecía haberlo leído todo (Martínez, 1986: 11), poseía un gran conocimiento de las obras más recientes de autores italianos y españoles, así como de los clásicos del teatro y la ópera. Según Roggiano (1989: 36), el 1 y 4 de mayo habían sido publicados dos trabajos de Henríquez Ureña en la columna “Teatros” de *El Imparcial*, en los que se refiere al estreno de la ópera “Germania”. Estos textos no tienen firma, lo cual era común en el periodismo de la época.

El Imparcial fue la trinchera de Henríquez Ureña para manifestar su sentido patriótico y apologista de Santo Domingo. El 10 de mayo de 1906 publicó el artículo “Los restos de Colón. Famoso error histórico”, en el que defiende la autenticidad de los huesos

que reposan en la catedral de Santo Domingo como los del descubridor de América. El texto motivó una respuesta de un lector del diario el 17 del mismo mes, a la que Henríquez Ureña respondió el 9 de junio con un escrito más extenso que incluyó la reproducción facsímil de los grabados encontrados en la urna de Cristóbal Colón con el fin de demostrar que sus restos estaban en la catedral primada de América, República Dominicana, y no en La Habana, como hasta entonces se creía. La práctica de debatir en las páginas de los periódicos y revistas era común en la época, y agradaban al joven dominicano porque podía exponer su conocimiento sobre ciertos temas.

3

En la Ciudad de México de inicios del siglo veinte convivían diversas generaciones de escritores. Entre los mayores, que crecieron bajo el influjo de la moderna literatura mexicana, estaban los pensadores Justo Sierra y Jesús Urueta y los poetas Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Luis G. Urbina y Amado Nervo. Todos ellos formaban parte del modernismo (Reyes, 2000: 194-195), corriente que alojaba a otras tres vertientes que eran consideradas de vuelos menores: el simbolismo, el parnasianismo y el decadentismo (Phillips, 1977: 247). A esta última, creada en Francia, sus afiliados le asignaron una misión progresista. Para José Juan Tablada, el decadentismo era

la manifestación textual de manera diferente de concebir la escritura, de percibir la realidad e incluso de utilizar los sentidos, que no estaban al alcance de la gran mayoría, sino exclusivamente de un reducido número de espíritus refinados y en consonancia con las exigencias de la civilización moderna. Como se observa, para el escritor el término decadente no era un sinónimo de degeneración; por el contrario, encarnaba, al igual que para Verlaine, “[...] pensamientos refinados de extrema civilización, alta cultura literaria, alma capaz de voluptuosidades intensas”, por lo que apoyar esa escuela estética en México significaba contribuir al progreso intelectual del país, como apuntaba al cuestionar las preferencias de la opinión pública: “Y hoy que se fundan clubs para andar en bicicleta y para jugar al *foot ball*, ¿qué tiene de reprochable que nosotros, en vez de desarrollarnos las pantorrillas y de

adiestramos los pies, fundemos un cenáculo para procurar el adelanto del arte y nuestra propia cultura intelectual?” (Zavala, 2001: 51).

El decadentismo fue considerado la copia de una literatura extranjera y artificial que nada tenía que ver con la realidad mexicana; al contrario, poseía un sentido sectario y de gusto cosmopolita, asuntos que iban contra el proyecto nacional y literario que se trazó para el país al menos desde la restauración de la República. En 1898, cuando la mayoría de los iniciadores y creadores del modernismo habían muerto, los autodenominados decadentistas calificaron a esa literatura como de transición y pidieron que se les designara “modernistas”, ya que era más congruente con sus ideas de formar parte de las literaturas modernas. Algunos escritores mexicanos ligados al decadentismo fueron, además de Tablada, Alberto Leduc, Amado Nervo, Bernardo Couto y Jesús E. Valenzuela, estos dos últimos fundadores de la *Revista Moderna*, uno de los mayores proyectos editoriales mexicanos del siglo XIX, que sirvió de enlace entre países, autores y obras, y que llegó a ser una de las voceras más importantes del modernismo (Zavala, 2001: 56-59). Valenzuela recuerda que en la revista se reunió a la elite de lo que entonces había en México, pero la publicación no era muy bien recibida por el público y sus redacciones eran tildadas de decadentistas, “palabreja” muy en boga (2001: 122). En la *Revista Moderna* no sólo se publicaron obras de modernistas hispanoamericanos, sino que se incluyeron otras corrientes artísticas de la época. Las colaboraciones de escritores extranjeros fue numerosa, y por primera vez eran publicados textos foráneos en sus lenguas originales: francés, inglés, italiano, portugués y latín (Martínez, 1976: 1068).

Durante las últimas dos décadas del siglo XIX los escritores en México ocuparon un lugar secundario en el gobierno de Porfirio Díaz, ya que fueron desplazados del centro del poder político y social hacia otros espacios como la docencia o el periodismo (Zavala, 2001: 52). En cambio, a partir de 1888 el presidente prefirió rodearse de gente joven, técnica, urbana y fina, a quienes la clase media llamó “los científicos” (González, 1976: 956). La nueva burocracia estuvo integrada por un grupo de intelectuales, profesionales y hombres de negocios que compartían la filosofía positivista de Augusto Comte y el darwinismo social de Herbert Spencer, que lograron influir en las instituciones educativas de México, pero sobre todo, en la política nacional (Cockcroft, 1971: 56). Los científicos, dueños de la enseñanza superior, borrarón de ella a las humanidades y la educación técnica

aún no llegaba para el pueblo. “Quien quisiera alcanzar algo de humanidades tenía que conquistarlas a solas, sin ninguna ayuda efectiva de la escuela” (Reyes, 2000: 188). El credo positivista consistía en aplicar las leyes y la conciencia de lo sensible a todas las formas de la actividad; en hacer de la verdad científica, demostrable e indiscutible, el lazo de unión de los hombres (Vasconcelos, 2000: 119).

4

Hacia el primer lustro del siglo XX, la mitad de la población mexicana tenía 20 años de edad o menos y el 42 por ciento de 21 a 49. Los científicos y la mayor parte de gobernantes del país estaban en la franja del 8 por ciento mayores de 50 años de edad que ya habían dado a la república lo que tenían que dar, con excepción de ilustres personalidades, entre las que destacaba Justo Sierra, secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes desde 1905, que revitalizó la cultura nacional y se condujo como si viviera los comienzos de una nueva época (González, 1976: 980-981). Pedro Henríquez Ureña se adhirió a la inquieta juventud literaria y artística a través de algunas figuras de la generación anterior.

A finales de mayo de 1906, Jesús E. Valenzuela, quien convalecía de una enfermedad que le paralizó la mitad del cuerpo, recibió a Pedro Henríquez Ureña en su casa. Ahí conoció a tres colaboradores de la *Revista Moderna de México*: Rafael López, Manuel de la Parra y Álvaro Gamboa Ricarte, de 33, 28 y 22 años de edad, respectivamente. Henríquez Ureña compartía con estos jóvenes la intención de trascender en las letras. Mientras los mexicanos sólo habían publicado poesías en algunas revistas, Henríquez Ureña llegó a México con un libro de crítica bajo el brazo. Dominaba el inglés, sabía francés e italiano y contaba con una estancia de tres años y medio en Nueva York, donde asistió a teatros y conciertos y leyó con abundancia (Martínez, 1986: 11). López y sus amigos invitaron a Henríquez Ureña para reunirse el día siguiente en el local de *Savia Moderna*, la revista que impulsaba la juventud literaria y artística de México y que incluía también a varios miembros de la generación de modernistas, jóvenes adultos de entre 30 y 45 años.

En los días previos a la publicación del tercer número de *Savia Moderna* el dominicano se presentó a la redacción de la revista juvenil, situada en un pequeño despacho de la avenida Cinco de Mayo. Conoció a los jóvenes literatos que vivían o

pasaban por la Ciudad de México. El grupo era heterogéneo “en cuanto a la edad, los orígenes geográficos y sociales, la profesión y los gustos literarios de sus miembros. La mayor parte había nacido en la década de los ochenta del siglo XIX, pero había algunos del decenio anterior” (Quintanilla, 2008: 25). Los nóveles aspirantes a artistas o escritores de *Savia Moderna* eran recién egresados de las escuelas profesionales o todavía eran alumnos de ellas (González, 1976: 985). Alfonso Reyes recordaría que en esa época los jóvenes “de verdad” no creían en la mayoría de las cosas que creían sus mayores y comenzaron a sospechar que habían sido educados –de manera inconsciente– en una impostura. El positivismo mexicano se había convertido en rutina pedagógica y perdía crédito a sus ojos. Sorprendían los constantes flaqueos de cultura en los escritores modernistas y no podían ser contentados por los académicos más viejos (2000: 194). Henríquez Ureña se presentó ante estos dos corros con fama de hombre serio y erudito, recitó algunas poesías y ganó el aplauso de sus congéneres mexicanos (Quintanilla, 2008: 44).

El ambiente que encontró Henríquez Ureña en las redacciones de *El Imparcial*, la *Revista Moderna* y *Savia Moderna* fue diferente al que vivió en su natal República Dominicana, Nueva York, Cuba y Veracruz. Acostumbrado a tratar asuntos intelectuales con personas mayores que él, en la Ciudad de México se rodeó de literatos de su edad o menores. Ricardo Gómez Robelo tenía la misma edad que Henríquez Ureña y era el único que había publicado un libro de poemas. Fue también el primero que lo asombró al hablarle con “familiaridad perfecta, de los griegos, de Goethe, de Ruskin, de Oscar Wilde, de Whistler, de los pintores impresionistas, de la música alemana, de Schopenhauer” (Henríquez Ureña, 1989: 127).

Gómez Robelo, que obtuvo el título de abogado en 1906, era originario de la capital mexicana, donde se aglutinaba la mayoría de profesionistas del país, estaba la Biblioteca Nacional y había espectáculos culturales y artísticos. En el grupo de *Savia Moderna* se reunieron muchos escritores, pintores y músicos que habían emigrado de varios estados de la república atraídos por el fomento que dio Justo Sierra a la actividad artística a través de conciertos y exposiciones, y al concederles pensiones en el “extranjero a músicos y a artistas plásticos y se convirtió en el protector oficial de los escritores” (García, 1992: 38).

Alfonso Reyes formaba parte del contingente foráneo de *Savia Moderna*. Era el menor del grupo, con sólo 17 años de edad. A partir de la lectura en la redacción de la revista de su poema en seis estrofas “Oración pastoral” llamó la atención del círculo juvenil, pero sobre todo de Henríquez Ureña. El poema no era el primero que Reyes escribía. Le antecedían por lo menos tres sonetos que fueron publicados en *El Espectador*, diario de su natal Monterrey, ciudad de la que había llegado un par de años antes para estudiar en la Escuela Nacional Preparatoria: estudió de niño en el Liceo Francés.

Reyes provenía de una familia que había forjado su poder y fortuna con las armas en las manos (Quintanilla, 1992: 97). Su padre, el general Bernardo Reyes, era gobernador de Nuevo León y antes había sido ministro de Guerra y Marina. Fue mecenas de músicos, poetas e historiadores, y poseía una biblioteca nutrida de cuentos clásicos y títulos de Miguel de Cervantes, Víctor Hugo, Heinrich Heine, Benito Pérez Galdós y José de Espronceda. Las lecturas tempranas de estos autores, y la afición literaria compartida con su padre, incentivaron en Alfonso su precocidad para la escritura. En la Ciudad de México incrementó su nivel cultural al relacionarse con sus coetáneos y contemporáneos, como su paisano Nemesio García Naranjo, quien figura como redactor de *Savia Moderna*, aunque en ella no publicó ningún trabajo (Curiel, 2001: 72).

Muchos de los jóvenes que rondaban las redacciones de la *Revista Moderna de México* y de *Savia Moderna* eran aún estudiantes. Algunos, como Alfonso Reyes, asistían a la Escuela Nacional Preparatoria, que entonces estaba al borde del derrumbe, sin la vitalidad y el esplendor de sus primeros años. “La enseñanza de las letras se había reducido a un mínimo oprobioso y ridículo. Ya nadie sabía cómo enseñar literatura y los programas no consentían verdaderos cursos de historia literaria” (Reyes, 1967, citado en Quintanilla, 1992: 97). Al concluir, la mayoría de preparatorianos cruzaban la calle para inscribirse en la Escuela Nacional de Jurisprudencia a la carrera de abogado, que era la más ostensible y asiento de preferencia para el inminente espectáculo de la transformación social, trampolín que les permitía saltar fácilmente al escenario. Para los aspirantes a literatos la carrera de leyes era atractiva porque era la única que parecía una aproximación a las letras (Reyes, 2000: 191). La Escuela de Jurisprudencia fue la opción que contempló Henríquez Ureña desde su arribo a la capital mexicana para continuar sus estudios universitarios y satisfacer los deseos de su padre, que desde Santiago de Cuba continuaba enviándole

fondos para su manutención. Sin embargo, las ocupaciones periodísticas y sociales impidieron que el dominicano emprendiera de inmediato los estudios.

A mediados de mayo de 1906 Pedro Henríquez Ureña era conocido en el reducido núcleo literario de la Ciudad de México. Trataba a casi todos los jóvenes que estaban en camino de ocupar un lugar en ese ámbito y a otros que comenzaban a manifestar aficiones “más o menos intelectuales”. Entre los primeros ubicó a Rafael López, que era considerado por Jesús Valenzuela como el poeta joven más brillante y quien “tenía una musa fresca y emperlada de rocío” (2001: 140). Antonio Caso era una excepción en el coro juvenil. Con 22 años de edad, cursaba la carrera de leyes. Antes estuvo inscrito un año en la carrera de ingeniería y uno más de medicina, pero su intención era ser filósofo incitado por las lecturas que de esta materia hizo en la biblioteca de su padre. En julio de 1905, en la ascensión de Justo Sierra como ministro de Instrucción Pública, fue el representante de la juventud estudiosa de México para pronunciar un discurso de bienvenida al maestro (Quintanilla, 2008: 39).

Caso fue uno de los primeros jóvenes que Henríquez Ureña vio en “acción” durante una velada en la Cámara de Diputados organizada por los estudiantes de las Escuelas Nacionales Preparatoria, de Jurisprudencia, de Medicina, de Ingenieros y de Bellas Artes. Al acto, celebrado el domingo 20 de mayo de 1906 con el propósito de conmemorar el primer Centenario del nacimiento del filósofo inglés Stuart Mill, asistieron figuras políticas como Porfirio Díaz y Justo Sierra. La reseña del homenaje, muy probablemente escrita por el mismo Pedro Henríquez Ureña, fue publicada en *El Imparcial* el día siguiente. Respecto de la presentación de Caso, la nota dice:

El joven Don Antonio Caso, hijo, alumno, distinguido de la Escuela de Jurisprudencia, pronunció un discurso en elogio de Stuart Mill. Fue un discurso brillante y profundo, en el cual se señaló la significación de la obra de Mill dentro del movimiento filosófico universal y especialmente de Inglaterra. La peroración del joven Sr. Caso fue calurosamente aplaudida.

Un día antes de este acto la Sociedad Positivista de México organizó otra velada para recordar también el Centenario de Stuart Mill. El evento se celebró en la casa del médico José Terrés, expresidente de la Academia Nacional de Medicina. Fueron ejecutadas piezas musicales de Mozart y Weber. El único orador fue el ingeniero Agustín Aragón, conocido

positivista y editor de la *Revista Positiva*, el principal órgano de difusión del positivismo en México desde 1901. La crónica del homenaje fue escrita por Henríquez Ureña y publicada en *El Imparcial* el 20 de mayo de 1906.

Durante sus primeras visitas a la redacción de *Savia Moderna* Henríquez Ureña se formó una opinión de cada uno de los asistentes. Sobre Antonio Caso opinó que su discurso en la velada del Centenario de Mill le reveló una extensa cultura filosófica y una oratoria incorrecta todavía, pero prometedora (Henríquez Ureña, 1989: 126). Otros jóvenes que concurrían al grupo artístico y literario fueron el dramaturgo José J. Gamboa, los poetas Nemesio García Naranjo, Luis Castillo Ledón y Eduardo Colín, así como los pintores Gonzalo Argüelles Bringas, Diego Rivera y Gerardo Murillo. Este último había regresado de Europa y organizó una exposición con cerca de ochenta trabajos de pintura y escultura auspiciada por *Savia Moderna* en la que participaron Germán Gedovius, Roberto Montenegro y Sóstenes Ortega, además de Rivera y el mismo Murillo, entre otros. Los presentadores creían que esa exhibición, en la que se mostrarían los mejores cuadros de los jóvenes artistas, sería de gran trascendencia para el arte pictórico naciente (*Savia Moderna*, 1980: 156). La inauguración fue el 7 de mayo de 1906 con la asistencia del subsecretario de Instrucción Pública, Ezequiel A. Chávez y un gran número de estudiantes y artistas, así como los editores y redactores de *Savia Moderna*. El acto se inició con un discurso del poeta José Juan Tablada, seguido por la lectura de un trabajo extenso y erudito sobre las tendencias del arte contemporáneo de Gerardo Murillo. Al final, Ezequiel A. Chávez elogió a los asistentes por haber presenciado esa “aurora” (*El Imparcial*, 1906a). Es probable que Henríquez Ureña haya asistido al acto inaugural y redactado la crónica que fue publicada en *El Imparcial* el día siguiente. Años más tarde recordaría que la exposición pictórica de *Savia Moderna* no fue deslucida (1989: 127).

La reunión de jóvenes con inquietudes intelectuales en la redacción de *Savia Moderna* no era producto de la casualidad. Alfonso Cravioto, el director de la revista, tenía la voluntad “de buscar talentos donde quiera que estuvieran y la aún más desusada capacidad de convocarlos. En cuanto sabía de algún joven que comenzara a despuntar, no descansaba sino hasta dar con él e introducirlo al cenáculo” (Quintanilla, 2008: 25). Cuando entró al local de la revista Henríquez Ureña estuvo seguro de haber llegado al lugar ideal para desarrollar su afición intelectual y continuar formándose junto con sus

nuevos compañeros en los clásicos y en las corrientes literarias entonces vigentes. El joven dominicano no escapó al ojo experimentado de Cravioto, y éste, junto con el codirector, Luis Castillo Ledón, lo invitaron a participar en *Savia Moderna* en sustitución de José María Sierra, de quien poco se sabe: “que era muy joven y venía de provincia. Bebía mucho, y había quienes suponían que se drogaba [...] Se ausentaba durante varios días del local de la revista y regresaba sin decir palabra alguna” (Quintanilla, 2008: 24-25).

La inclusión de Henríquez Ureña en la plantilla de redactores de *Savia Moderna* fue inmediata: su nombre está inscrito en el número de mayo de 1906. Los estudios consultados sobre la vida y la obra del dominicano señalan que fue colaborador de *Savia Moderna* a partir de junio de 1906. Sin embargo, hay indicios de que la sección “Teatros”, dedicada a reseñas de ópera y obras teatrales, fue escrita por él. En las páginas 199 y 200 de la edición facsimilar hecha por el Fondo de Cultura Económica hay una nota sobre el estreno de *Germania*, de la que Henríquez Ureña envió artículos a *El Imparcial* (1 y 4 de mayo), *El Dictamen* (7 y 8 del mismo mes) y *La Discusión*, de La Habana, Cuba (24 de junio de 1906). Los textos no sólo tratan un mismo asunto, sino comparten el estilo. El autor consideró a esta pieza como una obra maestra de la joven escuela italiana y la actividad de mayor importancia de la temporada en la Ciudad de México.

Henríquez Ureña está como secretario de redacción en el directorio de *Savia Moderna* a partir del número 4 (junio de 1906), debajo de los nombres de los directores Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón y a un lado del jefe de redacción, Roberto Argüelles Bringas. Su experiencia como editor de la *Revista crítica* y colaborador de periódicos y revistas en República Dominicana, Cuba y México, acreditaban al joven, que estaba próximo a cumplir 22 años de edad, para ocupar uno de los puestos más importantes en la revista. Sus redactores consideraron que el derecho a vivir se los dio la savia nueva y crepitante, y que los ideales sinceros e intensos les daba derecho al arte. En estos dos puntos resumieron su programa (*Savia Moderna*, 1980a: 21).

Henríquez Ureña prefería la reseña, un género que practicaba desde sus primeros años en el periodismo y en el que se sentía cómodo. Desde su cargo de secretario de redacción trató de darle una nueva forma a *Savia Moderna*. Sin embargo, su propósito se truncó porque la revista dejó de publicarse a partir de julio de 1906, legando sólo cinco

números. “Duró poco —era de rigor— pero lo bastante para dar la voz de un tiempo nuevo” (Reyes, 2000: 196).

Durante su corta vida *Savia Moderna* fue el centro de encuentro de una generación todavía sin rostro propio, así como un taller para el aprendizaje del oficio. Funcionó también como un filtro para la decantación de la amistad. Del amplio elenco que colaboró en sus páginas se fue formando un círculo que se ensanchaba para acomodar nuevos reclutas y se encogía en función de las exclusiones. Era un círculo en el sentido literario del término: hombres sentados alrededor de una mesa en sitios y momentos determinados (Quintanilla, 2008: 45). Henríquez Ureña conoció a escritores y artistas con los que forjó amistades de distinto nivel de intimidad; allí comenzó a formar un grupo reducido con aquellos que consideró como jóvenes sobresalientes, entre ellos Alfonso Reyes y Antonio Caso.

5

El 23 de mayo de 1906 murió Henrik Ibsen, el dramaturgo noruego que definió una etapa literaria de la vida de Henríquez Ureña. En *El Imparcial* del 30 de mayo escribió, sin firma, el artículo “Henrik Ibsen”, en el que hizo una breve revisión de la bibliografía ibseniana y reflexionó sobre las discusiones que sus obras provocaron en los países donde fueron representadas (El Imparcial, 1906b: 6). A diferencia de Cuba, donde Ibsen era poco conocido y no gustaba mucho, en México sus obras eran leídas por los jóvenes modernistas, quienes expresaban sus opiniones al respecto desde principios de la década de 1890. Por ejemplo, Manuel Gutiérrez Nájera, poeta y cronista teatral, fue de los primeros en escribir de los dramas de Ibsen cuando dice que éstos “salen de profundas criptas, recorren catacumbas, cuyas paredes chorrean lágrimas, despiden luz siniestra y rojiza como hacha resinosa, hablan mucho y tienen mucho de dementes” (Grovas, 2008: 26).

La primera obra de Ibsen montada en la Ciudad de México fue *Los aparecidos*, que no es otro que *Espectros*, “un drama científico en tres actos”, en febrero de 1896 por una compañía italiana ante un público escaso. Esta presentación generó diversas reacciones de los críticos teatrales. Luis G. Urbina calificó a Ibsen de monstruoso y a su obra como extraña y moderna. Otros que se refirieron también a *Los aparecidos* fueron

Amado Nervo, José Juan Tablada y un escritor misterioso llamado Ocelotzin (Grovas, 2008).

La muerte de Ibsen motivó diversas notas necrológicas en los diarios de la capital (Romero, 2007). El hecho generó la inclusión en la *Revista Moderna de México* del poema “Ibsen” escrito por Henríquez Ureña un año antes para una revista de La Habana. Sobre el fallecimiento del autor noruego escribió también Carlos González Peña en *La Patria*, y señaló que Ibsen fue el más grande de los dramaturgos de su tiempo, creador del simbolismo (Grovas, 2008: 28). A estos homenajes se sumaría una velada literaria planeada por los colaboradores de *Savia Moderna*. El invitado de honor sería el poeta Salvador Díaz Mirón y participarían Luis G. Urbina y Antonio Caso. La música y el local serían patrocinados por el Conservatorio. La velada, pensada para finales de junio de 1906 con la presencia del presidente Porfirio Díaz y el ministro Justo Sierra, no se llevó a cabo porque Díaz Mirón no respondió a la invitación (Henríquez Ureña, 1989: 128). Sin embargo, marca el inicio de Henríquez Ureña como organizador de actos literarios y culturales en México.

Para mediados de 1906 la situación laboral y económica de Henríquez Ureña comenzó a mejorar. Su grupo de amigos se extendió con poetas como José Juan Tablada, a quien se le acusaba de ser el más inquieto de los poetas mexicanos, el que estaba al día en las novedades, el maestro de los exotismos y de la ironía. Para Henríquez Ureña, Tablada tenía más ingenio que poesía: era un agitador benéfico que ayudaba a los buenos a depurarse y a los malos a esforzarse (Henríquez Ureña, 1984: 285-286).

En aquella época, Henríquez Ureña estaba entusiasmado por las discusiones sobre filosofía con los críticos del positivismo Rubén Valenti, Ricardo Gómez Robelo y Antonio Caso, integrantes de la generación que se formó bajo el positivismo y comenzó a manifestar inconformidad contra esa doctrina. Más que considerarla filosófica, pensaban que era una doctrina política que servía a una facción. Por lo tanto, las críticas al positivismo, más que a esa filosofía, iban dirigidas hacia el grupo político que se escudaba en ella (Zea, 1985: 29-31).

Henríquez Ureña se ganó el respeto de intelectuales de diversas generaciones por su vasta cultura literaria, predominantemente de signo francés e inglés. Sin embargo, como él mismo aceptó, no conocía demasiado la filosofía. Su optimismo y su positivismo

tenían como fundamento la lectura de Spencer, Mill y Haecker; ni los filósofos clásicos ni Schopenhauer o Nietzsche lo habían llevado a otras direcciones. Su trato había sido con personas más o menos positivistas o creyentes timoratos y antifilosóficos. El positivismo bajo el cual se formó le dio la noción de no hacer metafísica (palabra que para él se interpretó mal desde Comte), y no conocía a nadie que hiciera otra metafísica que la positiva. La afición a las discusiones y las críticas que recibió por el positivismo y optimismo presentes en *Ensayos críticos* hizo que Henríquez Ureña debatiera las ideas de su primer libro con Valenti y Gómez Robelo. Esas conversaciones minaron en su espíritu las teorías que hasta entonces había aceptado (Henríquez Ureña, 1989: 141). En sus primeros meses en México, Gómez Robelo y Caso lo guiaron en el aprendizaje de la filosofía (Carballo, 1986: 82). A su vez, Valenti le despertó la afición por las nuevas tendencias filosóficas, ya que era un crítico serio del positivismo. “En cuanto alguien se refería a Comte, a Spencer, e incluso al propio Mill, Valenti citaba a Croce, a Papini, a James y a muchos otros filósofos desconocidos en México” (Quintanilla, 2008: 34).

6

El grupo central que se conformó a partir de *Savia Moderna* fue convocado y dirigido por Pedro Henríquez Ureña. En este cenáculo estaban Alfonso Cravioto, Rafael López, Manuel de la Parra, Ricardo Gómez Robelo (Reyes-Henríquez Ureña, 1986: 224). A ellos hay que añadir a Antonio Caso y Alfonso Reyes. A este conjunto, Henríquez Ureña tratará de inculcar “su <<espíritu de asociación>> y convertirlos en un grupo intelectual homogéneo, libre de adherencias <<provincianas>> o <<salvajes>>, capaz de elevar el medio intelectual mexicano, de crear una atmósfera propicia a la libre circulación de ideas y, en último extremo, a la creación” (García, 1992: 47). Esta nueva generación, surgida con el enlace entre la vida universitaria y la de las letras, comenzó a diferenciarse de la anterior por una creciente preocupación educativa y social (Reyes, 2000: 184). Los jóvenes buscaron nuevos ideales, y fueron abandonando los cánones decimonónicos: “el siglo XIX en letras; el positivismo en filosofía. La literatura griega, los Siglos de Oro españoles, Dante, Shakespeare, Goethe, las modernas orientaciones artísticas de Inglaterra, comenzaban a reemplazar el espíritu de 1830 y 1867. Con apoyo de

Shopenhauer y en Nietzsche, se atacaban ya las ideas de Comte y Spencer” (Henríquez Ureña, 1960: 597).

Según Henríquez Ureña (2000: 147) el grupo comenzó a sentirse asfixiado intelectualmente, al tiempo que eran testigos de la opresión política y económica que ya imperaba en gran parte de México. En 1906 surgieron algunos brotes de antiporfirismo, no sólo entre la intelectualidad, sino también en la clase media urbana que no dependía del presupuesto público. Ese año estallaron tres conflictos influenciados por el Manifiesto y Programa del Partido Liberal Mexicano, impulsado por los hermanos Flores Magón: la huelga minera de Cananea, en Sonora, las protestas de obreros textiles del oriente y la huelga de los mecánicos del Ferrocarril Central, en Chihuahua (González, 1976: 987-988). En ese ambiente agitado los excolaboradores y amigos de *Savia Moderna* vieron que el positivismo era muy sistemático, demasiado definitivo, para no equivocarse y comenzaron a leer a los filósofos que la doctrina oficial suponía inútiles, desde Platón, a quien consideraron su mayor maestro, hasta Immanuel Kant y Arthur Schopenhauer. Casi dos décadas después, Henríquez Ureña (2000: 147) recordaría que quienes conformaron *Savia Moderna* tomaron en serio a Friedrich Nietzsche y descubrieron a los filósofos Henri Bergson, Émile Boutroux, William James y Benedetto Croce, y que en literatura salieron de la Francia moderna y leyeron a los griegos, que se convirtieron en su pasión.

Durante el segundo semestre de 1906 las relaciones literarias de Henríquez Ureña continuaron expandiéndose y se separó definitivamente de Arturo R. de Carricarte, quien intentó instalarse en la Ciudad de México. El 29 de junio, después del fallido homenaje a Ibsen, Henríquez Ureña organizó una comida íntima con motivo de su cumpleaños 22 para su círculo de amigos que, según su benefactor Luis Lara Pardo, era mayor al que pudo haber reunido en Santo Domingo y Nueva York. A la reunión asistieron cerca de 20 personas, entre ellas Gómez Robelo, Rafael López, Manuel de la Parra, Emilio Valenzuela, Carlos González Peña, José Escofet y Luis Castillo Ledón. Este festejo inició una serie de reuniones, como la ofrecida a Rafael López por la poesía que recitó en honor de Benito Juárez, la del mes siguiente para celebrar la publicación de un libro de versos de Gómez Robelo o la motivada por la graduación como abogado del joven poeta Abel Salazar (Henríquez Ureña, 1989: 128).

En este periodo disminuyó la producción original escrita de Henríquez Ureña debido a la carga de trabajo que tenía en *El Imparcial*. Además de las crónicas de espectáculos y las traducciones del *Mexican Herald*, que hacía hasta las dos de la mañana, se le encargaban noticias que debía obtener antes del mediodía y se le asignó a un área de traducciones para llenar grandes páginas dominicales y diarias en el periódico. Aun así, siguió publicando crónicas artísticas en *La Discusión* (La Habana), *El Dictamen* (Veracruz) y en *El Imparcial*. Su principal artículo fue “Edith Wharton”, incluido en el número de agosto de la *Revista Moderna de México*, en el que se pregunta si *Mansión de la alegría*, libro de la escritora estadounidense publicado un año antes, era la obra maestra de la literatura norteamericana (Henríquez Ureña, 2013l: 325-330).

Con la intención de mantener satisfecho a su padre, Henríquez Ureña presentó en septiembre de 1906 su certificado de estudios secundarios ante la Secretaría de Instrucción Pública para ingresar a la Escuela de Jurisprudencia. Aunque el permiso le fue concedido, no se matricularía sino hasta algunos años después (García, 1992: 31). En su escasa correspondencia Pedro le comunica a su padre el deseo de trasladarse a Europa para continuar con su educación superior, pero continúa estableciendo amistades en suelo mexicano y comienza a fungir como enlace en una red intelectual y literaria que tuvo como medio de expresión las revistas y periódicos, aunque consideraba que estos últimos servían poco para hacer reputaciones literarias. Aun así tuvo comunicación con Tulio Cestero, cónsul dominicano en Hamburgo, a quien le enviaba artículos de sus paisanos y solicitaba colaboraciones para diarios de México (Vega, 2015: 194). En *El Imparcial* hizo publicar algunos poemas de Gastón Deligne y de otros dominicanos. Esta práctica de servir como intermediario entre las publicaciones y los autores benefició a su hermano Max, de quien hizo reproducir el artículo “En la hora solemne”, en *El Imparcial* del 9 de junio de 1906. Ese mes incluyó en *Savia Moderna* fragmentos de “Whistler y Rodin”, conferencia dictada por Max en abril anterior en La Habana, Cuba.

Francisco Henríquez y Carvajal atravesaba rachas de inestabilidad económica en Santiago de Cuba, por lo que los envíos de dinero a su hijo Pedro eran inconstantes. Incluso llegó a considerar la posibilidad de trasladarse a México para ejercer su profesión médica, pero Pedro nunca le envió los informes solicitados para validar sus credenciales. Francisco Henríquez asumió que su primogénito Fran, ahora dedicado a la actividad de

los seguros en La Habana, Cuba, no seguiría el camino intelectual que esperaba para él, por lo que asignó a Pedro la responsabilidad de guiar a sus hermanos. Hizo que Max viajara a la capital mexicana después de obtener el título de bachiller en Santo Domingo. Camila, la menor, permanecía al lado de su padre, sin dirección educativa, deseando acercarse a sus hermanos fuera de Cuba o Santo Domingo, donde según Francisco Henríquez no les convenía vivir porque el horizonte de vida civilizada era estrecho y consideraba desacertado “gastar sin provecho los mejores años de juventud, único tiempo en que se puede y se debe viajar e instruirse en el extranjero” (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 300).

La pausa en el envío de cartas de Henríquez Ureña en los meses finales de 1906 hizo imaginar muchas situaciones desfavorables a su padre, quien llegó a pensar que el joven llevaba una vida de bohemio que no conducía sino a gastar de modo ímprobo las grandes energías juveniles. El reclamo de Francisco Henríquez se convirtió en recomendación: “Una correspondencia regular nos mantendría en perfecto conocimiento de la situación y de la salud y propósitos de Uds. y nos evitaría interpretar erradamente los largos períodos de silencio que se imponen Uds., tú y Franc” (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 312).

Si bien Henríquez Ureña no estaba en la cresta de la ola, tampoco estaba envuelto en ella: sólo tuvo conflictos con el dueño de *El Imparcial* que casi lo llevaron a perder su empleo en ese diario. Pidió a Max que retrasara su viaje, pero éste se empeñó en trasladarse. Salió de Cuba el 2 de febrero de 1907, luego de dar una conferencia en el Ateneo de La Habana sobre “Ibsen y el teatro”.

El principal deseo de Francisco Henríquez era que sus hijos Pedro y Max estuvieran juntos y que logran cultivar y profundizar sus estudios, ganar y conservar buenas y valiosas relaciones y concebir las líneas generales y definitivas de un plan vasto y seguro para su vida futura. Pedía a Pedro que convenciera a Max de dos cosas:

de la necesidad de que siga cultivando la música y de que afirme su florecimiento literario sobre bases anchas y a la vez sólidas de buena instrucción, literaria y científica. Pero ambos, él y tú, necesitáis comprender que no se puede prosperar en los estudios teniendo ocupadas todas las horas laborables del día y de la noche. El trabajo excesivo agota todas las fuerzas y

seca la savia juvenil. Por ese lado, siempre he pensado que lo mejor para Uds. sería no tener que trabajar. Durante varios años, Uds. necesitan todo su tiempo o su mayor tiempo para instruirse, para acabarse de formar. Por eso yo [hago] esfuerzos sobrehumanos para ver cómo puedo crearme medios suficientes que me permitan consagrarles los necesarios subsidios para que Uds. se desentiendan total o parcialmente de los trabajos que ahora hacen para ganarse la vida (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 313).

Max no necesitaba ser persuadido para continuar con su formación cultural: sabía que era necesario trabajar con disciplina y constancia para trascender en el medio literario mexicano donde Pedro se singularizaba por su temperamento de maestro. Por otra parte, la oferta de abandonar sus empleos no fue tomada con seriedad por los hermanos, quienes sabían que la situación de su padre en Cuba muchas veces era incierta no sólo en el terreno económico, sino también presentaba ocasionales quebrantos de salud y ansiedad. Pedro comenzó a distanciarse de su padre con prolongados periodos de silencio epistolar y llegó a disentir de sus preferencias políticas, señalando que su actitud nunca podría servir de bandera a tendencias revolucionarias.

7

Muchas personas que trataron a Pedro y Max consideraban que el carácter de este último era más afable que el rígido y en ocasiones inflexible de su hermano. Max tenía un verbo de animador, con un privilegio especial de comunicar entusiasmos y una aparente frivolidad que hacía olvidar las amarguras de la vida (Vega, 2015: 201). Max informó a Pedro sobre la vida política de República Dominicana, donde la paz se establecía a fuerza de violencias brutales y se esperaba una revolución formal de Juan Isidro Jimenes. Le informó también cómo vivía su padre en Cuba y cómo lo hacían sus familiares y amigos en Santo Domingo, donde su tía Ramona anhelaba sus cartas y Leonor Feltz se había alejado definitivamente de la literatura para dejar el campo a los que como ellos –los Henríquez Ureña— habrían de producir obra bella y útil (Vega, 2015: 201).

En México, Max tuvo la corresponsalía de *El Fígaro*, de Cuba, al que enviaba periódicamente artículos para la columna “Visiones de México”. La experiencia editorial y la afición artística de Max, además de la recomendación de Pedro, le abrieron las puertas

de inmediato para trabajar en *El Diario*, un periódico fundado en noviembre de 1906 y dirigido por el diputado Juan Sánchez Azcona. Esta publicación, presentada con un espíritu doctrinario liberal “de todo corazón”, fue una competencia para los periódicos más reputados de México. En alusión directa a *El Imparcial*, el programa de *El Diario* contempló una rivalidad en desventaja, ya que aquel se vendía en un centavo por la subvención del gobierno, coartando muchas veces la intención y la imparcialidad. El precio de *El Diario* era de tres centavos, lo que lo haría sobrevivir directamente del público, fomentando así su neutralidad e independencia (El Diario, 1906: 1). Aunque Pedro ya estaba a disgusto en *El Imparcial* por la excesiva carga de trabajo, la enemistad entre los dos periódicos no influyó en la relación fraterna entre los hermanos.

En cuanto llegó a la capital mexicana Max se incorporó al movimiento juvenil en el que su hermano era el guía. Junto con los hermanos Luis e Ignacio Castillo Ledón, los dominicanos alquilaron un domicilio en la calle de Soto, colonia Guerrero, el cual serviría como enclave para el grupo que comenzaba a aglutinarse en la Ciudad de México. Ahí se concentraban “los talentos, las oportunidades, las atmósferas estimulantes, las instituciones culturales y –de acuerdo con las leyendas locales— los cenáculos de brillo incomparable” (Monsiváis, 2005: 102). Una de las intenciones de los dos pares de hermanos era revivir las asociaciones culturales y literarias que habían sido tan importantes para la vida cultural de México desde los años treinta a los ochenta del siglo XIX, y que prácticamente desaparecieron con el funcionamiento de las escuelas superiores y con la creación de las primeras corporaciones gremiales (Martínez, 1976: 1069).

Pedro y Max Henríquez Ureña se entusiasmaron ante la posibilidad de organizar veladas literarias y artísticas con sus amigos. Tenían como base la experiencia infantil y juvenil en la conformación o asistencia a ese tipo de actos, como los de la Sociedad Amigos del País en Santo Domingo o la Siglo Veinte, que inventaron en Puerto Plata, cuya presidenta era su madre, Salomé Ureña. La conglomeración de artistas, poetas, periodistas, escritores y demás convidados a su domicilio, les recordaba las sesiones del “saloncito *Goncourt*” de las hermanas Feltz, donde descubrieron a Ibsen a mediados de 1900. En las sesiones que se llevaban a cabo los domingos, el grupo “adquirió completa unidad de espíritu y de organización” (Henríquez Ureña, 1969: 31).

En aquel domicilio de la calle de Soto, atestado de libros y revistas, se reunía la nueva generación literaria. Allí se estrecharon las amistades y se discutió en medio de un sentimiento fraternal. Según Carlos González Peña, en las tertulias Pedro siempre se mostraba “reservado y serio; Max decidor y amable. Se tocaba el piano, se fumaba, se reía. Y no ignorábamos que ellos, los dos buenos muchachos, eran el alma de aquel núcleo; los que de tierras lejanas habían venido a unirnos, a establecer un mutuo conocimiento y una mutua estimación entre nosotros” (1910: 18). Los fines que perseguían los anfitriones y los asistentes eran el saber y la belleza. En este sentido, Pedro estaba consciente de la necesidad de trascender las individualidades que hasta entonces habían imperado en la literatura y el arte en Latinoamérica. Esto queda de manifiesto en uno de sus escritos de la época, a propósito de la publicación de una antología de literatura joven hispanoamericana del argentino Manuel Ugarte. En el texto, es posible rastrear una preocupación expresada por Tablada desde finales del siglo XIX: la creación de cenáculos para procurar el adelanto del arte y de su propia cultura intelectual. A esto, Pedro agregó el programa propuesto en la *Revista Crítica*: elevar el nivel artístico e intelectual del pueblo, antes que los artistas descendan el nivel de sus obras. Respecto de su percepción del movimiento intelectual, en febrero de 1907 afirmó que algunos problemas de la literatura en la región eran colectivos:

ante todo, el de unificar el esfuerzo de los intelectuales para influir socialmente, crearse, educándolo, un público, y enseñar a nuestras sociedades a sostener, pagándolo, el arte. Mientras el arte no tenga entre nosotros base de apoyo social, no podrá desarrollarse plenamente. ¿Y a quién, si no a los intelectuales, corresponde trabajar para formar esa base? Creo, pues, que por ahora el problema es el desarrollo del espíritu colectivo por los intelectuales (2013m: 337).

Durante el día reinaba el bullicio en aquella casa de Soto. “Allí se fraguaban protestas y conferencias; se proyectaban estatutos, se componían versos, se pergeñaban artículos y se concebían libros...” (González, 1910: 18). En ese lugar se constituyó el rasgo que Alfonso Reyes advirtió como característica de esta nueva generación: la preocupación educativa y social. Durante las primeras reuniones, cuando, según Pedro Henríquez Ureña, estaba en su apogeo la hermosa época de actividad juvenil en México, circuló el anuncio de una

publicación que resucitaría a la *Revista Azul* fundada por Manuel Gutiérrez Nájera en 1893. El exhumador era Manuel Caballero, “un periodista viejo, con pretensiones de crítico y poeta” (Henríquez Ureña, 1989: 132), que tuvo la anuencia de Carlos Díaz Dufoo, el otro fundador de la revista. En la presentación de la nueva época de la publicación Caballero atacó a los modernistas aún vivos (José Juan Tablada, Jesús E. Valenzuela, Francisco M. de Olaguibel y Jesús Urueta) y convocó a sus futuros lectores a extirpar el mal contra el que declaró la guerra, llamado decadentismo o modernismo. La “nueva” *Revista Azul* consideraba incluir en sus columnas a los viejos redactores sobrevivientes de la anterior así como a los jóvenes que comenzaban, siempre y cuando no modernizaran (Curiel, 2001b: 677 y 680).

Los amenazados públicamente por Caballero no respondieron de manera directa a las afrentas. El relevo vino por parte de la juventud literaria e intelectual (como ya se autodenominaban los concurrentes a la casa de la colonia Guerrero), que desde la suspensión de *Savia Moderna* se proponía emprender otra labor colectiva. El 8 de abril de 1907, un día después de la publicación del primer número de la revista de Caballero, el colectivo juvenil hizo publicar en *El Diario* su “Protesta literaria”. Fue firmada por los contertulios de la calle de Soto y por dos o tres personas que no estaban en la Ciudad de México, pero que apoyaban el manifiesto (Caso y otros, 2000: 335-336).

La iniciativa contra Caballero contempló salir a las calles para hacer una defensa póstuma de Manuel Gutiérrez Nájera. El 17 de abril de 1907 el impetuoso grupo rompió un ayuno de más de diez años sin manifestaciones juveniles. En esta ocasión, quizás la primera en el país, se honraba la memoria de un escritor. A la manifestación asistieron los jóvenes literatos apoyados por el “elemento estudiantil”, cerca de quinientas personas que desfilaron por las calles céntricas de la ciudad detrás de la banda del Batallón de Ingenieros facilitada por la Comandancia Militar. Llevaban un estandarte adornado con flores que decía “Arte libre”. Aducían que si el modernismo fue llamado así fue por una necesidad de designación y no por indicar sectarismo ni limitación de pensamiento (Caso y otros, 2000: 338), como planteaba Caballero en el programa de su revista.

La marcha fue presidida por Jesús T. Acevedo, Roberto Argüelles, Alfonso Cravioto y Rafael López. En el kiosco de la Alameda Central, López recitó una composición en honor de Gutiérrez Nájera. Cravioto leyó un soneto de Jesús E.

Valenzuela, quien no pudo asistir. Max Henríquez Ureña tomó la palabra para reivindicar el americanismo de Gutiérrez Nájera y su papel como uno de los primeros reformadores de la poesía en el continente. En su discurso, el joven quiso ser el eco de su patria quisqueyana y de las tierras fraternas donde la poesía de Gutiérrez Nájera era un culto, así como de la “América infeliz y gloriosa, que sabe unificarse en un mismo sentimiento para enaltecer a sus poetas y así evitar que se profanen sus nombres” (Caso y otros, 2000: 339). El acto callejero fue cerrado con un discurso de Gómez Robelo.

Al día siguiente *El Imparcial* publicó una nota sobre la manifestación, en la que resalta la participación de Max: “Un literato dominicano. Con galana palabra, actitud oratoria de buena escuela y conocimiento exacto de la fecunda y meritísima labor de Gutiérrez Nájera, el literato dominicano Sr. Max Henríquez Ureña pronunció un espléndido discurso, que fue interrumpido por los aplausos y causó impresión agradable por su elegancia, sensatez y elevado criterio. Tendremos el gusto de publicarlo” (*El Imparcial*, 1906c: 2). De manera contradictoria el periódico acompañó este elogio con calificativos: dijo que el acto había sido poco serio y juzgó a la juventud que se preciaba de liberal como inquisitorial. Max se rehusó a que su discurso fuera publicado en ese diario, con lo que el rencor de Rafael Reyes Spíndola contra Pedro Henríquez Ureña se encontró (Henríquez Ureña, 1989: 133).

Después de la marcha los manifestantes se dirigieron hacia el teatro Arbeu, donde habría una velada musical y literaria que inició a las nueve de la noche. Los lugares de honor estaban reservados para Luis G. Urbina, subsecretario de Instrucción Pública, y el diputado Jesús Urueta, flanqueados por los artistas y literatos que presidieron la reunión de la tarde. Urbina leyó el “Pax animae” de Gutiérrez Nájera y Roberto Argüelles Bringas recitó unos versos que hizo para la ocasión. En los entreactos se tocaron piezas musicales en el piano y hubo arias de ópera. El acto más esperado era la presentación de Urueta, el más notable de los prosistas del grupo de la *Revista Moderna*, que era también un orador excepcional. “A su voz flexible, clara y vibrante, capaz de recorrer toda la gama de los matices expresivos, se unía el magnetismo de su delgada silueta, tan nerviosa como altiva. Sin que el ademán perdiera en corrección y medida, no permanecía, rígido e inmutable, en el mismo sitio. Daba dos o tres pasos, como movido por el fuego de sus ideas, llegaba a veces hasta el centro del estrado, y mantenía esclavizada la atención del público con su

palabra grandilocuente y su gesto fascinante” (Henríquez Ureña, 1954: 485). Urueta fue celebrado con estrépito, aunque haya repetido un discurso pronunciado años atrás en memoria de Gutiérrez Nájera.

Caballero se defendió y llamó también decadentes a los jóvenes que lo increparon. En su publicación incluyó varias adhesiones a su causa de escritores, grupos y otras revistas de provincia (García, 2010). Sin embargo, la “nueva” *Revista Azul* no pudo subsistir y fue suspendida seis semanas después de haber iniciado, debido a la falta de escritores de importancia y por la carencia de recursos económicos de su director. Según Alfonso Reyes (2000: 201), a partir de la manifestación contra Caballero la gente aprendió a respetarlos. El éxito de su revuelta los impulsó a anunciar la publicación de un nuevo periódico, *Arte libre*, que extendería los logros de la manifestación callejera a través de la letra impresa, pero este periódico no vería la luz porque *El Diario* dejó de apoyar con vigor al grupo. Si bien Pedro Henríquez Ureña no figura entre los protagonistas de la protesta –su nombre no aparece ni en la hoja suelta de la “Protesta literaria”, quizás por un error tipográfico o por precaución social y política —, es posible que de él haya sido la iniciativa de llevarla a cabo, que el dinero hubiera sido aportado por Cravioto y que Justo Sierra los hubiera auxiliado (Quintanilla, 2008: 55-56 y 297).

La Protesta literaria resonó fuera de México y fue mencionada en *El Nuevo Mercurio*, revista editada entre enero y diciembre de 1907 en Barcelona por el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo. Por su parte, Pedro Henríquez Ureña hizo una crónica para el *Listín Diario* de Santo Domingo, en la que dice que él portó el estandarte durante la marcha, alternándose con Benigno Valenzuela. En su reseña publicada el 22 de mayo de 1907 se asume como parte de la nueva generación mexicana que se dio a conocer en la *Revista Moderna*, generación culta, nutrida y entusiasta que había comenzado a “fundar periódicos, a publicar libros, a patrocinar exposiciones de pintura. Desde algunos meses atrás, la juventud se ha unido para emprender una labor sólida y extensa, en el periódico, en el libro, en la conferencia, en el concierto, en las exposiciones de arte” (1984: 228). Aunque el dominicano consideró la manifestación como un éxito, aceptó también que generó molestias como en *El Imparcial*, “importantísimo diario oficioso y enemigo de los estudiantes, [que] censuró la manifestación” (Henríquez Ureña, 1984: 230-231).

Por esos días el joven dominicano dejó de trabajar en el periódico dirigido por Reyes Spíndola y se cambió a *El Diario*, donde le ofrecían condiciones laborales superiores.

8

Una vez que obtuvieron visibilidad entre la sociedad porfiriana, y con ánimo de continuar con las labores colectivas, el grupo juvenil aceptó la propuesta del arquitecto Jesús T. Acevedo de organizar veladas breves, conferencias-conciertos. El proyecto adquirió forma con el nombre de “Sociedad de Conferencias”. En una carta del 1 de julio de 1907, Pedro Henríquez Ureña explica a su primo Apolinar Henríquez que la Sociedad se conformó exclusivamente con elementos juveniles “y se organizaron las conferencias-conciertos. Con dificultades, sí; pero no se solicitó el apoyo de nadie ni menos protección oficial. El <<Casino de Santa María>>, considerándose favorecido en ello, nos ofreció su amplio salón, un salón decorado de blanco, una <<sinfonía en blanco mayor>>” (2013n: 289).

En la Sociedad de Conferencias, al igual que en el grupo de la *Revista Moderna*, no había sólo literatos y poetas, sino músicos y pintores. Los seis actos de la primera serie se llevaron a cabo cada dos miércoles y los boletos eran entregados a quien los solicitara en la redacción de *El Diario* por los hermanos Henríquez Ureña, en representación de la Sociedad. Las entradas se asignaban todos los días, incluso los miércoles, de 11 a 12 de la mañana en las oficinas del periódico: segunda de Independencia número 8 (El Diario, 1907a: 4-5). Cada sesión constaba de dos partes, una literaria y otra musical. La primera conferencia, el 29 de mayo, estuvo a cargo de Alfonso Cravioto, que disertó sobre la obra pictórica del francés Eugène Carrière. Nemesio García Naranjo recitó un poema de su autoría, y Max Henríquez Ureña, que había estudiado asiduamente el piano y se presentaba como un aficionado estudioso, tocó el *Scherzo* número 2 de Chopin.

Las siguientes cinco conferencias fueron:

Fecha	Conferencista	Tema	Poeta	Música
12 junio	Antonio Caso	La significación y la influencia de Nietzsche en el pensamiento moderno	Manuel de la Parra	Carmen Rebolledo y María Enriqueta C. de Pereyra

26 junio	Pedro Henríquez Ureña	La personalidad del poeta español moderno José María Gabriel y Galán	María Mauleón	Roberto Ursúa
10 julio	Rubén Valenti	La evolución de la crítica literaria	Roberto Argüelles Bringas y María de Mauleón	Max Henríquez Ureña y Roberto Ursúa
31 julio	Jesús T. Acevedo	El porvenir de nuestra arquitectura	Abel C. Salazar y Eduardo Colín	Aurelio López
14 agosto	Ricardo Gómez Robelo	La obra de Edgar Poe	Alfonso Reyes	Aurelio López

Las conferencias fueron pensadas para tener contacto directo con el público. En las disertaciones tratarían “temas de alta importancia literaria, artística y filosófica”. Las crónicas de *El Diario* señalan que algunas de las personas que abarrotaron desde la primera sesión el Casino de Santa María no comprendían el contenido. En una de las notas se acepta que varias de las obras presentadas desconcertaban a “los públicos de espíritu ligero y atención indecisa. Pero público como el que asiste a las conferencias (compuesto en su mayor parte de profesionales, artistas y estudiantes) saben apreciar su aristocracia intelectual y le tributan la ovación merecida” (El Diario, 1907: 4).

En la última conferencia, a cargo de Ricardo Gómez Robelo se anunció como colofón a Ezequiel A. Chávez, subsecretario de Instrucción Pública, en el Casino de Santa María a fines de agosto con una disertación sobre un tema por definir (El Diario, 1907b: 7). Es probable que este acto no se haya efectuado, pues no fue reportado en ninguna de las crónicas o reseñas de esos días. Según Pedro Henríquez Ureña (1986: 224) el ejemplo de la Sociedad hizo que se renovaran y aumentaran las conferencias en México, donde antes se daban cinco o seis conferencias en la Preparatoria al año, una o dos en Jurisprudencia o en otro lugar, y resultaban verdaderas “latas”. Sin embargo, otras fuentes indican que, por lo menos desde 1903 con la conferencia de Jesús Urueta sobre temas griegos, las sesiones literarias en la Preparatoria eran un éxito y a ellas asistían estudiantes de niveles superiores y autoridades educativas y políticas como Justo Sierra.

La significación colectiva de esta serie de conferencias radica en la presentación súbita de una nueva generación que reveló facultades o cualidades que le eran desconocidas o insospechadas y que tenían su fundamento en el espíritu filosófico que era capaz de “abarcar con visión personal e intensa los conceptos del mundo y de la vida y de la sociedad, y de analizar con fina percepción de detalles los curiosos paralelismos de la evolución histórica, y las variadas evoluciones que en el arte determina el inasible elemento individual” (Henríquez Ureña, 1960: 171). De igual manera, mostró a un sector juvenil que había logrado disfrutar de las ventajas de la más moderna y amplia cultura que se abría paso en México, animado por un espíritu de independencia, sin aferrarse a ninguna secta literaria o filosófica, aunque reconociéndose como continuadores de la mejor tradición de la cultura mexicana: el amor a la antigüedad clásica. Con esta serie de conferencias, los jóvenes exhibieron el trabajo de un esfuerzo consciente, de una labor de estudio, e hicieron una manifestación de personalidad (Henríquez Ureña, 1960: 171-174). Para Alfonso Reyes (2000: 201), el éxito de las conferencias fue franco.

Con frecuencia las reuniones públicas de la Sociedad de Conferencias y Conciertos continuaban con festejos íntimos al estilo de la vida cultural durante el porfiriato que se ceñía en lo fundamental al festejo de los creadores reconocidos, músicos, artistas plásticos y, específicamente, a los poetas (Monsiváis, 2005: 100-101). A las sesiones de trabajo siguieron las de congratulación. La primera fue para celebrar a Alfonso Cravioto, que acababa de regresar de su viaje de bodas por Europa; a su vez, el festejado correspondió con una en honor de Max Henríquez Ureña. Isidro Fabela, “un joven aristócrata”, festejó en su casa a Antonio Caso y Manuel de la Parra. Las reuniones privadas se hacían en el estudio del arquitecto Acevedo, en las oficinas de la *Revista Moderna* o en la casa de Soto, donde Pedro Henríquez Ureña celebró su cumpleaños 23 con una concurrencia de literatos, pintores y músicos. Allí brindaron por el pianista Roberto Ursúa, por el novelista Carlos González Peña y por el pintor Francisco de la Torre. Las reuniones iniciaban a la hora del té, *five o'clock*, y se convertían en cena, mientras se tocaba música y se recitaban versos propios y ajenos. El final de las animadas tertulias era acompañado por el *champagne* con el que brindaban por los recientes motivos de celebración (Henríquez Ureña, 2013n: 291).

La bienaventuranza de los hermanos Henríquez Ureña en la Ciudad de México cambió a finales de julio de 1907, cuando ambos salieron de *El Diario*, periódico que mantuvo una intensa y continua propaganda en favor del movimiento cultural iniciado por la juventud (Henríquez Ureña, 1969: 33). Para Pedro sólo fue una apariencia el director Sánchez Azcona y a la empresa le pareció excesivo pagar los sueldos de él y Max. Al final, Pedro Henríquez Ureña opinaría que *El Diario* “era un órgano simplemente sensacionalista y no daba lugar a las inquietudes literarias e intelectuales de él y sus amigos” (1989: 150). Pronto encontró otro empleo en la empresa de seguros La Mexicana, y con ello volvió al trabajo de oficina con sus largas jornadas y sus impedimentos. Tras presentar su renuncia el 17 de julio –publicada en *El País* dos días después—, Max se marchó a la capital del estado de Jalisco para ocuparse de la redacción de *La Gaceta de Guadalajara*. Allí recibió informes de las dos últimas conferencias de la Sociedad a través de la correspondencia de su hermano.

Una de las últimas reuniones celebradas en la casa de Soto, nido de artistas, pero nido terrible que a veces parecía un nido de alienados (González, 1910: 18), fue un *té-champagne* que ofreció la juventud intelectual mexicana al poeta colombiano Julio Florez, que venía a México con el deseo de abrazar a sus compañeros literarios. Al convite del sábado 8 de julio de 1907 asistieron algunos literatos mayores como Luis G. Urbina, Ciro B. Ceballos y Alberto Leduc, además del pleno de la Sociedad de Conferencias. Florez no sólo recitó sus poesías conocidas e inéditas, sino que hizo interpretaciones en el piano del salón-biblioteca que resultó estrecho para la sesión que se prolongó hasta horas avanzadas de la noche. A finales de julio se disgregaron los habitantes de la casa, entre los que estaba el poeta panameño Darío Herrera, quien alquiló una habitación de hotel; Luis Castillo Ledón se instaló en un hospedaje de Mixcoac; Max viajó a Guadalajara y Pedro consiguió un cuarto barato en el número 5 de la calle Jesús, a tres cuerdas del Zócalo.

En agosto de 1907 inició una nueva etapa difícil para Pedro Henríquez Ureña. Pronto comenzó a extrañar la casa donde vivía a gusto. Después tuvo cierto estupor moral por el desdén que parecían mostrarle sus amigos antes tan asiduos a sus fiestas. Alejado ahora del medio periodístico, empleado en un trabajo que no era excesivo, sus escritos disminuyeron en el segundo semestre. Ensayó la forma epistolar para publicar algunas cartas abiertas en periódicos de República Dominicana, porque este género le resultaba

más cómodo para hablar de temas de actualidad mexicanos —y de las actividades en las que participaba con el grupo literario juvenil—, además de encontrar en las misivas mayor libertad que en la crónica. Volvió a la poesía con “Imitación D’Annunziana” y “El Pinar”. En este último devela su estado de ánimo en espera de un destello proveniente de la lejanía. Por último, escribió algunos artículos para la *Revista Moderna* y para algunos diarios de Guadalajara. Ni su empleo ni sus publicaciones le daban suficiente para su manutención, así que vendió los muebles que dejó Max y a este le solicitaba apoyo económico para sostenerse; sin embargo, su hermano estaba en la misma situación, por lo que su padre les remitía constantemente remesas con la condición de que no salieran de México y continuaran con sus actividades literarias.

A mediados de 1907 Francisco Henríquez y Carvajal fue enviado como delegado de República Dominicana a la Segunda Conferencia de la Paz en La Haya y desde Europa envió a Pedro una colección de obras clásicas y algunas de crítica, entre ellos varios libros de Platón y el texto de Walter Pater sobre filosofía platónica, que lo convirtieron al helenismo. El esfuerzo de su padre para comprar los libros solicitados era compensado porque consideraba que sus hijos estaban en mejores condiciones intelectuales que él, y su deseo era que ellos aumentaran sus conocimientos para trasladarse a Europa para estudiar, con agrado e interés, un doctorado en Derecho que no dañaría sus inclinaciones literarias, al tiempo que era un medio eficaz para que aseguraran definitivamente una buena posición en su país o en cualquiera otro de América (Familia Henríquez Ureña, 1996 T. I: 340-342).

9

Aunque era conocido y apreciado en el medio literario y trataba a personas con altos cargos en el gobierno, Pedro Henríquez Ureña tuvo que conservar su empleo en La Mexicana. En esa época, a partir del trato habitual de la Sociedad de Conferencias, y con el entusiasmo que sus actividades públicas y privadas generaron, se conformó un grupo central que tenía en común su afición por Grecia. El interés de Pedro por la cultura helénica encontró el ambiente propicio con sus amigos que ya eran asiduos lectores de los griegos: Ricardo Gómez Robelo, Jesús T. Acevedo, Antonio Caso, Rubén Valenti y Alfonso Reyes, con quienes hizo un sexteto exclusivo y secreto en el que planearon una

serie de conferencias sobre temas griegos. Con la conformación de este pequeño grupo, Henríquez Ureña decidió separarse literariamente del resto de sus compañeros de la Sociedad de Conferencias, argumentando que “por lo demás, socialmente nada hay que hacer con ellos, excepto con los más cultos, como Fabela, Carlos y Luis, y por necesidad, con los Valenzuela” (Familia Henríquez Ureña, 1996 T.I: 338).

El grupo de “directores”, como lo llamó Alfonso Reyes, sabía que más que leer a los comentadores de Grecia, tenía que leer a los griegos. Para ello iniciaron sus sesiones el 22 de agosto de 1907 y se reunirían los jueves y sábados en la casa de Acevedo. Planearon hacer un estudio completo de Grecia que Pedro compartió con Max: “Mitología (autores: Mallarmé, Collingnon, Renan, Pafaer, etc.); Vida social y política (historias, Fustel de Coulanges); Arte (Taine, Pater, Perrot & Chipiez, &); Poesía lírica y bucólica (hist. Lit.); Filosofía (Weber, Schopenhauer, Pater, Schelling, &). Búscate a Platón. [...] Estudiaremos unos cien volúmenes, entre autores; y comentadores y reconstructores. Puede decirse que los más selectos espíritus modernos serán revisados en lo que tienen sobre Grecia” (Familia Henríquez Ureña, 1996 T. I: 351-352). En ese grupo, que ya mostraba disciplina, crítica y método con grandes aspiraciones humanísticas, las cosas se tomaron en serio: cada uno buscaría bibliografía y estudiaría su tema larga y profundamente, pero todos unidos leerían o releerían lo central de las letras y el pensamiento helénico y de los comentadores.

Ninguno de los integrantes mexicanos del sexteto había recibido educación clásica ni dominaban el griego o el latín. Crecieron mientras los clásicos perdieron su primacía, hasta entonces indiscutible, en la educación. Las reformas educativas liberales y positivistas dieron prioridad a las ciencias físicas e incorporaron disciplinas como la psicología, las ciencias políticas y la sociología. Asimismo, se dio mayor importancia a las lenguas modernas, francés e inglés que a las “muertas”, sin suponer que el dominio de estos idiomas, y a través de ellos al acceso a la literatura europea y estadounidense de la época, acercaría a las nuevas generaciones a la antigüedad. Ya en el siglo XIX los escritores, músicos, pintores y filósofos habían buscado en Grecia la inspiración para su obra y el significado para su vida. Los lectores mexicanos abrieron el umbral de su sensibilidad al leer, ver y escuchar lo más nuevo de la cultura europea e hispanoamericana. No fueron los primeros en mirar hacia el pasado: años antes, algunos poetas modernistas

de México y América buscaron refugio en el Parnaso para afirmar la belleza de sus ideales estéticos y latinos en oposición al materialismo de su época (Quintanilla, 2002: 627-628).

Algunos poetas mexicanos como Rubén M. Campos y Enrique González Martínez escribieron composiciones sobre motivos griegos a inicios del siglo XX, con influencia directa del francés Leconte de Lisle y del cubano José María Heredia. Incluso su admirado Jesús Urueta impartió en la Preparatoria una serie de conferencias sobre literatura griega en 1903. Ahora los jóvenes tomaban la estafeta en colectivo para profundizar en el estudio de Grecia, como ejemplo de toda disciplina, y a través de ella dar nuevamente el papel preponderante que, según ellos, debían tener las humanidades. Comprenden que “el cultivo de las humanidades constituye una de las mejores tradiciones de la cultura mexicana, a través de la cual ésta se entronca con la cultura hispánica, negada a veces por el pasado inmediato, y más allá de ella, con la cultura universal” (García, 1992: 73). Según Henríquez Ureña (1960: 159-160), en 1907 cualquiera que siguiera el movimiento literario mundial podía observar que los autores en boga eran el poeta griego Homero y el escritor alemán Johann Wolfgang Goethe; en los círculos de gente “leída” se comentaba con fruición la *Odisea* y los epítetos homéricos eran gala frecuente en las conversaciones. Los autores griegos como Sófocles, Aristófanes y Platón andaban en boca de todos gracias a músicos como Richard Strauss, D’Annunzio y los comediógrafos alemanes. El redescubrimiento general de Grecia les llegaba de Europa a través de Nueva York.

La serie de conferencias donde el grupo haría públicos sus estudios sobre Grecia fue planeada para mediados de 1908. Los temas se asignaron para abarcar toda la Hélade. Pedro los compartió con Max en una carta del 30 de agosto de 1907:

La epopeya, por Rubén Valenti; La tragedia, por Ricardo Gómez Robelo; el Partenón (como resumen de las artes plásticas), por Jesús T. Acevedo; Platón, por Pedro Henríquez Ureña; La Antología (o sean los poetas líricos, con referencia a Píndaro y a los bucólicos, que no se cuentan dentro de lo que se llama Antología, por Alfonso Reyes; y Aristóteles, por Antonio Caso. [...] aunque ya el número está fijado, conviene que estudies seriamente todo nuestro programa, en lo posible, de modo que si cuando se den las conferencias estás aquí, y ha ocurrido alguna deserción, puedas suplir a quien falta. Hemos convenido en que, fuera de los seis, nadie más querría trabajar

con verdadero empeño. Caso opina que Cravioto sirve para el caso, porque no lo conoce bien; pero Alfonso está cada día más desequilibrado (Familia Henríquez Ureña, 1996 T. I: 354-355).

En esta época Pedro Henríquez Ureña afirmó que comenzó a amar a las “dos Grecias” desde que era niño. A la primera, la clásica, en la cual se cimentaron los fundamentos de la literatura occidental, la conoció a través de sus primeras lecturas de las fábulas de Esopo y en los resúmenes de algunas obras que José Martí publicó en *La edad de oro*; la segunda Grecia, la contemporánea, no tenía mucha importancia para él. Sabía de ella gracias a una novela histórica y al poema “Última lamentación de Lord Byron”, escrito por el español Gaspar Núñez de Arce (Henríquez Ureña, 1960: 161-162). Las lecturas personales y colectivas sobre los griegos fueron hechas con detenimiento y meticulosidad, tanto que a finales de octubre de 1907 Henríquez Ureña todavía no se atrevía a escribir nada sobre el tema. El estudio del helenismo lo llevó junto con sus amigos del “sexteto” a completar sus colecciones de autores griegos y de escritores que trataban la historia de Grecia, su literatura y su filosofía. La preparación de las conferencias dio a los jóvenes una mejor disciplina espiritual e influyó en la tendencia humanista del grupo. Las conferencias no se llevaron a cabo, pero el interés en ellas marcó la tendencia de las lecturas del resto de 1907, año en el que los gustos intelectuales de Pedro Henríquez Ureña tomaron nuevos y definitivos rumbos, completando la literatura moderna, entonces su preferida, con la antigua (Henríquez Ureña, 1989: 140).

La lectura personal del *Banquete*, de Platón, se volvió colectiva en una reunión nocturna que convocó al grupo central en el taller de Jesús T. Acevedo, un conversador magnético que ejercía un verdadero imperio sobre muchos (Reyes, 1956: 444-445). La dinámica fue que cada asistente se turnara para leer el diálogo que fue escrito “para ser escuchado y ha sido leído en voz alta durante casi toda su vida, aun después de la aparición de la imprenta y de la existencia de cientos de ediciones en casi todos los idiomas del orbe” (Quintanilla, 2008: 72),

cambiándose el lector para el discurso de cada convidado diferente; y cada quien la seguía ansioso, no con el deseo de apresurar la llegada de Alcibíades, como los estudiantes de que habla Aulo Gelio, sino con la esperanza de que le tocaran en suerte las milagrosas palabras de Diótima de Mantinea. La

lectura acaso duró tres horas; nunca hubo mayor olvido del mundo de la calle, por más que esto ocurría en un taller de arquitecto, inmediato a la más populosa avenida de la ciudad (Henríquez Ureña, 1960: 598).

El aislamiento del entorno inmediato y del tiempo presente en el parnaso juvenil no era una novedad: se había presentado muchas veces a lo largo del siglo XIX en ciudades diferentes, con motivos y protagonistas distintos. Respecto de los textos clásicos, algunos de ellos y de sus personajes clave poseen una fuerza intrínseca que desbocan sugerencias, deseos, sentidos simbólicos y voluntad. Por ello, no es desatinado pensar que la elección del diálogo no fue obra de la casualidad, porque en el *Banquete* los lectores encontraron el significado más hondo de Sócrates, el maestro por excelencia. “Si Atenas era la patria ideal del cuerpo y del espíritu humano, entonces Sócrates era el guía inevitable para llegar a ella” (Quintanilla, 2008: 72).

10

Más allá de la afirmación de Pedro Henríquez Ureña sobre que los lectores del *Banquete* ansiaban con mayor curiosidad el último acto, lo cierto es que el dominicano y Alfonso Reyes comenzaban a vivir el inicio de una trama parecida a la central del diálogo: la relación entre el maestro y el alumno. Del grupo que se conformó a partir de la Sociedad de Conferencias y Conciertos, ellos eran los más afines. Ambos “eran hijos de personalidades públicas, habían tenido una infancia dependiente de los avatares políticos de sus padres y una educación por encima de la norma. Las coincidencias entre uno y otro aumentaron: iban a los mismos sitios, veían los mismos rostros, leían los mismos libros” (Quintanilla, 2008: 73).

Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña se conocieron en la redacción de *Savia Moderna* a mediados de 1906. Los cinco años que aventajaba el dominicano a Reyes eran evidentes, no sólo en el físico, sino en los intereses literarios y en los textos que hasta entonces habían publicado, pero sobre todo en los autores que habían leído. Aunque Reyes afirmaría que en 1906 vivía en plena literatura (1983: 117), en ese año era todavía un muchacho que comenzaba a escribir y aprendía su oficio apresuradamente (Martínez, 1986: 14). Inmediatamente después de publicar en *Savia Moderna* su primer soneto: “Mercenario”, Reyes, entonces con 17 años de edad, recibió reproches verbales de su

profesor Manuel G. Revilla; en cambio Alfonso Cravioto se mostró complacido por el apego del poeta al código parnasiano. Ricardo Gómez Robelo, Jesús T. Acevedo y Manuel de la Parra lo aconsejaron a través de la conversación y el trato para que no se dejara entumecer con aquellas normas que sólo eran útiles para el aprendizaje. Para ello, los compañeros mayores recomendaron al adolescente leer a Baudelaire y a Verlaine (Reyes, 1990: 153-154). Sin embargo, Reyes reconocerá a Henríquez Ureña como tutor en esta etapa de su formación juvenil y aprendizaje, la única parte importante de una vida, según Goethe (Reyes, 1983: 111).

A mediados de 1907, Henríquez Ureña tenía los “afectos de los más jóvenes de los literatos mexicanos, que veían en él la seriedad de la carrera literaria y la aspiración de un saber de primera mano” (Torri, 1981, 170-175), pero sus amistades íntimas eran pocas. Conocía a muchas personas, pero después de la disolución de la casa de Soto, cuando notó cierto alejamiento de sus conocidos por su estrechez económica, reforzó su amistad con Alfonso Reyes, pues fue quien se mostró más leal en los tiempos difíciles. Reyes creía que estaba predestinado a la compañía de sus mayores y prefirió la tutela de Henríquez Ureña por la admiración que le profesó desde su encuentro; lo consideró un educador. Casi medio siglo después, Reyes recordaría que Henríquez Ureña se le “figuró que era un ser aparte, y así lo era. Su privilegiada memoria para los versos –cosa tan de mi gusto y que siempre me ha parecido la prenda de la verdadera educación literaria– fue en él lo que desde luego me atrajo. Poco a poco sentí su gravitación imperiosa, y al fin me le acerqué de por vida. Algo mayor que yo, era mi hermano y a la vez mi maestro. La verdad es que los dos nos íbamos formando juntos, él siempre unos pasos adelante” (Reyes, 1989: 360).

Don Francisco Henríquez y Carvajal quería que sus hijos permanecieran en la Ciudad de México dentro del núcleo de jóvenes intelectuales que habían ayudado a formar, y así mantener la posición ganada. Exhortaba a Max para que se mantuviera junto a Pedro, pues estando unidos aumentarían las fuerzas de cada uno, sin disminuirlas cuando obran en conjunto (Familia Henríquez Ureña, 1996 T. I: 333). Sin embargo, la salida de los jóvenes de *El Diario* provocó su alejamiento físico, pero estrechó su cercanía a través de la correspondencia. En Guadalajara, Max recibía con frecuencia cartas en las que Pedro le informaba sobre espectáculos artísticos, literarios y sociales de la capital mexicana. Lo tuvo también al tanto de sus amistades: seguía frecuentando a Jesús Valenzuela; salía a

los conciertos con los integrantes del “sexteto secreto”, y departía, sin intimar, con Isidro Fabela, Darío Herrera, José de Jesús Núñez y Domínguez, Luis Galván y Rafael López, entre otros. En las misivas, es evidente la preferencia de Pedro por “Alfonsito” Reyes, quien caminó con él por las calles de la ciudad en busca de una casa que remplazara a la de Soto. Entre ellos la amistad y aprecio fue inmediata y desde el principio se reconocieron como joven maestro y niño prodigio con disposición a seguir consejos y ser educado (Castañón, 2016).

Alfonso Reyes saltó al escenario público en 1907 con dos discursos en la Escuela Nacional Preparatoria en los que dio muestras de su calidad como orador, según las crónicas de los periódicos de la época. El 22 de marzo habló frente a Ezequiel A. Chávez, subsecretario de Instrucción Pública, en un homenaje al químico francés Henry Moissan, inventor del horno eléctrico; en julio subió otra vez al templete en una velada para festejar el primer aniversario de la Sociedad de Alumnos de la Preparatoria, con Justo Sierra como invitado de honor. En el primer homenaje le fue obsequiado un ramo de flores y unas palabras entusiastas del subsecretario por haber combinado “el amor a la verdad y el amor a la belleza”; en su segunda intervención fue el “clou” de la noche, su triunfo fue el mayor entre cinco números literarios y otros tantos musicales. Una de las crónicas de este último acto fue escrita por Pedro Henríquez Ureña en *El Diario* del 14 de julio de 1907, en la que afirma que el discurso de Alfonso Reyes estuvo lleno de admirable doctrina y de gallardas concepciones humanas y poéticas, en el que el joven orador recorrió

grandes momentos de la historia de la civilización y del pensamiento derivando de ellos ejemplos y enseñanzas; de la fecunda y armoniosa (sic) vida helénica; de la vida, toda caridad y amor, de Jesús; del exaltado espíritu de los místicos; y de los modernos héroes de la inteligencia, desde Goethe hasta Ruskin. A sus compañeros de la escuela les habló de esfuerzo, de estudio, de empeños altruistas, de libertad, de alegría, ¡sobre todo de alegría! Les recordó cuán necesario es reír, ser sanos, fuertes y alegres. El discurso estaba en castellano de la mejor cepa, como de quien ha bebido de las inagotables fuentes clásicas, en Fray Luis y en Santa Teresa, lo mismo que en las ricas fuentes de pensamiento y arte moderno; y fue pronunciado con

admirable entonación de orador. Reyes está llamado a ser figura de altísimo relieve en la intelectualidad mexicana.

Esta es la primera reseña en la que Henríquez Ureña resalta las características humanísticas, literarias y estilísticas de Reyes. A partir de entonces el acompañamiento mutuo se hará más estrecho. A la partida de Max, Pedro encontró en Reyes al joven aún inexperto, pero con dotes y deseos de trascender en el grupo intelectual. Quizás vio en él la oportunidad para ayudar a formar, al tiempo que se formaba en la vocación que lo trajo a la tierra mexicana. Sin embargo, había quienes querían convencer a Henríquez Ureña que Reyes no era sincero, sino que tenía las artes del vividor y que no era muy de confiar. En una carta de agosto de 1907, Pedro le dice a Max: “Hice un tanteo con él, y por su actitud me pareció descubrir que es todo lo contrario. Creo que aquellas son exageraciones de desconfiados, pues ya me parece tener bastantes pruebas de sinceridad del chico. De esto, ni una palabra; pero se le puede demostrar estimación a Alfonsito, para que no abrigue dudas” (Familia Henríquez Ureña, 1996 T. I: 400).

Después de esta carta y de las presentaciones en la Preparatoria, Reyes fue el inseparable compañero y amigo de Henríquez Ureña, quien se refería a él como “Alfonsito” en su correspondencia con Max. En este periodo pasaron muchos días juntos. La tarea de maestro que se impuso Henríquez Ureña incluía comidas, paseos, conciertos y, por supuesto, lecturas. En una carta a Max le dice que Reyes y él examinaron su última poesía, la cual consideraron buena, pero no suficientemente pulida. En la misiva del 26 de agosto de 1907, Henríquez Ureña señala:

Alfonsito y yo, que coincidimos exactamente en los reparos, y él te los escribe. Creo que, así como te empeñas en corregir cuando traduces, aún más te debes empeñar con lo original. Ya sabes que estamos en una época de amaneramiento: por lo tanto, el amaneramiento que se debe buscar es, bien definido, una “manera” que sea sin embargo suficientemente sencilla para no envejecer a prisa y suficientemente elegante para no disonar hoy. El único modo de tener estilo es, en verso como en prosa, PESAR CADA FRASE: pesar, no sólo la forma, como hace Darío (que no hace otra cosa) sino también la idea: que la imagen no sea falsa, que la idea no sea contradictoria. Eso debes hacerlo sobre todo en prosa, pues no es lógico que pudiendo tener

verdadero estilo, no lo tengas: basta con corregir bien. Por ejemplo, el artículo sobre Varona debía haber sido impecable, pero siempre, por escribir a prisa, no le supiste dejar limpio de vulgaridad en fondo y forma (Familia Henríquez Ureña, 1996 T. I: 351).

Este fragmento muestra que Henríquez Ureña estaba al día en la estilística de su época. Además indica el nivel de exigencia que pedía a su hermano, y seguramente a sus amigos del sexteto, sobre todo a Reyes, que unos días antes se había presentado en el Casino de Santa María en la última sesión de la Sociedad de Conferencias para leer nueve sonetos que compuso en honor del poeta francés André Chénier, de los cuales le aplaudieron los primeros ocho y en el último lo ovacionaron. Henríquez Ureña veía en Reyes al alumno aventajado, y tenía también admiración por él, ya que sin este elemento las amistades no trascienden. Aunque esto no obsta para que los juicios y críticas sean severos, implacables, tal como lo recuerda Max en esos días: “hacía la crítica de lo que yo escribía, con alguna severidad, pues siempre creyó que, tanto conmigo como con los demás componentes de nuestro grupo, era así como mejor cumplía su misión socrática” (1969: 33).

El primer paso que dio Henríquez Ureña con Reyes fue uniformar su criterio. A Max le dio indicios de ello a partir de un comentario sobre poesía: “No sé porque te empeñas en sostener lo de que Horacio fue un poeta grave, ni cómo supones que Alfonsito vaya a pensar lo mismo. Con quien está de acuerdo es conmigo, naturalmente” (Familia Henríquez Ureña, 1996 T. I: 378). Después influyó en el estilo. De esto da cuenta en una discusión sobre el tema también con Max, cuando este dice no tener tiempo para dedicarlo a mejorar el estilo, a lo que Pedro responde: “No lo creo. Yo siempre he estado tan ocupado, por lo menos como tú; pero siempre he escrito suficientemente despacio para trabajar tanto la forma como la idea. Yo te he dicho que mi procedimiento es pensar cada frase AL ESCRIBIRLA, y escribirla lentamente; poco es lo que corrijo después de escrito ya un artículo. Alfonsito dice hacer lo mismo” (Familia Henríquez Ureña, 1996 T. I: 397). Por último, en esta primera etapa de intimidad, Henríquez Ureña quiso interferir en algunas decisiones de Reyes, como la de no dar sus poesías de Chénier a la *Revista Moderna de México*, si ésta no publicaba la conferencia de Gómez Robelo sobre Poe.

A mediados de septiembre de 1907, Alfonso Reyes viajó a Chapala con Luis MacGregor, su compañero de la Preparatoria. Sólo estuvieron distanciados durante una

semana, sin embargo, Henríquez Ureña y Reyes aprovecharon para iniciar un intercambio epistolar que casi un siglo después sería considerado por Carlos Monsiváis como “el documento más significativo de la formación en México del humanismo moderno y por entero laico” (2006, citado en Castañón, 2012: 370). Reyes llevó consigo dos lecturas recomendadas por Henríquez Ureña: un cuaderno íntimo hecho por el dominicano y *Los idilios de Auld Licht*, del escocés James Matthew Barrie, para que conociera el idilio no en el sentido del amor, sino en el verdadero sentido de cosa campestre. Por su parte, Reyes dejó un encargo a Pedro: leer su obra poética inédita para que lo enjuiciara, pero sobre todo para que lo aconsejara. Henríquez Ureña leyó los cuatro cuadernos de Reyes, pero su sentencia tuvo que esperar porque había pasado los días patrios en el Estado de México con Jesús T. Acevedo y Fernando Galván. Allí escribió su soneto “Imitación D’Annunziana”, que dedicó a Reyes para que viera la influencia de Platón y el campo. El poema fue recibido todavía en Chapala, donde Reyes agradeció y reclamó a Henríquez Ureña por decir que no gustaba de los sonetos, cuando quien escribe uno como el enviado, debe amarlos religiosamente (Reyes-Henríquez Ureña, 1986: 46-49).

Henríquez Ureña entregó personalmente a Reyes el veredicto sobre sus poemas en un texto que llamó “Genus platonis”, en cuya primera parte analiza el temperamento platónico y los puntos que tiene en común con Oscar Wilde y Gabriel D’Annunzio. La segunda parte era más extensa y estaba dedicada a Reyes. El escrito está influenciado por la lectura de Platón, que fue la entrada de Henríquez Ureña al mundo griego, aunque debió considerar los juicios de Marcelino Menéndez y Pelayo, así como de la crítica inglesa, particularmente de *Plato and Platonism*, de Walter Pater, “ensayista inglés poco conocido en el ámbito hispánico, pero de gran influencia en muchos escritores europeos de fin de siglo, especialmente a través de Oscar Wilde, [...] Henríquez Ureña sentía gran admiración, que trataba de comunicar a sus amigos, por lo que llamaba <<estilistas ingleses de filiación helénica, desde Ruskin a Walter Pater y Oscar Wilde>>” (García, 1992: 80).

Respecto de Reyes, Henríquez Ureña pretendía descubrir en él un temperamento de amante platónico, que entiende como aquel fogoso que llega a dominarse y a adquirir la disciplina del sentimiento. Nota que en el joven poeta la templanza, la disciplina mental y moral se impusieron al evolucionar de la poesía erótica, ardorosa y sensual hacia la

contemplación de la naturaleza para elevarse al reino de las ideas, aunque en este reino aún no hubiera encontrado su filosofía, quizás por la inevitable correlación de ésta con el organismo afectivo, su moral; “esto es, su concepción de un ideal, una finalidad o al menos tendencia directriz de la vida” (Henríquez Ureña, 2013ñ: 391).

Henríquez Ureña reconocía en Reyes la ventaja del dominio de la forma, pero para satisfacer el propio anhelo de perfeccionamiento pensaba que su prosa, a pesar del escollo de iniciación declamatoria, podía evolucionar con facilidad, pero creía sorprender en su verso tendencias peligrosas al estancamiento. Su endecasílabo, afirmó Henríquez Ureña, “no ha variado sensiblemente desde sus comienzos, y las variaciones han sido simples depuraciones: supresión completa de asonancias, cacofonías, hiatos y sinalefas duras” (2013ñ: 392). En “Genus platonis” puede verse el reconocimiento de Henríquez Ureña al talento poético juvenil de Alfonso Reyes, cuya principal virtud era su temperamento de amante que iba templándose con la serenidad del estudio. De igual manera se deja ver la asunción del dominicano como guía intelectual del adolescente mexicano, a quien recomienda completar con el fecundo ejercicio del ensayo, del estudio crítico, la educación estética levantada a tan hermoso grado por el cultivo de la poesía arcaica (Henríquez Ureña, 2013ñ: 393). Sólo la primera parte del escrito sería publicado en México; fue incluido de manera íntegra en un periódico de Santo Domingo, en marzo de 1908.

11

A inicios de 1908, la situación laboral y económica de los hermanos Henríquez Ureña en México era complicada. El panorama se embrollaba con una supuesta tuberculosis que padecía Max en Guadalajara. Su padre, desde Santiago de Cuba, enviaba remedios y consejos para la cura, pero insistía en que el joven volviera a su lado o viajara a Santo Domingo para someterse a un tratamiento de clima de altitud. En un acceso de desesperación Francisco Henríquez y Carvajal contempló la posibilidad de trasladarse a México para cuidar personalmente la salud de su hijo. Aunque recibía noticias de la mejoría de Max, su intención era también demostrar a sus hijos que tenían una familia en la cual descansar o solazarse de tiempo en tiempo. La vida para él era muy triste desde que se convenció que Max y Pedro habían roto el lazo que los unía, porque, decía: “mi

plan de educación respecto de Uds. fue siempre basado sobre un principio análogo a aquel que dice: <<la unidad en la variedad>>, es decir, los lancé al mundo, les he hecho viajar, les he hecho sentir las necesidades de la vida en un radio mucho más extenso que el que generalmente se conoce en nuestro país, pero siempre pensando que marcharíamos hacia el porvenir en grupo indisoluble. ¿Por qué abjurar de ese principio tan bello y tan sólido?” (Familia Henríquez Ureña, 1996 T. I: 406).

Para Pedro y Max Henríquez Ureña era de mucha ayuda el dinero que recibían de su padre. Incluso pensaron la posibilidad de que éste se trasladara a la Ciudad de México para establecerse y poner en práctica su profesión de médico con relativa facilidad. En este asunto Pedro veía tres ventajas con la llegada de su padre: se solucionarían todas sus dificultades; en México no se impondría una vida costosa si viajaba sólo, sin su esposa e hijos; lejos de Santo Domingo, ellos podrían influir para que no cometiera desatinos políticos. Los hermanos no desatendieron las palabras de su padre, incluso le enviaron informes para su traslado. La respuesta de Pedro Henríquez Ureña sobre el tema denota comprensión, pero también el deseo de no salir de México y abandonar lo que hasta entonces habían logrado:

No dudo que la familia sea un lugar de refugio y de descanso; pero todavía no estamos vencidos para tener que refugiarnos, y por desgracia no podemos darnos descansos para los cuales no alcanzan el tiempo ni los recursos. Si yo creyera que Max está en verdadero peligro de la enfermedad discutida, no vacilaría en opinar que se fuera allá; pero si, como todo lo indica, no se trata de esa, sino de otra enfermedad de muy diverso riesgo y tratamiento, creo que sería un paso en falso abandonar este país para irse a tierras infecundas como Cuba y Santo Domingo. Porque allí, una vez probada la falsa alarma de la enfermedad, nada podría hacer; pensaría en volver aquí, y las condiciones se harían entonces más difíciles (Familia Henríquez Ureña, 1996 T. I: 417).

Pedro no veía ninguna posibilidad de avanzar en la capital mexicana, donde no quería seguir trabajando sin esperanzas de mejorar y sin tener tiempo para estudiar una carrera. Pensó viajar a Monterrey para ocupar las vacantes de director de la biblioteca de la ciudad y de profesor de literatura en el Colegio Civil, que pensaba ofrecerle el gobernador Bernardo Reyes, a través de su hijo Alfonso. Sin embargo, consideró más conveniente que

Max ocupara esas plazas, lo que le daría tiempo para trabajar en sus propias cosas, además de que contaría con el apoyo directo del gobernador, que podría ser una ventaja en el futuro. Incluso, con las condiciones climáticas de Monterrey, Max podría mejorar su salud. La intervención de Alfonso Reyes sólo alcanzó para que Max, ingresara al *Monterrey News*. Max ya no quería trabajar en el periodismo porque le ocupaba el día y la noche, no tenía paga segura y no daba tiempo para estudiar. Pero ante la insistencia de Pedro, aceptó viajar a la capital de Nuevo León, donde se reunió con Reyes, que había sido llamado por su padre a mediados de enero de 1908 para proyectar una estancia en Nueva York en la que estudiaría en la Universidad de Columbia, además de viajar por las principales ciudades de Estados Unidos y visitar museos.

Max Henríquez Ureña llegó a mediados de febrero de 1908 a Monterrey. Alfonso Reyes procuró relacionarlo con las familias amigas para que, al menos socialmente, no estuviera aislado. A través de su correspondencia, Pedro aseguró a Alfonso que la llegada de Max lo reanimaría, y le pedía que influyera en su hermano para que estudiara filosofía y cuestiones técnicas generales que había descuidado mucho. Con este fin le recomendó no ser condescendiente y propusiera la lectura conjunta de “cosas serias”, como —según Henríquez Ureña—: “literatura griega, Platón, Descartes, Schopenhauer, Nietzsche, Hoffding. Estoy seguro que eso será más útil para su estilo que cualquier otro ejercicio. Porque el efecto de su estilo es la imprecisión, las palabras que, por querer significar mucho, nada significan” (Reyes-Henríquez Ureña, 1986: 91). El exhorto fue atendido por Reyes, quien informó que terminaron el *Banquete* de Platón en lecturas que hacían de 6 a 8, y agradecía a Pedro: “¡Sabio consejo con el cual, a la vez procuras que haga yo leer a Max asuntos serios y que los lea yo! Leeremos lo más que podamos” (Reyes-Henríquez Ureña, 1986: 94).

Las peticiones y encargos de Henríquez Ureña hacia Reyes descansaban en su amistad, que se consolidó después de la partida de Max a Guadalajara, cuando el sexteto que se reunió para planear las conferencias sobre Grecia se redujo a un trío integrado por los dos amigos y Antonio Caso. Las disquisiciones filosóficas y literarias que se efectuaban en la casa del último siguieron teniendo como tema central a los griegos. En una carta del 11 de enero de 1908, Pedro Henríquez Ureña dice a Max: los “últimos días de fiesta (5 y 6) estuve en Chapultepec con Caso y Alfonsito. Fueron días admirables de

claridad, y estuvimos haciendo muchas observaciones de paisajes. Recordando el nombre que daban los griegos a estos días —<<alciónes>>, días en que anida el alción, que había sido la esposa de Ceix— escribí un trabajito con ese título. Pensaba enviártelo; pero creo mejor publicarlo en la <<revista>>” (Familia Henríquez Ureña, 1996 T. I: 413).

Henríquez Ureña dedicó el texto a Reyes y Caso; sin mencionar sus nombres, los llamó poeta y filósofo, respectivamente. El escrito sería publicado con el título *Días alciónes* en la *Revista Moderna de México* de enero de 1908. El término alción se refiere, “en primera instancia al mito de Alción, hija del Guardián de los Vientos, y Ceice, hijo del Lucero del Alba. La felicidad que hallaron en mutua compañía fue la causa de su tragedia” (Quintanilla, 2008: 76). En el título, el dominicano adoptó la palabra alción del nombre de uno de los más célebres poemas de Gabriel D’Annunzio, inspirado “en un tratado de agricultura escrito por un anciano diestro en todo lo relacionado con la labranza. El poeta escardó las palabras del agricultor y encontró en una de ellas, *alción*, el estado de gracia para generar imágenes y versos” (Quintanilla, 2008: 77).

La contemplación del paisaje durante los paseos en el Bosque de Chapultepec en los días invernales de 1908 provocó en Henríquez Ureña una paz luminosa que retrata en *Días alciónes* con palabras estimuladas por la lectura de la *Rusticatio mexicana* —cuya traducción del latín significa un día de campo en México o un día en la campiña mexicana— de Rafael Landívar, poeta guatemalteco del siglo XVIII, en el que da un rico panorama de la naturaleza y la vida del campo en México. Con la *Rusticatio*, Landívar, “el poeta de las colonias” fue, para Menéndez y Pelayo, el primer maestro del paisaje (Omacini, 1984: 347).

Las noches estrelladas de los días alciónes traían consigo una vasta serenidad que descendía imperiosa sobre la calma del valle. “La magia del ambiente despierta el ansia de erigir sobre el aéreo país sideral, el libérrimo, el aristofánico olimpo de los pájaros” (Henríquez Ureña, 1908: 269). En este fragmento de los *Días alciónes*, Henríquez Ureña acusa la influencia griega, particularmente de la comedia *Las aves*, de Aristófanes, cuyo tema central es el viaje que dos adultos hacen sobre unos pájaros que compraron para que los llevaran de Atenas a Tereo en busca de un lugar para vivir sin rendir cuentas de su vida a nadie. Detrás de la ironía de Aristófanes en esta obra, hay una cuestión de fondo: si es posible fundar una ciudad que ignore la naturaleza humana, es decir, la relevancia del

deseo. Al igual que los protagonistas de *Las aves*, los tres amigos sintieron el impulso de cambiar el ritmo de sus vidas (Quintanilla, 2008: 79).

En el sentido del concepto cíclico que representan los días alcióneos invernales, así como su grado idílico añorado, Pedro Henríquez Ureña concluyó que al finalizar el periodo alcióneo, desvanecido el fugaz prestigio, reinaría otra vez el gris. En la cita final del escrito, en palabras de Sócrates, los hombres, por mortales e insignificantes, no son competentes para hablar de alciones ni de ruiseñores. Sin embargo, queda el consuelo de referir esa leyenda a los hijos tal como fue contada por los padres, y celebrar muchas veces el amor conyugal del ave moduladora de lamentos (Henríquez Ureña, 1908: 270).

En efecto, los días alcióneos terminaron pronto. El 10 de enero de 1908 Alfonso Reyes partió para Monterrey; Pedro Henríquez Ureña frecuentó a sus amigos de la Sociedad de Conferencias, entre ellos Emilio Valenzuela y Rafael López, y no dejó de conversar con Antonio Caso, Jesús T. Acevedo y José María Lozano. Con estos últimos vio la oportunidad de efectuar otra manifestación pública, esta vez con apoyo oficial, aprovechando las discusiones que sobre la Preparatoria había provocado el folleto “La enseñanza secundaria en el Distrito Federal: estudio crítico”, de Francisco Vázquez Gómez, médico de Porfirio Díaz y miembro del Consejo Superior de Educación, que se consideró ignorado en la reforma que se hizo al plan de estudios la Escuela Preparatoria a inicios de 1907. Vázquez creyó pertinente publicar los fundamentos de su proposición de reforma con el fin de contribuir al estudio de un asunto de vital importancia para México: la educación de la juventud. El texto provocó una larga disputa en los periódicos de la Ciudad de México. El diario católico *El Tiempo* fue el medio que publicó extractos del estudio con comentarios en su favor sin la intención de “atacar las ideas de quienes no pensaban como él” (1908).

El trasfondo del argumento del autor del folleto era dar continuidad al debate iniciado un año antes sobre una propuesta de declarar benemérito de la patria a Gabino Barreda. Los principales opositores a esta designación surgieron del sector católico nacional bajo la tesis de que la obra de Barreda, directamente la Escuela Nacional Preparatoria, mediante el positivismo, se mostraba hostil al catolicismo desde su fundación. Esa batalla librada en el Congreso y en los periódicos fue ganada por los católicos. La disputa incluyó a los estudiantes de la Escuela Nacional de Jurisprudencia y

enfrentó en el estrado a Rubén Valenti y Antonio Caso: el primero estaba dispuesto a sostener la pelea contra los positivistas, en tanto que el segundo abogó para que se realizara el acto de desagravio que proponían los defensores de la reforma educativa de Juárez. La intentona de consagrar a Barreda concluyó con el acuerdo del Congreso para erigir sólo un busto en algún lugar céntrico y concurrido de la capital mexicana (Quintanilla, 2008: 101-102).

Esa derrota quedó en la mente de varios integrantes de la juventud intelectual que vieron la oportunidad de retomar la defensa de Barreda ante las reacciones que en su contra generaron los argumentos de Vázquez Gómez en varios periódicos católicos. Jesús T. Acevedo vio claro el momento para hacer una manifestación con apoyo oficial y junto con José María Lozano y Antonio Caso fueron a entrevistarse con Justo Sierra, ministro de Instrucción. Los jóvenes conformaron la Junta Organizadora y firmaron la invitación “A los liberales y a los estudiantes de la república” para que asistieran “a la conmemoración del ilustre educador Gabino Barreda” (Caso y otros, 2000: 349-350). El acto de desagravio se planeó para el domingo 22 de marzo de 1908 en un *meeting* triple: la primera sesión en el Salón de Actos de la Escuela Nacional Preparatoria, la segunda un mitin en el teatro Virginia Fábregas y la última, una velada en el Teatro Arbeu (Henríquez Ureña, 1960: 182-183).

El proyecto en honor de Barreda despertó grande animación entre los hombres de gobierno, quienes aportaron dinero para la organización, sin embargo, no recibieron respuesta nutrida de los estudiantes de los estados, a quienes les enviaron la proclama; al final, pensaba Henríquez Ureña, con los de la capital era suficiente para hacer las cosas como se debía, por lo tanto tenían que poner la atención en ella. Al considerar este desagravio como un acto significativo de la unanimidad de la opinión nacional sobre la obra de Barreda, los organizadores invitaron también al “enemigo de los científicos”, Salvador Díaz Mirón (Familia Henríquez Ureña, 1996 T. I: 426). Lozano, Gómez Robelo, Acevedo y Henríquez Ureña viajaron a Veracruz para ver al poeta veracruzano y ofrecerle un banquete después de la jornada. Díaz Mirón aceptó participar pero al final no habló, alegando razones de oratoria (Henríquez Ureña, 1989: 137).

La celebración en honor de Barreda fue convertida en un asunto de Estado y el Ayuntamiento de la Ciudad de México aprobó su realización, pero a puerta cerrada, ya

que las manifestaciones callejeras estaban prohibidas desde 1892, luego de los disturbios estudiantiles en contra de la segunda reelección de Porfirio Díaz. Además, a inicios de marzo de 1908 fue publicada la entrevista Díaz-Creelman, en la que el mandatario declaró que no buscaría continuar en la presidencia después de concluir su último periodo de gobierno. Díaz aceptó participar en la solemne velada por invitación de la Junta Organizadora; Justo Sierra ofreció cubrir los gastos y tramitar la renta de los teatros; el ministro de Guerra prometió enviar algunas bandas militares y también un número suficiente de gendarmes que mantuvieran el orden. Era claro que no tolerarían manifestaciones “inconvenientes” (Quintanilla, 2008: 100).

La presencia de los hombres del gobierno en la velada era significativa para el objetivo de mostrar la fuerza y la unidad que representaba la defensa de la Escuela Nacional Preparatoria y de su fundador Gabino Barreda ante los ataques de los católicos. Sin embargo, la mayoría de los discursos y pronunciamientos sobre el positivismo estuvieron a cargo de los jóvenes que se habían congregado en la Sociedad de Conferencias. Para Henríquez Ureña era importante la asistencia de su hermano Max a esta manifestación multigeneracional, pero sobre todo quería que Alfonso Reyes participara con la lectura de un poema en honor de Barreda. A finales de enero de 1908, el dominicano acusaba a Reyes de la pereza que reinaba en los jóvenes de la capital en el periodo vacacional. Le informaba también de los debates periodísticos generados por el folleto de Vázquez Gómez y le proponía aprovechar el *match* pedagógico. Preveía una primavera tempestuosa con la “manifestación antipositivista en honra del introductor del positivismo” (Reyes-Henríquez Ureña, 1986: 71).

En Monterrey, Alfonso Reyes seguía el curso de los acontecimientos sobre Barreda y deseaba que los pedagogos “reventaran”. Se divertía pensando que lo malo sería sustituido por otro malo. Decidió no viajar a los Estados Unidos y permanecía ocioso: leía poco y no escribía. Esto fue aprovechado por Henríquez Ureña, quien le planteó la necesidad de viajar a la Ciudad de México para la manifestación en honor de Barreda. El plan era que Reyes leyera sus versos en el primer acto de la Preparatoria. Sin embargo, la respuesta del joven fue negativa. Para que Henríquez Ureña supiera de inmediato su resolución, le envió un telegrama para decirle que no contara con él. Sus argumentos fueron que no estaba de acuerdo en estudiar para dar conferencias; que “la cosa” se hacía

para exhibirse; que desde lejos se advertía mejor el cambio de dirección en la corriente en la que estaba dentro. Sobre todo, lo esencial era que no podía hacer versos nuevos y no sabía cómo cantar a Barreda. Arguyó también que necesitaba estudiar un poco más para desarrollar o considerar ciertos asuntos. Por último, interpuso la delicadeza que representaba la presencia de José María Lozano en el asunto (Reyes-Henríquez Ureña, 1986: 94-95). Esta última excusa quizás tiene que ver con el fondo político en el que Reyes no se quería involucrar: Lozano poco después sería un férreo opositor de su padre. Además, Francisco Vázquez Gómez, principal objetivo de la manifestación, era un abierto simpatizante de Bernardo Reyes, que disputaría el nombramiento de vicepresidente como compañero de fórmula de Porfirio Díaz para las elecciones de 1910 (Quintanilla, 1999).

Henríquez Ureña, para quien la intimidación comenzaba en el acuerdo intelectual y se realizaba sólo en el acuerdo moral, había localizado preferencias intelectuales con Reyes —o pretendía encauzar las de éste en el mismo canal que las suyas—, y desaprobó la decisión del joven. En muchas líneas, con alusiones y afrentas directas, Henríquez Ureña dejó ver su carácter inflexible para imponer sus opiniones respecto del tema de la manifestación, pero también para dejar claro que él era el único ser de razón. Respecto de la negativa de Reyes, la consideró “perezosa hasta la tartamudez, y vulgar hasta el chiste de género chico, y a más, con ínfulas burguesas de persona sesuda y con excusas de niño que pretende conocer el mundo” (Reyes-Henríquez Ureña, 1986: 96). Después de responder uno a uno los motivos del adolescente regiomontano, el dominicano confió en que pronto se sacudiría el letargo para viajar a la capital mexicana y leer en los arcos de la vetusta Academia los sonoros versos que haría “en romance endecasílabo, o en alejandrino moderno, o un metro de responso verleriano, o en cualquier metro” (Henríquez Ureña, 1986: 99).

En su correspondencia de esa época, Pedro Henríquez Ureña no incluía las palabras “por favor” o “gracias”. Tenía la costumbre de que se le obedeciera en las instrucciones u órdenes que daba, principalmente a su hermano Max. Quizás esta fue la razón que lo hizo tomar una actitud violenta y hasta humillante con Reyes, quien no estuvo dispuesto a cumplir sus deseos. Aunque en la primera respuesta se mostró condescendiente y dio sus motivos para no participar en la manifestación en honor de Barreda, después del regaño de Henríquez Ureña, Reyes le escribió otra carta el 27 de

febrero de 1908 pidiéndole que fuera amistoso, que no lo tomara a burla y que guardara su egoísmo, ya que lo consideraba un amigo al que había dicho muchas confidencias. Reyes pedía un consejo serio a quien consideraba superior a él. Debido a un asunto amoroso, no tenía valor para volver a la Ciudad de México porque, dijo:

A duras penas soporto la ausencia de una persona que tú sabes. Me paso días enteros sin más que hacer que pensar en ella. Estaba yo acostumbrado a acariciarla y amarla constantemente y ya parece que se descompleta mi naturaleza con la separación. Sabes que no se trata de puro amor platónico (en el sentido vulgar del vocablo), piensa que no soy ni un hombre de mundo, ni un hombre de experiencia, ni ninguna pose semejante; que mi pasión siempre ha sido sincera y vigorosa, que si amo así es porque en ese amor me he hallado una verdadera fortuna. Varias veces he intentado ya volverme a México. Si voy me será imposible salir a Estados Unidos, créelo (Reyes-Henríquez Ureña, 1986: 104).

El motivo de los desvelos de Alfonso Reyes era Manuela Mota, con quien estudiaba en la Preparatoria y sostenía una relación sentimental. Después de esta confesión, el joven no imaginaba lo que Henríquez Ureña pensaría de él y la incertidumbre lo hacía temblar. Los temores de Reyes no eran infundados; en comunicaciones anteriores el dominicano aprovechó las oportunidades que tuvo para señalar su pragmatismo respecto del trato e intimidad, donde sólo extendiendo el acuerdo moral toleraba la presencia de otra persona. Henríquez Ureña respondió que no se explicaba por qué se le hacían esas confesiones, las cuales lo divirtieron y lo hicieron sonreír, pero no burlarse. En tono un poco más conciliador, recomienda que lo más prudente era que Reyes viajara a Nueva York sin pasar por la Ciudad de México o que se detuviera de manera provisional en la capital para estar en la manifestación del 22 de marzo. Sin embargo, Henríquez Ureña no cejaba en su intento para que Reyes participara en el acto. Una semana antes escribió a Max para que tratara de convencerlo y propusiera a su padre viajar a la capital de México para la manifestación y desde aquí decidir lo que tenía que hacer. “Él atenderá a mis opiniones; yo trataré de convencerlo de que se vaya. Y si su desgana no es mucha, que escriba los versos” (Familia Henríquez Ureña, 1996 T. I: 454).

Previo a la entrada de la primavera de 1908, el clima en Monterrey se tornó frío y con lluvia constante, lo que atemperó el “trastorno nervioso” que sufría Reyes y lo ayudó a tomar una resolución definitiva: aceptó volver a la Ciudad de México para inscribirse, junto con Pedro Henríquez Ureña, en la Escuela de Jurisprudencia. En una carta del 10 de marzo, informó al dominicano:

Yo acabaré de formarme allá en ciertas cosas que puede enseñarme México y después haré el fracasado viaje. Y me resolvería yo a hacerlo, y a soportar esta ausencia y esta nostalgia que ya me matan, si supiera yo que había de estar conmigo una persona con quien pudiera yo comunicarme *en todo*. Si tú, por uno de esos milagros que sueles acontecer, hicieras el viaje conmigo —lo cual, según dice Max, no es tan *imposible* como parece, y no dejaría de gustarle a tu padre—, entonces sí que haría yo *mis bultos* sin vacilación, porque sabría, con seguro, lo mucho que ganaría con mi estancia en el norte. Resuélvete e iremos juntos. Piensa que, aunque a mí me mueve un sentimiento de egoísmo, te serviría estar allá un año o más, por múltiples razones que tú sabes mejor que yo. Y, si opinas contrariamente, avísame a vuelta de correo y dime si aún es tiempo de que me inscriba yo en Jurisprudencia. ¡Imagínate qué viaje haríamos *nosotros*, todos, cuánto ganaríamos con ello! Y, a nuestro regreso, principiaríamos juntos nuestros estudios de derecho (Reyes-Henríquez Ureña, 1986: 116).

La respuesta de Henríquez Ureña fue inmediata y brusca. Tachó a Reyes de inexperto y autoengañado. La propuesta de viajar a Nueva York o inscribirse a Jurisprudencia le pareció ilusoria. Reiteró su opinión de que no era conveniente que el adolescente regresara a la Ciudad de México y argumentó que él no podría sacar provecho de una nueva estancia en Nueva York, en cambio, para viajar a Europa podría sacrificar algo, “¡pero Nueva York! [dijo Henríquez Ureña] Volver a aquel trabajo duro de diez horas y a los pequeños golpes de antipatía contra quienes, como yo, llevan en su tipo físico la declaración de pertenecer a pueblos y raza extraños e ¡“inferiores”! Esto último no es de gran peso en sí, y está bien compensado con las muestras de simpatía de las personas cultas” (Reyes-Henríquez Ureña, 1986: 111).

La desesperanza que invadía a Pedro Henríquez Ureña lo llevó a abandonar la pretensión de ser un “verdadero” literato y a conformarse con ejercer un diletantismo honrado. Mantenía su empleo de oficina en La Mexicana y llegó a desechar su deseo de vivir con holgura a cambio de una cosa sencilla, práctica, vulgar, burguesa: encontrar el medio de estudiar la carrera de abogado, y, según él, ni eso lograba. Estos pensamientos tenían su fundamento en un proceso que dijo estar sufriendo desde el inicio de 1908: su definición interior. Opinaba, igual que William James, que casi todas las personas se “petrifican” o quedan definitivamente modeladas a los 25 años en los aspectos mental y moral, pues en lo físico, la evolución concluía a los 23, su edad en ese momento. Ese proceso destruyó en él toda opinión decisiva, toda solución completa, toda ley de las cosas y hombres. Dijo a Reyes que había llegado al escepticismo característico de la madurez, no de la vejez, y añadió:

No tengo fe en la humanidad, ni me importa gran cosa (el egoísmo es otro signo de madurez; todas las teorías “generosas” se aceptan en la juventud); de mí mismo no sé qué pensar. Mi situación personal se me hace a veces desesperante; me veo trabajando, enfermado mi vista en un local que se alumbra eléctricamente de día, sin esperanza de subir mucho, parte porque no hay mucho que subir en esta empresa, parte porque yo no seré nunca adaptable a esta clase de trabajo; y sin esperanza definida tampoco de encontrar algo mejor; algo que me permita ganarme la vida y tener sin embargo tiempo para estudiar y tener una posición independiente. [...] Cuando yo veo a individuos como Acevedo, como Caso, como tú, que desperdician lo que tienen, por pereza, por falta de resistencia moral, pienso que si pudieran sentir personalmente mi caso se esforzarían en aprovechar sus fuerzas, en no perder un momento que es único, porque es en la juventud con los medios de realizar lo que se quiere y lo que se debe. [...] Todavía podría ensayar ponerme con empeño a multiplicar el trabajo, a estudiar yo solo mi carrera, a escribir; pero no sé si me siento cansado o si es que me invade el gusto por la comodidad, característico también de la madurez [...] El estudio me resulta difícil (tan intenso como debería hacerlo) teniendo pendiente un problema de vida no resuelto (Reyes-Henríquez Ureña, 1986: 112-113).

Otro motivo que impedía a Henríquez Ureña trasladarse otra vez a Nueva York y abandonar el medio mexicano es que era “poco afecto a los viajes”. Le confió a Max que sólo había realizado un viaje, y este era a México, para ver si podía fijarse en este país. Después de poco más de dos años, el asunto no parecía resuelto, por lo que pensaba que debía esperar, pues en ninguna otra parte encontraría una situación superior. Si había decidido el viaje a México, fue sabiendo que Cuba y Santo Domingo no le servirían de nada. No le parecía bueno ir a Nueva York a repetir un trabajo duro y dejar en México una vida más tranquila y un porvenir más o menos probable (Familia Henríquez Ureña, 1996 T. I: 450-451).

Las cartas y las confesiones de Henríquez Ureña y Reyes terminaron con la aceptación de este último para asistir a la manifestación en honor de Barreda como un invitado más, no en calidad de representante de la Escuela Nacional Preparatoria (Quintanilla, 1999: 86). El domingo 22 de marzo de 1908, después de recibir a su amigo y a Max en la estación el ferrocarril, Pedro Henríquez Ureña los encaminó hacia San Ildefonso, donde se llevaría a cabo la primera de las tres sesiones programadas, en el que el segundo acto correspondería al dominicano, quien dio un breve discurso sobre los hombres de ciencia, maestros y sabios de América para ensalzar la tarea de Barreda en el Continente por haber realizado una labor educativa tan decisiva y completa en un país que urgía reunir las energías dispersas y organizar la vida libre después de la crisis más grave de su historia. Asumiéndose como parte de la juventud que ensayaba su vuelo orientándose hacia los nuevos rumbos del pensamiento, Henríquez Ureña reconoció el impulso que el positivismo dio a la pedagogía moderna. Ante un público que se formó bajo la doctrina positivista, no hizo ningún ataque frontal a la filosofía comtiana, al contrario: puso como una influencia necesaria para los educadores del futuro la obra de Barreda como la del “sembrador que abrió el primer surco y arrojó la primera semilla” (Henríquez Ureña, 1960: 177).

Según Henríquez Ureña, los discursos de la Preparatoria se caracterizaron por ser principalmente literarios y conmemorativos, “con algunas críticas incidentales al positivismo” (1989: 137). Este primer acto fue calificado como poco serio en *El Imparcial*, periódico que no se molestó en escribir el nombre de Henríquez Ureña entre los tres oradores, refiriéndose a él como un joven que no sólo no había pertenecido a la

Preparatoria, sino que tampoco era mexicano. Estos comentarios y descalificaciones a la manifestación se repitieron durante los días siguientes. Sólo se salvaron algunos discursos dados en el Teatro Virginia Fábregas, donde continuó el segundo acto del homenaje a Barreda, entre ellos el de Rodolfo Reyes, hermano mayor de Alfonso, quien desde hacía algunos años tenía una licencia no solicitada como profesor de la Escuela Nacional de Jurisprudencia debido a su postura contraria a la reelección de Porfirio Díaz y su natural apoyo al general Bernardo Reyes, su padre, en la disputa por la vicepresidencia del país. La presencia de Rodolfo en la manifestación confirmó las sospechas de Alfonso, que pensaba que detrás de la “cuestión filosófica” había intencionalidad política que no compartía” (Quintanilla, 1999: 86 y 2008: 105-108).

El discurso de Rodolfo Reyes llamó la atención de los diarios. Algunos destacaron su éxito, otros pusieron en duda el método que utilizó. Entre estos últimos, *El Imparcial* se preguntó si era necesario hablar de política para señalar los merecimientos de Gabino Barreda. *El Diario del Hogar* salió en defensa del orador y advirtió que los señalamientos de *El Imparcial*, “periódico ministerial”, obedecía a una censura derivada de una consigna que denotaba cierto disgusto por haber puesto el dedo en la llaga del expansionismo norteamericano y por criticar a Porfirio Díaz y a los científicos. La alocución de Rodolfo Reyes, caracterizada por sus atrevidos ataques a la situación política mexicana pudo haber revestido un mayor prestigio a la manifestación, pero por temor a posibles castigos decidió redactar algunas cartas a diversos periódicos para atenuar un poco lo dicho en su discurso (Quintanilla, 1999: 91).

Con la victoria parcial sobre los atacantes al positivismo, los defensores de Barreda esperaron durante la tarde para asistir al Teatro Arbeu, sede de la velada académica con la que cerraría la jornada. El tercer y último acto estuvo presidido por Porfirio Díaz, con música de la orquesta del Conservatorio, “un discurso largo y fácil, pero no profundo, de Antonio Caso, una poesía de Rafael López, y un memorable discurso de D. Justo Sierra: el propio Ministro de Instrucción Pública hacía la crítica del positivismo, sin olvidar hacer mención de Nietzsche” (Henríquez Ureña, 1989: 138). “Sierra no escatimó adjetivos para santificar la obra de Barreda y engrandecer a los promotores del homenaje, a los que calificó de <<efebos enardecidos por el amor santo de la ciencia>>, fue menos dadivoso

en su referencia al catolicismo, al que reconoció como un <<factor indispensable de la vida nacional>>” (Quintanilla, 2008: 108).

La incorporación de los positivistas Porfirio Parra y Justo Sierra en la manifestación es significativa entre la plantilla de oradores en la que destacaron en número los jóvenes de la Sociedad de Conferencias: Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, Alfonso Cravioto, Rafael López y Ricardo Gómez Robelo; los organizadores incluyeron también a la facción liberal reyista: Rodolfo Reyes, Diódoro Batalla e Hipólito Olea. Como orador, Sierra representó la disidencia dentro del positivismo mexicano, y con su posición política como ministro del gabinete porfirista implicó el apoyo para dar al homenaje un carácter oficial. Con el uso de la maquinaria estatal además de defender el liberalismo, elevaron a Gabino Barreda como héroe en el panorama intelectual (Pita y Vuelvas, 2013: 27).

A pesar de la magnitud y reflectores que obtuvo el homenaje a Barreda, y de la percepción de Henríquez Ureña sobre el beneplácito que supuestamente tuvieron Justo Sierra y Porfirio Díaz, principalmente por la jornada matutina de la Preparatoria, para el ministro de Instrucción Pública lo único que salvó las “manifestaciones” fue la velada en el Teatro Arbeu, pues los dos actos previos fueron, para él, lo menos serio del mundo (Sierra, 1948: 269). En un análisis posterior sobre los efectos del homenaje, se aprecia que los participantes dejaron pasar la ocasión para manifestarse antipositivistas abiertamente; en cambio prefirieron pasar por republicanos y defensores de la tradición liberal. Aunque los organizadores pretendían dar una sacudida concluyente a la desvencijada academia, nada de lo hecho representó una amenaza seria para ésta. Los diarios, las asociaciones y los pensadores católicos tampoco fueron heridos de gravedad. Los positivistas ortodoxos libraron los dardos de sus oponentes: no hubo confrontación directa con ellos, y obtuvieron elementos para continuar con su campaña en contra de la “monomanía reformadora de Justo Sierra” (Quintanilla, 1999: 91). Un último revés para los promotores fue que no se imprimiría el folleto con los discursos del homenaje. Henríquez Ureña acusó la negativa de Rodolfo Reyes para dar el suyo, además de no tener dinero para pagarlo. Sólo algunos discursos fueron publicados en diarios y revistas, como el de Justo Sierra, en *El Imparcial* y la *Revista Moderna de México*, y en esta última, el de Antonio Caso. Los de Hipólito Olea y Rodríguez Miramón fueron incluidos en *El Diario*. La condición

de extranjero pudo orillar a Henríquez Ureña a actuar con prudencia y cautela, así como a respetar los acuerdos del grupo a pesar de ser uno de los principales orquestadores de la manifestación.

12

Los jóvenes tenían pendiente una segunda manifestación pública desde 1907. Planeaban también una segunda serie de conferencias que trataría sólo temas griegos. Sin embargo, la organización de ésta coincidió con los preparativos del homenaje a Gabino Barreda. Para esto último, la fecha era intransferible: el 22 de marzo, dos días después del aniversario luctuoso del educador poblano; las conferencias estaban propuestas para iniciar un mes antes en el Casino Alemán, pero se pospusieron hasta mediados de marzo, en un local distinto y con temas diferentes a los originales. El lugar que consiguieron — gratis— fue el teatro del Conservatorio Nacional de Música. Allí no pagarían luz, local ni piano, sólo invertirían en las invitaciones. Las cinco conferencias se programaron para impartirse los miércoles del 18 de marzo al 22 de abril de 1908; ya no incluirían números poéticos ni celebraciones posteriores. Las tertulias estarían acompañadas con números musicales ejecutados por miembros del Conservatorio, antes y después de la disertación del conferencista. Los temas y los participantes propuestos fueron:

Fecha	Conferencista	Tema	Música
18 marzo	Antonio Caso	Max Stirner y el individualismo exclusivo	Alba Herrera y Ogazón
24 marzo	Max Henríquez Ureña	La influencia de Chopin en la música moderna	Roberto Ursúa
1 abril	Genaro Fernández Mc. Gregor	Gabriel D'Annunzio	Aurelio M. López
8 abril	Isidro Fabela	José María Pereda	Manuel Tinoco
22 abril	Rubén Valenti	Arte, Ciencia y Filosofía	Carlos del Castillo

Pedro Henríquez Ureña colaboró en la organización de los dos actos públicos en los que participó la Sociedad de Conferencias en 1908, pero quienes se asumieron como

principales promotores fueron José María Lozano, para el homenaje a Barreda, y Antonio Caso, para la segunda serie de conferencias. Henríquez Ureña reconocía que Caso era el más guiado por el instinto entre los jóvenes y que, por haberse enfrascado en el estudio, era también el que más pensaba en cosas elevadas, era, por tanto, el más entusiasmado en el asunto de las conferencias; sin embargo, en materias de logística era “una calamidad o dos”. Cinco días antes de la primera sesión, todavía no mandaba imprimir las invitaciones, ni tenía seguros a los oradores ni a los pianistas. Estas cuestiones exasperaban a Henríquez Ureña, que lamentaba no tener tiempo para tomar las riendas de la organización y hacer las cosas “como se deben” (Familia Henríquez Ureña, 1996 T. I: 447).

Entre los asuntos que más inquietaban a los miembros de la Sociedad para las conferencias estaban la salud de Caso, que temía tener tuberculosis, así como los preparativos del examen de titulación de Isidro Fabela como abogado que sustentó cuatro días antes de su presentación. En cuanto a la difusión, ya no tendrían el apoyo de *El Imparcial* ni de *El Diario*, lo que presagiaba una escasa asistencia y un eventual fracaso. Desde la perspectiva de Henríquez Ureña, algunas conferencias tuvieron en éxito mediano, como la de Genaro Fernández Mac Gregor, pero otras, como la de Fabela, fueron “deplorables”. Según el dominicano, el pianista tocó muy mal y la conferencia, que duró sólo media hora, no tuvo absolutamente nada (Familia Henríquez Ureña, 1996 T. I: 461 y 463).

A pesar de la desconfianza hacia *El Imparcial* y *El Diario*, el primero publicó una nota elogiosa sobre la conferencia inaugural de Antonio Caso, aunque guardó silencio respecto del resto de presentaciones; *El Diario* presentó el programa completo el 18 de marzo de 1908 y dio seguimiento a las conferencias posteriores, excepto la de Max Henríquez Ureña. Este periódico incluso mencionó que la noche de la conferencia de Max se verificaría, en la misma sede de la Sociedad de Conferencias, una “amena” sesión organizada por los miembros de la Sociedad “Liga Anti-alcohólica Nacional”, con un programa sumamente interesante. Esos diarios no querían hablar de las conferencias de la juventud literaria porque en ellas estaban los hermanos Henríquez Ureña; sin embargo, la escasa propaganda que hicieron sirvió para que algunos de los actos tuvieran nutrida asistencia, principalmente de estudiantes de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, del Conservatorio y de familiares y amigos de los expositores. Para completar la poca lucidez

de esta segunda serie, la última conferencia se pospuso porque Rubén Valenti estaba preparando su examen de titulación. En *El Diario* del 23 de abril de 1908 se informó sobre este hecho:

La conferencia que la Sociedad de Conferencias había organizado para la noche de ayer, y que debía efectuarse en el Teatro del Conservatorio Nacional de Música, fue suspendida a última hora.

Algunos de los asistentes a las conferencias pasadas estuvieron a las puertas del Teatro del Conservatorio esperando que fuera abierto, pero inútilmente, por no haber asistido los miembros de la referida sociedad.

Probablemente en la semana próxima se dará la conferencia suspendida, que está a cargo del señor Rubén Valenti, y lleva por título: El Arte, la Ciencia y la Filosofía.

Valenti se examinó el 9 de mayo siguiente, y todo indica que la conferencia no se llevó a cabo. Con todo y la mala fortuna, las conferencias que se efectuaron fueron publicadas unos meses después en la *Revista Moderna de México*, con excepción de la de Fabela. Después de esta serie, la Sociedad de Conferencias y Conciertos desapareció. Pedro Henríquez Ureña afirmaba que tras esta experiencia no era conveniente pensar en organizar más conferencias porque las dificultades con las que se tropezaba eran insuperables.

13

Max Henríquez Ureña retornó a Monterrey después de dar su conferencia. Alfonso Reyes permaneció en la Ciudad de México y el trío se volvió a conformar con él, Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña. Como lo había adelantado, Reyes se inscribió en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, que recién había estrenado un edificio en las calles de Santa Catalina y San Ildefonso. Caso, como alumno de sexto año de Derecho, dijo un breve discurso en la inauguración del inmueble frente al presidente Porfirio Díaz y al ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra, invitados de honor.

Aunque el título de bachiller de Pedro Henríquez Ureña fue aceptado por la Escuela de Jurisprudencia por identidad de programas, el dominicano no concluyó el trámite para ingresar porque, si bien tenía tiempo para estudiar, no lo tenía para asistir a

las clases por su empleo en La Mexicana. Sin embargo, algunos sábados acompañó a Reyes a las clases que impartía el historiador coahuilense Carlos Pereyra. En el Salón de Actos de Jurisprudencia, donde no se oía una palabra, Isidro Fabela, Antonio Caso y Rubén Valenti fueron tres de los primeros estudiantes que defendieron sus tesis para obtener la licenciatura en Derecho entre abril y mayo de 1908.

Alfonso Reyes recordaría que cuando ingresó a Jurisprudencia vivía en un cuarto de azotea en la calle Isabel la Católica, donde las tardes de domingo eran singularmente solitarias. En esa época su habitación estaba aislada por su altura y era propicia para la concentración. Bajo la supervisión de Henríquez Ureña, se entregó a la lectura de los griegos; entonces concibió un ensayo sobre “Las electras” y escribió los primeros apuntes del poema dramático *Ifigenia cruel*, que concluiría hasta 1923. A Reyes le inquietaba la posibilidad de elegir y de rebelarse en contra del destino, y este tema lo reflejó con el ensayo “La evocación de lluvia”, que escribió en el verano de 1908. El texto tiene un doble sentido: el más literal e increíble, un escritor obstinado en manejar a su voluntad los fenómenos naturales, y el más literario y real, el de un muchacho que había descubierto los caminos de la emancipación, y que en ellos había encontrado su propia naturaleza y que estaba dispuesto a desarrollarla. “También el reverso: un novato que condescendía demasiado, en su poesía, en su escolaridad, en el lugar donde quería vivir, en sus predilecciones amorosas, en el uso de las citas a pie de página, en su instinto político y que estaba dispuesto a ceder frente a las imposiciones a cambio de la posibilidad de escribir” (Quintanilla, 2008: 115).

A diferencia de Reyes, que vivía en “plena literatura”, Henríquez Ureña tenía que cumplir un horario de oficinista, por lo que sus publicaciones escasearon en 1908. Sólo publicó una par de artículos propios: “Galaripsos”, en ocasión de un libro del poeta dominicano Gastón F. Deligne, y “La Catedral”, escrito a instancias de su primo Enrique Apolinar Henríquez, que había pasado unos días en México, entre abril y mayo de 1908. La idea central de este último texto era manifestarse en contra del proyecto de agregarle una torre faltante a la Catedral de Santo Domingo, la más antigua de América.

Henríquez Ureña, Caso y Reyes gustaban de divertirse con un juego arriesgado: escribir versos imitando o parodiando a algunos poetas y prosistas mexicanos vivos. Los versos fueron publicados de manera anónima en el *Tilín-Tilín*, semanario satírico de

México, de gran formato y pocas hojas. Con el juramento de guardar el mayor secreto sobre estos breves textos, Caso escribió “a la manera de” Eduardo Colín, Nemesio García Naranjo y Justo Sierra; Reyes “hizo” a Salvador Díaz Mirón, Amado Nervo, Manuel de la Parra, Jesús Urueta y Roberto Argüelles Bringas; Henríquez Ureña imitó a Rafael López (Flor de infamia), Alfonso Reyes (Invitación pastoral) y Luis G. Urbina (Ingenua) (Reyes, 1955: 524). Este juego literario que hicieron en un par de noches sólo por diversión no trajo consecuencias serias a los autores, aunque sí generaron algunas reacciones agresivas, como las del director del *Tilín Tilín*, Ciro B. Ceballos, quien escribió junto con las imitaciones: “Para demostrar lo poco que valen, unos colaboradores anónimos nos han enviado las siguientes parodias”; o la de Argüelles Bringas, que al saber de estos escritos dijo: “Se puede matar a los autores”. Ante estos comentarios, los amigos decidieron enviar una nota al periódico en la que afirmaban que no era la intención de los parodistas atacar o denigrar a los literatos mexicanos, sino ofrecer de buena fe un juego literario, salvando del respeto que les merecían todos los autores parodiados. Ceballos publicó la nota y el incidente se dio por cerrado (Reyes, 1955: 524-525).

En la decisión de llevar a cabo estos juegos literarios de parodias se nota la influencia de Henríquez Ureña, que en septiembre de 1907 dedicó un verso de este tipo a Reyes: “Imitación D’Annunziana”. Este poema, “a la manera de”, no sería publicado sino hasta un par de años después, así fue como en el *Tilín-Tilín* se dieron a conocer las parodias grupales antes que la de Henríquez Ureña se hubiera hecho pública.

Había sobradas razones para que Caso y Reyes siguieran los preceptos, indicaciones y lecturas que Henríquez Ureña les proponía con el fin de elevar su espíritu. Caso, además de tener el título de abogado, ya se distinguía por su oratoria y reflexiones filosóficas aunque estaba aún en una etapa de definición ideológica y política. Reyes, como señala Quintanilla, sacrificaba varios de sus principios y comodidades por encaminarse hacia la escritura, y estaba en ese proceso, esbozando análisis, soñando obras, aliándose con sus mayores dócilmente. Los caracteres y aspiraciones de estos dos amigos fueron aprovechados por Henríquez Ureña para desarrollar su vocación pedagógica, que iba unida a su vena literaria desde que era niño. Al mismo tiempo miraba hacia afuera para estar al día en las novedades filosóficas, poéticas y artísticas. El principal espacio del dominicano para publicar durante 1908 fue la *Revista Moderna de México*, donde

incluyeron, además de “Galarippos” y “La Catedral”, “Marginalia. El Exotismo” y su traducción anotada de “Las corrientes filosóficas en la América Latina” del peruano Francisco García Calderón,

El estudio de los griegos continuaba siendo prioritario en el cenáculo desde la preparación de las malogradas conferencias que con este tema se planearon en 1907. Por ejemplo, Alfonso Reyes comenzó la escritura de “Las tres electras”, preocupado por asuntos de psicología mitológica y por estudios sobre la magia en los antiguos cultos agrícolas, ambos temas influenciados principalmente por la lectura en inglés de *Estudios griegos*, de Walter Pater, libro que Henríquez Ureña estaba traduciendo. A éste le inquietaba que pocos poetas griegos hubieran sido traducidos al castellano; para él todavía se podía decir algo nuevo sobre Grecia, saliéndose de lo cursi que habían recibido de Ernest Renan a través de José Enrique Rodó y Salvador Rueda; era necesario leer directamente a los griegos o, al menos, consultar obras especiales que trataran extensamente o de paso a esa cultura (Henríquez Ureña, 1989: 140 y Familia Henríquez Ureña, 1996 T. I: 367).

Pedro Henríquez Ureña tenía clara una cosa: en el amor a Grecia y en el renacimiento de las humanidades clásicas en México no se tenía que desvincular el lazo tradicional que los unía con la cultura francesa, sino continuar estudiando y difundiendo la afición a otras literaturas, sobre todo la inglesa y la italiana. Con la bibliografía que formó sobre Grecia, trataba de estimular el acercamiento a “la inagotable fuente de la cultura alemana, gran maestra de la síntesis histórica y de la investigación, cuando no enseña, con ejemplo vivo, como en Lessing o en Goethe (profundamente amado por esta juventud, el perfecto equilibrio de todas las corrientes intelectuales)” (Henríquez Ureña, 1960: 598). En una carta de septiembre de 1907 a Max, Pedro le recomienda reflexionar en que fue a partir de Gotthold Ephraim Lessing, filósofo y poeta alemán del siglo XIX, y del poeta y dramaturgo italiano Ugo Foscolo, que Grecia se comenzó a entender. Para Pedro se podía retomar un tono pesimista de Grecia con Schopenhauer y Nietzsche, uno irónico y cumplidísimo con Oscar Wilde o uno serenísimo con Walter Pater. La importancia de las lecturas de las obras de estos autores radicaba en que eran puntos de vista nuevos en América Latina (Familia Henríquez Ureña, 1996 T. I: 367), tal vez por esto Henríquez Ureña decidió traducir el libro póstumo de Pater, además de la impresión

que le causaron la vida y la obra del ensayista inglés fallecido en 1894, que reemplazó su exceso de cristiandad por la filosofía. Pater tradujo a Platón, Aristóteles y Flaubert “e imitó la aproximación serena y meditativa de Goethe hacia la perfección clásica griega. A diferencia de sus contertulios en Oxford y de los primeros estetas ingleses, que cultivaron las flores del mal hasta extenuarse, Pater llevó una vida sosegada” (Quintanilla, 2008: 69).

La situación en 1908 era propicia para la publicación de la obra inédita de Pater traducida por Pedro Henríquez Ureña: el tema de Grecia seguía en boga dentro del pequeño círculo intelectual juvenil; la *Revista Moderna de México* se llenó de asuntos griegos y allí fue publicado *Estudios griegos* en cuadernillos a partir de octubre de 1908. Esta fue la primera obra completa traducida al castellano del ensayista inglés que fue considerado por Henríquez Ureña, siguiendo a Oscar Wilde, no sólo como

el más sorprendente estilista contemporáneo en lengua inglesa, sino también uno de los más profundos y sabios críticos – artistas modernos”, y trató de poner en su traducción toda la devoción que sentía por él. Mientras la iba realizando, en especial la de los dos primeros ensayos, titulados “Dionisos (forma espiritual del fuego y del rocío)” y “Las Bacanales de Eurípides”, debió comenzar a obsesionarle el mito de Dionisos, y a ver en él un medio por el que expresar sentimientos propios. Conocía bien a los trágicos, que leyó en versiones de Gilbert Murray, y había comentado largamente con Alfonso Reyes las teorías sobre lo dionisiaco y lo apolíneo expuestas por Nietzsche en *El origen de la tragedia*. Estaba también preparando un trabajo sobre el humanista español Hernán Pérez de Oliva, a quien se deben algunas de las primeras versiones en idioma moderno de las tragedias de Sófocles y Eurípides. Escribió entonces “El nacimiento de Dionisos”, un ensayo de tragedia a la manera antigua (García, 1992: 95-96).

Alfonso Reyes recordaría que en 1908 el afán por desentrañar la continuidad pagana que corre del mito antiguo al cristiano, llevó a él y a sus amigos íntimos a celebrar una fiesta literaria la noche de Navidad, fecha que coincidentemente se atribuye al nacimiento de Dionisos (1983: 118), dios griego de la embriaguez divina y del amor más encendido. El festejo se llevó a cabo en una casa de la colonia Santa María la Ribera, propiedad de Agustín Reyes, tío de Alfonso. Los asistentes fueron pocos: además del anfitrión y su

sobrino, estaban Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso y Rubén Valenti. Es probable que también hayan sido convidados Ricardo Gómez Robelo, Jesús T. Acevedo, Rafael López y Alfonso Cravioto. El modelo para la organización de la fiesta es muy probable que haya sido el de los festejos privados que, según Platón, hacían Sócrates y sus discípulos en Atenas, Grecia, donde los académicos rendían culto a Dioniso, que presidía los festines de ideas, palabras y enseñanzas en los que los aprendices, cada uno con un lugar y una función determinada, se adentraban en los misterios de la retórica, la política y la religión (Quintanilla, 2008: 120 y 122).

Henríquez Ureña abrió el festejo con la lectura de “El nacimiento de Dionisos”, una imitación de las tragedias griegas que escribió al modo de Frínico, cuyas características son el predominio absoluto del coro y la intervención de un solo autor en cada episodio. El texto, primero sobre temas griegos que escribió el dominicano, fue pensado para publicarse completo en un solo número de la *Revista Moderna de México* (que ocurrió en enero de 1909), por lo que cumplió con dos peculiaridades: era breve y contenía una justificación en la que explicaba al lector cuáles eran las licencias que tomó para su redacción, entre ellas, que incluía todas las partes esenciales de la tragedia griega; si el desenlace no era triunfal, esto no alteraba esencialmente la concepción griega, pues bastaba que en el desarrollo hubiera conflicto; aunque el ensayo era esencialmente poético, no estaba escrito en verso, ya que él tenía una dificultad todavía insuperable para emplear los metros castellanos que sugirieran las formas poéticas de los griegos. Prefirió la prosa, como lo hicieron los estudiosos contemporáneos en la traducción de las tragedias griegas, como el francés Leconte de Lisle y los españoles Salvador Brieva Salvatierra y Federico Baraibar. La justificación cierra con una pregunta al lector: “Si, pues, las tragedias griegas se leen traducidas en prosa, ¿qué mucho que en prosa esté también una imitación?” (Henríquez Ureña, 1909: 260).

En cuanto al fondo del ensayo, Henríquez Ureña siguió las formas de los trágicos, reproduciendo a veces frases enteras de *Las Bacanales* de Eurípides y retomó expresiones de himnos homéricos, poemas hesiódicos y de himnos órficos. Al final introdujo reminiscencias de los modernos exégetas de Dionisos: Nietzsche y Pater, así como alusiones a elementos legendarios de la vida y culto de Jesús, con la intención de aproximarlas al lenguaje de la tragedia para que concordara con el resto (Henríquez Ureña,

1909: 260). El dominicano “recurrió a las referencias bibliográficas y a la autoridad de Pater para justificar la forma y el contenido de la obra y darle el matiz académico que se exigía a sí mismo y reclamaba a los demás” (Quintanilla, 2008: 123). Quizás la justificación que antecede al parodo o primer canto del coro del “Nacimiento de Dionisos” en la versión publicada en 1909 haya sido escrita a sugerencia de los convidados al festejo, entre quienes habían francos conocedores del tema griego, como Rafael López, que entonces tenía a Grecia como el principal motivo de inspiración de sus poemas (García, 1992: 95).

Aunque se puede afirmar que Henríquez Ureña fue el principal promotor de este convite decembrino, no fue el único orador: Rafael López leyó también versos sobre los griegos, y Antonio Caso y Rubén Valenti improvisaron algunas palabras para el cierre de la velada, de las que no ha quedado constancia. Antes que ellos, tomó la palabra Alfonso Reyes para leer el poema “Coro de faunos”, escrito y corregido por sugerencia de Henríquez Ureña para publicarlo en la *Revista Moderna de México*, con el título “Coro de sátiros en el bosque”, porque para el dominicano, que entonces ya se asumía como el único preceptor de Reyes (Quintanilla, 2008: 125), el término romano “fauno” es ambiguo y abarca sátiros y panidas. Reyes cedió y su poema fue incluido en el mismo número donde publicaron la imitación de la tragedia griega de Henríquez Ureña. Este tipo de relación maestro-discípulo guarda muchas similitudes con la que Platón refiere en *El banquete* o *Simposio*, donde Alcibíades, el estudiante favorito de Sócrates, recurre a la imagen de Sileno, un sátiro, para describir la naturaleza, el carácter y el poder de Sócrates y recordar las maravillas y las desdichas de su amor por él (Quintanilla, 2008: 125)

Susana Quintanilla indica que en *El banquete* hay párrafos que hablan de la intervención de Alcibíades que podría haber suscrito en 1908 Alfonso Reyes. Aun otros podrían resumir con exactitud ciertos pasajes de su relación con Henríquez Ureña, y reproduce uno de ellos:

Por una parte me consideraba despreciado; por otra, admiraba su carácter, su templanza, su fuerza de alma, y me parecía imposible encontrar un hombre que fuese igual a él en sabiduría y en dominarse a sí mismo, de manera que no podía ni enfadarme con él ni pasarme sin verle, si bien veía que no tenía ningún medio de ganarle (2008: 125).

En ninguno de sus textos anteriores, Pedro Henríquez Ureña había sido tan precavido ni tan detallado en sus justificaciones como en “El nacimiento de Dionisos”, publicado casi inmediatamente después de su lectura pública decembrina. Esto puede tener una explicación en dos sentidos: el primero trata de ser didáctico sobre la estructura de los dramas griegos en un medio en el que este género se estaba retomando como fundamento de los estudios sobre literatura clásica; el segundo es para demostrar su conocimiento sobre los griegos respecto de sus contertulios, pero también para exculparse por adelantado de las críticas que pudiera recibir por la “imperfección del resultado”, dada su ignorancia en tan ardua materia. Henríquez Ureña creía que para poder acercarse a la comprensión de la antigüedad, era necesario ensayar “personalmente sus formas artísticas, tratando de colocarse en el punto de vista antiguo; y nadie habrá que niegue el derecho de querer comprender” (2013ñ: 23).

La elección del género trágico en el contexto mexicano puso en evidencia la persistencia de los modelos clásicos en América Latina, complementando la lírica de Rubén Darío y la épica del argentino Leopoldo Lugones. El nacimiento de Dioniso en México muestra cómo la cultura helénica formó parte de los programas culturales, ideológicos y políticos de la intelectualidad latinoamericana, destacándose como fuente en un doble sentido convergente: primero, Grecia es propuesta como un modelo en el diseño de ciudades-estado en formación, dando las bases morales y espirituales que exigían para el reordenamiento social de las “Atenas” hispánicas. Segundo, Grecia sería el origen “del idealismo en el pensamiento y el arte y de allí provendrá su vitalismo y la fuerza inextinguible de su *paideia*. En esta doble vertiente, volver a Grecia posibilitaría una propedéutica para que desde el coloquio y la cátedra se tracen lineamientos básicos de los proyectos culturales y para que la elaboración de los programas de un nuevo orden social encuentren su formulación utópica e intenten proyectar sus efectos educativos y políticos” (Costa, 2017: 199).

El conocimiento de Grecia fue el motivo y el fundamento que el pequeño grupo tomó para proponer su vitalidad y esforzarse por volver realidad su espíritu y principios con el ejemplo y la acción. Henríquez Ureña pensaba que el cimiento de las humanidades era, precisamente, el estudio de la cultura griega, y se había asomado al modelo clásico a través del renacimiento clásico alemán, que dirigió el tránsito de los lectores mexicanos

de principios del siglo XX hacia la antigüedad. Sin embargo, el influjo de los alemanes permanecía en lo íntimo, mientras que en lo público reinaba la obra del uruguayo José Enrique Rodó, que revivió el antagonismo de inspiración clásica: Ariel y Calibán (Quintanilla, 2008: 132).

14

En el número de diciembre de 1907 de la *Revista Moderna de México*, Pedro Henríquez Ureña escribió el artículo “Marginalia: José Enrique Rodó”, a propósito de un polémico folleto que el pensador sudamericano publicó contra la decisión gubernamental de suprimir los crucifijos en los hospitales. El acuerdo es tachado por Rodó como arbitrario, jacobino y contrario al liberalismo. En su artículo, Henríquez Ureña afirma que el autor es hábil en su argumentación, pero no convincente, aunque reconoce también que el mérito de Rodó se sostiene en su virtud de seriedad sincera y en su alta y secreta aspiración de dar a América un ideal constructivo. Señala que Rodó podía equivocarse a ratos, y de hecho se equivocaba, pero siempre sería suya la palabra animadora de *Ariel*. Por último, en una nota a pie de página, Henríquez Ureña aprovechó para anunciar que pronto se haría en México una edición de *Ariel* como obsequio para la juventud (1907: 240-242).

La publicación de la obra de Rodó en México fue patrocinada por el general Bernardo Reyes, gobernador de Nuevo León. La idea de poner en circulación *Ariel* entre los mexicanos se desprendió del grupo que preparaba las conferencias sobre Grecia, aunque es muy probable que al interior fuera Henríquez Ureña quien lo diera a conocer, ya que Rodó era prácticamente desconocido en México hasta antes de 1907 (García, 1992: 119); la propuesta de que el general Reyes pagara la edición fue de Jesús T. Acevedo y tuvo la aquiescencia y entusiasmo de Alfonso Reyes. Los conferencistas de los temas griegos firmaron la carta-solicitud que enviaron a Monterrey en septiembre de 1907 (Familia Henríquez Ureña, 1996 T.I: 375). El objetivo de Rodó era difundir los grandes ideales humanos y cívicos entre la juventud de América, depositando en ésta la encarnación natural del progreso. El uruguayo fue cuidadoso en presentar el nuevo idealismo “como una rectificación y una ampliación, no una negación, del positivismo anterior. De ahí que, aunque *Ariel* se dirigiera expresamente a los jóvenes, muchos intelectuales de generaciones anteriores, que habían llegado a su madurez en el apogeo

del positivismo, se identificaran con él. Para éstos simbolizaba la herencia que dejaban; para aquellos la herencia recibida” (García, 1992: 122).

La edición de *Ariel* no fue tan rápida como querían sus promotores. Durante las vacaciones de enero de 1908 en Monterrey, Alfonso Reyes, por encargo de Henríquez Ureña, tuvo que supervisar y apurar a los empleados de la imprenta de los Talleres Modernos Lozano. Reyes anticipaba que por algunas carencias de la imprenta, el tomo no resultaría como él deseaba, sino que le parecía demasiado largo. En los ejemplares no se anotaría que Bernardo Reyes dio el consentimiento para su publicación; no se tenía que decir que él aceptó pagarla, ni que los jóvenes de la Ciudad de México la solicitaron. El tiro de 500 ejemplares fue entregado en mayo de 1908 con una nota sin firma, pero escrita por Pedro Henríquez Ureña, en la que señala, en principio, cuándo se publicó el libro y que se hizo como parte de una vida nueva; su éxito inmediato, sus ediciones y comentarios en España y América, con citas y nombres, seguido por el prestigio intelectual de Rodó y de la resonancia que *Ariel* tenía en España y en la América hispánica. Por último, en un claro alejamiento en el terreno filosófico y psicológico-social, afirma que el autor no ofrece la única ni las más perfecta enseñanza que a la juventud conviene, pero que con esta edición se hacía un servicio a los jóvenes mexicanos, aceptando que en esos años era la más poderosa inspiración de ideal y esfuerzo que se dirigía a la juventud (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 392 y Henríquez Ureña, 2013o: 364-365).

No es aventurado afirmar que la edición de *Ariel* en México fue idea de Pedro y Max Henríquez Ureña, quienes también lo habían dado a conocer en Cuba tres años antes en la revista *Cuba Literaria*. La publicación en México tuvo, además de la buena voluntad del general Reyes, la complicidad de Alfonso, que ya se asumía como el discípulo dilecto de Pedro Henríquez Ureña. En esta quinta edición del libro de Rodó, tercera fuera de Uruguay, se incluyó en el pie de imprenta que el libro fue impreso por “orden del señor Gobernador del Estado”, contra los deseos de Henríquez Ureña (García, 1992: 123). No hay información de la recepción de *Ariel* en México, si fue leído o no, y del efecto que pudo haber tenido (Quintanilla, 2008: 137). Sin embargo, Pedro Henríquez Ureña aseguró a Max, en una carta del 25 de septiembre de 1908, que el éxito de la edición había sido completo y que Luis G. Urbina lo había leído a toda la Preparatoria y que el director de

esta escuela, Porfirio Parra, había ordenado una nueva edición gratuita de 500 ejemplares con el nombre de la institución (Henríquez Ureña, 1996 T. I: 474).

Pedro Henríquez Ureña no consideró necesario informar a José Enrique Rodó de las nuevas publicaciones de *Ariel* en México por dos motivos: que serían gratuitas y no querer retardarlas. El autor supo de ellas hasta noviembre de 1908, cuando recibió una carta del dominicano. En el acuse, el uruguayo dice a su interlocutor:

Con su afectuosa carta, recibí los ejemplares que Ud. me enviaba de la edición de “Ariel” que se ha hecho en Nuevo León, por iniciativa de la juventud y bajo los auspicios del gobierno de aquel Estado. Grato me ha sido ver a “Ariel” en tan lucido tiraje y destinado a tan noble público como la juventud de México, ese fuerte y próspero pedazo de nuestra gran patria americana. No hay motivo para que usted me explique en su carta por qué no se ha solicitado mi autorización. No era necesaria: todo lo que yo escriba pertenece a ustedes. Sé que se ha hecho otra edición por la “Escuela Nacional Preparatoria” de esa capital, y Sempere acaba de imprimir otra en Valencia. Aún piden, aún comentan ese afortunado libro mío. Que se difunda, pues, por las ideas que expresa, ya que no por otro género de valor (citado en Julia, 1971: 12).

Además del esfuerzo de promoción de las ideas de Rodó durante 1908, a finales de ese año el grupo de la Sociedad de Conferencias intentó resucitar sus sesiones y propusieron reiniciar una nueva serie el 23 de diciembre. Los temas y los ponentes serían: “Los admirables errores de Ruskin” (en arquitectura), por Jesús T. Acevedo; “Oscar Wilde”, por Ricardo Gómez Robelo; “La Condesa de Noailles”, por Alfonso Cravioto; “Perennidad de las especulaciones metafísicas y del sentimiento religioso”, por Antonio Caso; “Las tres Electras del teatro ateniense”, por Alfonso Reyes; e “Idealismo y pragmatismo”, por Henríquez Ureña. Ya no se ocuparían de temas griegos —con excepción de Reyes—, sino que cada expositor hablaría sobre los temas de su interés o en los que trabajaban desde varios meses atrás. El de Henríquez Ureña, según él, era de “pura actualidad”, pues era escandalosa la resonancia que había alcanzado el pragmatismo. En una carta a Max, que estaba en Cuba recuperándose ante la amenaza agravada de tuberculosis, Pedro le dice que en el Congreso de Filosofía de Heidelberg, Alemania, no se habló de otra cosa que no hubiera sido pragmatismo. Y añade: “La encíclica <<Pascendi>> de Pio X va contra los

modernistas que son los <<pragmatistas>> católicos, principalmente italianos y franceses, y los adeptos de algunas otras tendencias. El positivismo se ve que ya está muerto y enterrado; porque los nuevos pensadores no hablan en contra de él (como pretendía Rubén), sino que lo mencionan como cosa vieja, y cuando examinan sus tesis, lo hacen con la misma serenidad con que aprecian cualquier otra de Kant o de Nietzsche” (Familia Henríquez Ureña, 1996 T. I: 485).

Esta nueva serie de conferencias no se llevó a cabo, sin embargo, su organización contribuyó a la generación de una nueva etapa en la conformación del grupo y de sus intereses filosóficos, literarios y culturales. De manera particular, la lectura de las novedades que hacía Henríquez Ureña lo pusieron un paso adelante. Mientras los demás continuaban con sus anteriores temas y aficiones, él se interesó en la originalidad de las corrientes filosóficas en América Latina. Trabajó contacto también con el peruano Francisco García Calderón, por sugerencia de José Enrique Rodó, quien veía en ambos una afinidad en las tendencias, méritos y caracteres de pensamiento y estilo, así como una brillante esperanza para la crítica hispanoamericana. Rodó sugirió a Henríquez Ureña que trabajaran juntos, que se comunicaran sus impresiones, “porque es de la aproximación de espíritus bien dotados y orientados de donde puede surgir el impulso de vida para la crítica, y, en general, para la literatura de la América nueva” (citado en Julia, 1971: 11). Los jóvenes aceptaron, y García Calderón, que vivía en Londres, donde era secretario de la Legación peruana, envió a Henríquez Ureña ejemplares de algunos de sus libros, entre ellos *El Perú contemporáneo*, un llamado a la intelectualidad de su país a la acción política para romper con el estatismo de la contemplación (Mazzeo, 1999: 209). Este libro, escrito en francés y ganador del premio de la Academia Francesa en 1907, fue considerado por Henríquez Ureña como un estudio sociológico extenso y profundo, hecho por un cerebro metódico que escribía mejor castellano que los argentinos José Ingenieros y Carlos Octavio Bunge. En una carta del 6 de marzo de 1908, Pedro Henríquez Ureña dijo a Max que lo notable de García Calderón era ser el primer crítico de filosofía que había en América; “porque ni hombres como Varona, de espíritu más crítico que constructivo, habían querido o podido hacer crítica de la filosofía. Tiene no pocas semejanzas con el espíritu de Caso, que desde hace algún tiempo está escribiendo ensayos de crítica

filosófica que reunirá en volumen, en gran parte por instancia mía" (Familia Henríquez Ureña, T. I.: 440).

El seguimiento de la obra de García Calderón incentivó en Henríquez Ureña el interés en las corrientes filosóficas de la época, así como en el debate sobre la vigencia del positivismo en América hispánica. En noviembre de 1908, el dominicano publicó en la *Revista Moderna de México* una traducción, del francés al castellano, de “Las corrientes filosóficas en la América Latina”, memoria presentada con ese título por García Calderón en el Congreso de Filosofía de Heidelberg. En la traslación, Henríquez Ureña incluye 10 notas a pie de página –notas que tanto molestaban a Alfonso Reyes, pero que el dominicano justificaba afirmando que decían lo que él quería decir y no deseaba romper la estética de los artículos poniéndolas en el cuerpo de estos— con las que contextualiza al lector sobre las referencias del autor respecto de la historia y la actualidad de las corrientes filosóficas en México. Entre otras cosas, en las notas rescata la obra de Eugenio María de Hostos, olvidada por el peruano, y la presenta como pionera en la sociología; reconoce la importancia de la influencia española para el conocimiento de otras corrientes filosóficas, ya que a través de las traducciones publicadas en Madrid y Barcelona se conocían, en la América Española, las obras de autores franceses, ingleses, norteamericanos y alemanes; en cuanto al señalamiento de García Calderón de que en México, donde dominaba el positivismo, se notaba una transformación por lo dicho por el ministro Justo Sierra acerca de la crisis filosófica donde Bergson había destronado a Spencer, Henríquez Ureña recomienda cautela, ya que la considera prematura y muy general, a menos que se tomara el nombre de Bergson inferior a los demás pensadores contemporáneos. El traductor aprovechó para señalar que el interés por el pensamiento nuevo en México se ponía de manifiesto en las conferencias, discursos y escritos de Antonio Caso, Ricardo Gómez Robelo, Rubén Valenti, Alfonso Cravioto y demás jóvenes bajo la influencia de algunos filósofos europeos como Arthur Schopenhauer o Friedrich Nietzsche, o del estadounidense William James y el pragmatismo (1908a: 150-156).

Si bien Pedro Henríquez Ureña invirtió tiempo y dinero en el estudio del pragmatismo durante 1908, no produjo sino un par de trabajos, entre los que destaca “Nietzsche y el pragmatismo”, en que hace una breve reseña de ese nuevo movimiento filosófico y afirma que Schopenhauer es el padre de esta corriente que creció hasta

producir las tendencias recientes como el pragmatismo de William James, de Schiller y de John Dewey, que se propagó velozmente por los Estados Unidos. Más aún, reconoce en Nietzsche, si no al creador de las nuevas doctrinas, sí al agitador que las provocó. De manera particular, ubica las tendencias pragmatistas del filósofo alemán en la época de su plenitud, en su libro *La gaya ciencia*, algunos de cuyos aforismos detecta el preludio del pragmatismo. La idea principal del artículo era señalar las coincidencias entre algunos aforismos de Nietzsche y las principales afirmaciones de William James en su libro *Pragmatismo* (1907). Coincidencias, resalta el dominicano, ya que las afirmaciones pragmatistas del pensador alemán permanecían medio ocultas bajo sus ideas centrales, y porque era sabido que James no había sido un seguidor de Nietzsche (Henríquez Ureña, 1960: 73-78). Estos temas filosóficos y las diversas afirmaciones de la crisis del positivismo atraerán con mayor fuerza la atención de Reyes, Caso y Henríquez Ureña durante 1909.

A finales de diciembre de 1908, Alfonso Reyes viajó a Monterrey de vacaciones, al parecer en compañía de Henríquez Ureña, quien debió haber estado pocos días en la capital de Nuevo León. Ahí vio a algunas personas cuya compañía recomendaría a Reyes, si no para “dialogar”, al menos para conversar, como la del poeta y periodista colombiano Ricardo Arenales (Porfirio Barba-Jacob), que había pasado un breve periodo en la Ciudad de México y luego se mudó a la ciudad norteña donde se sintió a gusto por las bellezas naturales, por su parecido a Medellín y por estímulo y la cordialidad de la gente (Álvarez, 1974: 14). Durante el par de meses que Reyes permanecería en Monterrey, sería el interlocutor entre Henríquez Ureña y Arenales, que el 5 de enero de 1909 puso en circulación la *Revista Contemporánea*, publicación quincenal que tenía muy buena calidad, y que podría llegar a constituirse en lugar muy concurrido por los jóvenes intelectuales mexicanos, aunque no en el centro. Arenales solicitó recurrentemente colaboraciones de Henríquez Ureña; este las prometió, pero nunca las envió (Reyes-Henríquez Ureña, 1986: 86-129).

15

El ambiente político de México estaba enturbiado desde la publicación de la entrevista de Porfirio Díaz con James Creelman, en marzo de 1908, en la que el mandatario declaró que

se retiraría al término de su periodo en 1910, a los 80 años de edad. Sin embargo, algo que encontró más la oposición contra Díaz fue su decisión de aceptar otro periodo presidencial. El grupo que se conformó a partir de la Sociedad de Conferencias era testigo de las disputas internas del gabinete por obtener el lugar de la vicepresidencia, así como de otros actores que no pertenecían al gobierno pero que tenían relación con él. Uno de ellos era Francisco I. Madero, miembro de una de las familias más ricas de México, que si bien desde 1905 comenzó a pensar en democratizar al país, fue hasta inicios de 1909 cuando se comprometió en la oposición política de una manera decidida y seria con la publicación de *La sucesión presidencial de 1910* (Cockcroft, 1971: 60-61 y Krauze, 2010: 314). En este panorama político, otros pensadores escribieron también folletos y artículos, como Querido Moheno, Manuel Calero y Andrés Molina Enríquez.

Durante los dos primeros meses de 1909 se fundaron los partidos políticos “Democrático”, que buscaba lanzar al propio Díaz como candidato presidencial y alguien distinto a Ramón Corral para la vicepresidencia; y el “Club reeleccionista”, integrado por “científicos” que insistían en mantener las cosas como estaban, para lo que lanzaron la fórmula Díaz-Corral para las elecciones (Alvear, 1959: 444-445). El primero fue creado por “reyistas” –simpatizantes de Bernardo Reyes— y se presentaba como el partido de la renovación y el futuro. Ninguno de los dos partidos cuestionaba la permanencia en la presidencia de Díaz, sino que se concentraban en luchar por la vicepresidencia. La propuesta del Partido Democrático era que el general Reyes ocupara este puesto; sin embargo, la opción que de inmediato gozó de la preferencia de Porfirio Díaz fue la de los reeleccionistas, y así la convertía en la ganadora virtual (García, 1992: 150).

Estos acontecimientos eran seguidos en Monterrey por Alfonso Reyes, quien permanecía al lado de su familia en las vacaciones invernales. Los periódicos oficialistas daban cuenta parcial de la realidad política, por ello la correspondencia era fundamental para seguir el debate que ponía como protagonista al general Bernardo Reyes. Por ejemplo, en una carta del 22 de enero de 1909, Henríquez Ureña informa a Reyes que

El Club del Partido Democrático celebró anoche una gran sesión para decidir sobre programa. Comienza a hacerse muy agitada la controversia política, y los periódicos se encarnizan sobre el tal Club. *Actualidades*, que es de la empresa del *Mundo Ilustrado*, publicó un magnífico artículo sobre el tal Club,

muy perspicaz y humorístico, sobre todo en lo relativo a Barrón [periodista afín a la candidatura de Bernardo Reyes a la presidencia]; termina insinuando que todo va a parar en Reyismo (Reyes-Henríquez Ureña, 1986: 131).

Así, los asuntos políticos comenzaron a invadir las cartas enviadas por Henríquez Ureña a Reyes en 1909 –de este último no se conoce ninguna misiva de ese año—, aunque sin ocupar el lugar central ni desplazar el sentido literario, artístico e íntimo que las caracterizaba. Además de los sucesos políticos, el frío de la primera quincena de enero también mantuvo a Henríquez Ureña angustiado y entristecido por los fallecimientos de personas cercanas como el de Ramón Sáenz, subdirector de *La Mexicana*, oficina donde seguía trabajando. La inquietud y la opresión en la respiración del dominicano desaparecieron con la llegada de días menos malos, en los que incluso fue a los toros por primera vez, invitado por Rubén Valenti. En la Plaza El Toreo, entonces la más grande del mundo, ubicada en la colonia Condesa, departió con Antonio Caso, Isidro Fabela, Jesús T. Acevedo y Fernando Galván, entre otros. En las discusiones posteriores a la corrida, Henríquez Ureña no estuvo de acuerdo con el espectáculo y opinó que los griegos hubieran desaprobado el arte del toreo porque contenía muchos elementos crudos, y que la matanza “real” sólo podría ser del gusto de gentes groseras como los romanos (Reyes-Henríquez Ureña, 1986: 122-123).

Las bajas temperaturas imperaban también en la capital neolonesa, donde Reyes era instado por Henríquez Ureña para no permanecer ocioso y corrigiera sus versos, en vez de escribir “cuentecitos”. Sin embargo, Reyes estaba activo y trabajando, según los deseos de su preceptor, en la publicación de la *Revista Contemporánea*, de Ricardo Arenales, en la que publicó uno de sus primeros poemas parnasianos: “Lamentación bucólica”. Henríquez Ureña propuso que en la plantilla de colaboradores se incluyera a casi todos sus conocidos, algunos de ellos participantes en la *Revista Moderna de México*, como Acevedo, Rafael López, Gómez Robelo, Enrique González Martínez, Rafael Cabrera y Jesús Valenzuela, así como otros escritores que podrían servir para la aceptación de la revista en la Ciudad de México, como Nemesio García Naranjo y Joaquín Casasús (Reyes-Henríquez Ureña, 1986: 118 y 129-130). El propósito que animaba la inclusión de estos últimos era estar cerca de viejos y nuevos colaboradores del régimen porfirista para

prolongar la vida de la publicación, pero sobre todo para mostrar empatía con ellos en los momentos políticos que comenzaban a inquietar a todos los bandos.

Aunque la intención de Henríquez Ureña era mantenerse sin lazos con ninguna corriente política, no podía ocultar su íntima amistad con Alfonso Reyes, a lo que se sumaba que la mayoría de sus amigos eran o “independientes” o empleados del gobierno, por lo que algunos mostraban afinidad a sus respectivas tendencias políticas. En ese ambiente era casi imposible mostrar, al menos, simpatía por algún partido. Con Reyes en Monterrey y Max en Cuba, el dominicano buscó la compañía de sus antiguos compañeros. A inicios de febrero de 1909, cuando caminaba con Jesús T. Acevedo, Alfonso Rovalo y Fernando Galván, se encontraron con Ignacio Galván, que les propuso formar un nuevo club democrático para trabajar en la política. Acevedo, Rovalo y Henríquez Ureña se negaron a participar, en cambio Galván (Bouvard) estuvo dispuesto a apoyar a su hermano y hacer política. Tras este incidente, Acevedo y Rovalo consideraron que era urgente emigrar; el primero, que participaba en el concurso arquitectónico del Monumento a Juárez, quería ir a trabajar a Nueva York, igual que Rovalo, que pensaba trabajar allí mismo como periodista de “magazines” populares (Reyes-Henríquez Ureña, 1986: 137-138).

A Pedro Henríquez Ureña el panorama no le permitía pensar en emigrar, sobre todo cuando en la Ciudad de México lo tenían enganchado varios proyectos personales y colectivos; los primeros prometían mejorar su situación económica y social, en tanto que con los segundos daría continuidad a las actividades literarias y culturales con las que se había dado a conocer el grupo conformado a partir de *Savia Moderna*. Respecto de los asuntos personales, Henríquez Ureña tenía la esperanza de poder inscribirse en la Escuela de Jurisprudencia, de donde se habían graduado varios de sus amigos, como Antonio Caso, Rubén Valenti, Isidro Fabela y Miguel Macedo. La ilusión de Henríquez Ureña se acrecentó desde que Alfonso Reyes comenzó a cursar la carrera de Derecho, hasta convertirse en una obsesión que vio realizable durante la organización de la manifestación en honor de Barreda, cuando visitaba con frecuencia a Justo Sierra; sin embargo, en esa ocasión no se sintió capaz de pedirle al ministro que le ayudara a realizar su proyecto.

Para Pedro Henríquez Ureña era importante iniciar los estudios universitarios, ya que muchos de sus amigos tenían el título y otros más cursaban la carrera de

Jurisprudencia. Además, su padre lo incitaba para que continuara formándose académicamente. En una carta que Francisco Henríquez dirigió a Max, refiriéndose a Pedro también, les dijo

Es hora de decidirse a hacer una carrera y a tomar un título universitario, en dondequiera que sea, aun en Santo Domingo. Es verdad que no han perdido su tiempo: lo han aprovechado en una educación vasta, literaria, pero es hora de hacerse de un título, pues este es siempre una llave para abrir posiciones. De lo contrario, con todo su vasto saber literario y filosófico, se corre el riesgo de quedarse a merced de los pequeños empleos (Familia Henríquez Ureña, 1996: 514).

A principios de 1909, Antonio Caso y Manuel Sierra intervinieron con Justo Sierra en favor de Henríquez Ureña para que se le asignara algún puesto en el gobierno. Sierra estuvo de acuerdo en darle su apoyo, sólo esperaba encontrar una vacante. Mientras esa propuesta se concretaba, el dominicano continuó con su empleo en La Mexicana. En marzo tenía todo arreglado para que se le asignaran algunas clases en la Escuela de Jurisprudencia, que iniciaba labores el 15 de abril. En el supuesto de que esta opción no se concretara, le encomendarían la secretaría de la Escuela Nocturna Especial, que dirigía Antonio Caso. Este último puesto fue asignado a un joven recién titulado de abogado, que además tenía la ventaja de ser mexicano, por lo que tuvieron que darle preferencia. El tiempo pasó y tampoco le fueron asignadas las clases en Jurisprudencia, por lo que llegó a pensar en viajar a Europa en mayo con Alfonso Cravioto y volver en 1910 para comenzar los estudios. Para esto pidió a Max que le consiguiera el pago de 20 a 30 dólares por crónica en algunos periódicos de La Habana para poder pasar un año en París.

Los proyectos de Henríquez Ureña al inicio de 1909 poco a poco se fueron frustrando. Por ejemplo, no se concretó la tercera serie de conferencias que planeaba organizar con Reyes, Caso, Acevedo y Urueta como invitado. Para esta serie pensaron incluir una sesión que estuviera a cargo de algún joven, por lo que el grupo le asignó a Henríquez Ureña que examinara al único que aparecía en el horizonte: Martín Luis Guzmán. El posible debut entusiasmó a Acevedo y aunque el dominicano tenía desconfianza, esperaba que en un mes, con una influencia ordenadora, Guzmán pudiera hacer algo “presentable”. La conferencia de exploración fue la noche del 9 de febrero de

1909. En caso de que no fuera aceptado, Henríquez Ureña prepararía el terreno para que el candidato no tuviera queja. En una carta a Reyes, entonces en Monterrey, le informó: “claro es que él es todavía suficientemente modesto para no sentirse herido. En estos días se me ha acercado a conversar dos veces, y veo que en realidad es inteligente y tiene verdadera *eagerness* por ascender en cosas intelectuales” (Reyes-Henríquez Ureña, 1986: 84). No se conoce el veredicto del sinodal respecto del “examen” a Guzmán, ya que las conferencias no se llevaron a cabo. El nombre del probable recluta no era extraño para Reyes, que conocía al examinado de la Preparatoria, donde era un destacado estudiante.

Martín Luis Guzmán tampoco era del todo desconocido para Henríquez Ureña, pues lo escuchó en una manifestación nocturna del 16 de septiembre de 1908, con antorchas y estandartes de todas las escuelas. Aunque el dominicano opinó que la organización fue “bastante buena”, el discurso del preparatoriano Guzmán en la Alameda sobre José María Morelos y el sentido social de la guerra de Independencia, le resultó poco interesante. Cuando Guzmán fue evaluado por Henríquez Ureña, tenía 21 años de edad, había concluido la Preparatoria y estaba por iniciar el primer semestre en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Además, debido a que su padre, el coronel del ejército federal, Martín L. Guzmán, había sido enviado a Sonora, el joven estaba al frente de su familia, por lo que consiguió empleo como profesor de dibujo en una secundaria nocturna y en la Escuela Preparatoria. Entre una actividad y otra, Guzmán trabajaba también como reportero en *El Imparcial*, el primer diario en el que laboró Henríquez Ureña en la Ciudad de México (Quintanilla, 2009: 85).

Después del “examen”, Guzmán, joven originario de Chihuahua, comenzó una amistad con Henríquez Ureña muy parecida a la que éste sostenía con Reyes, donde el dominicano se asumía como guía o preceptor. Este tipo de relación no fue aceptada por Caso, que se había destacado como orador en la Escuela de Jurisprudencia y una vez que egresó de ella obtuvo de inmediato un empleo en el Ministerio de Instrucción Pública por sus virtudes y también por ser uno de los favoritos de Justo Sierra, quien junto con Porfirio Díaz lo habían premiado como uno de los mejores alumnos de Jurisprudencia en mayo de 1908, pocos días después de su examen como abogado.

Caso, el filósofo al que cuestiona Henríquez Ureña en *Días Alciónes*, había sido uno de los más fieles compañeros y cómplices del dominicano en las diferentes empresas

grupales que se propusieron, a la vez que uno de sus íntimos amigos. Ambos estudiaron juntos las nuevas tendencias filosóficas incitados por Rubén Valenti, sin embargo, el primero tenía mayor propensión hacia estos temas, al punto que Henríquez Ureña lo consideró como uno de los hombres más capaces en México de emprender, “con criterio y documentación extensa, el estudio histórico-crítico del positivismo, formulando juicio imparcial que no podríamos obtener ni de los sectarios positivistas ni de sus francos enemigos los católicos” (Caso y otros, 2000: 305-306). Caso, al igual que el resto de sus compañeros, reconocía el liderazgo intelectual de Henríquez Ureña, pero no se sometió a su tutela. Su trato, desde la llegada del dominicano a la Ciudad de México, fue como pares, más que como maestro-discípulo.

En el trío que conformaron Henríquez Ureña, Caso y Reyes, el primero era el que menos compromiso político tenía para tomar partido en los sucesos de inicios de 1909. Caso, empleado del gobierno federal, además era novio de Josefina Muñoz Allende, sobrina del destacado general porfirista Manuel Sánchez Rivera, lo cual podría inclinarlo hacia el reeleccionismo. Reyes, hijo del general que era propuesto por un sector de la sociedad para la vicepresidencia en fórmula con Porfirio Díaz, no podía mantenerse al margen de las contiendas en las que su padre participaba. Dado el lazo de amistad que unía a Alfonso con Pedro Henríquez Ureña, este último se decantó por el reyismo, aunque con prudencia por su condición de extranjero. A mediados de marzo, con Reyes en la capital mexicana, los supuestos candidatos guardaban silencio a la expectativa de que sus contrincantes se expresaran o cometieran un error. Ramón Corral esperaba que el científicismo se manifestara en su favor y el reyismo oficial —el general Bernardo Reyes y su hijo Rodolfo— se mantenía con la boca cerrada. Henríquez Ureña informó sobre esta situación a Max: “Rodolfo hasta ha construido en su casa un cuarto especial de biblioteca, donde quiere retirarse del mundo todas las horas que no sean de trabajo: uno de los actos privados que, como le digo yo a Alfonsito, le dan prestigio al hombre público” (Familia Henríquez Ureña, 1996 T. I.: 500).

El reyismo tenía su base de apoyo en pequeños funcionarios y gente de profesiones liberales, la masonería y la oficialidad del ejército, en tanto que en las filas del Club Reelectionista figuraban miembros de la alta burocracia y las finanzas, así como “científicos” del gobierno. Este Club “trató de contrarrestar la imagen de sus competidores

invitando a formar parte de su Comisión de Propaganda a varios jóvenes conocidos, entre ellos a Antonio Caso, José María Lozano y Nemesio García Naranjo, caracterizados <<clientes>>, bajo la protección de alguna alta persona del gobierno” (García, 1992: 149). Lozano, organizador del homenaje a Barreda, fue el encargado de dicha Comisión; García Naranjo, cuyo padre fue opositor de Bernardo Reyes desde la última década del siglo XIX, hizo aquí su presentación formal en la vida política atraído por el positivista oaxaqueño Rosendo Pineda, quien creó la Comisión con el fin de apoyar la campaña reeleccionista de Porfirio Díaz organizando actos políticos en diversos puntos del país (Aguilar, 2010: 551). En la competencia entre científicos y reyistas por reclutar a los jóvenes profesionistas y estudiantes, Pineda jugó un papel central al incorporar al reeleccionismo a varios integrantes de las empresas intelectuales juveniles como *Savia Moderna* y la Sociedad de Conferencias. A Lozano y García Naranjo se unió Antonio Caso en la Comisión de Propaganda.

A finales de marzo de 1909 los intereses políticos estaban agrupados en dos claras corrientes, la reeleccionista y la reyista o democrática. En la Convención Nacional Reeleccionista, donde se proclamó la fórmula Díaz-Corral, para la presidencia y vicepresidencia, respectivamente, participaron como oradores Nemesio García Naranjo y Antonio Caso. La intervención del primero fue calificada como regular por Henríquez Ureña, asistente al teatro Orrin, sede de la clausura de la jornada política, donde los miembros del Club Reeleccionista ofrecieron un *lunch-champagne* a los delegados de los estados después de un acto literario-musical. El discurso de Caso fue el último de la velada en que se permitió el acceso a cualquier persona, por lo que el público fue heterogéneo, con reeleccionistas y sus contrarios. A ambos grupos trató de satisfacer Caso con palabras que proponían “que todo el mundo hablara francamente, que propusiera lo que pensara sinceramente, que se expresara la opinión pública, pues sólo los cobardes no tenían derecho a entrar en las lides públicas” (Reyes-Henríquez Ureña, 1986: 143). Para Henríquez Ureña, el discurso de Caso fue “flojísimo” desde puntos de vista literarios o ideológicos, completamente teórico y sin mencionar a las figuras centrales del debate político del momento; en cambio, habló de la imposibilidad de implantar la democracia de pronto en México, y en una referencia en la que creyó notar la única alusión al Club Democrático, Caso censuró a los ilusos que formulaban planes irrealizables. Por último,

según el dominicano, parece que el discurso fue tomado como “suficientemente independiente; el público antirreeleccionista de las galerías lo hizo suyo; el grupo reeleccionista lo encontró bueno” (Reyes-Henríquez Ureña, 1986: 143).

Los periódicos de la capital mexicana se ocuparon de la jornada del 2 de abril de 1909, y dieron énfasis a los actos previos, como la visita de los delegados de la Convención al Palacio Nacional para ofrecer la candidatura a la presidencia a Porfirio Díaz, quien la aceptó “sacrificando el bienestar de sus últimos años” (Valenzuela, 1909). Sobre la velada en el Orrin, *El Imparcial* dedicó apenas unas palabras, sin mencionar la participación de Caso. Reyes, que estaba en Chapala, supo de esa intervención al día siguiente, a través de una carta donde Henríquez Ureña le reseñó también los discursos de los demás oradores, entre ellos José Castellet jr. y Miguel Lanz Duret, que coincidieron en el vigor que imprimía la participación de la juventud a la campaña reeleccionista. Esta atracción juvenil fue considerada como una traición cometida por el reeleccionismo entre los asistentes que hacían comentarios ásperos en las galerías del teatro Orrin (Reyes-Henríquez Ureña, 1986: 145).

El discurso de Antonio Caso en el acto final de la Convención Reeleccionista tuvo comentarios desfavorables entre el grupo “nosotros”, conformado por Henríquez Ureña, Alfonso Cravioto y Jesús T. Acevedo, además de Alfonso Reyes. Incluso Caso dudó haber perdido la amistad de este último. Un día antes del acto reeleccionista, después de despedir a Reyes en la estación de trenes, Henríquez Ureña visitó a Caso para pedirle que, ya que iba a participar en la velada política, lo hiciera con dignidad. Desde el punto de vista del dominicano, el orador trató de seguir su consejo y su discurso fue el más independiente de los que se presentaron. Temeroso también por la posible opinión de rechazo de Reyes, Henríquez Ureña trató de mediar entre éste y Caso para que no hubiera una ruptura. Incluso pidió a Reyes que escribiera una carta en verso a Caso desde Chapala con cosas sin importancia y con un tono de indiferencia en el que no sospechara el corresponsal que pensaba de la política, ámbito en el que el general Bernardo Reyes había sido anulado para la vicepresidencia de México.

Henríquez Ureña asistió al teatro Orrin con Martín Luis Guzmán, que acudió en calidad de reportero de *El Imparcial*. Unos días antes éste había asistido a diversas reuniones reeleccionistas también como reportero, según recordaría cuatro años más tarde,

excusándose de participar como orador en las manifestaciones que organizaban los clubes que apoyaban la candidatura de Corral. Al salir del Orrin, Guzmán dijo a Henríquez Ureña que lo habían comisionado para dar un discurso en un mitin reeleccionista. La reacción del dominicano denotó disgusto y después de una conversación larga y algo violenta, pudo disuadir a Guzmán mostrándole a lo que se exponía si participaba en aquellas cosas (Guzmán-Reyes, 1991: 77-79). Tanto a Guzmán como a Caso, Henríquez Ureña logró convencerlos de no participar en el reeleccionismo, que se mantuvieran independientes, entendiendo por esto que se opusieran a la reelección y reclamaran el ejercicio efectivo del sufragio. Sólo el primero atendió las recomendaciones de inmediato; aunque el segundo redactó una carta para renunciar, no se atrevió a enviarla y terminó aceptando la dirección del órgano de difusión corralista, el semanario *La Reelección*. Esto no sólo hizo que la amistad de Henríquez Ureña y Caso se perturbara, sino que Reyes comenzó a sentir un dolor silencioso del que nadie se percató, derivado de la insensibilidad que algunos de sus amigos —no solo Caso— mostraban con una objetividad cruel y despiadada, al criticar y censurar lo que para él era el más respetable de todos los sentimientos: el amor hacia su padre (Guzmán-Reyes, 1991: 134-135). La militancia de Caso terminó después que la de Guzmán. Si bien no anunció formalmente su renuncia al Club Reeleccionista, no se presentaba a las reuniones y evadía tratar a sus colegas, quienes entendieron y aceptaron el mensaje (Quintanilla, 2008: 172). El abandono de Caso a *La Reelección* se dio porque Ramón Prida, socio de Rosendo Pineda, escribió un artículo, sin firma, en contra de Diódoro Batalla; Caso no quiso publicarlo con ciertos insultos y a escondidas suyas se hicieron dos ediciones: una sin las ofensas y otra con ellas (Familia Henríquez Ureña, 1996: 506).

Después del 2 de abril de 1909, los ataques al general Bernardo Reyes se agudizaron en algunos medios impresos en los que participaban varios amigos o conocidos de Alfonso, entre ellos Nemesio García Naranjo, José María Lozano, Rubén Valenti y Ricardo Gómez Robelo, quienes colaboraban en *El Debate*, bisemanario creado por Rosendo Pineda que no contó con escritores “grandes” como Justo Sierra, Porfirio Parra o Joaquín Casasús, ya que, como indica Quintanilla (2008: 173), ellos no eran hombres de pelea e incluso no estaban de acuerdo con la campaña difamatoria en contra de Bernardo Reyes. Aún más, en el número de mayo de 1909 de la *Revista Moderna de*

México, se reprodujeron los discursos de la Convención Reelectionista y se incluyeron una semblanza de Ramón Corral y una alabanza a Porfirio Díaz, esta última escrita por Emilio Valenzuela. Para colmo, la casa de Jesús Valenzuela fue sede en distintas ocasiones de reuniones de clubes reeleccionistas.

Mientras Bernardo Reyes guardaba silencio y desde Monterrey pedía lo mismo a sus seguidores, estos iniciaron su actividad pública después de la Convención Reelectionista y con una movilización social descendieron la política a las calles. A pesar de la indecisión del general, sus partidarios mostraron gran dinamismo y organizaron diversas agrupaciones y mítines que fueron muy concurridos. El 23 de mayo fue creado el Club Central Reyista 1910 en la Ciudad de México, al cual siguieron otros clubes y agrupaciones afines que se organizaron de manera descentralizada, es decir, sin ningún centro rector. La movilización en torno de Reyes pronto tuvo obstáculos por parte del régimen: desde impedimentos para la organización de mítines hasta la persecución y castigo a sus partidarios (Navajas, 2008: 1119-1121).

El rechazo a la candidatura de Díaz y Corral para la presidencia y vicepresidencia, respectivamente, superó la actitud vacilante de Bernardo Reyes y el 22 de mayo de 1909 fue fundado el Club Central Antirreeleccionista en la Ciudad de México con cerca de 50 asistentes y sin la presencia de ningún miembro de la élite gobernante. La mesa directiva se conformó por Emilio Vázquez Gómez —ex médico personal de Díaz— como presidente, Filomeno Mata y Francisco I. Madero serían secretarios, todos con carácter provisional. La línea de esta organización estuvo trazada por el principio de efectividad del sufragio y no reelección (González, 1988: 992-993).

A mediados de 1909, el trío conformado por Henríquez Ureña, Reyes y Caso se transformó en cuarteto con la inclusión de Martín Luis Guzmán. Después de la breve incursión en el reeleccionismo de los dos últimos, los amigos seguían los acontecimientos políticos sin intervenir, aunque solicitados por algunos medios impresos de ambas fuerzas en pugna. Henríquez Ureña fue invitado por el periodista y crítico literario del modernismo, Manuel Puga y Acal, director de la *Revista Universal*, creada para apoyar el reeleccionismo, tratando de atraer al público con material literario, científico y comercial. Por indicaciones de Carlos Pereyra, profesor de Reyes, al dominicano le propusieron hacerse cargo de la sección literaria, sin responsabilidad en el orden político, con el

compromiso de conseguirle una clase o un empleo cómodo en el gobierno (Henríquez Ureña, 1989: 160). En una carta a su hermano Max, le dice que Pereyra no ocultó la verdadera significación del periódico ni las obligaciones “puramente morales” que contraería. Puga y Acal trató de convencerlo para que aceptara y le dio una par de días de plazo para que le diera la respuesta final (Familia Henríquez Ureña, 1996: 508). La valoración de su amistad con Reyes hizo que Henríquez Ureña se negara a aceptar. Otro motivo fue que casi nadie compraba esa revista, que sólo publicó tres números.

Durante los primeros días de julio de 1909, varios jóvenes que se congregaron en derredor de *Savia Moderna* y la “Sociedad de Conferencias” veían con inquietud el giro que había tomado la *Revista Moderna de México*, al pasar a ser casi un órgano corralista y dejar de publicar artículos literarios, poesías, reseñas de espectáculos y todo aquello que la caracterizó desde 1903. El interés de casi todos ellos era mantenerse alejados de los asuntos políticos que dividían a la opinión pública en el país. En este afán pensaron fundar una nueva revista que ocupara la imprenta de alguna dependencia gubernamental por intermediación de Justo Sierra u Olegario Molina, ministro de Fomento, esto con el fin de que el tiro fuera gratuito; así el costo se reduciría al papel, a los gastos del correo y al sueldo de algún empleado. La revista sería sin grabados, como la *Contemporánea*, que editaba Ricardo Arenales en Monterrey. Entre unos cuantos pensaban reunir el dinero para los primeros seis meses, después el costo saldría del propio periódico. El cuerpo de redacción estaría formado por Alfonso Cravioto, Jesús T. Acevedo, Antonio Caso, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña; los colaboradores incidentales serían Jesús Urueta, Rafael López, Ricardo Arenales, Carlos González Peña y aceptando colaboraciones que estuvieran “buenas de otros” (Familia Henríquez Ureña, 1996 T. I: 510).

Dado el tipo de relación que los redactores tenían con escritores nacionales y extranjeros —en el caso de Henríquez Ureña—, decidieron que el director de la nueva revista fuera Genaro Fernández MacGregor, sobrino de Justo Sierra y secretario particular del Ministro de Fomento. Consideraron que era el más apto para rechazar colaboraciones de amigos: “él se atrevería a rechazar a Fabela, a Chano Méndez, y a Quijano, que son sus amigos; y no tiene como nosotros [dice Henríquez Ureña], amistad con Castillo Ledón, Facha, etc. No aparecerá ningún otro nombre, precisamente para evitar esas invasiones”

(Familia Henríquez Ureña, 1996 T.I: 510-511). Sin embargo, consideraron como colaborador al médico y poeta jalisciense radicado en Mocorito, Sonora, Enrique González Martínez, cuyos versos fueron celebrados por Henríquez Ureña, quien más temprana y ampliamente admiró su poesía entre el grupo juvenil (Carrizales, 2002: 285). La propuesta de la inclusión de González Martínez debió ser apoyada por Reyes, quien recibió en abril del mismo año el libro *Silenter*, dedicado por el autor, quien se declaró su admirador. Reyes de inmediato acusó de recibo con encomio y respeto hacia el poeta que le doblaba la edad; en su respuesta aseguró que el libro era de lo mejor que se había escrito “entre nosotros” en los últimos años (Reyes-González Martínez, 2002: 113 y 284-285). Al final, el proyecto editorial no se concretó, pero sirvió como modelo de organización en el que tendrían cabida también personalidades de generaciones y corrientes literarias distintas a las propuestas por los jóvenes literatos que dividían sus preferencias entre los dos principales rivales políticos.

Por su parte los antirreeleccionistas continuaron con la ofensiva contra sus oponentes y no se quedaron atrás en el reclutamiento de jóvenes. Desde la primera hora figuraron en el Club Central hombres como el ingeniero Manuel Urquidí, el abogado y periodista Luis Cabrera y José Vasconcelos, abogado oaxaqueño aspirante a filósofo y discípulo de Antonio Caso en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Además de ser secretario del Club Central Antirreeleccionista, Vasconcelos se convirtió en el ideólogo del movimiento político y le fue encargada la jefatura de redacción del periódico semanal *El Antirreeleccionista*, publicación contraria al régimen que se afianzó poco a poco (Garcíadiego, 2000: 619). Aún con las carencias económicas y de maquinaria, el periódico logró poner en circulación ocho mil ejemplares (Valadés, 2014: 67). En esta etapa el antirreeleccionismo se fortaleció por la alianza con el Partido Nacional Democrático, creado por algunos seguidores de Reyes, así como por la capitulación pública que éste hizo en favor de la candidatura de Corral y su posterior comisión a Europa ordenada por Porfirio Díaz.

A principios de agosto de 1909, Francisco I. Madero lanzó un llamado para establecer una alianza política, de manera particular la convocatoria estaba dirigida a los desilusionados reyistas, cuyo movimiento había quedado sin cabeza. En esos días Henríquez Ureña, que continuaba con su trabajo en La Mexicana, aceptó dirigir una

página literaria en *El Antirreeleccionista*, invitado por su antiguo conocido Fernando Galván “Bouvard”. Entre otros motivos que lo decidieron a participar en la revista semanal que se convirtió en diario en el segundo mes, estaba que conocía a José Vasconcelos. El 23 de agosto fue publicada la primera de cuatro selecciones hechas por Henríquez Ureña, incluidas los lunes de cada semana.

Aunque le prometieron un pequeño pago, Henríquez Ureña no recibió un peso por sus colaboraciones. Entre los autores que hizo publicar estuvieron el español Manuel Machado, el caribeño Tulio M. Cestero, su hermano Max y Alfonso Reyes. Este último estaba supuestamente desligado de toda actividad política, por lo que firmó sus dos textos con el seudónimo Teodoro Malio para ocultar la conexión entre los orígenes del movimiento maderista y el hijo literato de Bernardo Reyes (Quintanilla, 2008: 184-185). Poco antes, el “manso” Alfonso Reyes, a quien querían en su casa por risueño y por no parecerse en lo pendenciero e inquieto a su hermano Rodolfo (Castañón, 2012: 44), había sido acusado por *El Debate* de no lograr fundar un club reyista en la Escuela de Jurisprudencia; aunque él no participó, sí fue fundado el club. Para Henríquez Ureña resultó raro que el citado diario tuviera un rasgo de decencia y rectificara al afirmar que “Alfonsito” no hacía política (Familia Henríquez Ureña, 1996 T. I: 506).

La página de los lunes literarios en *El Antirreeleccionista* era pequeña y tenía cabida para muy pocas cosas. Aun así Henríquez Ureña incluyó un par de versos con su nombre y un artículo sobre la enumeración de los cien mejores libros, con el seudónimo Lilius Giraldu. Reprodujo también textos de Gabriel D’Annunzio y Oscar Wilde, entre otros. Sin embargo, en la misma redacción del diario, la página literaria generó diversos debates. “Los cultos”, como Fernando Galván y José Vasconcelos, aprobaban el trabajo, mientras que para los demás resultaba ininteligible. En su *Diario*, Henríquez Ureña anotó sobre este asunto el 21 de septiembre de 1909: “Yo creo que se trata de prejuicio, y que sin leer declaran no entender; pero me figuro que ya desearían que cesara la página literaria (por lo menos en mis manos) pues creen <<que su público>> se va a disgustar. Estas gentes que creen conocer al público y lo suponen inmensamente bruto, no piensan que quien se decide a leer la página literaria de un periódico ha de estar algo acostumbrado a lo que ellos llaman *ininteligibilidad*” (1989: 173). No fue necesario que Henríquez Ureña declinara continuar con la selección de la página literaria, ya que *El Antirreeleccionista*

fue clausurado por órdenes del gobierno el 28 de septiembre de 1909; algunos de sus colaboradores sufrieron una breve detención y otros tuvieron que esconderse durante varios días.

16

Los sucesos políticos ocuparon la mayor atención de la sociedad mexicana desde inicios de 1909. A Pedro Henríquez Ureña le interesaba también su bienestar económico y laboral, pero estaba pendiente de los conatos revolucionarios que se presentaban en República Dominicana para tratar de derrocar al presidente Ramón Cáceres, que gobernaba desde 1905. El principal interés de Henríquez Ureña era el nombramiento de su padre como encargado de la Legación Dominicana en París, con lo que él podría realizar el ansiado viaje a Europa para continuar sus estudios. Sin embargo, el puesto no fue asignado al doctor Henríquez y Carvajal, que seguía viviendo en Cuba con la esperanza de reunir allí a su familia. Con las puertas cerradas para trasladarse a Europa, Henríquez Ureña consideró radicarse con Max nuevamente en La Habana, ciudad en la que buscaría un cambio y en la que de ninguna manera aceptaría volver a trabajar en el comercio, sino que tenía una ilusión de mejoría en el periodismo.

Al final, Henríquez Ureña decidió permanecer en México pues consideró que aquí tenía todavía ciertas ventajas como su relación con miembros del gabinete porfirista que le aseguraban, de cuando en cuando, un puesto en el gobierno, lo que le daría tiempo para retomar los estudios y dedicarse a la literatura. En lo que esas ofertas se cumplían, mantuvo su empleo en *La Mexicana* y continuó escribiendo artículos literarios y reseñas artísticas que fueron publicadas en diarios y revistas de Cuba, Santo Domingo y México. Grecia era el tema que aún predominaba entre los intelectuales en la capital mexicana. Así, el 24 enero de 1909, apretado entre anuncios de extintores, vinos y tónicos para limpiar la sangre, *El Mundo Ilustrado* publicó “La moda griega”, artículo en el que Henríquez Ureña señala que no puede compararse la Grecia contemporánea pintada por el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo en su libro *Grecia*, con la antigua, la clásica, que no es una moda agotada entre el público literario. Afirma que en la Europa intelectual no transcurría un cuarto de siglo sin que emergiera la cuestión helénica y que Homero,

Aristófanes y Platón inspiraban y volvían a mencionarse en bocas de nuevos pensadores (Henríquez Ureña, 1960: 161-162).

En la revista *Teatros y Música*, auspiciada por el editor musical jalisciense Enrique Munguía, Henríquez Ureña publicó dos crónicas de espectáculos artísticos que título “Crónica de Nueva York” y “Desde Nueva York”. El director de la revista era su amigo Carlos González Martínez, quien prometió pagar, aunque poco, por cada colaboración. En estas crónicas, fechadas el 15 de febrero y 15 de marzo de 1909, respectivamente, Henríquez Ureña utilizó el seudónimo M. Phocás para referirse a los estrenos musicales, operísticos y teatrales en el *Metropolitan Opera House* y en el *Manhattan Opera House*, este último de reciente apertura. De acuerdo con la correspondencia consultada de este periodo, es probable que no se trate de un seudónimo, sino que el autor sea su primo Enrique Apolinar Henríquez, a quien apodaban Phocás en alusión a un personaje libertino de la novela *Monsieur de Phocás*, del francés Jean Lorrain. Apolinar estaba desde agosto de 1908 en Nueva York acompañando a su padre en diligencias oficiales. Desde allá enviaba misivas y postales a Henríquez Ureña, por quien tenía una alta devoción por el bien que hacía a su “plebeyo” país y a sus familiares (Vega, 2015: 213).

En una carta de marzo de 1909, Phocás se despide de prisa de Pedro: “Es hora de Metropolitan. Deja que te abandone hasta mañana que te volveré a escribir sobre tantas cosas” (Vega, 2015: 213). Aunque Henríquez Ureña consideraba que su primo era un neurasténico y un irrealista, educado sin una finalidad, guardaba aprecio por él, aunque no consideraba necesario ponerse a su nivel para tratarlo como a un muchacho mal educado, pero con buenas intenciones (Familia Henríquez Ureña, 1996 T. I: 495). Además, en su visita a la Ciudad de México del año anterior, Apolinar había dejado muy buena impresión en Caso y Acevedo, pero sobre todo en Reyes, con quien desde entonces comenzó a comunicarse y a mantener una amistad. Tal vez la intención de las crónicas era mostrar los avances de Phocás en la apreciación artística, aunque es seguro que, de ser éste el autor de esas crónicas neoyorquinas, Henríquez Ureña tuvo que intervenir en la corrección de los textos para su publicación, como lo indica en esta nota manuscrita que acompaña el original del primer artículo: “Estas crónicas, firmadas por M. de Phocás fueron escritas por P.H.U. en México, para *Teatro y Música*, como la mejor forma de dar las noticias teatrales de Nueva York” (Henríquez Ureña, 2013p: 297).

Desde el punto de vista formativo, 1909 marcó para Henríquez Ureña el inicio de un trabajo crítico, no sólo literario, sino también filosófico y social. Esto se ve en sus escritos publicados en la *Revista Moderna de México* en ese año. Los dos primeros corresponden a enero y febrero: “El nacimiento de Dionisos” y la traducción del italiano del fragmento del prólogo “La nave”, tragedia de Gabriele D’Annunzio, donde conservó la forma de los versos endecasílabos. En marzo, la *Revista Moderna* se llenó de política y Henríquez Ureña no estaba contento con esa situación, pero se alegraba al pensar que decaería por estar descuidada, atrasada, sin suscriptores y sin poder enviarse fuera de México. Aun así, en este mes fue publicado su extenso artículo “Cuestiones métricas. El verso endecasílabo”. Este estudio técnico de la estructura métrica de los versos en lengua castellana fue motivado por el trabajo sobre Juan Boscán que recientemente había publicado el “más ilustre de los críticos españoles”, Marcelino Menéndez y Pelayo, el erudito español más influyente en la formación del nacionalismo español (Valerio-Holguín, 2011: 207).

Henríquez Ureña envió un ejemplar de la *Revista* a Menéndez y Pelayo con una carta del 28 de abril de 1909, solicitándole su opinión sobre sus observaciones. En la misiva, el dominicano se declaró admirador devoto del filólogo español y le confesó que no había leído tanto a ningún otro crítico como a él. Ese fervor lo tenía desde la adolescencia, cuando leyó el juicio que el escritor hizo de su madre en la *Antología de poetas hispanoamericanos*. En esta carta es posible detectar el quiebre en las aficiones literarias previas de Henríquez Ureña y la determinación de continuar en el camino de la crítica. En las palabras del joven se asoma la necesidad de sentir pertenencia a una cultura, a una tradición, de reconocerse en quienes habían advertido la existencia —aunque incipiente— de una cultura literaria dominicana. Hacia el final de la epístola Henríquez Ureña dice a Menéndez y Pelayo:

En otro orden, aunque comencé haciendo campaña a favor del llamado modernismo americano, he sido siempre, por gusto y por tradición familiar, devoto del glorioso pasado y del no indigno presente de la literatura española (y aun esto lo hizo notar la revista *Cultura española* en una nota que consagró a ensayos míos, hace tres años). Esta devoción ha crecido al par que lentamente se enfriaba el entusiasmo infantil por una escuela literaria, efímera

como tal, aunque sus representantes hayan hecho labor valiosa. Así, lo que antes fuera simple nota en un estudio de métrica modernista, lo he convertido ahora en conjunto de observaciones extensas (Biblioteca virtual Menéndez Pelayo, s.f.).

En “Cuestiones métricas”, Henríquez Ureña se refiere un par de veces a que el texto está dirigido a personas cultas en letras; a interesados serios en estudios literarios del castellano, y expone muchos ejemplos de versos endecasílabos. En la multicitada carta a Menéndez y Pelayo, cuya respuesta dilató un año y medio, justifica la extensión del artículo —trece páginas—, la cantidad de citas y las explicaciones que trató de hacer para que la lectura fuera más fácil para la mayoría. La métrica en la poesía castellana era de interés para Henríquez Ureña desde su estancia en Cuba, cuando escribió “Rubén Darío”, y reconoció en el poeta nicaragüense la influencia de las antiguas formas castellanas o adaptación de las francesas, que tenían su fundamento en el endecasílabo y octosílabo. Al final de “Cuestiones métricas”, se pregunta si acaso aquellas personas a quienes no les gustaba el verso endecasílabo, presente en la poesía de Darío, sabían que lo habían aceptado, sin darse cuenta, en las más afamadas canciones de los poetas del Siglo de Oro español (Henríquez Ureña, 2003: 63).

A los estudios de la métrica en la poesía castellana les sucedieron otros textos en los que Henríquez Ureña regresó a algunos temas que le interesaron desde 1901, durante su estancia en Estados Unidos. Uno de ellos es el pragmatismo y su vinculación con el pensamiento de Friedrich Nietzsche; otro, el feminismo. Respecto del primero, escribió en el número de mayo de 1909 de la *Revista Moderna de México* la nota al vuelo “Nietzsche y el pragmatismo”, en la que se propuso señalar las coincidencias entre algunos de los aforismos planteados por el filósofo alemán en *La gaya ciencia* y las principales afirmaciones del pragmatismo del estadounidense William James. En el artículo afirma que algunas de las declaraciones de Nietzsche preludian con claridad el movimiento pragmatista, cuyas ideas centrales giraban en torno de la interpretación de cada noción, señalando sus consecuencias prácticas. La concepción pragmatista tiene antecedentes aún más antiguos, sin embargo, en el sentido moderno, éstos fueron propuestos por Charles Sanders Peirce, en 1878. Según Henríquez Ureña, James retomó la concepción de Pierce pero no aportó nada nuevo en el método pragmático, que se presentó como reemplazo

para los viejos métodos intelectualistas, como una teoría de la verdad y como una de las principales tendencias filosóficas independientes de los últimos años ante la crisis producida por la vejez del positivismo (Henríquez Ureña, 1960: 73-78).

Respecto del segundo tema, el dominicano publicó “Un libro sobre el feminismo” en la *Revista Moderna de México* de junio de 1909. El tema no estaba en su campo de interés inmediato, sino que fue motivado por una petición para que opinara sobre el *Ensayo de una filosofía feminista*, libro del joven español M. Romera Navarro. En el artículo, Henríquez Ureña se asume como feminista, quizás por la experiencia de haber tratado desde la infancia y durante la mayor parte de su vida con igual número de mujeres ilustradas que de hombres inteligentes; afirma que el movimiento feminista abrirá campo a cierto número de mujeres para trascender más allá del sufragio, para obtener los derechos políticos que ellas reclamen con insistencia. No se contenta con los argumentos de Navarro para presentar al feminismo como la panacea social, sino que lo critica anteponiendo sobre los aspectos biológicos y la supuesta inferioridad mental de la mujer, la búsqueda de una liberación intelectual con base en un movimiento social, jurídico y económico. Sin embargo, reconoce que en cuanto al feminismo, los países de habla castellana estaban en pañales, respecto de los Estados Unidos u otros países de Europa, pues en Latinoamérica se mantenía a la mujer en situación casi medieval: “ignorante, ociosa, timorata, fanática; no sólo un ser individualmente inútil, sino que resulta débil o nula para la dirección del hogar” (Henríquez Ureña, 1909: 244-245). Ubica excepciones en Argentina, Perú, Cuba y Santo Domingo, donde había grupo de mujeres intelectuales y hasta feministas. Deja fuera de esta lista a México, donde las mujeres ni siquiera tenían derecho al voto.

Uno de los sucesos más relevantes de 1909 para el grupo emanado de *Savia Moderna* fue la serie de conferencias que Antonio Caso dio en la Escuela Nacional Preparatoria entre junio y agosto. El tema era “La historia del positivismo” y el orador, uno de los más capacitados de la juventud intelectual mexicana, fue instado por sus compañeros para enfilar su participación hacia una crítica directa al positivismo que más que una doctrina filosófica, era una doctrina política que servía a un grupo para seguir manteniendo sus privilegios. Uno de los más entusiastas impulsores de esta crítica era Pedro Henríquez Ureña, que había vivido distintos “positivismos” en República

Dominicana y Cuba. Ya en su nota sobre Nietzsche y el pragmatismo da pistas que apuntan hacia una corriente filosófica que reemplazara al viejo positivismo, apenas un par de meses antes. Caso y el dominicano compartían las lecturas de los filósofos franceses Henri Bergson, opositor del positivismo e impulsor de una filosofía espiritualista, y Emile Boutroux, crítico del determinismo, así como del estadounidense William James, que proponía el pragmatismo como filosofía reemplazante de todas las anteriores.

Henríquez Ureña tenía tiempo pensando que la juventud debería tomar las riendas de la crítica al positivismo, como había sucedido en Perú donde ya estaba siendo barrida esa doctrina. Así lo comentó en enero de 1908 con Alfonso Reyes, señalando que allá la juventud había “logrado imponerse (son tan jóvenes como nosotros: diecinueve a veinticinco años, esta última la edad de García Calderón); ¡mientras que aquí!” (Reyes-Henríquez Ureña, 1986: 57). El grupo juvenil en el que Henríquez Ureña percibía inmovilidad tenía ahora una oportunidad inmejorable en la casa positivista por excelencia para lanzar el ataque contra esa doctrina imperante en México desde la segunda mitad del siglo XIX.

La primera conferencia de Caso fue el 25 de junio, pocos días después de que Francisco I. Madero saliera de la Ciudad de México para iniciar su primera gira antirreeleccionista por algunos estados del país. El antecedente reeleccionista del orador pudo generar suposiciones sobre el contenido de sus charlas. El tema de las tres primeras sesiones fue Augusto Comte y sus precursores. Para Henríquez Ureña, éstas resultaron muy medianas por no haber presentado elementos críticos novedosos y contentarse con hacer una descripción histórica del positivismo; para el dominicano, la crítica fue sólo a medias, por ello decidió escribir “Conferencias sobre el positivismo”, que fue publicado en la *Revista Moderna de México* de julio de 1909. En el artículo justifica la organización de las conferencias porque su tema era aún cosa viva en México, y resume opiniones que la crítica contemporánea formuló sobre la obra de Comte, entre ellas las que lo tachan de no ser filósofo, ya que siempre fue guiado por tendencias sociales antes que filosóficas; ubica contradicciones en el terreno filosófico e influencias en el postulado positivista; dice que “Comte no aportó a la filosofía ninguna noción esencialmente nueva, sino que puso a su disposición, en mejor orden que antes, el conjunto de la ciencias” (Henríquez Ureña, 1909b: 309).

Aunque el texto es una condensación de críticas hechas por otros filósofos, Henríquez Ureña reconoce que Comte fue un vulgarizador genial que dio el impulso inicial al movimiento que, al llevar a las mayorías la agitación filosófica, en forma de especulaciones sencillas, democratizó la razón. Por último, regresa a la crítica de las tres conferencias de Caso, y lo insta para que en las siguientes haga justicia a los pensadores que estudió, sin que el respeto a las figuras veneradas corte las alas al libre examen (Henríquez Ureña, 1909b: 309). Este reclamo tuvo eco en el énfasis crítico de las conferencias restantes de Caso, a quien el dominicano consideraba uno de los hombres más capaces de emprender el estudio histórico-crítico del positivismo, con base en un criterio filosófico y una documentación extensa. Lo que buscaba Henríquez Ureña en conjunto con Caso era cumplir el propósito que, según Enrique Krauze (1983: 24), consistía en la total renovación de la filosofía en México.

Las últimas cuatro conferencias fueron los viernes del 23 de julio al 13 de agosto de 1909. Los temas facilitaron que el sentido crítico que Henríquez Ureña deseaba en Caso se mostrara con paso firme. Habló de los filósofos ingleses John Stuart Mill y Herbert Spencer, así como del crítico e historiador francés Hippolyte Taine. La característica principal de estos tres pensadores era su propuesta positivista y su alejamiento de los postulados de Comte para erigir teorías con base en principios más filosóficos. Sobre estas conferencias volvió a escribir Henríquez Ureña y su crítica esta vez fue favorable para el orador que señaló el hundimiento del positivismo y tal vez su pronta desaparición de la faz de la tierra. En la reseña “El positivismo independiente”, el dominicano enfatiza el estudio que hizo Caso de Mill, a quien consideró que había analizado con verdadero empeño de crítico, de filósofo a la vez moderno y clásico, el problema del conocimiento, por lo que su positivismo era el único sobreviviente, fructífero y ejemplar. Para Caso, Mill era el más perfecto y verdadero positivista por ser el más lógico. Sobre Spencer, el expositor analizó la crítica de su realismo y de la teoría de la evolución, señalando la imperfección de sus fórmulas. Al referirse a Taine, resaltó la contradicción que el francés no pudo resolver en su propósito de llegar a un idealismo sistemático con base en el método positivista en unión con el panlogismo de Hegel, teoría idealista que propone que el desarrollo natural y social se da a partir de la actividad lógica de la razón (Henríquez Ureña, 1984: 238-248).

Para Henríquez Ureña la afirmación central de las conferencias dedicadas a los positivistas europeos fue la “fórmula definitiva del criterio positivista del *experientialismo* de John Stuart Mill; el idealismo crítico según el cual no se puede vencer la subjetividad del conocimiento ni derivar de la experiencia la realidad del mundo exterior, sino solamente el orden que éste nos presenta” (Henríquez Ureña, 1984: 238). Henríquez Ureña elogió la originalidad y novedad con que Caso presentó los temas y a los autores, a quienes ubicó dentro de la historia de la filosofía. Si bien reconoce que la serie de conferencias sobre el positivismo fue inferior a las que Caso presentó en la Sociedad de Conferencias sobre Nietzsche y Stirner, afirma también que en las nuevas hubo más historia y más crítica. El lugar que en el grupo juvenil ocupa Caso, a quien Henríquez Ureña califica de muy joven y con una personalidad que debe evolucionar, es privilegiado, ya que tenía la ventaja de poseer un conocimiento seguro de la evolución del pensamiento europeo que carecían los demás que estudiaban cuestiones filosóficas. Por último, en la séptima conferencia, informa Henríquez Ureña, Caso se reservó una novedad: en una profesión de fe, se declaró intelectualista ante la inminente invasión del pragmatismo y tendencias afines. Con su intelectualismo, Caso hizo elogio de los grandes metafísicos constructores como Platón, Spinoza y Hegel, y a la vez se declaró idealista respecto del problema del conocimiento. En la última conferencia provocó un alegato en favor de la especulación filosófica en la vieja escuela positivista, donde volvió a oírse la voz de la metafísica que reclamaba sus derechos inalienables. Al final de la nota, Henríquez Ureña escribe: “Si con esta reaparición alcanzara ella algún influjo sobre la juventud mexicana que aspira a pensar, ese sería el mejor fruto de la labor de Caso” (1984: 248).

Las conferencias de Caso sobre el positivismo estuvieron envueltas en la agitación política que reinaba en México. Con la oficialización de las candidaturas de Díaz y Corral para la presidencia y la vicepresidencia, respectivamente, y el establecimiento de algunos clubs y partidos políticos, el escenario en la capital del país resultaba complicado para manifestarse en contra del gobierno debido a la persecución de que eran objeto quienes se atrevían a levantar la voz. Un ejemplo de ello es lo propuesto desde el Partido Democrático, cuya principal preocupación era la reforma política, sin cuestionar la figura de Porfirio Díaz. En el órgano difusor de ese grupo, el periódico *El Partido Democrático*,

el Lic. Blas Urrea, seudónimo de Luis Cabrera, escribió el 24 de junio, un día antes de la primera conferencia de Caso, el artículo “El partido científico”, en el que califica a ese grupo político cercano a Díaz como cobardes, neoconservadores y predicadores de la restricción del sufragio. Afirma que ellos tomaron el “pomposo nombre de <<científico>> presumiendo de fundar en la ciencia su conducta; y aun cuando con este nombre ha deslumbrado a muchos, hay que ver que sólo ha tomado de la ciencia aquellos postulados que están de acuerdo con sus intereses” (Cabrera, 1909, citado en Torre, de la, 1998: 294). Como se aprecia, los embates contra el positivismo y el grupo que lo representaba tenían, por lo menos, dos frentes: uno era a través del estudio teórico filosófico, cuya bandera era empuñada por la autodenominada juventud intelectual que a su vez se dirigía a la “juventud que aspiraba a pensar”; el otro era en el frente político, en donde se atacaba a los científicos, pero no al presidente. Según Cabrera, “El general Díaz, con sus defectos y todo, ha tenido un carácter bien definido y no merece que un inconsciente lo injurie clasificándolo en el grupo de los financieros [científicos]” (Cabrera, 1909, citado en Torre, de la, 1998: 299).

En *El Partido Democrático*, dirigido por Jesús Urueta, Cabrera no olvidó señalar el legado de Augusto Comte en la formación de los científicos, y afirma:

Los científicos han estudiado sociología, y [...] han comenzado a predicarnos un peligroso cosmopolitismo, totalmente contrario a la idea de Patria. [...] Creen en el evangelio de la superioridad de los anglosajones y predicán el desprecio y la destrucción de esa raza incapaz de evolucionar, que se llama indígena. Explican científicamente el expansionismo anglosajón, y profesan la doctrina del <<destino manifiesto>> de la raza latinoamericana.

Esas son las enseñanzas que los científicos han sacado del estudio de la sociología. ¡Maldita sea la ciencia que tiende a hacer desaparecer la idea de Patria! (Cabrera, 1909, citado en Torre, de la, 1998: 294).

Mientras Luis Cabrera enviaba una acusación formal a los positivistas-reeleccionistas, representados en el gobierno por los científicos y su candidato Ramón Corral, a quien llamó un instrumento dócil de su grupo, Henríquez Ureña cumplió 25 años de edad el 29 de junio de 1909, y en esos días hizo una crítica pública a Caso, que era mayor que él por seis meses, escribiendo los artículos sobre el positivismo para demostrar sus

conocimientos en la materia y marcar el camino a su condiscípulo. Esta vez Caso siguió las observaciones de Henríquez Ureña, quizás no para darle gusto, sino para demostrarse que sus estudios filosóficos estaban a la altura y reaparecer en la plaza pública después de su paso por el corralismo. Caso pudo haber representado la aspiración de Henríquez Ureña en ese periodo: tenía el título de abogado, era profesor en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, recibía privilegios del Estado a través de Justo Sierra, ministro de Instrucción Pública, tenía tiempo para divagar sobre aspectos literarios y filosóficos, y estaba casado. Tal vez por esto era necesario que Henríquez Ureña aclarara, con los dos artículos sobre las conferencias de Caso, su postura y conocimiento respecto del positivismo, al tiempo que demostraba su personalidad intelectual (Saavedra, 2013), con el fin de mantener la autoridad literaria e incluso moral que todos en el grupo juvenil le reconocían. Las diferencias que hubieran podido surgir entre Henríquez Ureña y Caso nunca los llevaron al borde de la separación, seguramente el segundo coincidía con el primero y admitía de buena gana las críticas (Krauze, 1983: 25).

Con las reseñas sobre el positivismo terminaron las colaboraciones de Henríquez Ureña en la *Revista Moderna de México*. Ahora, abierta la zanja en contra de la doctrina oficial mexicana, aceptó regresar a las crónicas de espectáculos teatrales en *Actualidades*, diario de su amigo Luis Lara Pardo. Sus colaboraciones fueron sólo cuatro durante el mes de octubre de 1909. En los tres primeros escritos habla sobre las obras de la actriz española Rosario Pino en el teatro Arbeu; en el cuarto se refiere a la muerte del dramaturgo norteamericano Clyde Fitch. Tal vez como un gesto de agradecimiento a Lara Pardo, que le ayudó a trasladarse a la Ciudad de México en 1906 y a obtener aquí su primer empleo en *El Imparcial*, Henríquez Ureña no cobró por sus crónicas para *Actualidades*. Por otra parte, su situación en La Mexicana cada vez lo exasperaba más y su salud comenzó a empeorar por la incómoda posición que tomaba al escribir en máquina, además tuvo un problema en el ojo derecho debido a un dolor nervioso que fue atribuido al trabajo de día que hacía con luz eléctrica (Henríquez Ureña, 1989: 179 y 182).

Además de la escasez de dinero y las enfermedades, Henríquez Ureña sufrió también los ataques de Rafael Reyes Spíndola a través de uno de sus periódicos, donde un poeta de apellidos Núñez y Domínguez lo llamó *Menox*, por contraposición al nombre de su hermano Max. Sin embargo, quizás el insulto que más le molestó fue que le dijera

escritor haitiano. Ante estas incomodidades Henríquez Ureña siempre tenía la posibilidad de salir de México. Después de una serie de sismos ocurridos en la capital a finales de julio de 1909, su padre le volvió a insistir para que abandonara el país y se trasladara a La Habana donde podría conseguir un empleo en uno de los diarios más importantes, o a República Dominicana donde podría ganar dinero organizando conferencias y escribiendo artículos sobre literatura, arte y filosofía. Don Francisco Henríquez y Carvajal reconocía que el carácter e independencia de su hijo Pedro no le permitiría aceptar algún puesto en una legación dominicana en Europa o aceptar la ayuda de su gobierno para ocupar una de las plazas vacantes que ofertaban en Estados Unidos y Europa. Henríquez Ureña demoraba a veces más de un mes en responder las cartas de su padre. El medio para mantener comunicación constante entre ambos era Max, que progresaba en el periodismo cubano y cursaba la carrera de Derecho en la Universidad de La Habana. La idea de Henríquez Ureña era ir a Europa a principios de 1910 por sus propios medios y estaba reuniendo el dinero necesario. Después de esa estancia, que prolongaría por un año o más, planeaba regresar a República Dominicana para reunirse con su familia.

17

Mientras Henríquez Ureña esperaba en la Ciudad de México a que se concretara alguna de las opciones laborales que sus amigos le prometieron en el gobierno desde el inicio de 1909, en el tiempo que le dejaba libre su empleo en La Mexicana visitaba las casas de Carlos Pereyra, Jesús Valenzuela y Marcelino Dávalos. Con Pereyra, a quien consideraba como uno de los mexicanos de más variada cultura, estuvo a inicios de agosto, días antes de que éste partiera a ocupar la legación de México en Washington. Pereyra y Henríquez Ureña tuvieron una conversación agradable que derivó hacia autores ingleses y norteamericanos, como Emily Bronte, Bernard Shaw, Mark Twain, Gilbert Chesterton y Jane Austen. De esta última escritora inglesa inscrita en el género de la comedia social, tan propio del siglo XVIII, había recibido un par de semanas antes sus *seis libros inmortales* y acababa de leer *Orgullo y prejuicio*, novela que el dominicano consideró como extraordinariamente vulgar, pero no una vulgaridad tonta, sino con una pasmosa percepción de la realidad (Familia Henríquez Ureña: 1996, T. I: 518). Algunos años más tarde, Henríquez Ureña escribiría un artículo dedicado a la autora en el que resalta que el

secreto de su invención no está en los asuntos, sino en los personajes, y la coloca inmediatamente después de Shakespeare en la creación de personajes. En suma, Austen es para él la escritora femenina por excelencia, ya que nadie había pintado mejor que ella las limitaciones y trivialidades del sexo (Henríquez Ureña, 2013q: 248-251).

Las visitas a Jesús Valenzuela eran constantes desde la época de *Savia Moderna*. A partir de la agitación política, su casa se convirtió en centro de reuniones de grupos corralistas que organizaba su hijo Emilio, y en su *Revista Moderna de México* proliferaron biografías de corte hagiográfico de las principales figuras reeleccionistas y de crónicas de sus actos públicos. Henríquez Ureña era asiduo visitante de Valenzuela, sobre todo después de cada ataque cerebral que sufría, como el del 29 de julio de 1909, que lo mantuvo casi 15 días sin recuperar el habla. El dominicano evitaba acercarse al lugar de las reuniones políticas y prefería conversar con los familiares que atendían a Valenzuela o con otros visitantes como Enrique “el manco” Escobar, de quien Henríquez Ureña hizo un juicio después de su plática, como acostumbraba con la mayoría de sus interlocutores. Sobre Escobar inició con generalidades: talento desperdiciado por falta de carácter y disciplina, caso que veía con abundancia en América Latina; continuó con particularidades: carencia de método y perseverancia que lo convirtieron en mero hablador barato, no se renovaba en asuntos intelectuales y tenía una imaginación que le hacía prestar fe a sus propias mentiras. Para finalizar, vuelve a la generalización: “¡Lástima de cabezas! Es incalculable la cantidad de talento que se pierde entre nosotros. Aquí en México, a la verdad, sólo conozco, aparte de Alfonso [Reyes], un joven laborioso: Carlos González Peña. Los que antes me daban una idea de perseverancia y estudio, como Acevedo, Caso, y uno que otro más, no aprovechan ni la mitad de lo que pudieran hacer” (Henríquez Ureña, 1989: 172).

Las reuniones en la casa del poeta jalisciense Marcelino Dávalos, uno de los redactores de mayor edad en *Savia Moderna*, apuntaban hacia una dirección totalmente literaria, en donde su principal protagonista era el anfitrión, que recién había vuelto de Quintana Roo, donde fue secretario de Gobierno. Dávalos, según Henríquez Ureña, no tenía mucho prestigio entre la juventud exigente de México por tener el defecto de ser “poliartista” que hacía de todo: cantaba, pintaba, tocaba el piano, componía música, hacía versos, recitaba, escribía cuentos, y no vivía de ninguna de esas habilidades. Sin embargo,

debido a su origen humilde y al trabajo que dedicó para escalar en asuntos intelectuales, logró la estimación de personas respetables, consagradas, aunque no de muy buen gusto, pero sí de prestigio popular como Federico Gamboa, José López Portillo y Rojas, Victoriano Salado Álvarez y Rodolfo Reyes, entre otros (Henríquez Ureña, 1989: 168).

A la casa de Dávalos asistían personas con gustos literarios y filiaciones políticas distintas, aunque predominaban los que tendían a la oposición al gobierno y aun al reyismo, como Carlos González Peña y Luis Castillo Ledón, así como sus seguidores. En literatura predominaba el estudio de lo realista; en música se aplaudía la alemana y toda aquella que no cayera en la *populachería* de la ópera italiana, antigua y contemporánea. Ante las figuras de Apolo y Venus de la sala de Dávalos, en ocasiones tenían que salir al quite Henríquez Ureña, Carlos González Peña o José Escofet para recitar poemas o leer algunas escenas de obras dramáticas, aunque el centro de las ovaciones era siempre el dueño del recinto, conocido por su recitación cursi y por cantar mal (Henríquez Ureña, 1989: 166-175).

Entre los asistentes a las sesiones literario-musicales en casa de Dávalos no se menciona a Antonio Caso, que después de sus conferencias sobre el positivismo en la Escuela Nacional Preparatoria, cuyos textos no fueron publicados, se dedicó a escribir una serie de estudios que fueron incluidos en la *Revista Moderna de México* bajo el título de “Perennidad del pensamiento religioso y especulativo”. Ahí denuncia el reduccionismo del positivismo con la afirmación de que la religión, la metafísica y la ciencia no son actividades sucesivas y sustituibles, sino manifestaciones necesarias de la mente que, lejos de excluirse, como querían Comte y sus discípulos, coexistían en todas las épocas de la evolución. Para García Morales (1992: 157), estos estudios de Caso constituyen la declaración de abandono del positivismo y la aceptación de la filosofía de la intuición. Con la valoración favorable de Henríquez Ureña, Caso se convirtió en el único integrante de su generación capaz de convocar a personas de todas las “facciones para izar la bandera común de la juventud intelectual: la filosofía idealista, llamada también metafísica. Ésta no sólo estaba por encima de las divergencias coyunturales entre los jóvenes sino que los vinculaba con Sierra, un converso del positivismo, quien amparó administrativamente la carrea docente de Caso y la enalteció en términos filosóficos” (Quintanilla, 2009a: 15).

En medio de sus divagaciones filosóficas, y aprovechando el liderazgo que ganó en la docencia y en el estrado como orador, Caso tuvo la idea de conformar una asociación no escolar e independiente del gobierno: un ateneo para la juventud. La invitación para asistir a la instalación —y participar en esa asociación— fue firmada por Rafael López, Jesús Acevedo, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, además de Antonio Caso. De los 25 convocados la noche del 27 de octubre de 1909, sólo asistieron 12 al Salón de Actos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia: Carlos González Peña, Luis Castillo Ledón, Alfonso Cravioto, Manuel de la Parra, Emilio Valenzuela, Juan Palacios, Genaro Fernández Mac Gregor, Isidro Fabela, Guillermo Novoa, José Vasconcelos, Eduardo Pallares e Ignacio Bravo Betancourt. En esa última sesión fue elegida la mesa directiva de la agrupación con Caso como presidente, tesorero Bravo Betancourt y Henríquez Ureña fue el encargado de la secretaría. El nombramiento del tesorero causó cierto recelo en Henríquez Ureña, que veía en Bravo una mediocridad hábil, que triunfaba sobre talentos superiores por su capacidad para el trabajo y su deseo de ascender a toda costa. Sin embargo, aceptó la designación del abogado que era considerado líder entre sus compañeros porque Caso creía en él (Henríquez Ureña, 1989: 181-182). Esto muestra que Henríquez Ureña no tenía la última palabra en la asociación, sino que tuvo que someterse a la decisión del colectivo que tomó una forma distinta a los que había pertenecido en la Ciudad de México. No obstante se debe reconocer su influencia en la determinación de agruparse bajo este nuevo esquema en el que las determinaciones se harían de manera colegiada. La idea comenzó a germinar en el dominicano por lo menos desde 1907, cuando el grupo juvenil de intelectuales y artistas más brillantes de la América española, que tenía su sede en la capital mexicana, según opinión del poeta panameño Darío Herrera, apenas se estaba dando a conocer mientras que agrupaciones similares de otros países como Perú tenían ya una reputación hecha (Henríquez Ureña, 2013n: 288).

Después de hora y media de discusión en la que Caso expuso también los propósitos de fundar un ateneo y los fines intelectuales que caracterizan a una asociación de este tipo, los asistentes acordaron formar una comisión para redactar los estatutos, ante las protestas de José Vasconcelos, que proponía que no hubiera organización o que ésta fuera mínima. La comisión estuvo integrada por los firmantes de la invitación, además de Alfonso Cravioto, director de la extinta *Savia Moderna* y cómplice e impulsor de las

empresas culturales juveniles desde 1906. En la misma sesión del 27 de octubre de 1909, fue aprobada la creación de tres secciones: Literatura y Artes, Ciencias Sociales e Historia, y Filosofía (Familia Henríquez Ureña, 1996, T.I: 541-543). Si bien Henríquez Ureña no tomaría las decisiones unilateralmente en el ateneo, formó parte del grupo directivo de la asociación. Para Quintanilla (2008: 200), la repartición “de los cargos indica que el círculo de íntimos no estaba dispuesto a compartir la dirección del proyecto con nadie <<ajeno>>”.

La comisión redactó los estatutos de la agrupación una semana después de la instalación del Ateneo de la Juventud. Con fecha 3 de noviembre de 1909, Caso, Reyes, Henríquez Ureña, Cravioto, López y Acevedo elaboraron el proyecto con 31 artículos divididos en seis capítulos. El artículo 3 establecía que su objeto era trabajar en pro de la cultura intelectual y artística, y para ello, la asociación llevaría a cabo varias de las actividades que organizaban desde 1906: celebrar reuniones públicas para leer trabajos literarios, científicos y filosóficos; organizar discusiones públicas sobre temas escogidos por los socios; publicar una revista; celebrar otros actos y ejecutar trabajos cuya realización se discuta y apruebe previamente por los socios; establecer comunicaciones con individuos y sociedades, previa consulta y aprobación de la mayoría de los socios (García, 1992; 287-288). Los antecedentes de las dos primeras actividades están en la Sociedad de Conferencias y Conciertos de 1907. En cuanto a la publicación de la revista, puede datarse desde *Savia Moderna* de manera colectiva, e individualmente en varias otras como *Revista Moderna de México* y en la *Revista Contemporánea*. La propuesta de celebrar otros actos se deriva de dos manifestaciones públicas: la protesta literaria de 1907 y el desagravio de Barreda en 1908. Por último, en la comunicación con otros individuos y sociedades, se ve la mano de Pedro Henríquez Ureña, que en este asunto llevaba mucha ventaja sobre sus compañeros. Apenas unos meses antes había escrito a su paisano Federico García Godoy con motivo de la publicación de un libro de éste.

Otro de los destinatarios de las cartas de Henríquez Ureña en ese año fue Marcelino Menéndez y Pelayo, el escritor español miembro del Ateneo de Madrid, asociación que prestó un modelo de organización a la nueva agrupación juvenil mexicana tomó el modelo de organización. Mientras el Ateneo de Madrid

se identificaba con un espacio geográfico y cultural, la capital de España, y con año clave, 1908, el primero lo hacía con una etapa del desarrollo de las personas, de la sociedad y de la cultura: la juventud. Esta palabra representaba, a la vez, un ideal y una realidad: si se parte del hecho de que en México gobernaba una gerontocracia, todos los fundadores del Ateneo eran relativamente jóvenes; como tales, no admitían parentesco alguno con sus antecesores. Buscaban el relevo generacional y querían irrumpir en su entorno inmediato para dejar en él las <<señas de identidad>> (Quintanilla, 2009a: 17).

Fernando Curiel, además de señalar también el influjo del Ateneo de Madrid, reconoce dos antecesores nacionales, ambos con el nombre de Ateneo Mexicano, uno creado en 1840, otro en 1882, los dos con actividades en la capital del país. Respecto del adjetivo “juventud”, Curiel lo relaciona, al menos, con dos realidades que vivían en esa época los jóvenes intelectuales mexicanos: la lectura de *Ariel*, que José Enrique Rodó dedicó a la juventud de América, y la contraposición a la edad de quienes gobernaban el país, cuyo presidente recién había cumplido 79 años (1998: 231-245). La edad de los integrantes del Ateneo de la Juventud no pasaba de los 30 años. Todos conocían o tenían noción del Ateneo de Madrid porque su órgano de difusión, *Ateneo. Revista mensual ilustrada*, se anunciaba en una plana completa de la *Revista Moderna de México* como la publicación periódica más importante de España.

Quienes firmaron los estatutos del Ateneo de la Juventud fueron considerados miembros fundadores. Además de los asistentes a la sesión de instalación del 27 de octubre, según Alejandro Quijano, último secretario del Ateneo, son fundadores José María Lozano, Nemesio García Naranjo, Abel Salazar, Roberto Argüelles, Eduardo Colín, Eduardo Xicoy, Marcelino Dávalos, Francisco J. César, Enrique Escobar, Evaristo Araiza y Carlos Barajas (citado en Caso, 2000: 493-496). Esta lista deja fuera a Ricardo Gómez Robelo, miembro clave perteneciente al núcleo central y que aparece en la lista de invitados de Henríquez Ureña, y que en esos días vivía en Chilpancingo, Guerrero. Otras ausencias, como indica Susana Quintanilla, fueron Rubén Valenti y Eduardo Xicoy, que no aceptaron ser miembros, y Enrique Escobar, que fue borrado de la lista por no asistir (2008: 200). Ni en el proceso de estructuración del Ateneo, ni en su acta constitutiva, se

incluye el nombre de Martín Luis Guzmán, quien después de casarse viajó a Phoenix, Arizona, en agosto de 1909 para ocupar el puesto de escribiente en la legación de México por intermediación de su exprofesor, Victoriano Salado Álvarez.

El artículo 4 de los estatutos del Ateneo de la Juventud establecía que la asociación se reuniría una vez cada mes. La primera sesión, planeada para el sábado 13 de noviembre de 1909, no se efectuó porque los oradores no asistieron, por lo que Caso pareció dispuesto a no ocuparse de la agrupación y Henríquez Ureña presagió su rápida desaparición. Sin embargo, Caso no cejó en su iniciativa y logró que la velada se reprogramara para el lunes 29 de noviembre. En la reunión, Manuel de la Parra leyó un cuento de hadas y Alfonso Reyes un estudio sobre los poetas parnasianos que causó gran impresión entre los ateneístas –esta es la primera vez que Henríquez Ureña utiliza este adjetivo para referirse a sus compañeros (1989: 183-184). Varios de los objetivos que se propusieron en los estatutos del Ateneo de la Juventud no se realizaron, por ejemplo: no lograron publicar una revista como órgano de difusión, nunca conformaron una biblioteca y no obtuvieron un local propio para sus sesiones. Aun así, el Ateneo trascendería en la historia intelectual y de la cultura mexicana como una especie de agrupación literaria, cuyo nombre bautizó a toda una generación. Con la fundación del Ateneo, dirá María Rosa Uría Santos (1965: 2), coincidió una nueva orientación del pensamiento filosófico mexicano, con ansia de alcanzar su mayoría de edad, de conseguir su independencia respecto del pensamiento europeo.

La fundación del Ateneo de la Juventud pudo haber representado una pérdida de “poder” para Pedro Henríquez Ureña entre sus condiscípulos, pues como se ha visto, las actividades propuestas requerían la mayoría de votos para llevarse a cabo. Quizás esto no importaba mucho al dominicano en esos meses, ya que otros asuntos personales ocupaban su tiempo y pensamiento. El primero de ellos era su incorporación al grupo de trabajo que prepararía una antología del Centenario, con trabajos de poetas y prosistas mexicanos del siglo de la Independencia. Con esta oferta, que se concretó el 20 de noviembre de 1909, trabajaría el mismo número de horas que en *La Mexicana*, pero su labor sería verdaderamente literaria, se desharía de una oficina que lo enfermaba y podría ahorrar para viajar a Europa. El equipo para la antología estaba coordinado por Justo Sierra, dirigido por Luis G. Urbina, y como ayudantes Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel,

este último dizque era bibliófilo (Henríquez Ureña, 1989: 183). Este nuevo empleo le daba la posibilidad de cursar la carrera de abogado, pero tendría que esperar a que se abrieran las inscripciones del siguiente año.

Henríquez Ureña, igual que sus condiscípulos, estaba atento a los sucesos políticos que impregnaban el ambiente de la capital mexicana de incertidumbre y que tenía como una figura principal al padre de su mejor amigo Alfonso, el general Bernardo Reyes, que había declinado su postulación a la vicepresidencia de la república en favor de Ramón Corral, con lo que fortaleció las filas del antirreeleccionismo y obtuvo la antipatía de muchos de sus seguidores. En este periodo, Alfonso Reyes abandonó el mundo parnasiano y las reminiscencias clásicas para ir en busca de otras formas y manifestaciones poéticas que no resultaran imitaciones directas (Rangel, 2013: 112 y 114). En esta etapa es posible ubicar el inicio del proceso de maduración, no sólo en su expresión poética, sino en el sentido humano. En la mañana del día de la instalación del Ateneo de la Juventud, Reyes llamó por teléfono a Henríquez Ureña para informarle que el general Reyes había llegado de incógnito a la capital del país y que estaba escondido en la casa de su hermano Rodolfo. Después, el general se entrevistó con Porfirio Díaz y salió con destino desconocido. Lo cierto es que el presidente lo comisionó para viajar a Europa en una misión especial para informar sobre el sistema de reclutamiento militar que se utilizaba en aquellos países (Soto, 1979: 132). Alfonso tenía información más precisa: su padre iría a Francia, y él lo acompañaría en las vacaciones de la Escuela de Jurisprudencia (Henríquez Ureña, 1989: 180). Estos sucesos no impidieron que Alfonso Reyes se presentara en la noche a la reunión convocada por sus compañeros, probablemente convencido por Henríquez Ureña.

Octubre de 1909 puede establecerse como el mes decisivo en la formación de Henríquez Ureña por la experiencia que había acumulado y porque finalmente podría dedicarse a las letras. Un acontecimiento fundamental fue el envío a París del conjunto de artículos que conformarían su segundo libro, proyecto que comenzó a inquietarlo desde inicios de ese año. Derivado del intercambio epistolar que tenía con Francisco García Calderón, y de los trabajos que le enviaba, el escritor peruano que había viajado de Europa a Lima, le propuso intervenir con el escritor español Vicente Blasco Ibáñez, entonces en Argentina, para la publicación de un libro en la editorial Sempere, que publicó “un gran número de traducciones, muchas veces bastante descuidadas, de los pensadores

<<avanzados>> europeos del momentos [Darwin, Nietzsche], así como obras originales de los jóvenes literarios españoles y americanos” (Pérez, 1969: 552). Esta situación de la casa editorial confundió un poco a Henríquez Ureña, aunque aún no tenía preparado ningún material. Ideó, entonces, redactar un artículo largo sobre *La historia de las ideas estéticas* (1883), de Menéndez y Pelayo, y de *Historia de la crítica* (1900-1904), del inglés George Saintsbury. Este artículo llevaría el mismo nombre que el libro: *Crítica y estética*. En esta primera estructuración al vuelo sobre su libro, que compartió con su hermano Max, Pedro Henríquez Ureña pensó en retomar y “retocar” algunos artículos de su primer libro, *Ensayos críticos*, entre ellos los de Rubén Darío, José Joaquín Pérez, D’Annunzio, Shaw, la sociología de Hostos y Parsifal. La selección se completaría con algunos trabajos hechos en México entre 1906 y 1908 (Familia Henríquez Ureña, 1996, T.I.: 491-492).

El proyecto del segundo libro de Henríquez Ureña se mantuvo suspendido hasta mediados de junio, cuando reconoce la dificultad de estudiar ciertos asuntos en la América Española si no se tenía dinero. En una carta le dijo a Max que era imposible escribir artículos sobre historia de la crítica porque se necesitaban más libros de los que había en México. Se dedicó entonces a estudiar a Jesús y a Platón, aunque tampoco encontró material suficiente. Consideró incluir los seleccionados anteriormente y algunos textos de 1909 como “El verso endecasílabo”, “Nietzsche y el pragmatismo” y “Un libro sobre el feminismo”, además de uno de 1907, “Fernando A. Meriño”. Esta mezcla obligaba a cambiar el título del libro, pues ya no eran sólo artículos de crítica. La conformación inarmónica del libro, su extensión, que excedía por poco las 200 páginas, y la falta de críticas recientes para incorporar, lo hacían dudar de su publicación. Esta confusión ante un conjunto “tan raro” hizo que solicitara ayuda a Max para pensar en otro título que llamara la atención; si esto no se lograba, lo mejor sería que lo regalara a Sempere, aunque de todos modos necesitaba un buen título para asegurar su publicación (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I. :505).

Desde La Habana, Max atendió la petición de su hermano de una manera crítica, pero conciliadora a la vez. En una carta del 27 de junio de 1909 dice a Pedro: “Puede ser que se haga un buen libro de los artículos que me indicas. Aunque no me gustan los libros así, se publican muchos, por lo general inferiores a ese, y tienen éxito. Creo que el título insustituible es el mismo de *Marginalia*. Por lo menos es más general y es más llamativo”

(Vega, 2015: 227). Marginalia, plural de marginal, era el título de una sección que Pedro Henríquez Ureña tenía en la *Revista Moderna de México*, en la que incluía notas al margen, situación que molestaba a Alfonso Reyes, llegando incluso a tener un enfrentamiento epistolar en enero de 1908 por lo que Reyes calificó de “¡Perra costumbre!” de poner notas. Con estos antecedentes respecto de las Marginalia, era de suponer que ese título no sería aceptado por Henríquez Ureña para un libro, tampoco la manera en que Max le respondió.

El 7 de julio Pedro contestó a Max sobre el asunto del libro: “No entendiste mi pregunta sobre el título de mi libro. No quiero un título que brille por su propiedad, como dices sería el de Marginalia: ese estaría bien para la sección de marginales, pero los artículos sobre Darío, J.J. Pérez, Deligne, y Gabriel y Galán no son marginales” (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I.: 509). Lo que buscaba Henríquez Ureña era que el título incitara a leer el libro, algo distinto a “Estudios de crítica literaria”, “Ensayos críticos” o “Arte y literatura”; quería algo más concreto y animó a Max a seguir pensando en otro título, considerando la probabilidad de que el tomo se aumentara con artículos de filosofía, ya que planeaba escribir sobre las conferencias de Caso sobre el positivismo. Por último, concuerda con Max, y afirma que a él tampoco le gustaría publicar libros de artículos, pero no tenía hecho ningún libro completo y no quería dejar pasar tanto tiempo sin dar algo al público (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I.: 510).

Después de pasar por Nueva York y Londres, Francisco García Calderón llegó a París, y en julio de 1909 escribió a Henríquez Ureña ofreciéndole publicar su libro no en Sempere, sino en la editorial Ollendorf, ya que uno de los empleados de esta casa, el dominicano Lucas T. Gibbes, lo elogiaba. Henríquez Ureña prefería Sempere aunque no pagara por la obra, porque esa editorial le garantizaría la circulación por sus precios más baratos. Reconocía que por el momento, y con asuntos tan inconexos, no podían esperarse ganancias, lo que tenía que hacer era asegurar su distribución (Familia Henríquez Ureña, 1996, T. I: 516). Tanto Pedro como Max desconfiaban de Gibbes, egresado de la primera generación de la Normal de Santo Domingo, porque, decían, no tenía verdadera influencia en Ollendorf (Vega, 2015: 233). Al final, García Calderón arregló la publicación del segundo libro de Pedro Henríquez Ureña en la casa Ollendorf, sin que la editorial pagara, pero también sin cobrar nada al autor. Esta resolución, de principios de septiembre de

1909, aceleró la recopilación de los artículos y provocó, otra vez, el lamento del dominicano que sólo podía hacer, por el momento, libros de pedazos (Henríquez Ureña, 1989: 170).

El 25 de octubre siguiente, tras debates, jaloneos y desencuentros, Pedro le escribió a Max para informarle que ese día enviaría su libro a Europa, y añade: “Se titulará horas de estudio; en artículo previo explico que le doy el mismo sentido que <<Días alciónicos>>. Este título resultaba confuso para la ignorancia del público. Agregué otro artículo sobre Clyde Fitch, que hoy salió en <<Actualidades>>” (Familia Henríquez Ureña, 1996, T.I.: 536). Esta misma decisión de cambiar el nombre a su segunda obra desagradó a su primo Phocás, que desde Nueva York reprochó que haya cedido por una consideración como el desconocimiento del público del significado de los días alciónicos. Aún más, expone: “yo en tu lugar, hubiera insistido conmigo mismo en mantener el primero hermoso título a despecho de los ignorantes. Mejor, que busquen la significación i con eso deberán la enseñanza de algo que desconocían” (Vega, 2015: 246).

Horas de estudio fue publicado en París en 1910. Su estructura varía poco respecto de la que propuso a Max. Son cuatro las secciones en que dividió el tomo: I. Cuestiones filosóficas, en el que incluye las conferencias de Caso sobre el positivismo, el artículo sobre “Nietzsche y el pragmatismo”; II. Literatura española y americana, donde condensa escritos sobre José M. Gabriel y Galán, Rubén Darío y el verso endecasílabo; III. De mi patria, que contiene, entre otros, “La catedral” y la carta que envió a Federico García Godoy; IV. Varia, que sustituye a la sección de Marginalia, que incluye los escritos más pequeños y con temas distintos a los de las secciones precedentes. Aquí destacan “El espíritu platónico”, “Conferencias” y “La moda griega”, que son trabajos representativos del pensamiento y de las actividades que tuvo en México de 1906 a 1909.

Desde un punto de vista autobiográfico, es importante resaltar que en una especie de nota introductoria, fuera de las secciones, Henríquez Ureña incorporó con el título “Días alciónicos” el texto que con el mismo nombre dedicó en 1908 a Caso y Reyes, y como segunda parte de ese pórtico del tomo, anexó una dedicatoria a Leonor Feltz, la amiga dominicana que sustituyó a su madre en la guía intelectual y literaria en Santo Domingo durante los últimos años del siglo XIX. En la nota-dedicatoria deja ver que a pesar del tiempo y la distancia recorrida, no tenía nublada la memoria de los viejos días.

Aunque reconocía que Feltz no era la única influencia, afirmaba que ella supo orientar sus aficiones en la adolescencia, una época decisiva para él. En Estados Unidos, Cuba y México, estas dos últimas tierras semejantes a la suya, tuvo que madurar hacia una juventud trabajosa; ahora tener todas las horas para el estudio, ahora que sólo podía dedicar para éste unas cuantas: las horas tranquilas, los días serenos y claros, los *días alcióneos* (Henríquez Ureña, 1960: 50-51).

Además de la dedicatoria del libro a Feltz, la segunda parte de “Días alcióneos” representa una carta de presentación para quienes no lo conocían ni sabían de dónde venía. Es también una declaración de independencia literaria que tuvo raíces europeas —inglesa, francesa y española— y una confirmación de la búsqueda de temas nuevos, que se refleja en sus estudios filosóficos de la época, principalmente del pragmatismo. *Horas de estudio* tendría una recepción muy favorable en distintos países. Casi un año después, en España, Marcelino Menéndez y Pelayo escribió a Henríquez Ureña para agradecer el envío de un ejemplar y, aunque no concordaba con todas las ideas filosóficas ni con algunas de las apreciaciones literarias, reconocía la sinceridad de pensamiento y la sobria escritura, características que echaba de menos en la entonces actual generación literaria; con esto, el escritor español comprobó que el autor dominicano tenía una exquisita educación intelectual, que comenzó desde la infancia y se robusteció con el trato de los mejores libros (Roggiano, 1989: 136-137).

El envío de *Horas de estudio* para su publicación, así como la selección de artículos que lo conformaron, sirve como referencia para ubicar el inicio de una etapa de madurez en la vida de Pedro Henríquez Ureña respecto del resto de sus compañeros, ahora ateneístas. Incluso, la publicación del libro era necesaria para que no pasara tanto tiempo sin dar material al público y para seguir tomando ventaja respecto del grupo central del Ateneo de la Juventud. Quizás ellos eran licenciados o estudiaban derecho; tal vez trabajaban en el gobierno o vivían de sus herencias, pero ninguno tenía un libro publicado. Henríquez Ureña pronto tendría dos; tendría también prestigio al mismo tiempo que se forjaba un nombre en la literatura de la América Hispánica. El medio en el que se desarrolló en México y las relaciones personales que logró sostener lo incentivaron para reforzar la idea que tenía sobre su futuro desde la infancia: dedicarse a las letras.

Comentarios finales

El análisis de la vida de Pedro Henríquez Ureña durante sus primeros años permitió conocer los orígenes de su vocación. Los vaticinios de su madre sobre el destino de estudio que le deparaba fueron cumplidos. Varios factores influyeron para que el dominicano siguiera el camino literario de Salomé Ureña y desobedeciera la determinación de su padre para convertirse en abogado y ejercer esa profesión, entre estos destacan su particular aptitud para los estudios y capacidad autodidacta desde pequeño para emprender investigaciones sobre historia de la literatura en un país que estaba en busca de una identidad literaria después de emerger de conflictos armados y sociales que lo mantuvieron a la zaga de los principales movimientos culturales y artísticos de América y el mundo.

Este trabajo muestra la importancia que tiene la geografía para el desarrollo de una personalidad como la que se forjó Pedro Henríquez Ureña. Difícilmente hubiera podido trascender a los niveles en los que se le conoce si hubiera permanecido en Santo Domingo. Para Durán (1992), en los primeros años de vida de Henríquez Ureña, República Dominicana luchaba por realizar una verdadera conformación nacional; sin embargo, resalta el proceso que hacía coincidir en las Antillas españolas los síntomas de los cambios que se producían en Hispanoamérica que generaban un pensamiento renovado y continental. Es en ese medio geográfico e histórico donde el dominicano vivió sus primeros años que pueden sentar las bases de su pensamiento y orientación moral.

Las etapas fundacionales de los Estados Nacionales en América coinciden con las características de la situación histórica de República Dominicana en las décadas del 70 y 80 del siglo XIX. Durán (1992) afirma que estas circunstancias hicieron creer a Salomé Ureña, quizás derivado del conocimiento de la obra de Andrés Bello, que las nociones clave del progreso eran la educación, la armonía entre los pueblos, los ideales en la virtud y la razón, así como el ansia de perfección para el hombre y la nación dominicana. El inicio de la formación de Henríquez Ureña está en su hogar y fue cimentada por la labor paciente de la educación materna, lo cual excede a la poesía y “se convierte en la tradición

oral de una cultura y educación que habrían de asegurar las firmes raíces del conocimiento del conocimiento de Henríquez Ureña...” (Durán, 1992: 13).

Francisco Henríquez y Carvajal estaba consciente del atraso de República Dominicana respecto del resto de los países de América, por lo que decidió su hijo Pedro, que no fue a una institución educativa sino hasta los 15 años de edad, continuara su formación en un ambiente “civilizado”. Sin embargo, su estancia en República Dominicana representa el punto de partida para su afición, no sólo por ser el lugar inicial, sino porque desde allí tuvo una visión periférica de los principales autores clásicos y contemporáneos que definieron los intereses literarios que lo caracterizaron durante el resto de su vida: la vindicación del hispanoamericanismo, el rescate de la herencia española y la búsqueda de lo clásico en las nuevas corrientes de la época.

El ambiente cultural caribeño privilegiado en el que creció Pedro Henríquez Ureña marcó otra de las características geográficas y temporales que lo definieron. En su casa y en la de las hermanas Feltz confluyeron algunos de los más importantes pensadores antillanos, como José Martí, Eugenio María de Hostos, Román Baldorioty, Federico Henríquez y Carvajal, Américo Lugo y Emilio Prud'homme, entre otros. Sus balbuceos literarios se dieron en su propia tierra, alentado por su padre y sus familiares, quienes también veían en él un escritor en potencia. En Santo Domingo se asumió como el guía de sus hermanos, incluyendo a Fran, el mayor; este carácter no lo perderá en adelante. Tuvo también el primer y más duradero ejemplo: su madre, cuyo recuerdo lo acompañó desde que murió en 1897. En su país se generó en él cierto rencor hacia su padre por haber contraído nupcias con la joven que cuidó a Salomé Ureña durante su agonía. Este hecho puede explicar la conducta fría y el alejamiento de Henríquez Ureña hacia don Francisco en los años posteriores, sin que esto demerite el respeto que siempre tuvo hacia él.

La permanencia en Estados Unidos expandió su visión artística y literaria, pero también lo situó en los dilemas de una vida de carencia. En aquel país estuvo al corriente de las corrientes intelectuales y filosóficas vigentes, pero al mismo tiempo sufrió los avatares del clima y la soledad que lo llevaron a sentir nostalgia por su territorio tropical, pero no por la compañía de sus coterráneos. Su deseo era destacar en un medio que consideró superior y a la vanguardia; sin embargo, los medios económicos escasearon por

las actividades políticas de su padre, por lo que dejó de lado por un tiempo su vocación para preocuparse por la subsistencia.

Pedro Henríquez Ureña estuvo en Nueva York entre los 16 y 19 años de edad. Perfeccionó el dominio del idioma inglés y se relacionó con figuras políticas dominicanas que estaban exiliadas debido a la situación que privaba en su país por el derrocamiento de Juan Isidro Jimenes, aliado de su padre. Sin alejarse del todo de las pretensiones intelectuales, Henríquez Ureña consiguió un trabajo por primera vez en una fábrica con jornadas de poco más de diez horas que lo dejaron cansado físicamente y fatigado del espíritu. Sin embargo, la enseñanza más grande que obtuvo fue tomar conciencia de los conflictos políticos que tenía Estados Unidos con los países latinoamericanos y el papel que jugaba su padre en la relación de República Dominicana con los norteamericanos. Este hecho influyó en su cambio de postura respecto de la literatura anglosajona, que si bien seguirá siendo referente en su obra, se inclinará desde entonces por la defensa y empoderamiento de las letras hispánicas, particularmente de las generadas en el continente americano.

Queda como una línea abierta para próximas investigaciones el contacto inicial de Pedro Henríquez Ureña con el periodismo moderno en los Estados Unidos de principios del siglo XX. Durante su estadía en Nueva York se aprecia un cambio en los temas de su interés que derivan en la escritura de artículos con las características del periodismo que se practicaba en los diarios norteamericanos y que se fundamentaban en la atención a los detalles y en la narración del quién, qué, cómo y cuándo, elementos con los que, según Pete Hamill (2007), se intentaba dar respuesta a la pregunta ¿por qué? Basta revisar sus artículos de esta época, todos publicados en Cuba y República Dominicana, para presumir una continuidad a partir de entonces en su escritura, no sólo periodística, sino crítica y ensayística.

La breve estancia de Henríquez Ureña en Cuba, que inició en 1904 y concluyó en 1906, es fundamental para comprender su proceso formativo porque ahí combina el trabajo intelectual con un empleo de oficinista para sobrevivir, debido a que no podía regresar a República Dominicana, que estaba dominada por los enemigos políticos de su padre. Cuba acababa de salir de una guerra independentista y estaba ocupada militarmente por los Estados Unidos. En La Habana tuvo mayores problemas para dedicarse a la

literatura que en Santo Domingo y Nueva York, y no encontró personas para relacionarse intelectualmente. Esto da más valor al medio que halló para mantenerse activo en el ejercicio de su vocación. Poco a poco dejó la poesía y se enfocó en el análisis de las circunstancias del continente a través del ensayo. Junto con su hermano Max echó a andar proyectos periodísticos e invitó a distintas figuras para que participaran con ellos, lo que marca el inicio del establecimiento de redes intelectuales que lo caracterizará en su vida futura.

Los artículos “cubanos” que escribió en prosa trataron sobre crítica, otro de los sellos distintivos en su obra. Los temas eran literarios y artísticos, con raíces culturales, sociales y políticas. Hacía juicios no sólo de las obras, sino de la personalidad de los autores para determinar el nivel de avance de la sociedad a la que pertenecían, otro rasgo de su personalidad que fue forjado en la mayor de las islas antillanas. Por último, un método que le dio frutos para relacionarse con escritores de diferentes latitudes fue la reseña de sus libros, como en el caso del uruguayo José Enrique Rodó, a quien le envió su crítica sobre *Ariel* donde le cuestiona ciertos temores detectados en el texto. El autor respondió agradecido y reconoció en Henríquez Ureña, entonces de 20 años de edad, a un verdadero escritor y una promesa en la crítica de Latinoamérica. El estrecho panorama intelectual cubano de inicios del siglo XX, según Henríquez Ureña, lo hizo huir de la isla y de la potestad paterna.

El joven dominicano llegó a México en busca de progreso e independencia y con un libro publicado, algo que muy pocos autores con 21 años de edad podían presumir; no sólo eso, su obra inaugural había sido muy bien recibida por literatos como Francisco García Calderón, Enrique José Varona, José Santos Chocano y Ricardo Palma. Su prestigio como joven literato antecedió su llegada a la capital mexicana y de él se valió para relacionarse con la élite juvenil que intentaba congregarse en torno de figuras tutelares como Justo Sierra. Aquí sirvió su experiencia en la conformación de grupos literarios, como la modesta Sociedad Siglo Veinte en Puerto Plata, cuyos únicos integrantes eran sus hermanos y sus padres, para reunir a quienes consideró lo más selecto de la juventud literaria.

En la última etapa estudiada en este trabajo, Henríquez Ureña desarrolla una ardua labor para lograr el objetivo que muchos vislumbraron para él desde su infancia y

adolescencia: convertirse en un hombre de letras. Buscaba madurar no sólo en el aspecto físico, cuyo final evolutivo llegaba a los 23 años de edad, según William James, sino en los aspectos mental y moral. Los obstáculos de su estancia en México lo fortalecieron para sobresalir entre los compañeros de su edad, y aun entre aquellos mayores que lo respetaron por su disciplina, rigor, pero sobre todo por el conocimiento que mostraba respecto de las corrientes literarias y filosóficas clásicas y de su época. El principal obstáculo era, como en Estados Unidos, su condición de extranjero, llevar en su tipo físico la declaración de pertenecer a un pueblo y raza extraño e inferior. Esto era compensado por las muestras de simpatía que recibía de las personas “cultas” (Reyes-Henríquez Ureña, 1986: 111).

En México, durante el periodo de 1906 a 1909, Henríquez Ureña no logró inscribirse a una escuela para continuar sus estudios de Derecho, como deseaba su padre, pero fue testigo de la titulación de varios amigos suyos en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, como Antonio Caso e Isidro Fabela. Igual que en Nueva York y La Habana, en la Ciudad de México tuvo que tomar empleos que no le dejaban tiempo para los estudios, y esto le ayudó a seguir forjándose en el carácter del trabajo y la responsabilidad. En esta capital, a donde llegó sin tener lazos con nada ni con nadie, recuperó a los autores clásicos en compañía de un grupo minúsculo de amigos, entre los que destaca Alfonso Reyes; con Antonio Caso y Rubén Valenti modificó sus ideas en el orden filosófico. Estos sucesos fueron señalados por el dominicano como determinantes para sus gustos e intereses intelectuales. A diferencia de otros acontecimientos fundamentales que Henríquez Ureña señala dentro su formación, y que se dieron en la lectura solitaria en República Dominicana durante su infancia y adolescencia, el suceso en México ocurrió en compañía de otros jóvenes que como él buscaban nuevos caminos de expresión literaria y filosófica a partir del estudio minucioso de los clásicos y del retorno a los griegos. Con Reyes y Caso declaró su filiación helenista y en ese camino forjó y cimentó su amistad.

La permanencia de Henríquez Ureña en México estuvo marcada por problemas laborales y económicos, incompatibilidades políticas y presiones familiares, sin embargo esto no influyó en su determinación de ser un hombre de letras y de poner en el mapa intelectual a su pequeña isla. En este empeño la modestia no era una de sus virtudes, sobre todo al compararse con sus compañeros de generación, como en 1908 cuando pensó que

debía ser el único individuo de razón en el círculo que formó con sus amigos de la Sociedad de Conferencias, derivado del hallazgo de la explicación de sus ideas en el antiintelectualismo, filosofía que niega la preeminencia de la razón en el hombre y el valor de la ciencia. Esta doctrina estaba en auge y fue iniciada por Arthur Schopenhauer y continuada por Henri Bergson. Se proponía para sustituir al positivismo que había imperado en México durante el porfiriato: su concepto era que dado que la inteligencia no prevalecía, deberían tratar de que predominara.

Después de 1909, el pensamiento de Henríquez Ureña evolucionará y se reafirmará en lo que muchos investigadores han coincidido: un hispanoamericanismo en el que buscaría características propias, pero sin desligarlo de la herencia española. En este trabajo se han mostrado los inicios de su pensamiento, sus influencias, lecturas, compañeros, adversarios y el proceso de su formación con nuevos elementos que lo exponen como una persona de su época, sin velos ni máscaras. Además, se ha señalado la relación entre intelectualidad y la generación de Estados-Naciones en las Antillas de finales del siglo XIX y principios del XX, principalmente en la búsqueda de una literatura y cultura nacionales, debido a sus independencias recientes de España y Estados Unidos.

Queda por estudiar con mayor profundidad el papel de Pedro Henríquez Ureña como incitador de la formación entre pares fuera de la educación oficial mexicana, así como analizar su tránsito de literato a primer humanista en México que requería una nueva universidad en el país. Este último asunto lo consideró de índole práctico en una carta a Alfonso Reyes, que esperaba viajar a los Estados Unidos para estudiar humanidades. En la misiva advirtió a su amigo que esos estudios le serían útiles en México, pues en un lustro tendría que haberse fundado la universidad con profesores bien pagados. Terminó este mensaje de febrero de 1908 señalando: “a fin de cuentas, si no la fundan, la fundamos” (Reyes-Henríquez Ureña, 1986: 81). Un mes después, en el homenaje a Gabino Barreda, Henríquez Ureña declamó un discurso en el que reconoció la labor educativa del pedagogo poblano, pero también anunció que el positivismo sería sustituido por “las saludables enseñanzas de la discusión filosófica contemporánea, la victoriosa pedagogía individualista de Ellen Key, cuando hayáis visto la cultura superior fundar su asiento en la Universidad y trabajéis para redimir de su secular ignorancia a la ingente muchedumbre...” (Henríquez Ureña, 2013r: 229). José Luis Martínez (1986) afirma que

la profecía de Henríquez Ureña respecto de la universidad es singular, sin embargo, más que un augurio, el dominicano la consideraba una necesidad para el desarrollo de la educación nacional, donde tenían que converger la ciencia y las humanidades.

En los estudios como el que se presenta en esta tesis es importante considerar todos los elementos que intervienen en la conformación del carácter de las personas, de ahí la importancia de señalar que durante este periodo Henríquez Ureña fue testigo de conflictos que influyeron en su perspectiva social, política y cultural. En República Dominicana padeció de cerca los golpes de estado que dejaron a su padre sin empleo y en el exilio; en Cuba estuvo bajo la mira de la ocupación estadounidense; y en México vivió el proceso prerrevolucionario al lado del hijo de uno de las principales figuras que contendían por un cambio en el gobierno, el general Bernardo Reyes. Quizás estas circunstancias le dieron una visión distinta del uso del poder generado por el conocimiento, y tal vez de ahí se deriva su admiración al pragmatismo de William James.

En octubre de 1909, fecha que marca el fin de esta investigación, Pedro Henríquez Ureña afirmó que su vida era otra en comparación con la adolescencia entusiasta donde privó el culto de lo intelectual, que desapareció para dar paso a la juventud trabajosa, empeñada en vencer las presiones del ambiente y las barreras que limitan la aspiración ansiosa. Reconoce que su época infantil en Santo Domingo fue decisiva, cuando tenía todas las horas para el estudio, y que ahora sólo podía salvar para este los días serenos y claros. Su idea era seguir trabajando por su país, cuyo malestar crónico lo obligó a buscar aires más puros en México.

Fuentes consultadas

Aguilar Casas, Elsa Verónica (2010) “Nemesio García Naranjo”, en *Diccionario de la Revolución mexicana*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 550-553.

Alarcón, Edynson (2003) *Hostos en el Caribe de hoy*, Secretaría de Estado de Educación, Santo Domingo.

Alfonseca Giner de los Ríos, Juan B. (2018) “De la escuela aposento a la escuela <<Presidente Trujillo>>. Transformaciones espaciales y generalógicas en la escuela rural dominicana, 1844-1944”, en *Historia y Memoria de la Educación*, 7 (2018): 107-151, disponible en file:///C:/Users/Posgrado%2011/Downloads/18726-41995-1-PB.pdf (6 abril 2019).

Álvarez, Amalia (1974) “Poesía y estilo de Miguel Ángel Osorio (Maín Ximénez, Ricardo Arenales, Porfirio Barba-Jabob)”, A dissertation presented to the graduate council of the University of Florida in partial Fulfillment of the requirements for the degree of Doctor of Philosophy, University of Florida.

Alvear Acevedo, Carlos (1959) *Elementos de historia de México (época independiente)*, Editorial Jus, México.

Audi, Robert (2004) *Diccionario Akal de Filosofía*, Tr. Huberto Marraud y Enrique Alonso, Ediciones Akal, Madrid.

Barrena, Sara (2014) “El pragmatismo”, en revista *Factótum*, Número 12, Universidad de Navarra, España. pp. 1-18.

Biagini, Hugo E. (2013) “El discurso juvenilista y la impronta roigiana”, en *Horizontes filosóficos*, Núm. 3, pp. 57-78.

Biblioteca virtual Menéndez Pelayo (s.f.) “Carta de Pedro Henríquez Ureña a Marcelino Menéndez Pelayo, 28 abril 1909”, disponible en <<http://www.larramendi.es/menendezpelayo/es/corpus/unidad.do?idCorpus=1002&idUnidad=162239&posicion=1>> (29 mayo 2018).

Brea del Castillo, Ramonina (2007) “Presentación”, en Eugenio María de Hostos, *La educación científica de la mujer*, Archivo General de la Nación, Santo Domingo, pp. 9-43.

Brunner, José Joaquín y Flisfisch, Ángel (1983) *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Santiago de Chile.

Campos, Rubén M. (1996) *El bar. La vida literaria de México en 1900*, prólogo de Serge I. Zaitzeff, UNAM, México.

Capote Cruz, Zaida (2007) “Páginas salvadas”, en *Revista Casa de las Américas*, Núm. 247, abril-junio de 2007, pp. 103-016.

Carballo, Emmanuel (1986) *Protagonistas de la literatura mexicana*, Secretaría de Educación Pública, México.

Caso, Antonio y otros (2000) *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. Prólogo, notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna, seguido de anejo documental de Fernando Curiel Defossé, Universidad Nacional Autónoma de México.

Castañón, Adolfo (2012) *Alfonso Reyes: caballero de la voz errante*, Universidad Autónoma de Nuevo León, México.

Costa, Analía (2017) “La afición a Grecia de Pedro Henríquez Ureña y el nacimiento de Dioniso en México a comienzos del siglo XX”, en *Pervivencia del mundo clásico en la literatura: tradición y relecturas*, Imprensa da Universidade de Coimbra, pp. 195-200).

Clark de Lara, Belem (2001) “Una crónica de las polémicas modernistas”, en *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, El Colegio de México, México, pp. 61-83.

Clark de Lara, Belem y Fernando Curiel Defossé (2002) “Suscriptores y los demás. La sociedad que leía la Revista Moderna de México”, en *Revista Moderna de México. II Contexto*, México, UNAM, pp. 9-31.

Cockcroft, James D. (1971) *Precursores intelectuales de la Revolución mexicana*, Siglo XXI, México.

Curiel Defossé, Fernando (2001) *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

_____ (2001b) “Tres algaradas estudiantiles”, en *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, El Colegio de México, México, pp. 673-691.

De la Torre Molina, Carolina (2006) “El pensamiento psicológico de don Eugenio María de Hostos”, *Revista Puertorriqueña de Psicología*, vol. 17, pp. 24-41, disponible en <<http://www.redalyc.org/pdf/2332/233222863004.pdf>> (4 febrero 2017).

Durán, Carmen (2010) *Historia e ideología: mujeres dominicanas, 1880-1950*, Archivo General de la Nación, República Dominicana.

Durán, Diony (1992) *La flecha de anhelo*, Comisión Organizadora Permanente de la Feria Nacional del Libro, Santo Domingo.

_____ (1995) “Pedro Henríquez Ureña y el modernismo”, en *Universidad de México. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*, Núm. 530, pp. 22-23, Marzo de 1995.

El Diario (1906) “Con el deseo de una competencia de trabajo viene “El Diario”, en pro de la patria y de la sociedad”, en *El Diario*, sábado 13 de noviembre de 1906, primera plana.

_____ (1907) “La cuarta velada de la Sociedad de Conferencias”, en *El Diario*, viernes 2 de julio de 1907, p. 4.

_____ (1907a) “Sociedad de Conferencias”, en *El Diario*, martes 28 de mayo de 1907.

_____ (1907b) “La última conferencia en el Casino de Santa María”, en *El Diario*, jueves 15 de agosto de 1907.

El Imparcial (1906) “El Centenario de Stuart Mill. La velada organizada por los estudiantes. Asiste el Sr. Presidente de la República”, en *El Imparcial*, lunes 21 de mayo de 1906, primera plana.

_____ (1906a) “Apertura de la exposición artística. Asiste el Subsecretario de Instrucción”, en *El Imparcial*, martes 8 de mayo de 1906, p. 2.

_____ (1906b) “Henrik Ibsen”, en *El Imparcial*, miércoles 30 de mayo de 1906, p. 6.

_____ (1906c) “Manifestación de estudiantes. Velada artística en el teatro Arbeu”, en *El Imparcial*, jueves 18 de abril de 1907, p. 2.

Enciclopedia de la Literatura en México (2017) “Revista Moderna. Literaria y artística [en 1898], Revista Moderna. Arte y ciencia [de 1899 a 1903]”, México, Secretaría de Cultura, disponible en <<http://elem.mx/obra/datos/2780>> (3 noviembre 2017).

Familia Henríquez Ureña (1996) *Epistolario*, dos tomos, Edición, notas, diseño e índices de Arístides Incháustegui y Blanca Delgado Malagón, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, Santo Domingo, República Dominicana.

Fiallo Billini, José Antione y Alejandrina Germán de Sosa (1999) *La formación de maestros y maestras en República Dominicana. Una reflexión sobre los saberes en una perspectiva histórica*, Instituto Tecnológico de Santo Domingo, Santo Domingo.

Gallego Cosme, Mario J. (2014) “Contexto histórico e internacional de las relaciones diplomáticas de la República Dominicana con España durante la segunda mitad del siglo XIX”, en *Revista Electrónica Iberoamericana*, volumen 8, N° 2, pp. 90-110, disponible en <http://www.urjc.es/images/ceib/revista_electronica/REIB_vol_8_2014_2_completo.pdf> (6 abril 2017).

Garciadiego, Javier (2000) “Tres asedios a Vasconcelos”, en *Ulises criollo*, edición crítica de Claude Fell, ALLCA XX, Madrid, México, pp. 613-630

_____ (2002) “La modernización de la política”, en *Revista Moderna de México. II Contexto*, México, UNAM, pp. 33-47.

García Morales, Alfonso (1992) *Literatura y pensamiento hispánico de fin de siglo: Clarín y Rodó*, Secretariado de Publicaciones: Universidad de Sevilla, España.

_____ (2002) *El Ateneo de México (1906-1914). Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, España.

_____ (2010) “Últimas batallas sobre el modernismo: la segunda <<Revista Azul>> de México”, en Biblioteca Virtual Universal, Editorial del Cardo, disponible en <<http://www.biblioteca.org.ar/libros/156759.pdf>> (29 enero 2018).

González, Luis (1976) “El liberalismo triunfante”, en *Historia general de México*, tomo 2, El Colegio de México, México, pp. 897-1015.

González, Nurys del Carmen (2004), “Análisis situacional de las instituciones de educación superior que forman docentes en República Dominicana”, Secretaría de Estado de Educación Superior, Ciencia y Tecnología-Instituto Internacional para la Educación Superior en América Latina y el Caribe/Unesco, documento pdf disponible en: <https://www.oei.es/historico/docentes/info_pais/informe_formacion_docente_dominicana_iesalc.pdf> (1 febrero 2017).

González Peña, Carlos (1910) “Pedro Henríquez Ureña”, en *El Mundo Ilustrado*, Núm. 29, 13 de noviembre de 1910, p. 18.

González, Raymundo (2007) “Introducción”, en *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana, Tomo I*, Academia Dominicana de la Historia-Archivo General de la Nación, Santo Domingo, 1-33

González, Sarah y otros (2013) “Informe de formación inicial y continua de profesores de matemática: República Dominicana”, en *Cuadernos de Investigación y Formación en Educación Matemática*, Año 8, especial noviembre 2013, Costa Rica, pp.51-87.

Granda, Germán de (1993) “Un caso de planeamiento lingüístico frustrado en el Caribe hispánico: Santo Domingo, 1822-1844”, en *Boletín de Filología de la Universidad de Chile*, volumen 34, N° 1, pp. 187-225, disponible en <<http://www.boletinfilologia.uchile.cl/index.php/BDF/article/viewFile/18992/20120>> (5 abril 2017).

Grovas Hajj, Víctor (2008) *Ibsen a la mexicana. O de cómo recibió nuestro país al dramaturgo más representado después de Skakespeare*, Fontamara, México.

Guadarrama González, Pablo (2004) “Hostos y el positivismo sui Generis Latinoamericano”, *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, vol. 6, núm. 6, pp. 209-234, disponible en <<http://www.redalyc.org/pdf/869/86900612.pdf>> (4 febrero 2017).

Gutiérrez Girardot, Rafael (1990) *La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*, University of Maryland, College Park.

Guzmán, Martín Luis y Alfonso Reyes (1991) *Medias palabras. Correspondencia 1913-1959*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Hamill, Pete (2007) “Del periodismo estadounidense”, *Letras Libres*, Núm 71, agosto 2007, disponible en < <https://www.letraslibres.com/mexico-espana/del-periodismo-estadounidense>> (30 mayo 2019).

Henríquez, Enrique Apolinar (2008) “Reminiscencias y evocaciones”, en *Biografías y evocaciones*, Colección pensamiento dominicano, volumen III, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Santo Domingo, pp. 545-675.

Henríquez Ureña, Camila (1992) *Estudios y conferencias*, Editorial Letras Cubanas, La Habana.

_____ (2006) *Las ideas pedagógicas de Hostos*, Ediciones Cielo Naranja, Santo Domingo, disponible en < <http://www.cielonaranja.com/hostoscamila.pdf>> (7 febrero 2017).

Henríquez Ureña, Max (1954) *Breve historia del modernismo*, Fondo de Cultura Económica, México.

_____ (1965) *Panorama histórico de la literatura dominicana*, Editorial Librería Dominicana, Santo Domingo.

_____ (1969) “Prólogo. Hermano y maestro (Recuerdos de infancia y juventud)”, en Pedro Henríquez Ureña, *Universidad y educación*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 10-41.

_____ (2016) (e. o. 1988) *Mi padre. Perfil biográfico de Francisco Henríquez y Carvajal*, edición de Miguel D. Mena, Ediciones Cielo Naranja, Santo Domingo-Berlín.

Henríquez Ureña, Pedro (1907) “Marginalia. José Enrique Rodó”, en *Revista Moderna de México*, diciembre de 1907, pp. 240-242.

_____ (1908) “Días alcióneos”, en *Revista Moderna de México*, enero de 1908, pp. 269-270.

_____ (1908a) “Las corrientes filosóficas en la América Latina por Francisco García Calderón. Memoria presentada al Congreso de Filosofía de Heidelberg, celebrado en septiembre de 1908, y publicada en la “Revue de metaphysique et de morale de Paris. Traducción anotada para “Revista Moderna por P. H. U.””, en *Revista Moderna de México*, noviembre de 1908, pp. 150-156.

_____ (1909) “El nacimiento de Dionisos. Esbozo trágico a la manera antigua”, en *Revista Moderna de México*, enero de 1909, pp. 259-269.

_____ (1909a) “Un libro sobre el feminismo”, en *Revista Moderna de México*, junio de 1909, pp. 239-245.

_____ (1909b) “Conferencias sobre el positivismo”, en *Revista Moderna de México*, julio de 1909, pp. 301-310.

_____ (1949) *Poesías juveniles*, colección de Emilio Rodríguez Demorizi, Ediciones Espiral, Colombia.

_____ (1960) *Obra crítica*, Fondo de Cultura Económica, México.

_____ (1976) *Obras completas, Tomo I (1899-1909)*, Selección y prólogo de Juan Jacobo de Lara, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo.

_____ (1984) *Estudios mexicanos*, Fondo de Cultura Económica, México.

_____ (1989) *Memorias. Diario*, Introducción y notas por Enrique Zuleta Álvarez, Academia Argentina de Letras, Buenos Aires.

_____ (2000) “La Revolución y la cultura en México”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, UNAM, México, pp. 145-152.

_____ (2000a) “La obra de José Enrique Rodó”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, UNAM, pp. 57-67.

_____ (2003) *Obras completas, Tomo III, Estudios métricos*, Editora Universal, Santo Domingo.

_____ (2013) “Crónica Neoyorkina en Metropolitan Opera House”, en *Obras completas*, Tomo 3, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 173-175.

_____ (2013a) “La profanación de Parsifal”, en *Obras completas*, Tomo 2, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 66-69.

_____ (2013b) “Belkiss”, en *Obras completas*, Tomo 2, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 237-239.

_____ (2013c) “El verdadero Ibsen (del inglés)”, en *Obras completas*, Tomo I, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 308-310.

_____ (2013d) “Literatura Norteamericana”, en *Obras completas*, Tomo 2, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 246-250.

_____ (2013e) “Reflorescencia”, en *Obras completas*, Tomo 2, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 262-264.

_____ (2013f) “Juan Guerra Núñez”, en *Obras completas*, Tomo 2, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 275-277.

_____ (2013g) “Educación científica”, en *Obras completas*, Tomo 2, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 290-294.

_____ (2013h) “Cuba (notas de psicología literaria)”, en *Obras completas*, Tomo 2, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 295-301.

_____ (2013i) “Ariel”, en *Obras completas*, Tomo 2, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 37-43.

_____ (2013j) “Sociología”, en *Obras completas*, Tomo 2, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 44-57.

_____ (2013k) “Impresiones de la semana”, en *Obras completas*, Tomo 3, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 247-249.

_____ (2013l) “Edith Wharton”, en *Obras completas*, Tomo 3, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 327-330.

_____ (2013m) “Nueva antología”, en *Obras completas*, Tomo 2, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 333-337.

_____ (2013n) “Conferencias y tés. Carta a Enrique Ap. Henríquez”, en *Obras completas*, Tomo 3, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 288-291.

_____ (2013ñ) “Genus platonis”, en *Obras completas*, Tomo 2, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 386-393.

_____ (2013o) “Ariel. Nota a la edición mexicana”, en *Obras completas*, Tomo 2, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 364-365.

_____ (2013p) “Crónica de Nueva York”, en *Obras completas*, Tomo 6, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 248-251.

_____ (2013q) “Jane Austen. La escritora femenina por excelencia”, en *Obras completas*, Tomo 3, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 293-297.

_____ (2013r) “Barreda”, en *Obras completas*, Tomo 3, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 227-229.

_____ (2015) “Las corrientes literarias en la América Hispánica”, en *Obras completas*, Tomo 13, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 13-285.

_____ (2015a) “Dos momentos en la historia cultural de Santo Domingo”, en *Obras completas*, Tomo 14, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 55-69.

_____ (2015b) “La República Dominicana desde 1873 hasta nuestros días”, en *Obras completas*, Tomo 11, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 337-350.

_____ (2015c) “Literatura de Santo Domingo”, en *Obras completas*, Tomo 14, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 13-22.

_____ (2015d) “Dos vidas: Ibsen y Tolstoy”, en *Obras completas*, Tomo 9, Editora Nacional, Santo Domingo, pp. 294-304.

Henríquez y Carvajal (1892) “José Martí”, en *Letras y Ciencias. Revista periódica quincenal*, Año I, número 14, Santo Domingo 30 de septiembre de 1892, pp. 105-106.

Henríquez y Carvajal, Federico (1970) “Lecciones de Historia de la enseñanza nacional”, *Clío. Órgano de la Academia Dominicana de la Historia*, núm. 125, pp. 13-49.

Herrejón Peredo, Carlos (2013) “Buscando los goznes en la biografía de Hidalgo”, en *Biografía: modelos, métodos y enfoques*, El Colegio Mexiquense, Estado de México, pp. 41-52.

Hoetnik, Harry (1971) *El pueblo dominicano: 1850-1900. Apuntes para su sociología histórica*, Universidad Católica Madre y Maestra, Santiago, República Dominicana.

Hostos, Eugenio María de (1939) *Obras completas Vol. III. Páginas íntimas*, Cultural S. A., La Habana.

_____ (2007) *La educación científica de la mujer*, Presentación y compilación de Ramonina Brea del Castillo, Archivo General de la Nación, Santo Domingo.

Iraizoz y de Villar, Antonio (1930) *La crítica en la literatura cubana*, Imprenta Avisador Comercial, La Habana, consultado en línea <<<https://issuu.com/scduag/docs/ihe14015>>> (14 septiembre 2017).

Inoa, Orlando (2010) “La sociedad dominicana a finales del siglo XIX”, en *Historia de la República Dominicana, Volumen II*, Ediciones Doce Calles-Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, pp. 263-294.

Julia, Julio Jaime (1971) *Rodó y Santo Domingo*, Taller, Santo Domingo.

Krauze, Enrique (1983) “Antonio Caso, el filósofo como héroe”, en *Revista de la Universidad de México*, vol. XXXIX, número 29, septiembre de 1983, pp.23-44.

_____ (2010) “Francisco I. Madero”, en *Diccionario de la Revolución mexicana*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 313-316.

Le Roy y Gálvez, Luis F. (s. f.) “La Real y Literaria Universidad de la Habana: Síntesis Histórica”, consultado en línea <<<file:///C:/Users/Posgrado%2011/Downloads/2211-8135-1-PB.pdf>>> (25 agosto 2017).

Lizaso, Félix (1956) “Pedro Henríquez Ureña y sus presencias en Cuba”, en *Revista Iberoamericana*, Vol. XXI, Núms. 41 y 42, enero diciembre de 1956, pp. 99-117.

Lugo, Américo (2009) “Antología”, Selección, introducción y notas de Vetilio Alfau Durán, en *Historia, Colección pensamiento dominicano*, Vol. V, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Santo Domingo, pp.27-108.

Mandingorra Llavata, María Luz (2005) “El libro de memorias y la escritura del yo”, en *Cultura Escrita & Sociedad*, Número 1, septiembre 2005, pp. 95-98.

Martí, José (s.f.) La Edad de Oro, consultado en línea <<http://www.edu.mec.gub.uy/biblioteca_digital/libros/m/Marti,%20Jose%20-%20Edad%20de%20oro,%20La.pdf>> (13 octubre 2015).

Martínez Carrizales, Leonardo (2002) “Notas”, en *Alfonso Reyes-Enrique González Martínez. El tiempo de los patriarcas. Epistolario 1909-1952*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 283-378.

Martínez, José Luis (1972) “Unidad y diversidad”, en *América Latina en su literatura*, México, Siglo XXI Editores, pp. 73-120.

_____ (1976) “México en busca de su expresión”, en *Historia general de México*, tomo 2, El Colegio de México, México, pp. 1017-1071.

_____ (1986) “Introducción 1907-1914”, en *Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 9-39.

Mazzeo de Vivó, Cristina Ana (1999) “Francisco García Calderón en el contexto de la identidad latinoamericana”, en *BIRA, Boletín del Instituto Riva-Aguero*, Lima, núm 26, pp. 205-226.

Millán, Ma. del Carmen (2007) “Nota introductoria”, en *Ángel de Campo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 3-5.

Monsiváis, Carlos (2005) “Del saber compartido en la ciudad indiferente. De grupos y ateneos en el siglo XIX”, en *La república de las. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, Tomo I, Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 89-106.

Moya Pons, Frank (2010) “Evolución de la población dominicana, 1500-2010”, en *Historia de la República Dominicana, Volumen II*, Ediciones Doce Calles-Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, pp. 29-54.

Navajas, María José (2008) “El voto y el fusil: una interpretación del discurso maderista en la coyuntura política de 1909-1910”, en *Historia Mexicana*, LVII, número 4, pp. 1107-1153.

Omacini, Elena E. (1984) “Pedro Henríquez Ureña y la poesía neoclásica latina de América”, en *El libro jubilar de Pedro Henríquez Ureña*, Tomo I, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, pp. 345-350.

Padrón, Pedro Luis (1986) *¡Qué república era aquella!*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

Pacheco, José Emilio (1999) “El affaire Dreyfus y el laberinto de la conspiración”, en *Letras libres*, número 3, marzo 1999, consultado en línea <

<http://www.letraslibres.com/revista/convivio/el-affaire-dreyfus-y-el-laberinto-de-la-conspiracion>> (15 enero 2016).

Palma, Ricardo (1949) *Epistolario*. Tomo II, Juicio literario, Editorial Cultura Antártica, Lima.

Pantoja Morán, David (2007) *Antología del pensamiento latinoamericano sobre la educación, la cultura y las universidades*, Unión de Universidades de América Latina y el Caribe, México.

Pérez de la Dehesa, Rafael (1969) “La editorial Sempere en Hispanoamérica y España”, en *Revista Iberoamericana*, Vol. XXXV, Núm. 69, septiembre-diciembre 1969, pp. 551-555.

Phillips, Allen W. (1977) “A propósito del decadentismo en América: Rubén Darío”, en *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, Vol. 1, Núm. 3, pp. 229-254.

Piña-Contreras, Guillermo (1998) “El universo familiar”, en *Ensayos*, ALLCA, México-Barcelona, pp. 455-494.

Pita González, Alexandra y Marco Antonio Vuelvas Solórzano (2013) “La conformación de una genealogía intelectual. El homenaje a Gabino Barreda (1908)”, en *Historia y espacio*, número 41, agosto-diciembre 2013, pp. 17-37.

Quintanilla, Susana (1991) “La formación de los intelectuales del Ateneo”, en *Historias*, Revista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, N° 26, abril-septiembre de 1991, pp.89-102.

_____ (1992) “Los libros del Ateneo”, en *Historias*, número 29, pp. 89-105.

_____ (1999) “Todo por Barreda. Crónica de una manifestación en defensa de la Escuela Nacional Preparatoria”, en *Tiempo de educar*, Vol. 1, enero-junio 1999, pp. 83-92.

_____ (2002) “Dioniso en México o cómo leyeron nuestros clásicos a los clásicos griegos”, en *Historia Mexicana*, Vol. LI, número 3, enero-marzo 2002, pp. 619-663.

_____ (2008) *Nosotros. La juventud del ateneo de México*, México, Tusquets.

_____ (2009) *A salto de mata. Martín Luis Guzmán en la Revolución mexicana*, México, Tusquets.

_____ (2009a) “Los muchos ateneos. Genealogía y trayectoria del Ateneo de la Juventud”, en *Dossier 20/10, Memorias de las revoluciones de México*, N° 5.

_____ (2013) “El arte de la biografía histórica”, en *Biografía: modelos, métodos y enfoques*, El Colegio Mexiquense, Estado de México, pp. 259-277.

Rangel Guerra, Alfonso (2013) “Norma para el pensamiento: la poesía de Alfonso Reyes I, 1905-1924”, tesis doctoral Departamento de Literatura Española y Teoría de la Literatura, Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Reyes, Alfonso y Pedro Henríquez Ureña (1986) *Correspondencia, 1907-1914*, edición de José Luis Martínez, Fondo de Cultura Económica, México.

Reyes, Alfonso y Enrique González Martínez (2002) *El tiempo de los patriarcas. Epistolario 1909-1952*, Compilación, estudio introductorio y notas de Leonardo Martínez Carrizales, Fondo de Cultura Económica, México.

Reyes, Alfonso (1955) “Las burlas veras. Primer ciento” en *Obras completas*, tomo XXII, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 524-525.

_____ (1956) “Notas sobre Jesús T. Acevedo”, en *Obras completas*, tomo IV, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 444-445.

_____ (1983) “El revés de un párrafo”, en *La experiencia literaria*, Colección Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 115-122.

_____ (1989) “Encuentros con Pedro Henríquez Ureña”, en *Obras completas*, tomo XXII, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 359-364.

_____ (1990) “Historia documental de mis libros”, en *Obras completas*, tomo XXV, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 149-346.

_____ (2000) “Pasado inmediato”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, UNAM, México, pp. 181-207.

Ricardo, Yolanda (2002) *Martí en los Henríquez Ureña*, Editorial Gente, República Dominicana.

Rodríguez Demorizi, Emilio (1960) *Salomé Ureña y el Instituto de Señoritas*, Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo.

Rodríguez Demorizi, Silveira R. de (1984) *Salomé Ureña de Henríquez*, Editora Taller, República Dominicana.

Roggiano, Alfredo A. (1989) *Pedro Henríquez Ureña en México*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Romero Chumacero, Leticia (2007) “En loor del maestro. Notas necrológicas sobre Ibsen en la prensa de la Ciudad de México: 1906”, en *Espéculo. Revista de estudios literarios*, Universidad Complutense de Madrid, consultado en línea <<<https://webs.ucm.es/info/especulo/numero37/ibsen.html>>> (16 enero 2018).

Saavedra, Mario (2013) “Una lectura de Pedro Henríquez Ureña. Positivismo independiente”, en *Revista de la Universidad de México*, número 108, pp. 80-86.

Salazar, Salvador (1929) *Historia de la literatura cubana para uso de las escuelas normales de la república*, Impresora Avisador Comercial, La Habana, consultado en línea << <https://books.google.com.mx/books?id=5o8YAQAAMAAJ&dq=>>> (14 septiembre 2017).

Savia Moderna (1980) “Nuestra primera exposición de pintura”, en *Revistas Literarias Mexicanas Modernas, Savia Moderna, 1906. Nosotros, 1912-1914*, Fondo de Cultura Económica, p. 156.

Savia Moderna (1980a) “En el umbral”, en *Revistas Literarias Mexicanas Modernas, Savia Moderna, 1906. Nosotros, 1912-1914*, Fondo de Cultura Económica, p. 21.

Selser, Gregorio (2001) *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina, Tomo III, 1899-1945*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Sierra, Justo (1948) *Epistolario y papeles privados. Obras completas T. XIV*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Snowman, Daniel (2012) *La ópera. Una historia social*, trad. Ernesto Junquera, Madrid, Ediciones Siruela.

Soto, Miguel E. (1979) “Precisiones sobre el reyismo. La oportunidad de Porfirio Díaz para dejar el poder”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, Instituto de Investigaciones Históricas, Vol. 7, pp. 105-133.

Tejada, Adriano Miguel (2010) “Estado, Política y Gobierno, 1795-2008”, en *Historia de la República Dominicana, Volumen II*, Ediciones Doce Calles-Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, pp. 393-444.

Tena Reyes, Jorge (2016) *Pedro Henríquez Ureña. Esbozo de su vida y de su obra*, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo.

Terán, Oscar (1998) “Pedro Henríquez Ureña: una deriva intelectual”, en *Ensayos*, ALLCA, México-Barcelona, pp. 604-623.

Torre Villar, Ernesto de la (1998) *Lecturas históricas mexicanas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Torri, Julio (1981) *Tres libros. Ensayos y poemas/De fusilamientos*. Prosa dispersa, Fondo de Cultura Económica, México.

Treviño García, Blanca Estela (2004) “Ángel de Campo y la crónica del siglo XIX”, en *Kinetoscopio. Las crónicas de Ángel de Campo, Micrós, en El Universal (1896)*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp.19-37.

Uría Santos, María Rosa (1965) *El Ateneo de la Juventud: su influencia en la vida intelectual de México*, University of Florida, Michigan.

Valadés, José C. (2014) *La Revolución y los revolucionarios. Tomo IV, Las rupturas con el constitucionalismo*, Secretaría de Educación Pública, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, México.

Valenzuela, Emilio (1909) “Las manifestaciones políticas y su trascendencia”, en *Revista Moderna de México*, mayo de 1909, p. 172-174.

Valenzuela, Jesús E. (2001) *Mis recuerdos. Manojó de rimas*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

Valerio-Holguín, Fernando (2011) “Pedro Henríquez Ureña: utopía del silencio”, en *Caribbean Studies*, vol. 39, número 1-2, enero-diciembre, 2011, pp. 195-221.

Valero, Aurelia (2014) “De la autobiografía filosófica a la biografía intelectual”, conferencia presentada en la sesión 6 del curso “Métodos para escribir una biografía”, impartido el 20 de febrero de 2014 en el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, consultado en línea <http://www.inehrm.gob.mx/es/inehrm/mpeub_Sesion_6> (16 enero 2016)

Vasconcelos, José (2000) “El movimiento intelectual contemporáneo de México”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, UNAM, México, pp. 113-129.

Vázquez Robles, José Julián (2014) “Federico Gamboa: análisis de una formación (1878-1893)”, Tesis para obtener el grado de Doctor en Ciencias en la especialidad de Investigaciones Educativas, México, Departamento de Investigaciones Educativas, Cinvestav.

Vega, Bernardo (ed.) (2015) *Treinta intelectuales dominicanos escriben a Pedro Henríquez Ureña*, Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia-Archivo General de la Nación.

Zanetti, Oscar (2013) *Historia Mínima de Cuba*, México, El Colegio de México.

Zavala Díaz, Ana Laura (2001) “La blanca lápida de nuestras creencias. Notas sobre el decadentismo mexicano”, en *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, El Colegio de México, México, pp. 47-60.

Zea, Leopoldo (1976) *El pensamiento latinoamericano*, Editorial Ariel, Barcelona.

_____ (1985) *El positivismo y la circunstancia mexicana*, Secretaría de Educación Pública, México.

Zermeño, Guillermo (2003) “El concepto intelectual en Hispanoamérica: génesis y evolución”, en *Historia Contemporánea*, número 27, pp. 777-798.

Zuleta Álvarez, Enrique (1987) “Pedro Henríquez Ureña y los Estados Unidos”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 442 (abril 1987), Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, pp. 93-108.

Archivos

Archivo Histórico de El Colegio de México

Fondo Pedro Henríquez Ureña